

10386
78-7
J. M. L.

LA SEMANA DE TRES JUEVES.

POR EL BANCO IND. Y MERCANTIL

EL SECRETARIO GRAL.

José Millado

33-5a bis

ALBANY, N. Y. 12202
ALBANY, N. Y. 12202

47-1329

10326

LA SEMANA

DE TRES JUEVES,

POR

JULIO JANIN.

Traducida libremente

POR DON ISIDRO GONZALEZ.



MADRID: 1864.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO,

A CARGO DE D. J. BERNAT.
Costanilla de Santa Teresa, núm. 5.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LA SEMANA DE TRES JUEVES.

EL DESGARRADO

Y EL DESCOSIDO.

ESTABA yo una mañana en el jardín del Luxemburgo; hacia un hermoso sol; contemplaba, admiraba y saludaba á la primavera en el fondo de mi alma, y veía gozar á los dichosos niños, cuyas delicias hace aquel bello jardín. Luchaban unos con otros para ver quien era el mas diestro y el mas fuerte. Las niñas se detenian, las manos apoyadas sobre su aro, para juzgar á sus atrevidos compañeros. Los muchachos, al verlas, se acordaban suspirando (¡ay!) de su gozosa y juguetona infancia: y los viejos al mirarlas recordaban, no sin disgusto profundo, su viva y

loca juventud y sus espesos cabellos negros. Los niños no saben cuán dulce interés inspiran, y que causa un verdadero alborozo asistir á su alegría.

Sentados á mi lado, en el mismo banco de piedra, dos muchachos, mas parecidos á hombres hechos que á niños, no tomaban parte alguna en los juegos de la banda bulliciosa. Uno y otro estaban preocupados con una febril ambicion difícil de describir, y he aquí la conversacion que tenian; y por cierto que yo no la escuché, al contrario, la oí á mi pesar, y de consiguiente, tengo el derecho de contarla.

—Yo, decia el uno, quiero ser capitán general, un gran general. Tendré vestidos cubiertos de oro, charreteras de oro y una gran cruz de honor, tambien de oro, colgada al cuello; quiero montar un caballo blanco; quiero llevar un gran sombrero con presilla de oro; tendré hermosos mostachos y un gran sable, y un centinela á la puerta de mi casa..... ¡Esto es!

—Pues yo, decia el otro, no me contento con ser un soldado; quiero ser tambien par de Francia, como el señor que acaba de entrar allí, en el palacio del Luxemburgo. Tendré una elegante carretela con dos caballos tordos y dos lacayos mocetones vestidos de encarnado; me sentaré en uno de esos grandes sillones de el salon que hemos visto ahí hace poco, y se me llamará

¡monseñor! ó se me dirá: *vuecencia*.... ¡Esto es!

—Por mi parte, replicó el primero, quiero una gran casa de campo, un gran jardín, bosques, prados, y en los prados vacas que me den leche, y en el jardín árboles frutales; melocotones, peras, manzanas, uvas, de todo. Tendré colonos, gallinas, caza, jauría, grandes bosques, muchos guardas. Cada uno, cuando pase, me dirá: ¡señor baron! Los campesinos se quitarán el sombrero.

—Yo, repuso el segundo, tendré una casa en París, en la calle de Rívoli. Esta casa la habitaré yo solo. En ella tendré sillones de terciopelo, cortinas de seda, estatuas, cuadros, una biblioteca, una magnífica cama donde uno se hunda, y espejos donde se pueda ver todo el cuerpo. En un mármol, con grandes letras, se leerá: *Palacio Faufan*. Quiero un suizo con librea á la puerta. Todos los dias convidaré á los muchachos descalzos, como los que están jugando á nuestra vista, á comer las migajas de mi comida.

—En cuanto á mí, decia el otro, picado de la chanza, quiero casarme con una jóven de gran nobleza, una hija de duque y par, como se dice en la comedia. Por supuesto que ha de ser bella y rica; tendrá diamantes, cachemiras, vestidos de seda, sombrero con plumas, y de ordinario reloj con cadena de oro.

—Pues yo, añadió el compañero, con mis pose-

siones, tendré hermosos niños con soberbios zapatos nuevos, vestidos de terciopelo y cuellos bordados. Mis hijos tendrá cada uno un muñeco de resorte, un gran caballo de carton, su lacayo con librea y una aya muy peripuesta. Perderán todas las pelctas, romperán todos los tambores y pegarán á todos los muchachos..... ¡Ah!

—Yo, yo, donde me ves, decia aun el jóven ambicioso, quiero llegar á ser emperador de los franceses, como Napoleon el Grande.

—Y yo, repuso el otro, seré papa, como Sisto V.

Tales eran los discursos de aquellos dos inocentes.

Me causó pena el oír su orgullo, su vanidad, su ambicion. La ambicion no pertenece á la infancia; únicamente se ha hecho para la dulce sonrisa y los mágicos ensueños de otra edad. Buscaba en mi mente una leccion que dar á los imitadores de Napoleon y de Sisto V, cuando un buen viejo, que les habia oido como yo, les habló en estos términos:

—Mi general, dijo al primero, es muy hermoso sin duda llevar, sobre su uniforme bordado, charreteras de oro; es muy hermoso tener un caballo blanco entre las piernas, un gran plumero en el sombrero; pero antes es necesario ganar esas charreteras y esas espuelas en el campo de batalla, entre los moribundos y los muertos, á la

boca de mil cañones, en la brecha de las murallas del enemigo. No se llega á capitán general cómodamente; se llega á fuerza de valor, de corazon..... ¡Esto es!

Mi par de Francia, dijo al otro, es hermosísimo, sin duda, una cruz de honor, llegar al palacio de Luxemburgo arrastrado por dos fogosos caballos en un bello carruaje y ser uno de los primeros en su país; en otro tiempo, con todo rigor, se era par de Francia al venir al mundo cuando el padre obtenia esta dignidad. Pero esto ha cambiado completamente; hoy es el mérito el que os hace par de Francia.

Es preciso mucho trabajo y mucha virtud y un poco de fortuna para llegar á estos nobles empleos. Habeis visto entrar á ese caballero en la cámara de los pares; pero ¿sabeis por qué estudios, qué desvelos, qué trabajos, qué servicios eminentes, ese caballero ha llegado á esas altas dignidades? ¡Reparad, desde luego, que sus cabellos son blancos, que camina con trabajo y que está surcada de arrugas su noble frente! ¡Creedme, señores, que hasta ahora no sois mas que niños, y esto tanto peor para vosotros!.... cuantas arrugas veis en la frente del par de Francia, tantas heridas hallareis bajo el uniforme del general.

Hijo mio; añadió todavía el anciano dirigiéndose al primer ambicioso, quereis tener jar-

dines y haciendas, lo que es muy bueno; pero antes es preciso aprender á cultivar los jardines y las haciendas. Bajo la direccion de un dueño inhábil, la tierra mas fértil no produce mas que maleza y abrojos, los mas hermosos árboles no dan fruto, las terneras mueren en los establos, la zorra devora y destruye el corral. ¿Qué haríais de una hacienda con esas pequeñas manos perezosas que no sabrian conducir un arado?

Quereis haciendas, decís; ¿quereis, pues, tener trigo sin sembrarle, recoleccion sin fatiga, y tierra productible sin trabajo? ¿Quereis tener hombres para trabajar en vuestro lugar, como se tienen bestias de carga? ¡Ah! ¡mal haya esa ambicion de un poltron! ¿no os avergonzaríais de vuestra holganza? En verdad que debierais sonrojaros al notar que vuestras ideas han sido oidas por ese jóven estudiante que está ahí y trabaja todo el dia, y que han llegado á mis viejas orejas; á mí que he trabajado toda mi vida ¡ay! sin llegar á ser general, ni par de Francia, y que me tengo por dichoso por haber podido comprar, á los sesenta años, la pequeña hacienda de que mi padre fué simple labrador.

Despues, volviéndose hácia el otro ambicioso:

—Y vos, mi ciudadano, grande admirador de la ciudad y de sus maravillas, vuestro orgullo y vuestra ambicion no se contentan con una casa de

campo, sino que necesita un palacio en la ciudad; la sombra natural y reparadora de los bosques seculares os parece demasiado vulgar; quereis estar al abrigo y detrás de los mas ricos tapices.

¡Ciertamente! el señor *baron* es demasiado gran señor para tenderse, leyendo un buen libro, sobre el cesped; el señor *consejero* quiere tumbarse muellemente sobre sillones de terciopelo; el señor *comendador* estima en muy poco las bellezas naturales, el campo de trigo, el encinar y los recursos de los campos; su señoría necesita una rica habitacion; tapices de Aubusson, espejos de Venecia, estátuas, ricos cuadros.

¡Niño ingrato, hijo mal aconsejado, vanidoso, idiota! ¡Un matorral á la orilla del camino es preferible á los artesonados mas ricos! Un buen anciano pobre, con quien partais el pan de vuestro desayuno os aprovechará mejor que las mas bellas estátuas; no hay en el mundo cuadros que equivalgan al aspecto del sol cuando se levanta ó cuando se halla en su ocaso. Tampoco hay música igual en dulce armonía al simple ruego hecho á Dios. No hay espectáculo mas placentero al hombre, cualquiera que sea el punto en que se halle colocado, como la sonrisa paternal.

¿Qué haríais, respondedme, señor mentecato, señor afortunado, en vuestro palacio frente á frente con el fastidio? ¿Qué haríais en vuestra gran cama sin sueño? ¿Qué haríais de vuestros

soberbios espejos si os viérais triste hasta la ictericia, enfermo y pálido? ¿Qué haríais de esa gran biblioteca rehenchida de libros donde se aspirara en los mas hermosos caractéres la doble antigüedad, los atenienses de Pericles y los romanos de Augusto? Los libros es preciso leerlos, es necesario amarlos; aquel que mejor los conoce es el que verdaderamente los posee.

Y ese cocinero que suponíais ya en vuestra cocina hecha un ascua, ¿de qué os serviria si os faltaba el apetito? En fin, ¿qué haríais de esa mesa de veinte cubiertos, si no tendríais en ella mas que falsos amigos y bajos aduladores que se sentaban á vuestro lado, constituyendo la injusticia y el pillaje, su hermano, el rango de vuestros convidados?

Recordad á Damócles en la mesa del sátrapa..... ¡Una espada, suspendida de algunos cabellos, es un terrible embarazo para los placeres de aquel pobre diablo. No tiene hambre, ni sed..... tiene miedo!

Despues de decir esto, el buen anciano se volvió hácia el otro ambicioso.

—Amigo mio, le dijo, ha poco decíais que queríais casaros con una mujer jóven y bella y cubrirla de encajes y diamantes..... Sois un gran ambicioso, estoy seguro de ello; pero ¿quién os ha dicho que, si siempre estuviérais así, con los brazos cruzados, aun siendo ya hombre, encon-

traríais una mujer decidida y resuelta á casarse con vos? ¿Y quién os asegura, suponiendo que se dejara fascinar de vuestros diamantes y de vuestros encajes, que seria la mas constante ó la mas bella? ¡Pero entretanto, mi pequeño amigo, ved vuestros hechos! Apenas habeis salido del cascaron, ya pensais en casaros, y todavía no habeis pensado siquiera ser sencillamente un escolar bueno y dócil, laborioso en las horas de trabajo, gran jugador en las horas de descanso. No sois, pues, mas que un pequeño visionario, que repite en voz alta, indiscretamente, sus mil creaciones fantásticas, inútiles hoy, peligrosas mañana.

Y vos, mi jóven padre de familia, dijo el anciano al segundo ambicioso, vos vais todavía mas de prisa en la tarea que su escelencia monseñor vuestro camarada. El no desea mas que casarse; pero vos quereis tener muchos hijos. ¿Y para qué? os suplico me digais. Pero lo sé; para enseñar á ser caballeros á vuestros hijos y señoritas á vuestras hijas con el terciopelo y los bordados. ¡Imprudente padre al crear pequeños señores vanidosos, como él, sentándoles sobre flores de lis!

¿Y con qué derecho esos amables niños estarán mejor vestidos que su padre? ¿Y cómo enseñarles á obedecer, si vos mismo, aun cuando sois todavía niño, no obedecéis ni á vuestro padre, ni á vuestra madre?

¿Y cómo alimentar, mi general, á vuestra mujer, y vos, mi par de Francia, á vuestros hijos? Sé bien que me direis:—*Seremos ricos, muy ricos*; pero, permitidme insistir, ¿cómo, por medio de qué trabajos, por medio de qué virtudes, por medio de qué servicios sereis ricos? ¿creeis que se encuentra la fortuna en los rincones de las calles como los pedazos de trapo viejo?... En vez de decir eso, sin saber lo que os decís, exclamad mejor:—*¡Seremos hombres de talento y de corazón, seremos valientes y honrados, desde luego; y despues, mas tarde, ricos!*

¡Esto es lo que se llama hablar! La fortuna es independiente de nuestra voluntad; pero ser hombres honrados y hombres de mérito es nuestro verdadero bien, es nuestra verdadera gloria, en fin, es lo que depende de nosotros solos.

¡Ah! añadió el anciano!, acalorándose por grados, ¡quereis ser en veinte y cuatro horas capitán general de ejército y par de Francia, nada menos! Y desdeñais todas las demás profesiones; vos, la de vuestro padre, que un es honrado impresor, y vos, la de vuestra madre, honrada tendera. Es preciso ser Murat, es necesario ser el presidente Molé, con palacios, jardines, vestidos bordados, y no se os ocurre que se pueda ser dichoso sin fausto en cualquier estado por modesto y poco útil que parezca. Un santo sa-

cerdote, un bravo soldado, un abogado elocuente, un médico hábil, un sábio distinguido, ¡baga-telas!

Si se os propusiera llegar á ser honrados artistas, os creeríais insultados, estoy seguro. ¡Oh! sois muy injustos, mis queridos señores. El mas noble estado envilece á quien le cumple mal; la profesion mas vulgar ennoblece á quien le desempeña bien. En cuanto á llegar vos, á el emperador Napoleon, y vos, al papa Sisto V, Dios nos preserve..... y á vosotros tambien, hijos mios.

Así hablaba el sábio anciano. Su voz era franca, tenia hermosos cabellos blancos y sus ojos eran vivos todavía. Nuestros dos pequeños ambiciosos le escuchaban con temor, pero sin respeto y sin atencion. Se conocia que esta leccion fatigaba su orgullo; una leccion mortificadora á la infancia no le aprovecha. Viendo su obstinacion, el inflexible anciano quiso dirigir la última palabra á su orgullo.

—Mi general, dijo al primer niño, os advierto que antes de llevar un rico uniforme, antes de habitar una opulenta casa en la que os aguarde vuestra linda mujer cubierta de diamantes, antes de ser otro emperador Napoleon, hareis bien en lavaros la cara y las manos todos los dias.

Y vos, mi par de Francia, dijo al otro niño, si en tanto teneis vuestra ilustre cruz de honor,

vuestro palacio de la calle de Rívoli, vuestros señores hijos, el vizconde y el caballero, cubiertos de bordados y de terciopelos, no hariais mal en arreglar un poco vuestra chaqueta, puesto que tiene agujeros en los codos y la faltan botones.

Me direis, y es cierto, que el pequeño Bonaparte no se lavaba las manos todos los dias, y que el gran papa Sisto V, en su cualidad de porquero, no tenia vestidos siempre nuevos.

Pero el uno era Bonaparte y el otro Sisto V. Niños, ellos obraban, no soñaban. Tan siquiera una vez, amiguitos míos, mostradme las manos limpias y vuestros vestidos recompuestos; despues buscad vuestras coronas.

El aseo es la mitad de una virtud, dijo San Agustin.

El órden y el aseo, esto es la pairía de los niños, esto es el genio de los que no cuentan con otros recursos.

Tal fué la leccion del anciano. Dudo mucho que los dos niños en cuestion la hayan aprovechado; ya he dicho que tenian traza de niños demasiado adelantados para su edad. Solo los niños aplicados, modestos y honrados pueden aprovecharse de una leccion tan sábia.

BICETRE.

HAY palabras llenas de espanto y de terror. Llevan en sí mismas tinieblas, dolores, suplicios, castigos, miserias. Se las repite con estremecimiento: *Bicetre* es uno de esos nombres funestos. ¿Pero no es preciso que un niño valeroso se acostumbre á contemplar desde temprano, los peligros y los abismos? ¡Pero tened cuidado con los vértigos! Así, el medio de evitarlos, es salir alguna vez de los Elíseos de aquí abajo.

Bicetre es un antiguo castillo que data del siglo XII; fué muchas veces perdido y recobrado por los guerreros hasta Luis XIV, que hizo del castillo de Bicetre un hospicio. Allí era donde se encerraba á los jóvenes, á los muchachos desgraciados mal dirigidos, y pervertidos por el

ejemplo que el vicio, la pobreza, el abandono y las malas inclinaciones parecen consagrar á los crímenes precoces.

Bien pronto el hospicio á su vez se convirtió en prision. Figuraos una gran poblacion presa de todas las miserias, de todos los dolores. ¡La piedad! ¡la caridad! he aquí las solas virtudes que penetran en aquellas sombrías murallas donde la esperanza está aherrojada. Hace bastante tiempo, cuando éramos niños, nuestros maestros nos llevaban á pasear á los alrededores de aquel edificio en el que los reyes han dejado su huella. Al llegar á sus vallas, acercábamos á ellas nuestros jóvenes rostros y desde allí veíamos, no sin horror, toda aquella poblacion de presos y de enfermos, ruin, marchita, malsana, abandonada y triste, y nos volvíamos estremeciéndonos á reunirnos con nuestros maestros que nos aguardaban.

Me acuerdo de dos historias muy sencillas de que tuve conocimiento en la avenida de Bicetre; la primera historia era de un viejo, la otra de un ladron; el viejo y el ladron representaban el conjunto de la poblacion de Bicetre, á saber: el hospicio y la prision.

El viejo iba encorbado hácia la tierra; se paseaba con paso vacilante; estaba achacoso y enfermizo, y todavía mas triste aun que enfermo. Su tristeza causaba pena al que le veía. Se com-

prendia que aquel hombre era solo en el mundo: hallábase sin pasado y sin porvenir, sin parientes, sin familia, sin esperanza en fin. Estaba sentado en una piedra, espresamente para vernos jugar y para oír de lejos retumbar nuestros gritos juveniles: pudiera decirse que era el mes de las nieves, diciembre, contemplando á abril.

—¡Ah! yo tambien fuí jóven y estuve lleno de vida y de alegría, se decia por lo bajo el viejo.

Como vió niños de buenos modales y dispuestos, el viejo se dirigió á nosotros y con una sonrisa lánguida, pero amable todavía, nos recitó algunos versos de Horacio, el poeta latino, el antiguo poeta latino que todo el mundo conoce por el corazon. Horacio es un filósofo de todos tiempos, es un consolador de todos los infortunios. Aquellos versos de Horacio, de un poeta dichoso, cantor, grande amigo de las elegancias y de los esplendores de la córte de Augusto, en boca de aquel pobre habitante de Bicetre nos herian con admiracion. Esto fué bastante para decidirnos en el momento á asaltar al viejo; los versos latinos que nos recitaba servian de lazo entre él y nosotros; nos parecia que le conociamos hacia mucho tiempo.

La conversacion de aquel hombre era amena y variada. Sabia de todo y todo lo habia visto. Habia viajado mucho por paises lejanos, y habia estudiado con profundidad lo que se llamaba en

su tiempo *el mundo*..... ¡un fantasma! Era muy versado en las bellas letras, y nosotros, al escucharle atentamente, nos preguntábamos á nosotros mismos ¿cómo aquel hombre instruido, sabio, que hablaba bien, estaba reducido á vivir en Bicetre al abrigo de un título de pobreza?

Después que hubo descendido de las alturas literarias donde se había perdido con nosotros, nos contó sencillamente toda su tristeza de hospital. ¡Ah! aquella era una desdichada existencia con toda clase de privaciones. Pan duro y un camastro por lecho, rodeado de moribundos y de muertos. En cuanto á las dulzuras de la vida, una sonrisa, una gracia, una compasión, una comida alegre con buenos convidados, aquel reposo amable de los últimos días, de todo esto apenas tenía recuerdo.

No tenía ya lazos con la sociedad de los hombres; arrastraba una vida uniforme, inerte, inútil, sin embargo, todavía se consideraba aun dichoso el viejo, si alguna vez encontraba en su ruta algún paseante bienhechor que le diera un polvo de tabaco.

Luego, desde las noticias del hospital, pasó á las historias del mundo elegante; nos refería las reuniones á que él había asistido hacia medio siglo, las fiestas de que había sido el héroe, y los goces de la vida ociosa y rica. Al mismo tiempo se arreglaba con su mano, blanca todavía, algu-

vió morir. Anunciaba con anticipacion cada nuevo progreso de su enfermedad, y predijo la hora de su muerte con tanta sangre fria y precision como un cronómetro. Hasta aquel dia supremo dió consejos á los que se los imploraron, á los que estaban menos enfermos que él. Y como sabia que no tenia necesidad mas que de el médico de las almas, hizo venir un sacerdote al lado de su lecho de muerte.

Algunos dias antes del *gran dia* se bailaba encima de aquella noble cabeza, activa todavía á pesar de las tinieblas que la invadian. ¡El hecho es verdadero! hubo hombres, hubo mujeres que consintieron en bailar sobre el cadáver de Dupuytren. ¡Tuvieron un baile encima de aquella inteligente agonía! ¡En aquel momento Dupuytren se hallaba entregado á su último sueño de la vida mortal!.... Fué despertado por el odioso ruido de aquellos bailarines implacables; una sonrisa de ironía apareció en sus lábios indulgentes y dijo á su hija que lloraba: *¡Vamos, hija mia, puesto que se baila allá arriba, amenicemos tambien nuestra velada, hagamos té!* Es una horrible historia que añadir á la de la ingratitud humana, la historia de aquel baile en semejante momento.

Dupuytren dejó al morir la fortuna de un príncipe. Estaba cargado de todos los títulos y de todas las rentas que pueden conceder á un simple mortal, la veneracion de los pueblos y el re-

nos cabellos grises que caian sobre su frente surcada de arrugas y de zozobras.

Todos los que allí estábamos, nos hallábamos enmudecidos delante de aquel hombre; y no solo nos ocupábamos en oirle, sino en penetrar é interrogar á su alma y á su mirada. ¿Cómo se podia esplicar que aquel viejo que hablaba tan bien, cuya buena educacion y posicion se comprendia y que tantas cosas habia visto, habitase aquella morada del silencio y de la resignacion?

Comprendió nuestras impacientes miradas, y conoció que nos debia una leccion saludable en cambio de la simpatía que le mostrábamos. Aquel hombre tenia que hacernos una confesion, percibíase que aquella confesion le era penosa, y que si la hacia solo era por cumplir un deber.

Tomó lentamente su partido; pero resuelto á decírnoslo todo, bajó la voz, sea que tuviese vergüenza de la relacion que iba á hacer, sea que quisiera vernos por última vez mas cerca de sí.

—Niños mios, dijo, mis queridos niños, veo lo que me vais á preguntar. Quereis saber como me hallo aquí, caido en estos abismos donde es pero la muerte, alimentado por la caridad pública, infortunado compañero de ladrones y de asesinos, habitante de un hospital, destinado á morir en un lecho prestado sin que nadie acuda en mi auxilio ni á cerrar mis ojos; harapiento, solo, triste, deforme, lívido, separado de mis semejan-

tes, privado de todo, sin un hijo que me llame su padre. ¿Queréis saber por que estoy en Bicetre esperando una muerte sin consuelo ni respeto?

Al mismo tiempo su cara se habia contraido horriblemente, brillaba su mirada hasta causar miedo y sus manos se crispaban de horror y de arrepentimiento. Arrojó una mirada espantosa sobre el imponente Bicetre, inmóvil y silencioso.

—¡Y todavía soy feliz, añadió, por haber sido recogido en este lugar de desesperacion! Si no, se me hubiese hallado muerto de hambre en algun camino real.

Entonces levantó la voz como si hubiera querido apoderarse de toda nuestra atencion.

—¡Escuchadme todos, añadió; escuchad! ¡Estoy en Bicetre porque toda mi vida he sido jugador!

Y se alejó sin decir nada, baja la cabeza, juntas las manos; y nosotros mudos y sin movernos nos mirábamos con espanto como si nos hallásemos siendo juguetes de una pesadilla. Pero ninguno de nosotros olvidó jamás la figura y la enseñanza del viejo, y desde entonces no he visto á ninguno que se llamase jugador sin acordarme de aquel hospicio y de aquel grito de desolacion: ¡*Bicetre!*

La segunda vez que ví á Bicetre, no era ya un niño, pero tampoco aun hombre. Me hallaba una mañana temprano, en el vasto espacio de la

prision. Era un hermoso dia de primavera y el sol aparecia apenas en el Oriente dorando el cielo azul con sus primeros rayos; los pajarillos entonaban ya su cántico matinal, hendia los aires la alondra, flecha alada y cantora del mes de mayo. ¡Hermosa mañana y deliciosa primavera! Pues en aquel hermoso y radiante dia, llenos de flores y de cánticos, me fué preciso entrar en el centro de aquella horrible prision..... ¡Todo un mundo, donde se blasfema ó donde se llora; un mundo entero de castigo! El patio estaba lleno de falsificadores, de ladrones y de asesinos, condenados á trabajos forzados.

Aquellos desgraciados, el espanto y la escoria de las grandes ciudades, estaban medio desnudos. Aguardaban que el herrero de la cárcel viniese á sujetarlos en el cuello la argolla de hierro; la mayor parte de ellos no debian quitarse aquella traba infamante durante el resto de su vida. A esta argolla se unia tambien la cadena, cuya estremidad va soldada á cada pié del forzado. Un instante despues, aquellos desdichados debian marchar á sus mazmorras. Pero entretanto, en aquellos abismos sin nombre, reian, cantaban, y se decian mil chanzonetas horribles sobre su nuevo adorno. En los extremos del patio, otros infelices, condenados á muerte y que no debian esperar mas que el cadalso, decian adios á los forzados que partian, y para devolver

chanza por chanza, se reian del cadalso como los otros se burlaban de la mazmorra; ¡ah! ¡horroroso espectáculo, y cuan horrible, Dios mió, aquellos castigos de que el criminal hacia su vanidad, aquellos suplicios públicos sin piedad y sin remordimientos!

Como ví que se podia hablar á aquellos condenados á quienes esperaba el calabozo, y que respondian bastante cortesmente á las preguntas que se les hacian, interpelé á alguno para saber por qué iban al encierro.

Uno me respondió levantando los hombros que habia robado con violencia... nada mas.

Otro, que habia puesto una firma falsa en una letra de cambio... y esto era todo su crimen.

Un tercero habia herido á un amigo suyo, de un navajazo, en un momento de cólera... ¡No sabia verdaderamente por qué se habia enojado su amigo!

En una palabra, todos ellos habian cometido uno de aquellos crímenes que la ley no se atreve á castigar con la muerte, y como ya estaban castigados, como se hallaban en prision, como se estaban disponiendo para marchar á la mazmorra, verdadero infierno, sentíase uno inclinado á la indulgencia con aquellos hombres, se les miraba con piedad, se les compadecia y estaba dispuesto á olvidar los crímenes que iban á espiar tan duramente.

Sucesivamente todos ellos fueron respondiendo á nuestras preguntas, y algunos al mismo tiempo bajaban la cabeza y dejaban escapar hondos suspiros... Mas en seguida, como avergonzados de aquel movimiento de verdad consigo mismo, gritaban, cantaban, aullaban, blasfemaban y agitaban sus cadenas, digno acompañamiento de aquellos furores.

Entre los forzados, ví uno todavía jóven y bien formado, cuyas maneras eran distinguidas y su voz dulce; sonreíase de cuando en cuando como hombre inteligente y bien educado. Tuve ansiedad de saber cuál era su crimen, y ya me hallaba dispuesto á compadecerle con todo mi corazón.

—¡Soy un vil, un bandido, un malvado! gritaba el miserable... ¡Yo he herido á mi madre!... ¡Por esto me hallo aquí, en la mansion de las tinieblas y de los rechinamientos!

Al oír aquellas palabras, me quedé anonadado. Los mismos compañeros del jóven forzado, oyéndole hablar así de su madre, le contemplaban con horror. Y sin embargo, la mayor parte de ellos eran forzados viejos, endurecidos en el crimen y malvados consumados, pero que tenían una madre; y maldecir ó herir á su madre era el solo crimen, era la sola blasfemia delante de la cual retrocedían.

Por estas causas, recordaré toda mi vida Bi-

cetre. ¡Una infame prision, un triste hospital!
¡Bien digno de compasion es aquel que no tiene
otro refugio que el hospital, y bien miserable el
que no tiene otro asilo que el calabozo! Hay una
inscripcion como hecha de esprofeso para Bicetre,
que se halla escrita con letras de fuego sobre la
puerta del Infierno:—*¡Vosotros que entráis, dejad
á la puerta toda vana esperanza!*

LOS TRES AMBICIOSOS.

El cardenal, el secretario de Estado y el primer médico del rey.

EERAN antes de la revolución francesa, en la época que la mayor parte de las carreras estaban cerradas á cualquiera que no hubiese nacido caballero. Habia en una aldea no lejos de París, un alegre ventorro donde de ordinario se detenian todos los viajeros pedestres procedentes del Mediodía, que se contentaban con reposar en aquella modesta hostería. Puede decirse, que los recién llegados se paraban un instante en aquel sitio hospitalario para tomar aliento antes de entrar en París. ¡París, el embeleso, la fascinación, el espejismo! Todo se encuentra allí, nada falta: la afrenta y el honor, la miseria y la fortuna, la fidelidad, la traicion, la gloria!

Pero una hermosa mañana llena de encantos

y dulcemente impregnada de las auras del mes de abril, un jóven de diez y seis á diez y ocho años, ¡bella edad! de elevada talla, de rostro inteligente y fino, se presentó á la puerta del ventorro para tomar en él un desayuno. Toda la persona del jóven viajero respiraba fuerza y salud. Sus grandes y rasgados ojos negros estaban llenos de fuego; su boca sonreía aun con aquella sonrisa de la juventud, ¡dichosa y confiada sonrisa ingénua! ¡ay! que va disminuyendo y desapareciendo á medida que la vida avanza, y el jóven llega á ser hombre.

—¡Vaya, dijo á la mesonera, el desayuno! Hace ya cuatro horas que estoy caminando, y aquí donde me veis, tengo grande sed y no menor hambre.

Al acabar de decir estas palabras, entró en el mismo meson otro jóven, de apariencia aun infantil y menos robusto que el primero. Venía á pié como él, mas parecía muy fatigado. ¡Era un jóvencito endeble! Tenía la voz y las manos como las de una muchacha.

— Señora, dijo, entrando en una postura modesta, ¿quereis darme de desayunar, si os place, porque tengo bastante hambre?

A estas palabras, el moceton, el primer llegado, se adelantó con aire cordial hácia el jóven viajero.

— Amigo, le dijo, si gustais, podemos desayu-

narnos juntos. Sois un viajero como yo; de á pié como yo, tenéis hambre y yo mucha hambre; vais á París, y yo también. Pongámonos, pues, los dos á la misma mesa; pagaremos á escote; beberemos, vos á mi salud, y yo á la vuestra y entraremos juntos en París; una vez allí, nos daremos un apretón de manos y cada uno buscará la fortuna por su lado. ¿Acceptais?

El jovencito, con la misma voz de niño, respondió modestamente:

—Me haceis demasiado honor, señor, y acepto con gran gusto.

Hay en la juventud un encanto irresistible. Se encuentra á un jóven y, cualquiera que sea, se le quisiera comunicar la dicha, como en los tiempos de las hadas. Ciertamente la huésped del meson recibia bien á los viajeros habitualmente. Pero aquel día, los primeros que se servían eran los dos jóvenes viandantes; un instante bastó para aderezar su mesa en el mejor sitio, junto á la ventana que daba al camino; otro instante para preparar el almuerzo; abundante vino, mucho pan, una tortilla de chicharrones... y lo demás. Fueron servidos como reyes; es verdad que tenían en sí mismos el mas hermoso de los cetros, la juventud. Cetro sin igual, que se trasmite del padre al hijo; y el hijo ó el padre, en tan bella herencia, nada tienen que temer de la usurpacion.

Acababan de instalarse á la mesa; dirigian ya sus manos al plato humeante, estando ya cortado el pan y sus vasos bien llenos, cuando de repente un tercer viajero asomó la cabeza por la ventana y se puso á mirarlos. Este tercero tambien era un jóven de á pié, pero un jóven crecido, elegante, bien formado y de una figura imponente. Su aspecto estaba tan lejos de la petulancia del que primero llegó, como de la timidez del segundo. Tenia ya la actitud y la gravedad de un hombre.

Ciertamente que era hermoso. ¿Qué tiene de particular? Siempre es hermoso el que tiene quince años, una frente que sabe ruborizarse, y sobre esta noble frente, espesos cabellos castaños ó rubios, que caen en bucles flotantes. Pero volvamos al tercer viajero.

—Amigos míos, dijo á los dos primeros que estaban á la mesa, ¿tan apremiados os hallais que no podeis esperar á un pobre diablo como yo, que viaja y que tiene hambre? Esto me advierte que he hecho bien en llegar á esta hora y que no hubiera sido tiempo veinte minutos despues, viéndome obligado á contentarme con las escamas de esa magnífica tortilla humeante que, Dios me perdone, se percibe desde una legua que es tortilla de chicharrones.

Apenas hubo concluido de hablar, el moceton sonriéndose le tendió la mano y un vaso por la

ventana; el buen mozo tomó la mano y el vaso; le vació, abandonó la mano de su flamante compañero, entró en el meson y se sentó en otro de los extremos de la mesa; el jóvencito delicado, quedó en medio; muy admirado de que se pudiesen hacer en un momento tan escelentes conocimientos en el camino de Marsella á París.

Dejamos al ánimo del lector el figurarse si el desayuno seria honrado por aquellos tres jóvenes, cuyo apetito estaba aguzado tanto por la conversacion como por la marcha que acababan de hacer y el aire fresco de la mañana. El principio fué silencioso; no se oia mas que el ruido del cuchillo y del tenedor, duo encantador que se interrumpia por el choque de los vasos.

¡Hubiera sido preciso verlos!

El jovencito comia tanto como los otros dos; un observador hubiera podido asegurar fácilmente, que á pesar de su aparente timidez, sabia bien hacerse su parte en el gran valimiento, en la reparticion de la fortuna y de los honores.

El almuerzo fué breve, como todos los buenos almuerzos. Terminado, se pusieron en camino; dirigíanse á París los tres, y de consiguiente los tres seguian el mismo camino. Al principio los dos mas fuertes quisieron acortar el paso por deferencia al mas débil; mas éste les demostró muy pronto que no era hombre que se quedase atrás en el camino. Caminando así, riendo, ha-

blando ó callándose, ahuyentaron el fastidio del camino.

Llegados á la barrera de París, se detuvieron por un impulso comun. Hasta allí la conversacion habia sido viva y ligera, animada y placentera, lo que puede ser una conversacion de buen humor entre tres jóvenes bien dispuestos que caminan en un hermoso dia de primavera; mas al llegar allí, los tres á un tiempo se detuvieron quedándose graves y pensativos. Habia llegado el momento de separarse.

Tambien fué el primer viajero, el mas desarrollado de los tres, el que tomó la palabra:

—Yo, dijo á los otros dos, me llamo Portal; no tengo nada; llevo á París para ser miembro de la Academia de Ciencias, baron, profesor de la Escuela de medicina, millonario y primer médico del rey.

—Yo, dijo el otro, dando una carcajada, tampoco tengo nada; vengo á París para ser abogado general, par de Francia y comendador de la Legion de Honor.

Dicho esto, aguardaron la manifestacion del jovencito ingénuo, rubio y delicado.

—Yo, dijo, siempre con su dulce voz y su aire tímido, yo ¡oh, señores! me franquearé como vosotros, violentando mi modestia. Antes que haya cumplido los veinte años, habré reemplazado al padre Bourdaloue en su púlpito, al padre

Massillon en su sitio de la Academia, y, príncipe á mi vez de la Santa Iglesia y ministro del rey, llevaré el sombrero de su eminencia el cardenal de Bernis.

—En ese caso, dijeron los otros dos quitándose gravemente sus sombreros, ¡á vos os toca pasar el primero, monseñor!

Y al mismo tiempo las campanas de una iglesia vecina arrojaron á los aires sus sonidos vibrantes.

Entraron en París.

Ahora, ved á donde pueden llegar, no niños parlanchines, sino hombres de arrojo y de mérito. Aquellos tres jóvenes habian dicho la verdad: llegaron á los mas altos destinos. El uno fué el abate Maury, grande orador, grande filósofo y defensor del rey Luis XVI; afrontó el tumulto popular con peligro de su vida; ha muerto miembro de la Academia Francesa y cardenal de la Iglesia romana; bajó á la tumba cargado de honores y de respetos.

El otro, llegó con efecto á ser el conde de Treilhard. El nombre del conde de Treilhard pertenece á nuestra historia política. Hombre de Estado y hombre enérgico, fué un modelo, una fuerza, un consejo.

En fin, el jóven grande y apuesto llamado Portal, no ha faltado á su vocacion y á su destino, y fué ascendiendo como sus dos hermanos.

Fué el médico de los grandes y de los pequeños, del rico y del pobre. Por último, todos los honores de la ciencia le fueron concedidos; miembro de la Academia y profesor, lo era todo, excepto primer médico del rey. Lo esperó mucho tiempo.

Luis XVI, rey de Francia y mártir, cuando Portal no era mas que un estudiante de medicina, murió en el cadalso. La república no tenia médico, el emperador tenia uno que era su amigo; además, Portal no habia dicho que seria médico de un emperador, sino de un rey.

Con aprobacion general, llegó á ser el primer médico del rey Luis XVIII.

Yo oí su oracion fúnebre en la Academia de Ciencias, de la que él era orgullo. Y esta anécdota me interesó tanto, que la he retenido en sus menores detalles para contárosla.

LA VIRGEN DEL HOGAR.

VED aquí la historia de un buen jóven que, sin duda alguna, obtendrá este año todos los honores del Louvre. Estoy en la pista de los precoces adelantos; los amo, me encantan; ellos consuelan á los vencidos; glorifican á los vencedores; son un ejemplo, una esperanza, un enardecimiento. ¡La emulacion, la emulacion!

Hé aquí la historia de mi jóven: se llamará, si os place, sencillamente Julian, nombre que le dió su anciana madre, con el cual fué su esperanza un dia, y con el que es su orgullo hoy.

Ya tiene quince años. Uno de nuestros pintores mas célebres vió entrar un dia en su estudio un niño, cuya cabeza ornada de bucles y el aire tímido, los ojos azules y la pequeñez de su blusa

:

anunciaban mas bien una muchacha ignorante que un buen chico que quisiese llegar á ser hombre de provecho. Aquel mocito habia oido decir que el maestro de esta escuela de pintura era el mejor de los hombres, y, sin conocerle y sin recomendacion, el niño venia á poner su destino en manos de aquel hombre ilustre.

En la ocasion que Julianito entró en el estudio, hallábase ausente el maestro, y sus discipulos se aprovechaban de aquel momento de libertad para gritar á su sabor. Nada es mas atrevido, truhan, maligno y osado que un rapáz. *Rapaz* es el nombre de los muchachos de menos edad que aprenden á dibujar en el taller de los maestros. La generalidad de ellos no tienen malicia, pero viven de la malignidad y de las picardías. Así, cuando Julianito cayó en medio de aquella multitud sublevada, estalló un clamoreo desenfrenado, un ruido infernal, á través del cual confusamente se percibian chanzas punzantes y burlas sin fin.

Rodean á Julian, le oprimen, le miran picarescamente y le gritan á los oidos. Uno le canta: —Señorita, ¿quiere vd. bailar? Otro le adorna la cabeza con un bonete de papel. Un tercero, mas maligno, le embadurna su fresca cara con bermellon, á través del cual aparecen, sin embargo, los hermosos colores de la infancia. En una palabra, en aquella multitud se rivalizaba en decir una

frase mas truhanesca al recién llegado: — *¿Qué se ofrece, caballero?* — *Señor, ¿venís á ver si vuestro retrato está concluido?* — *Señor, ¿quereis servir de modelo para representar á Ajax y á Agamenon?* — ¡*Señor!* por aquí. ¡*Señor!* por allá. Es preciso advertir que todos ellos estaban espeluznados, poco limpios y mal arreglados. Apariencia, chaqueta, chaleco y pantalon de bandido.

Luego reian, despues gritaban y en seguida aullaban. De pronto, una voz que sobresalió por encima de las demás, gritó en falsete: — *¡Al agua, al agua el chicuelo!* — *¡A la tina, á la tina el marica!* Y agarran á nuestro pobre Julian por los hombros y se le arrojan uno á otro. ¡Ah! ¿qué hubiera dicho su pobre y buena madre que le habia lavado, peinado y ajustado su blusita perfectamente, si hubiera visto á su Julian con sombrero de papel, la cara pintarrajeada de rojo, y á punto de ser zambullido, vestido y calzado, en una tina llena de agua sucia? Y, sin embargo, Julian se dejaba manosear. Tenia sangre fria y no tenia miedo. Abandonábase á aquellos jóvenes malvados que le zarandeaban; queria ser pintor á toda costa, y se dejaba tranquilamente sumergir en el agua, puesto que era preciso empezar por esto.

No se puede decir cuándo hubiera cesado el clamoreo, ni hasta dónde habria llegado la burla de los implacables rapaces, si de repente un profundo silencio no hubiera sucedido á aquel ruido

formidable. Detuviéronse las voces de pronto, el estrépito cesó, y Julian quedó en suspenso sobre las espaldas de los dos mas grandes de la banda..... ¡Oh dicha! era que el maestro acababa de llegar.

Era el maestro bueno, pero severo; le gustaban poco los juegos ruidosos de sus discípulos. Llegaba, pues, con ánimo de enfadarse, cuando notó la grotesca figura de Julianito alzado sobre las espaldas de sus compañeros. Pero al aspecto de aquella cara afeminada pintada de rojo, de aquellos ojos azorados y de aquella imperturbable sangre fria, el maestro se puso á reir, y, aproximándose al niño, le dijo con la voz mas dulce posible:

—¿De dónde vienes, muchacho? ¿No ves, pobre cordero, que te has metido en medio de un rebaño de lobos carniceros?

Al mismo tiempo Julianito caia á sus pies, y respondió al maestro que le preguntaba:

—Señor, soy un pobre muchachillo, y un muchachillo muy pobre; mi madre no tiene nada absolutamente, y hallándome yo en el mismo estado, he venido á rogaros me admitais en vuestro taller.

—Hijo mio, sed bienvenido. Despues, dirigiéndose á sus discípulos:—¡A vuestros puestos, señores! Y cada uno volvió á entregarse á su quehacer.

Desde aquel dia, Julian fué el mas asídúo y aplicado del estudio del pintor. Conoció bien pronto que sus terribles compañeros no eran tan malos como aparentaban; y esto le hizo encontrar mas fácil la carrera en que acababa de entrar. ¡Dichas amables del estudio y de la juventud, á la que nada es comparable!

Era atrevido, juvenil, inteligente, valeroso, trabajador, paciente; tener alma y corazon, tales son las primeras condiciones de un artista. Nuestro amigo Julian tuvo todas. Comenzó lentamente, estudiando la naturaleza poco á poco, parte por parte; no la estudió al principio mas que en los detalles, á fin de poder saber pintarlos un poco mas tarde. Cada dia hacia un nuevo progreso. Cada dia la naturaleza le parecia mas hermosa. Era dócil á las lecciones de su maestro, pero era todavía mas dócil á las de la naturaleza; la estudiaba bajo todas sus fases, bajo todos sus aspectos y bajo cada rayo de sol.

Bien pronto pudo diseñar con mano segura los hombres y los animales, las plantas, las aguas, la tierra y el cielo. Hecho esto se elevó á la reproduccion de las pasiones humanas; acabó por arrebatár á los grandes maestros la ciencia de su color.

Paseábase todos los dias por el magnífico museo de nuestro Louvre en medio de mil obras maestras. Contemplaba con silenciosa devocion

aquellas obras procedentes de todos los puntos del mundo. Al aspecto de aquellas obras inmortales, el joven Julian sentia en sí alguna cosa que le decia : *Tú tambien, tú serás pintor á tu vez.*

En las artes el progreso es rápido, una vez que se está ya en el progreso. Lo difícil es empezar bien; lo difícil sobre todo es seguir á una inclinacion bien marcada. La vocacion de Julian le habia sido revelada por su madre, cuando todavía era un niño. Su madre no habia conservado de su pasada fortuna mas que una hermosa Vírgen de la escuela italiana, delante de la cual cada mañana, habia enseñado á su hijo á rezar á Dios y á la Vírgen. Esta Madona era tan hermosa, sus manos juntas eran tan blancas y tan dulce su mirada, que el niño poco á poco, á fuerza de ver su Madona y de dirigirla sus oraciones, se habia acostumbrado á amarla como á una segunda madre.

Por este medio, Julian habia aprendido felizmente á comprender todo el poder de la forma y del color sobre las almas humanas. El amaba, pues, aquella hermosa cabeza de la Vírgen con el amor de un niño, sin notar que la amaba como un artista, y he aquí lo que le habia inclinado á dedicarse á la pintura. Un día de invierno que tenia frio y hambre en casa de su madre, uno de aquellos largos dias completamente sombríos, sin pan y sin fuego; Julian vió entrar en su re-

ducida casa un hombre de mala traza; aquel hombre se fué derecho al cuadro de la santa Virgen, único adorno de aquella mísera morada: tomó el cuadro con sus dos manos, sin respeto; despues, aproximándose á la ventana le miró mucho tiempo con atencion; hecho esto, el hombre se volvió hácia la madre de Julian, y con una voz que hizo estremecer al niño:

—Este cuadro vale bien diez luises, la dijo: ¿los quereis?

La madre titubeaba. Su hijo tenia hambre, ¡pero la Virgen era tan bella!—¡Oh madre! dijo Julian, no la vendais. Nos ha bendecido tantas veces....! No la vendais.—¡Veinte luises! decia el hombre.—Julian continuaba suplicando por la Virgen.—¡Pues bien! vayan cincuenta. La madre y el hijo, por un sentimiento unánime, arrebataron la Virgen de las manos del prendero.

Puede decirse que aquella Virgen llegó á ser la protectora de tanta miseria. A fuerza de sonreir á Julian, le inspiró aquel gusto escelente para la poesía y las bellas artes; y á fuerza él de contemplarlos, por la mañana al levantarse, y por la nocha al irse á acostar, descubrió el secreto de aquel colorido esquisito y de aquellas formas divinas.

—¿Pero á dónde vas á buscar tus modelos, mi Julianito? decia muchas veces Mr. Gros á su discípulo. ¿En dónde has encontrado el azul de esos

ojos encantadores, lo *rubio* de esos cabellos envidia del sol? Julian no sabia qué responder. Se olvidaba de la *Virgen*, huésped constante y encantadora de su humilde hogar; y cuando amaneció por fin el gran día de la esposicion, bajo las bóvedas del Louvre, en los mismos sitios donde brillan con eterno esplendor Rafael, Leonardo de Vinci, Carrache y Murillo..... La *Virgen* de Julian, tranquila y serena, un pié sobre el abismo y la mirada en el cielo, atrajo inmediatamente todas las almas y todos los corazones.

--¡Honor á Julian! decia la escuela entera!—
¡Ah, niño mio, añadió Mr. Gros, tú eres un maestro!

Y los mas grandes pintores se admiraron de que un niño hubiese penetrado ya tan profundamente los misterios de su arte.

¡Era aquella la *Virgen* de Julianito! Era la obra maestra desconocida, era la bendicion de Nuestra Señora de las Artes, era una pintura de Rafael que habia coronado sus milagros, ensalzado á aquel grande artista y glorificado aquella humilde casa.

EL ASILO.

AH! ¿no ois el viento que sopla semejando gemidos ó aullidos? El tiempo es rudo para los pobres, el frio estiende por aquí, por allá bajo, por todas partes, su manto de hielo; y vosotros, niños, rodeados de tantos cuidados y de tanto amor, no sospechais quizá que cerca de vosotros, en lo alto tal vez, en el último pico de la casa que habitais, una familia indigente carece de pan y de fuego; acaso allí arriba una pobre madre, obligada á salir de su vivienda para ganar con el trabajo de sus manos el pan de su familia, se halla, sin embargo, imposibilitada de hacerlo por sus mismos hijos.

¡Cuánto no sufrirá durante el largo dia! ¡Pobres niños! ¿Quién cuidará de ellos si les aban-

dona? No deja á nadie en su zaquizamí que guarde á su familia, ni abuela á quien confiar sus hijos, ni una buena vecina que les vigile. Es verdad que en aquellos sitios el pobre habita con el pobre; pero en las viviendas de la indigencia, cada inquilino se halla forzado á ganar su vida dia por dia, hora por hora. ¡Ah! ¡cuántas madres impelidas fuera de su hogar por el trabajo, el imperioso trabajo, y retenidas al mismo tiempo por sus hijos, por sus pequeñitos hijos, se han visto en la cruel necesidad ó de morir de hambre ó de abandonar á su familia! ¡Oh! ¡cruel alternativa! ¡Ah! ¡miseria inefable!

Pero el niño podia quedarse solo. Mas es un pequeño ser imprevisor y sin fuerza que no se puede abandonar á sí mismo. Tiene necesidad de un ojo vigilante que vele sobre él; de una sonrisa cuidadosa que le anime cuando hace bien, ó una mirada severa que le detenga. Dejad ¡á un niño completamente solo y se pierde. Completamente solo, el niño se vuelve sombrío, y está mas triste que un espósito; duerme cuando su madre va al trabajo, y al otro dia, cuando su madre vuelve al trabajo, duerme todavía. Por otra parte, está escrito en el Evangelio: *No es bueno que el hombre esté solo.....* pues con mas razon, el niño.

¿Pero cómo auxiliar aquella pobre madre que no puede quedarse en su casa, y que tampoco

puede llevar consigo á su hijo ó á su hija? ¿Cómo auxiliar á los hijos del pobre, en cuya casa no hay ni fuego, ni pan, ni nadie que les cuide, les instruya y les socorra durante todo el santo dia? Consolaos, niños, la caridad es ingeniosa, la beneficencia es una excelente guardiana del pobre. Y la beneficencia y la caridad han sido creadas principalmente para los hijos de los pobres que se hallan recogidos en las *casas de asilo*. Dedicados, pues, en seguida á proteger á esos pequeños espósitos del dia, dichosos con ver á su madre cada noche.

En cada distrito, en cada ciudad, en cada pueblo, se dedica á los niños que no tienen casa en ellos, una morada, si no rica, bien acondicionada y bien abrigada en el invierno, bien ventilada en el estío y sana en todo tiempo. Aquella habitacion es un verdadero clíseo para los pobres niños, habituados á las oscuridades, á incomodidades de sus tristes prisiones, de las bohardillas bajo las tejas ó de las calles estrechas y mal sanas.

Cada asilo está gobernado por un inválido viejo, un buen hombre, que ama á los niños como á su perro de aguas, ó por alguna buena mujer ágil, lista, dulce y viva, que llega á ser de este modo la madre de todos los pobrecitos que están bajo su tutela.

Todas las mañanas, el padre que va á traba-

jar en los campos durante todo el día y la madre que sigue á su marido, llevan sus hijos á la casa de asilo. A la puerta de este amable lugar, el niño se despide de su madre para todo el día, y en seguida entra en su casa, en su palacio. La casa se halla dispuesta á propósito para recibir á su pequeño señor y dueño. Entra: hállase en medio de niños tan pequeños como él. Desde aquel momento comienza la sociedad para aquellos niños que estaban destinados á vivir aislados..... Se miran, se comprenden; bien pronto son amigos, reúnen su pobre escasez y se reparten el frugal desayuno, realizándose esta encantadora frase de Charlet: *Yo te doy lo que tengo, y tú me das lo que tienes.*

Y allí, en aquella mansion iluminada por la mas dulce claridad, aquellos niños, tan pobres por la mañana, ricos ya, no hay mas que dejarlos ser dichosos. Juegan, cantan y se hacen juguetes de todo género; rodean á la buena mujer que les sirve de madre, y les cuenta las mas interesantes historias que recuerda. Durante este tiempo, el padre y la madre, tranquilos respecto á la suerte de su pequeñuelo, trabajan con todas sus fuerzas y son dichosos al pensar que su hijo se entretiene, que está rodeado de cuidados, que está abrigado y que hace sus cuatro comidas.

El salon del asilo está caldeado en invierno y sombrío en estío. Hay pocos asilos que no

tengan delante de su puerta algun hermoso árbol muy copudo, un frondoso tilo cargado de flores para dar sombra á los niños y protegerlos con sus ramas. Gracias á estas bienhechoras instituciones, el hijo del pobre, á su vez, conoce la primavera en todo su esplendor, respira, canta, se desarrolla, se anima como todos los demás niños, no distingue lo que es la miseria, tiene aire, flores, sol, espacio y amigos.

¡La miseria es horrible! Impuesta á la infancia es casi una impiedad. ¡Si supiéseis lo que es la miseria y la servidumbre! Paseábame yo un dia cabalmente por delante del palacio de Justicia, palacio inmenso, tan grande como un pueblo, y lleno por completo del ruido, del movimiento y de la majestad de las leyes. Allí se debatian todas las fortunas, grandes y pequeñas. Allí se cuestiona, y muchas veces á la misma hora, por el valor de un escudito y por la cabeza de un hombre. El dia de que os hablo, en una de las salas del palacio de Justicia, en medio de ladrones, estafadores, falsificadores, truhanes, y otras escorias de la sociedad, una pobre muchacha rubia esperaba la llegase su vez para ser juzgada y condenada.

¡Figuraos la muchacha mas bonita del mundo! ¡Una sonrisa! ¡una gracia tan fresca y tan linda! No se notaba que su vestido, de color amarillo súcio, un pobre vestido de verano en medio

de un invierno tan crudo, estaba roto en varios lados: sus zapatos, demasiado grandes para sus pequeños pies, chorreaban agua por todas partes; un estropeado sombrero de paja se tenia apenas sobre su mona cabeza; agrega á esto su actitud humilde y triste, y una voz tan dulce y una mirada tan tranquila!

Verdaderamente que formaba un delicioso contraste con aquellos horribles bandidos sentados en el banquillo de la infamia ¡inmundos, horribles, espantosos! Aquellos desgraciados, sin querer y tal vez sin saberlo, contemplaban á la pobre niña con no sé qué mirada de piedad inexplicable. Aquellos hombres sin fé ni ley, sin casa ni hogar, se preguntaban entre sí qué habria hecho aquella inocente muchacha, para ser arrastrada, como ellos, delante del juez y estar ante tan temible tribunal.

Cuando los jueces se instalaron en sus sitios, se hizo aproximar á la pobre muchacha, y el señor presidente del tribunal (¡era padre!) con la voz mas dulce posible, y como si hablase á su propia hija, preguntó á la infantil acusada, su nombre y su edad.

Respondió modestamente, pero sin turbarse, que se llamaba María, como la Santa Virgen, que no sabia su edad, que era hija de una pobre mujer, muy pobre, y que su madre la habia dejado, llorando, en una calle muy llena de gente, y la ha-

bia dicho que la esperase... pero ¡ay! no habia vuelto.—Ella habia llorado, habia tenido hambre, despues sueño, y cuando vino la noche, la pequeña María se habia acurrucado detrás de un guardacanton y allí se habia quedado dormida. De repente fué despertada por unos soldados, que la llevaron á la cárcel. Esto fué lo que la niña contó á los jueces, y lo que los jueces oyeron con tristeza.

Cuanto mas crezcáis, vereis mas ejemplares de que muchas veces los mas grandes servicios prestados á la humanidad, le son hechos por los mas pequeños. El que primero proporciona un lecho al enfermo sin recurso ni asilo, hace una accion mas grande y mas útil que los reyes desconocidos que erigieron las pirámides de Egipto, montañas figuradas, vanos mausoleos que ni aun encierran el cadáver de sus fundadores. La fuente colocada en un camino arenoso y empolvado, que arroja un cristalino chorro de agua al viajero sofocado, es muchas veces un bien mas grande que esos fastuosos monumentos de mármol, incrustados de letras de oro. No basta hacer el bien, es preciso saberle hacer, y hacerle oportunamente, sin fausto, sin vanidad, sencillamente.

Así la primera fundacion de las casas de asilo es una de las instituciones mas útiles y menos costosas que la caridad ha imaginado. Erigir un hospicio para los ancianos cuya vida está ya

cansada y que no saben dónde morir, es una tierna idea; abrir un asilo á la infancia que no sabe dónde crecer, es una idea á la vez útil y piadosa. Al viejo cargado de años, cuya mision en la tierra está cumplida, proporcionémosle el reposo. Pero el niño se halla en la primavera de la vida; él es el porvenir del mundo, y el mundo le debe toda su solicitud y todo su apoyo.

Sin embargo, los jueces se hallan muy embarazados y esto consiste en la ley. No consiente esta, aun á los mas niños, ni á los mas pobres, carecer de domicilio. Se puede seguir una ruta y tambien detenerse mientras dure el dia; mas por la noche está prohibido tenderse en una calle y dormir en ella, aun en las noches mas bellas y suaves del estío. La niña María habia, pues, sin saberlo, contravenido á la ley. Por el crimen y por el abandono de su propia madre se hallaba en poder de la justicia..... y era culpable. ¡Habia incurrido en una pena! y sus jueces, intérpretes de la ley, buscaban un medio de salvar á aquella niña. ¿Cómo hacerlo? Echarla á la calle ó condenarla á vivir en alguna prision..... era igualmente imposible.

De pronto, una buena vieja, de rostro honrado, pobremente vestida, con aire muy dulce y muy tranquilo, sale de entre el grupo que formaba el público, y, adelantándose hácia los jueces, les habló así:

—Mis buenos señores, dijo, puesto que la muchacha no tiene madre, sería horrible encerrarla; no tiene mas falta que ser niña. Dádmela, dádmela; seré su madre y ella será mi hija. Yo me llamo María Martillon..... ella se llamará María Martillon como yo, ¿no es verdad mi pequeña María? La enseñaré á rezar, á leer, á hilar, á coser, en fin, todo cuanto yo sé. Dádmela, dádmela por hija.

Además, sabed, mis buenos señores, que amo mucho á los niños; pasan de veinte los que amo, visto, caliente y llevo á paseo todos los dias. Un niño mas ó menos ¿qué importa? ¡Basta tan poco para alimentarle!

Así habló la buena mujer. La niña María, oyéndola espresarse de este modo, se arrojó en sus brazos vertiendo lágrimas y llamándola *¡mamá, mamá!*

Todos nos hallábamos conmovidos, jueces y auditorio. El presidente del tribunal decretó en el momento que la pequeña María siguiese á su madre adoptiva María Martillon.

María Martillon era una pobre mujer; pero habia inventado, inspirada en su caridad, las casas de asilo. A fuerza de tratar niños, habia aprendido á amarlos.

LUIS MORENO, EL SALVA-VIDAS.

Fu dias pasados á ver á la madre de Pablo; la madre se hallaba ausente, pero el niño estaba en la casa. Pablo es un diablejo encantador con cabellos negros, pero no tan negros que oculten que el niño ha sido rubio. Su padre es militar, ha educado á su hijo imbuyéndole una pasión turbulenta por la guerra y por la gloria de las armas, tanto que el *mayor*, Pablo, es ya un verdadero héroe, no pensando mas que en victorias y conquistas.

Aquel dia Pablo estaba todavía mas belicoso que de ordinario; representaba un húsar con casaquilla encarnada y pantalon blanco; el *boa* de su madre le servia de tercerola, y un viejo sombrero de baile, con su encopetada garzota blan-

ca, se habia convertido en un formidable adorno militar; en su mano derecha el niño blandía un cuchillo de marfil que habia sacado de un libro nuevo medio cortadas las hojas; en fin, para completar su aspecto militar, el niño se habia dibujado, con corcho quemado, un detestable par de mostachos, los mas majestuosos que jamás hayan ennegrecido el lábio de un viejo coronel de la guardia real.

En el momento en que yo entraba en la sala, el terrible Pablo, general en jefe de un ejército mas numeroso que las arenas del desierto, acababa de tomar por asalto la ciudad imperial y ciudad santa de Moscow! Un sillón de brazos representaba el Kremlin; sobre aquel sillón, nuestro *generalismo* habia plantado su bandera..... el pañuelo encarnado que su madre habia arrollado aquella misma mañana alrededor del cuello de su hijo.

El niño, entusiasmado con su triunfo y de pié encima del sillón..... ¡perdon!.... del Kremlin! estaba poseido del demonio de la conquista; su estatura era mas elevada, su cara mas animada, su mirada mas fiera; tenia verdaderamente una noble actitud.

— ¡Ah! ¡victoria! grité yo saludando profundamente al vencedor. ¡Salud á V. M., dueño del mundo! Y al mismo tiempo puse una rodilla en tierra y ofrecí al terrible general las llaves de la

ciudad que acababa de conquistar..... un par de tijeras colocadas de plano sobre una pantalla de chimenea.

Este guapo muchacho tiene al menos, tanta penetracion como valor; comprendió muy bien mi inocente ironía; las armas se le cayeron de las manos; trató de borrar su mostacho ausente con la manga de su *dolmán*..... y no hizo mas que estenderlo desvaneciéndolo; al mismo tiempo bajó del sillón ó sea del Kremlin, y despues me dijo con una sonrisita ingénuu.

— ¡Bueno, esto será para cuando yo llegue á grande!

Habia no sé qué de encantador en la resignacion de aquel noble niño.

—Vamos, le dije, en la guerra como en la guerra. Pero ¿no somos buenos amigos? ¿Será preciso enfadarse por una chanza? Cuando seas grande, amigo Pablo, comprenderás que la vida humana no se ha creado únicamente para tomar ciudades, ganar batallas y matar hombres..... si lo deseas podria convencerte en seguida..... ¿quieres?

Al oirme hablar así, el niño abrió mucho los ojos: no podia concebir que hubiese en el mundo otra gloria que la gloria militar, ni otro renombre que el renombre ganado con la punta de la espada. Sucedióle lo que á los soldados veteranos, á quienes en vano llevareis á los mas her-

mosos conciertos; ellos prefieren el ruido del cañon á la voz de la Grisi; á la orquesta de la ópera, el estrépito del tambor.

Despues que hubo meditado un poco sobre mi proposicion, el niño levantó los ojos hácia mí como para pedirme la demostracion de mi opinion pacífica. Al pronto quedó pèrplejé; las pruebas ilustres en favor del valor civil son muy numerosas en la Francia guerrera, y el embarazo aquí consiste en la eleccion.

Yo queria citar un héroe contemporáneo, un heroismo reconocido de todos y reciente. De pronto vino á mi memoria un escelente tipo, un héroe del valor cívico, de quien la ciudad de Rouen se gloria y con justicia.

—Escucha, dije á Pablo, ¿ves en la esquina de la calle á aquel hombre sentado sobre sus parihuelas? Está mal vestido y á las órdenes del primero que pasa, al capricho ó la necesidad del que llega; va de un extremo á otro de la ciudad á pesar de la lluvia y del lodo, del viento y del hielo, y va por un corto salario! Pon tu pié sobre el banquillo de ese hombre, y ese hombre, humildemente encorbado, limpiará tu calzado del mismo modo que todas las mañanas lo ejecuta el criado de tu mamá.

Pues bien, ¿qué dirias si se te probase que un hombre semejante á ese, de su misma humilde condicion, se halla tan considerado y tan honra-

do y cubierto de gloria como tu mismo padre, tu padre general, cuando va á pasar la revista al Campo de Marte, al lado del príncipe real.

Confieso que, al pronunciar estas palabras, un vivo sonrojado subió á la cara del niño; pero yo, sin inquietarme por su estrañeza,

—Sí, añadí; ¿y qué dirias si tu mismo padre se honrase con la amistad de semejante hombre, si le diera la mano en medio del dia, y si, viendo en su ojal esa cruz de honor que tu padre ha ganado en las batallas, tu padre llamara á ese mozo de recados:—*¡mi camarada!* Te preguntaría otra vez: ¿qué dirias?

—Diria, replicó el niño, diria..... Pero vd. me está refiriendo un cuento del kalendario de las patrañas, un cuento insulso.

—Te cuento una historia de ayer. Escúchala para tu provecho; aprende en buen hora que hay gloria para todos y para cada uno en este mundo; solo se trata de saber dónde se halla esa gloria y el modo de alcanzarla.

La célebre capital de Normandía, Rouen, posee un pobre mozo de recados, mas pobre de seguro que ese que ves á tu puerta. Se llama Luis Moreno, y en dia feliz, paseándose un dia por las orillas del Sena, se dijo á sí mismo: Soy pobre, ignorante, desconocido: es preciso por lo mismo que sea útil á mis semejantes. Y del mismo modo que tú ahora recordabas conquistas, ciudades

tomadas por asalto, hombres degollados, soldados muertos bajo la metralla, él recordaba que cuando todavía era niño, salvaba la vida á niños como él, y que arrancaba á las olas irritadas padres de familia á punto ya de ser tragados por ellas.

Bien pronto su ardiente recuerdo de humanidad tomó una forma atrevida, brillante. Para comenzar su tarea, salvó á un mozo que se ahogaba; y le salvó con peligro de su vida; le llevó á su madre próxima á morir de dolor, y se vió cubierto de lágrimas, de reconocimiento y de amor maternal: entonces comprendió todas las dulzuras de la gloria. Tú, hijo mio, durante todos los momentos de tus sueños triunfales, no veias mas que el ruido y el brillo.

Aquel dia, Luis Moreno (es preciso no olvidar este nombre) comprendió que era verdaderamente un hombre, y que tenia con efecto una noble mision que cumplir. ¡Salvar á los hombres! Es preciso advertirte tambien que en el sitio que habia escogido para ejercer su propósito, el rio es largo, impetuoso, profundo, rápido, desapiadado; que era preciso mucho tiempo para disputarle su presa, y que ciertamente no bastaba un gran arrojio para buscar un hombre en el fondo de aquel abismo; era necesario además un gran vigor y mucha sangre fria.

Despues que Luis Moreno hubo hecho su

aprendizaje, no pensó mas que en la mision que se habia impuesto. Constituyóse en el guardian de aquel rio peligroso; se hizo el ángel protector de aquellas aguas terribles. Apenas habia ganado el pan cada dia, encaminábase precipitadamente á su puesto, los ojos fijos sobre las olas. ¡Qué de veces previno grandes desgracias! ¡Cuántos arrancó á la muerte, nadadores imprudentes, marineros intrépidos que jugaban con el peligro!

De este modo ha salvado ¿comprendes tú esto, mi capitán? ha salvado veinte personas durante su vida; ha sido la providencia visible de los hombres que gritaban: ¡*Socorro, perecemos!* Ha salvado al niño, ha salvado al viejo, ha arrancado al marinero del naufragio, ha sacado de las profundidades del agua al curioso que tomaba al Sena de Rouen por el Sena de París. En cada desastre, en cada accidente, se le hallaba, noche y dia, centinela vigilante, atento y no retrocediendo ante ninguna tempestad.

Así, cierto dia una barca atravesaba el rio á la vela; en aquella barca, enteramente entregada al viento que formaba torbellino, iban dos jóvenes escritores llegados de París; de repente su esquife zozobra, uno de aquellos hombres es tragado por el rio y nada le puede salvar..... ¡si Luis Moreno no estuviera allí!

Poco á poco, á fuerza de salvar á los hombres

y de ocultar su valor, Luis Moreno vió su nombre repetido con honor entre el pueblo, el pueblo es amante de todos los géneros de heroismo; es buen conocedor de lo que constituye la gloria, y como realmente es el que da la gloria á los gloriosos, se puede y se debe deferir á la voz del pueblo tan pronto como él designe un hombre á la admiracion de todos.

Llegó un dia pues, y sin que él pensase en ello, que Luis Moreno se vió rodeado de respeto y de simpatía. Su nombre fué pronunciado con ternura y con entusiasmo; designaban los hombres que habia salvado, contábanse los peligros que habia corrido. Abríase la multitud al paso de Luis Moreno. En el muelle, la multitud bendecia á Luis Moreno. Apenas llegado un forastero á aquella antigua ciudad normanda, llena de monumentos góticos y de preciosos recuerdos, pedia saludar á Luis Moreno.

La ciudad de Rouen estaba mas orgullosa de Luis Moreno que de su catedral; y la ciudad de Rouen tenia razon; el mas magnífico monumento de piedra ó de mármol no vale lo que una virtud viviente, activa y dando á todos el noble ejemplo de la abnegacion y de la vocacion.

No tardó en llegar la hora para este héroe de la recompensa y de los honores. Y esto fué por el poder soberano de la verdadera gloria, que obliga á los mismos reyes á ocuparse de ella. Re-

compensóse á Luis Moreno como virtudes semejantes quieren ser recompensadas, por el honor. A cada hombre que libraba *el Salva-vidas*, se le daba una medalla. En fin, cuando llegó á su vigésimo alto hecho, como no habia ya medallas que darle, el rey envió á Luis Moreno la cruz de honor. Y créeme, hijo mio, esta es una cruz bien ganada.

Se ha dicho desde hace mucho tiempo, que el valor civil es igual á todas las virtudes guerreras. Si es alguna vez glorioso matar á los hombres, vale cien veces mas salvarlos.

Quizá irás á creer que Luis Moreno cubierto así de honores, rodeado de reconocimiento y de respeto, quiso tomar al menos algun reposo, como hace el capitán venido de la guerra que cuelga en la muralla su temible espada y toma asiento en el hogar doméstico para descansar en adelante hasta la muerte..... Pero él posee uno de esos heroismos que no conocen descanso. Tal era el heroismo de Luis Moreno. Sus nuevos honores no hicieron en él otro efecto que animarle mas á hacer bien. Quedó lo que era, el hombre que vale por la salvacion de todos. El rio constituia un campo de honor. Llegada la noche, Luis Moreno salia de su casa y exploraba el rio. Si la tempestad estaba lejos, pero rugiente, amenazadora..... ¡Sus! ¡sus! Luis Moreno, al primer murmullo del rio alborotado, se arrojaba de su cama;

escuchaba los ruidos de la tempestad: no pensaba mas que en la mision que se habia impuesto, y sin embargo, se hallaba pobre: su trabajo habia aumentado, no su salario; tenia una mujer, tenia una hija, tenia su anciana madre que alimentar... ¡Antes que todo, tenia náufragos que salvar!

Un dia de invierno, de este duro invierno que todavía no ha terminado, y cuyos rigores tú apenas has sentido, hijo mio, en esta casa templada y bajo el abrigo de tu bienhechora madre, al paso que Luis Moreno habitaba en una humilde cabaña, bien triste y miserable y bien incómoda: ¡ah! ¡la implacable miseria no respeta ni la virtud, ni el talento, ni la gloria! Antes al contrario, podria decirse que da preferencia y se introduce por los umbrales mas respetables, complaciéndose en encorbar con su yugo de hierro las cabezas mas altas. Pues un dia del rudo invierno, el pobre Luis Moreno estaba al lado dellecho de su anciana madre que se moria. Bajo aquel techo glorioso la miseria era grande; un suelo desnudo, una cama sin cortinas, un fuego... ¿pero puede llamarse fuego á cualquier cosa incierta y sin calor que vacile en el fognon? Tampoco habia nada que pudiese hervir en la olla. ¡Ah! el gran Corneille, nacido en Rouen como Luis Moreno, tampoco tuvo caldo cuando murió.

Velaba Luis á su madre con el valor del hé-

roe, con la resignacion del cristiano. De todos los hombres que habia salvado, ni uno solo estaba allí para ayudarle. Aquel salvador que habia devuelto tantos hijos á sus madres... no tenia á su lado ni una de estas madres, que se ocupase de que la señora Moreno iba á morir. Sin embargo, el viento soplabá fuera, la nieve azotaba con gran ruido á los vidrios, el invierno cercaba á aquella casa desolada; ¡el invierno y las enfermedades! Luis Moreno, su mujer y su hija mirábanse en silencio. En su lecho, la anciana madre se movia lentamente, sin quejarse; estendia alguna vez su mano temblorosa para tocar la mano de su hijo.

De repente, saca á Luis Moreno de su silenciosa desesperacion un gran grito que cree oír: ¡un grito prolongado de infelicidad, de horror, de agonía! ¿Pero qué hacer? ¡Oh cielo! ¡Su madre está muriéndose y le tira de un brazo! Mas allá abajo, hay desdichados que le llaman: no vacila.-- ¡Adios, madre mia! Y su madre, besándole, le vió partir, satisfecha del heroismo de su hijo.

He aquí lo que habia sucedido. A la orilla del rio helado, toda la ciudad, sí, toda la ciudad dichosa, rica y que convierte en placer el mismo frio, habia llevado su fiesta y su ocio. Regocijábanse sobre el hielo; estaban orgullosos de atravesar, á pié enjuto, aquel rio inmóvil. Así pues, entregábase cada cual á la alegría sobre aquel

campo helado. Se bebía, se comía; los ligeros patinadores trazaban, en torno de las bellas paseantes, mil círculos fantásticos cuando de pronto ¡Oh desastre! un movimiento horrible se percibe bajo los pies de aquella multitud espantada.

Un abismo entreabierto amenaza á aquellos hombres tan listos, á aquellas bellezas tan encantadoras, todos tan gozosos poco antes. Surge el pavor y embarga á las almas y los cuerpos. ¡Sálvese el que pueda! Y al huir se precipitan desatinados sobre el río implacable. ¡Ah! ¡Dios sea bendito, el hielo resiste aun lo bastante para que toda aquella muchedumbre, en fin, llegue á la tierra.....!

¡Ay, que desgracia!

En el momento en que todo el mundo se creía salvado, desaparecen en el fondo de la sima un hombre y una mujer. Y he aquí por qué la ciudad había arrojado aquel gran grito que había herido á Luis Moreno y le había arrancado del lecho de su madre agonizante.

Había adivinado todas las desgracias acaecidas con un maravilloso instinto; corre al sitio funesto, se inclina sobre el hielo crugiente, estudia el agua profunda y presta atento oído para saber hácia que lado se perdían las dos víctimas.

En seguida, casi al mismo tiempo, precipítase en el abismo, y bajo aquella corteza sólida que podía aplastarle con uno de sus pedazos, en aque-

lla oscuridad profunda, nada con atrevimiento. Sin embargo, el río, protegido por su capa de hielo, huía ó lo lejos, hácia el Océano, arrastrando su presa y sin temer que Luis Moreno consiguiese arrebatársela.

Por fin, cuando cada uno decia: *¡está perdido!* el salvador en su carrera siente... no sé qué siente; apodérase de ella, remonta atrevidamente la corriente, halla el agujero del hielo, se agarra con una mano vigorosa al borde del témpano, y con la otra atrae á sí una mujer desmayada, moribunda, pero salvada. Las manos se agitan aplaudiendo, reconócese á Luis Moreno, y héle ahí de nuevo que vuelve vencedor de la muerte. ¡La ciudad entera se felicita... solo un hombre se perderá!

Felizmente, Luis Moreno no ceja con facilidad ante la muerte. Despues de depositar su preciosa carga, va á precipitarse de nuevo. En vano se le quiere contener; está débil, se halla herido, sus miembros están traspasados del frío: corre á una muerte cierta... Todo es inútil; por segunda vez se le ve lanzarse al abismo; se sumerge, vuelve á sumergirse, aparece en la boca de la sima, respira, y húndese de nuevo.

¡Ah! tú comprendes perfectamente, hijo mio, ¡cuán grande era el peligro! ¡Nadar bajo el hielo, en la oscuridad, sin aire, á tientas; y con ambas manos buscar un hombre, un cadáver! Pues es-

to hizo Luis Moreno..... En el instante en que iba á morir amortajado con su triunfo ¡Oh dicha! halla al hombre.. ! Recobra entonces sus fuerzas; redobla su valor. y la Providencia, una vez mas, le vuelve á la dulce luz del dia!

Al pronto se creyó que Luis Moreno habia perecido. No tardó en presentarse Echósele una capa sobre los hombros, y entonces se acuerda que habia dejado á su madre en la agonía..... Ahora, despues que habia salvado á dos personas, queria volver á ver á su madre; queria contarla, antes que espirase, aquella nueva felicidad de su hijo. ¡El desgraciado llegó demasiado tarde! ¡Su madre habia muerto! ¡ah! muerto de frio quizá. Pero que Luis Moreno se consuele pues no viéndole á su lado, su madre sin trabajo adivinaria donde se hallaba su hijo.

¡Y su madre, feliz y orgullosa, daría en paz el último suspiro!

Habiendo tenido por testigo á la ciudad entera, el nuevo hecho de Luis Moreno, consiguió que la ciudad, por fin, se ocupase del porvenir de aquel ciudadano admirable. No quiso verle entregado por mas tiempo á aquella miseria impía. Reunióse pues, en la casa de ayuntamiento y se decidió unánimemente que Luis Moreno en adelante seria alimentado y sostenido por la ciudad donde nació el gran Corneille. Sí ¡Moreno! se te edificará en aquel puente temible una casita; y

desde tu casa, desde tu lecho, verás la ola que sube. ¡Se exhala un lamento..... en seguida le oirás. Que se ahoga una persona.. instantáneamente, en estío y en invierno, con el frio y el calor, podrás salvarle! ¡He ahí tu casa! he ahí tu dominio, tu elemento, tu rio. Del mismo modo, en otro tiempo en Lacedemonia, los vencedores en los juegos olímpicos vivian á costa de los ciudadanos.

Al mismo tiempo, la ciudad de Rouen adoptaba como su hija, á la hija de Luis Moreno.

Y ahora, yo te pregunto, Pablo ¿estás bien convencido de que la gloria civil es por lo menos igual á la gloria militar, y que se puede ser un gran ciudadano bajo el vestido grosero del jornalero, tan bien como bajo el uniforme bordado de general?

A estas palabras, sin responder, el niño salió del aposento con las lágrimas en los ojos..... y un momento despues vino hácia mí con paso ligero. Se habia quitado el uniforme y lavádose los mostachos; el leoncito guerrero estaba convertido en un simple ciudadano.

—Amigo mio, me dijo, quiero llamarme Pablo-Luis. Pablo, en honor de mi padre, y Luis, en honor de Luis Moreno, el héroe.

Cuatro ó cinco años despues de la relacion que acabo de hacer, hubo allí, en el mes de diciembre, una gran tempestad. Oíase (desde tan

lejos), al Océano embravecido. El rio estaba sombrío y se agitaba: Moreno, despierta, escucha..... cree oír un gemido, se levanta y se precipita..... Se le halló muerto al siguiente dia al pié de la casita que la ciudad habia erigido *al Salvador*.

EL NIÑO PRESUMIDO.

EL *pedantismo* es un defecto del espíritu. El pedante es un tonto, que sabe mal lo que sabe. ¡Un niño pedante es el mas insoportable de todos los pedantes! ¡Y la infancia es tan hermosa! ¡Tiene tanto encanto! ¡Es tan interesante un niño ingénuo!

¡Ah! ¡sin embargo, hemos visto de esos desgraciados niños que se esforzaban en ser hombres antes de tiempo! Su pobre cabeza habia sido embrollada desde temprano con locas é incompletas nociones. Muy pronto se habian entregado á estudios demasiado profundos para sus jóvenes inteligencias; habíanse empeñado en hacer prodigios y solo lograron convertirse en seguida en pedantes, porque nada es mas fácil que

caer en este defecto. A este propósito, os voy á referir la historia de un jóven bien nacido, muy listo y muy lindo, un verdadero *hijo de la fortuna*! Era alegre, hallábase contento: de buen humor, con buenas condiciones de vida..... ¡Daba, pues, las mas bellas esperanzas!....

¡Dios de bondad! aquel desgraciado, por haber jugado al sábio durante su infancia, ha llegado á ser, hoy que tiene veinte años, una especie de imbécil que canta en italiano, que hace malas tragedias y romances bastantes para veinte volúmenes..... Es sério, melancólico y negado, y siempre va vestido á la última moda. ¡Oh miserial! ¡El señor pedante ocupa su juventud en hacer visitas y en decir necedades, y monta á caballo! Recorre en toda su longitud el paseo. En su cualidad de hombre sério, el señor padece de jaqueca; tose, fuma y está delicado del pecho: de buena gana esclamaría: «¡Oráculo fatal de Epidauro, tú lo has dicho: las hojas de los árboles, como mis ojos, amarillearán todavía otra vez, pero será la última!» ¡Ah! ¡fuera estos entes inútiles, estos elegiacos, estos espíritus demasiado precoces! ¡Mal haya los *escribidores* de prosa y los poetastros!

El caballero Ernesto, á los siete años, tenia ya el aire de un hombre y se burlaba de su primo el pequeño Julio, que vestia de tonelete y cuellecito, y jugaba á la pelota y al peon Y

ciertamente, lo que el niño necesita ante todo, no es la ciencia y el entendimiento; necesita primero un buen corazon y juegos violentos que desarrollen su cuerpo; la ciencia y la inteligencia vienen despues, cuando el niño está bien y ha ejecutado buenas acciones.

Nada de esto hizo Ernesto, el niño pedante. Desdeñaba á los niños de su edad; se le proponia una partida de pelota, y se escusaba con que todavía no habia leído el *Constitucional*. Ensayaba lastimosos retruécanos, y como se reian sus ridículas agudezas, sus pretensiones no tardaron en degenerar en importancia.

A los nueve años ¡pobre niño! Ernesto era ya un prodigio....., una calamidad para los amigos de su padre y de su madre. Mezclábase aturdidamente en las conversaciones mas graves. ¿Se hablaba de geografía? Hacia una excursion por el Tombouktou. ¿Era el asunto la historia? Citaba su tragedia, que habia adornado con el nombre de: ¡Fredegunda! En la mesa no se oia á nadie mas que á Ernesto. Cometia alguna pobre doncella una falta gramatical al hablar, Ernesto la reprendia vivamente; llevaba la cocinera su cuenta, Ernesto se reia con los deslices ortográficos de la cocinera; Ernesto, en fin, era una plaga para los criados de la casa.

No es esto todo; las extravagancias del espíritu son peligrosas porque llegan á convertirse

mas tarde en vicios del corazon. ¡Ved un niño que no es mas que niño! ¡Es risueño, expansivo!; no se ocupa mas que del presente, del momento, y en nada se fija; juega, rie, grita, se enfurece; es bueno, natural, verídico; ama, es amante y reconocido; busca la amistad y no la lisonja; no adula para ser adulado; todo el mundo es de él, porque él es para todo el mundo. ¡Dichoso y noble niño! no deja de parecerse á uno de esos alegres perros que salta, ladra, pero no sabe dar la pata, mas es valiente, adicto, fiel y se hará matar por su amo á la primera provocacion.

Todo lo contrario el niño pedante. Este es juicioso, poco turbulento, mesurado; se sonrojaria de divertirse, de reir como los otros niños de su edad.

Los demás muchachos van vestidos con una blusa, el cuello desnudo, un cuello blanco que cae sobre sus espaldas, y sus cabellos en bucles que llegan hasta el cuello; su pié va á gusto en su zapatito; llevan la cabeza desnuda, de cualquier modo: el pedante muy al revés. Este gasta ya levita, chaleco, pantalon y sombrero de hombre. Dice: ¡*mi sastré!* y ¡*mi camisero!* Lleva botas con tacon y espuelas; la voz grave, el aire formal; su pañuelo está *perfumado!* Se riza el pelo y le unta de pomada; lleva guantes y baston; visto por detrás, tomaríais al niño pedante por

un *veterano de la fatuidad*. Cuando pasa, los niños le miran con aire embobado, como se mira una curiosidad de ferias, y las personas mayores le señalan con el dedo.

Pues así era el pequeño Ernesto. A los diez años, asistía ya á todos los bailes que su madre daba, y era cosa muy divertida verle aquellos dias. Entraba con el sombrero bajo el brazo, saludaba graciosamente á los bailarines, daba la mano y sacaba á bailar á las señoras mas formales, desdeñando á las lindas niñas de su edad; balanceábase gravemente en el *adelante dos*, la cabeza erguida é inmóvil por un gran temor de arrugar la corbata! Terminada la contradanza, conduce su pareja á su sitio, no sin haber echado una ojeada al espejo.

Mezclábase Ernesto con los hombres, y escuchaba sériamente las conversaciones mas graves. En literatura, protegía á Lamartine. En pintura admiraba á Gros. En música, se inclinaba á Rossini. La política misma no le asustaba; un dia toda la reunion soltó la carcajada oyéndole hablar de la Carta y del artículo 14. A los diez años, este niño presumido, viviendo en los salones donde se formó, y forzando su talento para la inteligencia de las cosas fútiles, era ya un niño perdido.

Creció así, tres cuatro ó años, adelantando á sus camaradas, hasta el dia en que estos, dejan-

do la infancia para entrar en los estudios de la juventud, empezaron á estudiar sériamente. De repente cambian los papeles. Concebís fácilmente que los dignos niños que han gustado de tanta dicha, probado todos los goces de la infancia, se hallan maravillosamente dispuestos para el estudio, cuando el tiempo de el estudio ha llegado.

Entonces su talento, del todo nuevo, se despierta, su inteligencia abierta en sazón, avanza siempre; su memoria, fresca y sin fatiga, retiene todo lo que se la confía! ¡Eh! el ardor de conocer, la necesidad de saber, la emulacion, la salud del cuerpo, la inocencia del alma, la sencillez del corazon, todo concurre á hacer de aquellos buenos niños bien pronto estudiantes concienzudos y hombres honrados. Agregad un método seguro, una instruccion lógica yendo siempre de lo conocido á lo desconocido; el justo orgullo que da el conocimiento adquirido..... y todos son otros tantos motivos para que los progresos no se detengan. Su juventud ha ganado lo que su infancia no habia perdido.

Todo lo contrario el niño pedante. Se ha despojado de su infancia sin provecho para su juventud. Ha querido saltar á pies juntos por encima de la edad mas hermosa de la vida. ¡Ah! y su infancia, que ha desdeñado á los nueve años, no la hallará á los cincuenta. Pero, á los nueve

años era un niño encantador, amable y amado; á los cincuenta estará triste y será ridículo.

En cuanto á los estudios del niño presumido, mal dirigido, darán frutos insípidos. Por no haber comenzado por donde debia, jamás conocerá el precio de la ciencia; quedará en un triste medio, que no es ni la ciencia ni la ignorancia; habrá sido el mas sábio y el mas espiritual de los niños, y será el mas ignorante y el mas niño de los hombres hechos. ¡Qué de desgracias por haber renunciado á la mas deliciosa edad de la vida!

Tal es la historia del jóven Ernesto. Sabia á la vez, el álgebra, la geografía, la aritmética, la ortografía y la historia; todo esto lo sabia mucho antes que sus camaradas: jugaban estos todavía al peon, cuando él tocaba ya el piano; desde muy pronto, ¡ah! demasiado pronto, dibujaba á la acuarela, recitaba ya versos y tambien bailaba en las contradanzas.

Pues bien; sus camaradas han hecho su carrera, y hoy son el orgullo de la escuela politécnica, de la universidad, de el foro; el uno ha llegado á ser un gran músico, el otro ha obtenido el premio de Roma, un tercero es un gran poeta, y un último, en fin, por sus gracias especiales, por las agudezas de su ingenio y su inocente ironía, ha llegado á ser, en defecto de otra cosa mejor, el rey y el encanto de la buena sociedad.

Don Ernesto es hoy lo que era: Ernesto de once años, que sabe geografía, historia, el piano, el baile, el dibujo, que sabe todo, que no sabe nada, que no es nada, ni aun jóven. Además, á fuerza de haberle visto en los salones desde muy pronto, las jóvenes señoritas no quieren ni aun bailar con el caballero Ernesto..... dicen que es demasiado viejo.

Sobre todo, Ernesto es un pedante. ¡Y tal éxito ha obtenido con un poco de gracia y de simpleza!

EL HIJO DEL MISTERIO.

LA historia tiene misterios inesplicables. Desde hace mucho tiempo se dice: *la noche de los tiempos*; pero ¿dónde empieza ó acaba esta noche de los tiempos? Os voy á contar á este propósito la increíble y muy verídica historia de un niño que no ha tenido infancia, que se halló de pronto hecho hombre, y que ha muerto en el momento en que llegó por fin á comprender que era una criatura humana.

Hace de esto treinta años. Nos hallamos en Alemania, en una antigua y sabia ciudad llamada Nuremberg; era el medio dia, en la estacion del estío, de un dia de fiesta, y los habitantes estaban á sus puertas en traje de los domingos. De repente, en medio de la calle Mayor, se perci-



Ehijo del misterio.

be un pobre jóven que caminaba vacilante. Su color era pálido y descolorido; sus ojos estaban bajos hácia la tierra y medio cerrados, como si la claridad del sol le ofendiese; su andar era indeciso, y tan penoso, que se hubiera podido creer que estaba beodo si no fuera por su demacracion y su palidez. Despues de dar algunos pasos por la calle, aquel infeliz jóven se cayó bruscamente arrojando pequeños gritos de dolor y de espanto.

Al momento se precipitaron hácia el pobre desconocido los buenos habitantes de Nuremberg todos conmovidos. Le levantan, le rodean y le interrogan; ¡no responde! No sabia mas que repetir aquel pequeño grito quejumbroso que dejó oír al caerse. Como se le veia tan descolorido, ofrecíanle de comer y de heber..... y no quiso comer mas que pan y beber agua; lo demás le causaba horror.

Despues que hubo bebido y comido, se le quiso echar sobre una cama; mas él se tendió sobre las piedras frias y desnudas donde se durmió, exhalando siempre su pequeño gruñido de dolor.

¿Quién era aquel jóven? ¿De dónde procedia aquella débil criatura? ¿A qué venia á este mundo donde nadie le conocia? ¿Sin madre y nodriza conocidas! En fin ¿por qué série de desgracias y de abandono no sabia andar, hablar, ver, oír, comer, dormir en una cama, rogar á Dios ni mirar

al sol? He aquí lo que se preguntaban unos á otros los habitantes de Nuremberg.

Las autoridades, mezcladas con los ciudadanos, los miembros de la Academia, los filósofos, toda la ciudad, en una palabra, visitaron al desconocido. El entretanto continuaba durmiendo. Se halló en su bolsillo un papel, en el cual estaban escritas las noticias que siguen:

«Me llamo Gaspar de la Casa. Tengo diez y ocho años; salgo hoy, por primera vez de la casa que me ha sustentado; no pertenezco á nadie, no he tenido jamás padre ni madre y nunca he visto el sol. Tened piedad de mí.»

Así pues, estas noticias eran muy exactas. Aquel desgraciado jóven tendido allí sobre las piedras, no era ni aún un niño. A los diez y ocho años, edad en que de ordinario el espíritu se desenvuelve, en que el alma se despierta, en que el porvenir se engrandece y se presenta con toda su gloria, Gaspar de la Casa estaba menos adelantado que el niño mas pequeño que acabase de dejar el pecho de su nodriza. Sí, aunque os admire, un niño cualquiera que corre sobre el cesped, que mira al sol, que tiende los brazos al arbusto que verdeguea, que sonrie á la cabra errante, un niño pequeño que dice solo: ¡*buenos días!* y ¡*buenas noches!* ó bien: ¡*tengo hambre!* está mil veces mas adelantado que nuestro desdichado desconocido, Gaspar de la Casa.

Niños que sois y os creéis ignorantes y débiles ¡cuántas cosas sabéis á los seis años que él ignoraba á los diez y ocho! Vuestra infancia es sabia comparada con su juventud. Los mas pobres de vosotros han comprendido la vida desde que vinieron al mundo. Desde muy pronto aprendísteis á reconocer á vuestros padres, á vuestros amigos, al perro de la casa y á la casa misma. Sabéis vuestro nombre de pila y el nombre de los que os rodean; sabéis distinguir la noche del dia; el fruto de la flor, la ciudad del campo, el aire puro del aire malsano; el agua del vino, el pan de la carne, el mar y la ola que se desliza murmurante, el cielo y las nubes que por él corren, la voz del hombre del canto del pájaro; conocéis el balido de la oveja y el relincho del caballo. Niños bien educados, vosotros sois los dueños de vuestros cinco sentidos, y poseéis el tacto, la vista, el oido, y el habla. Teneis palabras, nombres, sonidos para espresar vuestras ideas, percibís los colores, distinguís los ruidos, estais alegres ó tristes, teneis en pequeño, todos los sentimientos, todos los gustos, todas las amistades de los hombres. ¡Oh! cuántas ciencias poseéis sin que vuestras mismas almas lo noten!.... Pues en Gaspar de la Casa todo habia sido de otro modo.

Habia sido criado en una prision á donde el dia, ni el ruido llegaban; se habia criado solo,

sin oír ni ver á persona alguna. Ni una idea le habia llegado del mundo exterior. Habia bebido agua y habia comido pan, habia cerrado los ojos para dormir y los habia abierto al despertar; he aquí todo. ¡Para él no habia aquí abajo ni noche ni día, claridad ni tinieblas, frío ni calor, hambre ni sed, ódio, amistad, sol hermoso ó pálida claridad de la luna!

El escape de la estrella resplandeciente, la verde primavera, el tibio estío que madura los frutos, el otoño invasor que hace saltar el vino á las cubas, el rígido invierno que arroja á todos los sitios, por todas partes su capa de nieve y de escarcha, todo lo desconocia.

Nada habia existido para él; nada, ni aun lo que á nadie falta en el mundo, ni siquiera los besos de una madre. Habia nacido solitario y habia vivido completamente adormecido; así, á los diez y ocho años no sabia hablar, ni oír ni ver, ni dormirse, ni despertarse, ni reflexionar, ni correr ni andar.

¡Oh! ¡de cuántas sensaciones dolorosas y profundas fué acometido el pobre jóven el día que la puerta de su calabozo se abrió por la primera vez! Aquella mañana vió una forma..... una sombra que se adelantó hácia él; aquella forma, que Gaspar no conocia (ni aun á sí mismo se habia visto nunca) era un hombre. El hombre avanzó hácia Gaspar que estaba echado; le hizo le-

vantar y le vistió; sus vestidos le hicieron daño. Apenas dió los primeros pasos, sus pies se lastimaron. Entónces á aquel hombre de diez y ocho años, le costó gran trabajo sostenerse derecho, sobre sus piernas, y guardar el equilibrio: hubiera caído si no hubiera tenido sus dos manos para sostenerse.

Apenas se sostuvo de pié derecho, su carcelero le condujo fuera de su prision, los ojos vendados. ¿Cuánto tiempo fué llevado? No lo podia decir, ni tenia idea alguna de tiempo ni de lugar. El se dejó, pues, llevar así del movimiento que le impulsaba, sin tener ni aun idea de lo que era el movimiento; de repente, cae la venda que cubria sus ojos, y el infeliz Gaspar se halló solo en medio de una ciudad, en pleno sol, marchando á la casualidad, él que no habia visto nunca un rayo de luz y que vivia siempre tendido. Así á los diez y ocho años, Gaspar de la Casa no era mas que un recién nacido. Sin los hombres que vinieron á socorrerle y le levantaron, hubiera muerto en el sitio en que habia caído.

Este estado de un hombre-niño es quizá el único caso que registra la historia del mundo. ¡No saber nada á los diez y ocho años es cosa muy estraña! Habreis oído hablar de hombres salvajes hallados en los bosques, y es cosa tambien muy estraña á la naturaleza humana un hombre salvaje; pero no hay hombre por inci-

vil que sea que no conozca á lo menos á su padre y á su madre y no distinga á su amigo de su enemigo. No existe hombre hasta tal punto privado de sus sentimientos y de recursos visibles que no sepa bastarse á sí mismo, atacar ó defenderse.

En el fondo de el alma, sabe distinguir lo que es bueno de lo que es malo. Pues lejos de esto, aquel pobre jóven, tendido sobre la tierra sin conocimiento del bien ni del mal, no sabiendo distinguir un hombre de otro hombre..... una planta vejetando al sol, siente mas la vida que aquel desdichado.

¿Habeis leído y quizá sepais de memoria el *Robinson Crusoe*, ese poema en que se ve á un hombre en una isla desierta abandonado á sus propias fuerzas y obligado á bastarse á sí mismo? En su aislamiento, este valiente Robinson os hace comprender, mejor que todo lo que yo os pudiera decir, qué recurso tan infinito es un hombre para los otros hombres, y de que modo un ser cualquiera, el mas insignificante, concurre á la dicha de todos, en una palabra, que es una ley de sociedad civil ayudarse y socorrerse.

Ciertamente la posicion de Robinson Crusoe, en su isla, es una posicion singular. Se desespera, vuelve en sí, trabaja, medita y recuerda todo lo que ha visto hacer cuando se hallaba en medio de las populosas ciudades.

Pero la posición de Gaspar de la Casa, entrando de pronto en el mundo, es mas rara si cabe que la de Robinson. También ha tenido que combatir contra un grande aislamiento; mas un aislamiento en medio de los hombres. De un día á otro, el destierro de Robinson puede acabar pues un buque puede llegar á la isla; su compañero llega por fin ante el buque libertador. Pues aquí no hay una casualidad posible que haga volver á Gaspar á la sociedad de sus semejantes.

Es preciso que camine al paso hácia el mundo que se le ha abierto..... y no sabe andar; es necesario que aprenda á escuchar á un mundo que le habla, y preciso también que aprenda á verle.

Si solo cuenta con los oídos y los ojos de su cuerpo para verle y oírle, ese mundo, para el cual sus sentidos han estado siempre embotados, ese mundo todo entero le huye..... Se halla el desdichado en completo desorden, en plena confusión ¿Cómo conducirse en medio de estas tinieblas? ¿cómo sacarle de esos abismos?

Fué el objeto de estudio de todos los hombres pensadores de Nuremberg, y Dios sabe que era allí un fenómeno bien difícil de explicar. Estaba habitualmente anonadado, insensible, medio muerto para todo lo que interesa y escita á los hombres, pero este estupor no era la estupidez. Ni el ruido, ni el movimiento, ni la variedad de

espectáculo le sacaban de aquel adormecimiento. Nada vivía en él.

Bien pronto fué reconocida una cosa importante: que Gaspar en nada habia sido mas desgraciado por la naturaleza que el comun de los hombres, y que la ausencia completa de toda influencia esplicaba solamente su manera de ser. Vivía en un aturdimiento lleno de angustias. La luz, en vez de animarle y distraerle, obraba sobre él como en masa; le contrariaba, le alteraba, le ponía fuera de sí. En cambio, la telaraña mas tenue, que no hubiérais distinguido en pleno día, era vista por Gaspar de la Casa en la oscuridad mas profunda.

Hubiera contado los hilos mas finos é indicado su espesor; si la palabra y el pensamiento acompañaran á su impresion física. Durante el día parecia perder la vista. Herido á la vez de todos los rayos, quedaba abrumado por un conjunto cuyos detalles se le escapaban. Veía el todo, cuando era preciso ver una parte. Así, se perdía, no podía mas, y demandaba gracia al sol.

Su oído no era mas perfecto que su vista, y desde luego no podía dudarse de ello. Ensondecido por los mil sonidos de toda la naturaleza, oía como no oyendo. Alrededor de él se hablaba, se andaba, producíanse mil clase de ruidos. Nada le afectaba.

Y esto era porque no habia vivido entre los

hombres. No conocia el valor de los sonidos. Distinguia difícilmente el paso de hombre que anda, del palmoteo de las manos; tomaría la voz humana por el silbido del viento.

Durante mucho tiempo obró como si estuviera sordo. La finura extrema de su oído le cambiaba el efecto del sonido; como la delicadeza de su vista desnaturalizaba la impresion de la luz. La imposibilidad en que se hallaba de separar los sonidos hacia que todos le fueran iguales.

Ocupado con un muñeco como un niño de dos años, permanecía insensible á las habladurías de los curiosos y al estrépito de toda clase; en vano para intentar distraerle se le quiso acostumbrar á la música, al sonido de las campanas y al estruendo del tambor; todo lo que era ruido le ponía fuera de sí.

Su rara indiferencia por las maravillas del mundo visible hacia encarecer su valor á los que las gustaban.

Su fisonomía era exactamente el espejo de su indecible estado. Su mirada era vaga, y cuando se fijaba algo, la espresion faltaba á sus ojos limpios; esto era porque nada llegaba del alma, nada que marcasse un deseo, una pasión, una voluntad. Miraba apenas..... ¡No veía nada!

En vano exhibiriais á aquella vista inerte un objeto bello, una buena figura, ó frescos colores... Aquellos ojos, aun despiertos, estaban dormidos.

Esto era un espectáculo grave y triste. Un hombre en medio de hombres extraño á sus semejantes, indiferente á sus ventajas, ignorante de lo que le falta, y, en su imposibilidad de comprenderle, ni aun apercibiéndose él mismo de que era, á su vez, un enigma.

Escitaba, sin embargo, más que la curiosidad. Estudiada cualquiera facultad en él, no se podia acusar á la naturaleza, antes al contrario, habia que reconocer le habia dotado liberalmente. Pero su aislamiento habia anulado casi todo.

La aparicion de Gaspar en medio de los hombres era una novedad, una cosa imposible, un misterio lleno de interés. Pero despues del placer comun que causa todo lo raro, sentimiento que produce lo mismo lo alegre que lo triste, siempre que sea una rareza, debia hacerse una cosa mejor que comentarios sobre el estado de Gaspar.

Tratóse de hacer de él un hombre.

Durante muchos meses, Gaspar continuó sumido en su infancia. Su vida era completamente física. Alguna vez caia en una especie de delirio, medio intelectual, medio animal, cuando sus órganos recibian cualquiera impresion.

Se pensó bien que no debia quedar abandonado á sí mismo, de modo que se avivara su entorpecimiento. La mayor parte de los esfuerzos que se hicieron fueron inútiles; solo en algunos momentos, Gaspar parecia queria vivir, aunque

con trabajo. Despues su inteligencia volvia a caer sobre sí mismo. Tan impotente era para percibir su propia nulidad, que ni aun le servia para hacerle sentir su desgracia.

Gaspar no era mas que un bosquejo de la obra divina; le era preciso estar entre las manos de los hombres para desenvolver sus cualidades originales, así como tambien hacerle reconocer su existencia. ¡Prevision admirable de la naturaleza! Dando al hombre todo lo que constituye su preeminencia en la creacion, pensamiento, palabra, postura soberana; haciéndole un corazon bastante grande para contener sucesivamente el cielo y el infierno, no ha querido que todo esto fuese separadamente, ha puesto por condicion de su grandeza una alianza, bajo mil formas, con la humanidad entera.

¿No ha mezclado él su vida á la vida universal? ¿No ha llorado en vuestros dolores? ¿No ha engendrado sus ideas en vuestra alma, ó dejado nacer las vuestras en la suya?

Con vosotros y nosotros, se ha sentado al lado de una cuna; se ha inclinado hácia una tumba y ha desplegado en gestos, en actitudes y en movimientos incomprensibles, la grandeza, la multiplicacion divina, la armonía que lleva en su envoltura mortal.

Habiendo salido Gaspar intacto de las tentativas que se hicieron para formarle, y decidido

que fué dejarle como estaba , el pobre jóven pareció condenado á vivir y á morir en su estupidez. Se habian discurrido tantas habilidades, se habia aguzado tanto el ingenio en este asunto; mujeres, niños, sábios, se habian tomado tanto afan por llevar esta educacion á buen término... Se convino, por último, que Gaspar no seria otra cosa que lo que era.

Afortunadamente no todos fueron tan celosos ni tan hábiles. Entre los observadores, se halló gentes que no se picaban de nada, ni aun de conseguir mejor éxito que los otros. Estos hicieron mas que ensayar; esperaron. En lugar de fatigar á Gaspar, se esforzaron en comprenderle.

Una familia respetable, por una especie de adopcion mas trascendental que la de un niño, se encargó de aquel triste desconocido. Tenia, como se ve, en aquel desvalido, no solamente un ser débil que proteger, un espósito que rodear de parientes, un niño que era preciso hacer hombre, sino una naturaleza rebelde que someter. Era preciso vencer aquella bondad negativa y por tanto obstinada, con la cual Gaspar volvía á caer en la nulidad de su estado..... Al verle tan desgraciado y tan benévolo, se comprendía todo el crimen de sus antiguos perseguidores.

Y no se maldijo bastante el mal que se pudo evitar.

Desde luego se notó en él, como en los niños, un gusto particular por los objetos brillantes. Un juguete que amaba mucho dió lugar á observaciones preciosas. Era este un caballo de carton: todos sus pensamientos, todos sus cuidados se concentraban en aquel entretenimiento de niño. En los trasportes, en las lágrimas, en las caricias que Gaspar le prodigó al presentársele, se reconoció que á él iban unidos recuerdos. Mas tarde se supo, que durante su larga detencion, habia hallado en su mano un objeto de aquel género, y que era el único ser de que pudo darse cuenta.

En boca de Gaspar, la simple palabra *caballo* espresaba casi todo; era su pensamiento fijo, su afeccion, su vida. Incapaz de ocuparse de otra cosa, debia pasar á nuevas ideas, á conocimientos positivos, siguiendo el curso de aquella especie de amistad.

Las personas encargadas de introducirle en la vida humana, reconocieron que, para sacarle de aquella inmovilidad de sensaciones, era preciso hallar allí el germen de las nuestras. Conocieron que Gaspar, á ejemplo de todos los hombres, no conseguiria nada que no partiese del punto en que se hallaba. En una palabra, lejos de dar á aquella alma de una vez todo lo que la pertenecia, creyeron que convenia dejarla aclarar, guiar, dirigir por indicaciones imperfectas,

y por tanto las solas eficaces, para que Gaspar llegase lentamente á lo desconocido.

Esta direccion fué recompensada: bien pronto se vió que Gaspar, entregado en cuerpo y alma á su juguete, estendia ya el dominio de sus facultades percibiendo las relaciones que nacia de aquello.

Recibia Gaspar los agasajos de todo el mundo; eran estos caballos como el suyo, papeles de color, soldados de plomo y mil bagatelas por el estilo. Absorto en la contemplacion de su caballo, consideraba lo demás como dependencias de su primer objeto, y, por un progreso natural, llegó á colocarlas alrededor de él; la idea del órden, de la armonía y de las conveniencias descolaba en él con una predileccion de niño. Su existencia nó habia sido hasta allí mas que un punto imperceptible, pero central; iba ya desarrollándose en círculo, gracias á los seres que habian avivado sus facultades dormidas y provocado la vida interior y como inactiva que residia en Gaspar.

Sacudia ya en parte su estupor; sufría las leyes de una creencia particular, á medida que se le multiplicaban los objetos propios para juntarse con los que él ya amaba. Su inteligencia comenzaba á despuntar; el placer, el dolor, la reflexion, la direccion de movimientos corporales tomaban en él un carácter verdadero, y, á pesar

de la inmensa distancia que le separaba de los otros hombres, se esperaba firmemente devolver á Gaspar al estado social. Su imbecilidad, inatacable antes, presentaba ya un lado vulnerable; pero era necesario usar sóbriamente de su buena voluntad: muchas enseñanzas podian extinguir su inteligencia, demasiados sentimientos podian comprimir su corazon.

La simpatía y la adopción de sus semejantes hubiera ciertamente resucitado, digámoslo así, á un alma en pena. A fuerza de buscarse á sí mismo, la Casa hubiera concluido por comprender y adivinar que era un hombre. Crecia cada dia en su propia estimacion. ¡Un poco tiempo mas y el hombre llegaba á Dios! Una indiscrecion de periódico arrojó á aquel desgraciado en el abismo. Se dijo que comenzaba á hacerse entender..... y este anuncio imprudente atrajo el puñal sobre su cabeza. En efecto, muy poco faltó para que fuese asesinado en la casa del profesor Daumer. Infirieronle una herida en la frente. Hízole sufrir mucho, pero su inteligencia quedó tranquila y serena..... ¡Un verdadero progreso!

Algún tiempo despues de esta tentativa de asesinato, de que fué imposible descubrir al autor, el conde Stanhope tomó bajo su proteccion á Gaspar y le hizo conducir á Anspach, al establecimiento de un hábil fundador, confiándole completamente á sus cuidados; su proyecto era lle-

varle en seguida á Inglaterra para ponerle á cubierto de nuevas persecuciones.

Gaspar residió muchos años en Anspach en una tranquilidad que parecia deberle asegurar para el porvenir..... Pero su enemigo secreto no le habia perdido de vista. Una mañana, el 14 de diciembre de 1833, al salir del palacio de Justicia, un extranjero, embozado en una gran capa, se le acercó y le pidió una breve entrevista, teniendo, dijo, que hacerle revelaciones importantes. Gaspar se escusó con el poco tiempo que le faltaba para ir á comer, pero prometió al extranjero ponerse á su disposicion despues del mediodía, asegurándole volvería al jardin del palacio.

El desconocido le esperaba allí. Tiró por debajo de su capa algunos papeles, y, mientras Gaspar los examinaba, le dió dos puñaladas en el pecho. La muerte no siguió inmediatamente á las heridas; el infeliz tuvo bastante fuerza para arrastrarse hasta su morada; al entrar en ella cayó, despues de pronunciar estas palabras entrecortadas..... *Jardin del palacio.....* y espiró.

El director del establecimiento á quien habia sido confiado, envió inmediatamente algunos soldados al monumento de Uzen, en el jardin del palacio, donde hallaron una bolsita de seda, color de violeta, conteniendo un pedazo de papel, en el cual estaba escrito con letra desfigurada: «La Casa os dirá por qué he venido aquí y quien soy

yo..... Si no lo hace, sabed que vengo de la frontera de Baviera, de junto al rio de.... Hé aquí las iniciales de mi nombre, M. L. O.» Moribundo ya Gaspar, dijo solamente que aquel hombre era el mismo que habia ya atentado á su vida, en Nuremberg.

Este desgraciado, mas interesante aun que el famoso *Máscara de hierro*, y que ha quedado envuelto en un misterio inesplicable, murió pues como habia vivido, sin esplicacion plausible, aun cuando lord Stanhope prometió 40,000 rs. á cualquiera que descubriese al asesino. No pudo obtenerse ni un solo rayo de luz en aquella noche profunda.

Fué su pérdida muy sentida de todos. Cada cual habia concluido por amar á aquel pobre niño, víctima inocente de un crimen tan grande; todos le habian como prohiado, y cuando su féretro atravesó la ciudad para el entierro, la simpatía era general; sus virtudes y sus amables cualidades andaban en todas las bocas. Su último preceptor, el doptor Fuhman, pronunció sobre su tumba una oracion fúnebre en la cual recordó las últimas palabras de la víctima.

Habian pedido á Gaspar que perdonase á sus enemigos: «Ruego á Dios, dijo, que perdone á cuantas personas he conocido; por mi parte, personalmente, á nadie tengo que perdonar, porque nadie me ha ofendido jamás.»

EL PASTORCITO.

Es un espectáculo útil y á propósito para engrandecer un talento jóven que marcha por medio de nacientes resplandores, la contemplacion de ciertos hombres llenos de energía y nacidos para la lucha, que salidos de muy bajo, han llegado á fuerza de trabajo, de mérito y de talento á una gran fortuna. Hijos de sus obras, han salvado los obstáculos, han domado las voluntades mas rebeldes, y, como decia muy bien uno de ellos, han llegado al renombre, á la gloria...á la cumbre... «pensando siempre en ello.»

Tal fué el célebre traductor de los *Hombres ilustres de Plutarco*, un pobre niño llamado Jacobo Amyot, nacido en Melun el dia 30 de octubre de 1513. Sus padres se hallaban tan pobres

que ni aun habian podido enseñarle á leer. Un día, dia de invierno en que hacia mucho frio, su madre le dijo llorando:

—Jacobó, hijo mio, no hay ya pan para tí en esta casa, puesto que no le hay para mí, ¡vete, pues, hijo, vete á París, y que el cielo te proteja!

Y al mismo tiempo la infeliz madre dió la bendicion á su hijo. El pobre niño marchó con-teniendo sus lágrimas. Iba medio desnudo, tenia hambre y caminó todo el dia. Llegada la noche y rendido de fatiga, se tendió en medio de un campo, esperando la muerte. Un viejo pastor, un buen hombre de blancos cabellos (la Providencia era quien le enviaba) atravesaba precisamente entonces el sendero. Vió al niño tiritando en la nieve y le llevó en sus brazos al monasterio vecino. Allí le volvieron á entrar en calor, fué alimentado y tratado como un pobre y pequeño cristiano que era; y algunos dias despues, salió del santo monasterio con zapatos en los pies, un zoquete de pau bajo del brazo y un escudito en el bolsillo: ¡jamás se habrá visto tan rico y tan bien refrigerado el pobre Jacobito Amyot!

De este modo llegó de Melun á París. Este niño, tan pobre y tan desnudo como le veis, llegaba á la gran ciudad de las sábias escuelas con la firme voluntad, no de ganar la vida como un simple jornalero, por ser hijo de jornalero, no de

mendigar su pan de cada día como un abandonado del valor y del trabajo, sino con la firme resolución de entregarse al estudio.

Así pues, con voluntad decidida de aprender teología é historia, Aristóteles y San Agustín, el niño se presentó en el estudio de la sabiduría, ignorante de todo.

Era aquella la época brillante en que reinaba, en que vivía el rey Francisco I, apellidado con justo título el *Pabre de las letras*; Francisco I, el rey caballero, armado por Bayardo, el amigo de los poetas y de los artistas, el primer rey de la Francia moderna que despertó el genio y el espíritu francés. También era el momento en que el rey acababa de establecer sobre bases completamente nuevas, el Colegio de Francia. El Colegio de Francia, era una escuela abierta á todos los jóvenes de aquel tiempo; ellos produjeron sensación fácilmente... eran los deseados. ¡Bebían en la misma ciencia, como el agua en el río! ¡estudiaban con los mas grandes maestros la gramática y la retórica!

Apenas en París, Jacobo Amyot se fué derecho al Colegio de Francia. Sentóse humildemente al pié de la tribuna del profesor. Escuchábasele, retenía en su memoria las lecciones mas difíciles y estudiaba sin cesar.

Para proporcionarse libros y pan, se puso á servir á los estudiantes mas ricos que él. Por la

mañana era su criado y limpiaba sus vestidos; al medio dia, su pasante y el que preparaba sus lecciones; á las dos horas, su superior, porque era el primero en la clase, y por la noche, mientras se entregaban á las diversiones propias de su edad y de su fortuna, Amyot se entregaba al estudio.

Pasaba las noches enteras en compulsar los pesados manuscritos de la dialéctica y de la retórica (era aun la víspera del descubrimiento de la imprenta... todavía no era mas que un gran *quizá!*) Llegó á ser, gracias á aquel trabajo encarnizado, el mas sábio escolar de su edad; y despues de haber sido el oyente mas asídúo del Colegio de Francia, fué bien pronto á su vez, uno de los profesores mas esclarecidos de la universidad de París.

Sentado ya en aquella cátedra elocuente conquistada con tanto valor, Amyot, no teniendo que servir mas que á su persona, se entregó con toda su alma á sus queridos estudios. Llegó á ser todo un sábio, como se podía ser en el siglo XVI. En aquel tiempo aun los testos eran muy raros; la antigüedad no habia sido todavía puesta al alcance de todas las inteligencias por medio de escelentes traducciones y con tantos comentarios, notas, prefacios y lecciones de maestros; faltaba el celo y el ardor de los recién llegados al palenque de los estudios para que la Grecia ó

Roma consintiesen revelarnos sus secretos mas ocultos.

Púsose á buscar Amyot con ardor las inmensas obras maestras de la literatura de los tiempos antiguos en aquel monton de grandes historiadores que guardaba lo clásico de la antigüedad. Entonces fué cuando descubrió entre el polvo docto el mas hábil y el mas grande de los historiadores que habian honrado, demostrado, glorificado el heroismo y la virtud de los mas grandes hombres. ¡Llamábase Plutarco! Y á Jacobo Amyot es á quien la Francia y la Europa y el mundo inteligente serán deudores eternamente de aquella obra maestra imperecedera.

Las vidas de los hombres ilustres son una grande obra. No hay libro mas hermoso ni de mas útil enseñanza. En él, se puede aprender lo que es un grande hombre, y con que condiciones, con que trabajos se llega á la gloria.

En él comprendéis el encanto del tiempo pasado; como se ama y se sirve á la patria; como debe someterse á las leyes del país; como se defiende contra las invasiones extranjeras; como un hombre de corazon está dispuesto á todos los sacrificios por el bien general; como se respeta al padre y á la madre, y á los magistrados de cada nacion.

El libro de Plutarco es sin disputa la mejor regla de conducta que puede tener un jóven.

Todo se halla en aquel tratado de las virtudes humanas; adhesion, generosidad, heroismo, honor, bondad, valor y virtud.

Su traduccion de Plutarco colocó bien pronto á Jacobo Amyot en el rango de los escritores mas distinguidos de la Francia. No puede dudarse de la dificultad con que entonces tropezaría, en aquella época, para hablar y escribir en francés; esta lengua hallábase informe aun, y la gramática por hacer. En aquellos principios difíciles de una lengua naciente, muchos idiomas diversos se disputaban la posesion de la literatura francesa; y había aun muchos hombres muy eruditos, que se obstinaban en no hablar mas que en latin; era, pues, muy grande la dificultad de traducir *las Vidas* de Plutarco del griego al francés.

A fuerza de perseverancia, á fuerza de trabajo y de genio, Amyot llegó al fin de su empresa, y de este modo hizo un libro imperecedero. «¡Ah! esclaman los ignorantes ¿creéis eso? ¿Un libro escrito en francés anticuado?...» Dejarles decir, y leed el francés anticuado de Amyot, como se escucha á un anciano sábio, lleno de agrado, de ciencia y de buenos consejos. Jamás será lengua francesa (entendedlo bien, ¡jamás!) aquella que no esté iniciada desde luego en la gracia, en el acento, en los giros familiares, en el tono ingénuo, en las espresiones vi-

vas, en el estilo feliz y franco de los antiguos autores clásicos. Así, ¡leed y releed la traducción de Amyot! Ella enseña al mismo tiempo á sus adeptos el lenguaje hermoso y la honradez de los antiguos tiempos. Gracias al Plutarco de Amyot, gracias á esa lectura saludable y fuerte, J. J. Rousseau ha llegado á ser el mas grande escritor de la lengua francesa, y tambien el mas elocuente.

A medida que Amyot se entregaba á sus trabajos, el reconocimiento y los beneficios del rey iban á animarle. Por de pronto, el rey Francisco I le dió la abadía de Bellozane, rico y pacífico retiro en el que el sábio escritor podia entregarse en paz á sus meditaciones, á sus trabajos. Mas tarde fué el preceptor de un jóven príncipe que prometia ser un buen rey..... y que fué el rey Cárlos IX! ¡Oh desgracia! ¡oh vanidad de la mas sábia enseñanza! ¡Los asesinatos de la San Bartolomé, salen (podria decirse), de las biografías de Ciceron, de Epaminondas, de Julio César, de Bruto!

Este fué el gran disgusto de Jacobo Amyot. ¿Y qué mayor disgusto puede haber para un maestro consumado en mil cosas, que ver á su indigno discípulo perderse para siempre por el horror del mas grande de todos los crímenes, la matanza de un pueblo por su mismo rey?

¿Cabe mayor pena que haber sacrificado su

vida á un niño olvidadizo de las mas gloriosas lecciones? ¡Qué existencia! ¡Asistir al deshonor de su príncipe, renunciar á las esperanzas mas caras, ser, en fin, el testigo triste y mudo de tantas iniquidades, y dirigirse á sí propio crueles reproches, como si el buen Plutarco hubiese sido el cómplice inicuo de tantos furores!

Amyot murió obispo de Auxerre, á la edad de setenta años, respetado como un santo obispo, honrado como un grande escritor, abrumado de gloria, rodeado de estimacion. Murió muy rico, y, el pobre niño llegado á pié, medio desnudo, de su ciudad natal á París, no olvidó á sus parientes, ni á los miembros pobres de la gran familia escolar, de la que habia sido él uno de los mas afligidos. Entre otras mandas, legó una renta perpétua de mil doscientos escudos al hospital de Orleans, en recuerdo de los doce dineros que habia recibido de limosna. El obispo de Auxerre pagaba como obispo las deudas del niño mendigo de Melun.

Así, á cualquier parte que volvais vuestras miradas, al foro, al ejército, á la Iglesia, en las artes como en las ciencias, hallareis que los mas grandes hombres en todos los géneros, han comenzado por ser los mas sencillos niños, los mas pequeños..... y sobre todo, mas pobres que vosotros.

EL PORQUERO.

LA presente historia parece todavía mas increíble que la historia de Amyot. Amyot, el traductor de Plutarco, llegó á obispo de Francia despues de haber sido un pobre mendigo; pero he aquí otro mendigo que llega á ser mas que un rey, que se eleva á soberano pontífice, en un siglo en que todos los reyes de la tierra se arrodillaban con respeto delante de aquel trono augusto donde el desgraciado hallaba asistencia, el perseguido proteccion, y los pueblos enteros un refugio seguro contra la tiranía: ¡oh madre inocente y clemente, Iglesia universal! ¡Segunda Providencia! ¡inagotable bondad, eterna, de toda eternidad!

Era el año 1531, hácia el medio dia, en las

horas en que el sol de Italia deja caer sus rayos abrasadores; un franciscano de la Marca de Ancona, extraviado en su marcha, buscaba con la vista algun campesino que le pudiese indicar su camino. Ningun rumor se percibia en el campo. Anduvo algun tiempo el franciscano á la casualidad, buscando algun poco de sombra donde ampararse y aguardando volver á hallar el camino. Habia andado ya mas de una legua, cuando divisó al pié de una colina una piara de puercos que se revolcaban en el fango de una charca medio seca. El guardian de aquel innoble rebaño estaba cobijado bajo el solo árbol que se alzaba en medio de aquellos campos devastados. El franciscano resolvió ir á pedirle un poco de sombra y su camino.

Tomó un sendero que conducia al sitio donde se hallaba el pequeño porquero. Fuéle preciso al buen franciscano costear la charca y dar una gran vuelta..... El jóven, absorto en no sé qué visiones, no se meneó. Si su cuerpo estaba á la orilla de aquella charca cenagosa, seguramente su alma se hallaba en otra parte: tanto, que el franciscano tuvo tiempo de examinar á aquel pequeño campesino, sumido en tan profundas reflexiones.

Era un muchacho que podria tener diez ó doce años; sus largos cabellos, su rostro demacrado y tostado por el sol, sus negros ojos, el

conjunto de su persona, que los miserables harapos de que se hallaba cubierta no podían deslucir, todo esto llamó la atención del franciscano; y así, estuvo algunos momentos contemplando á aquel extraordinario porquero.

Y en efecto, era un espectáculo lleno de atractivo para un buen cristiano, el encontrar en aquella soledad, y al borde de la charca, un niño, sobre cuya frente se veían todos los signos del genio, en compañía de semejantes animales. En cuanto al muchacho, hallábase ocupado en resolver un problema de geometría, cuyas figuras habia trazado sobre la ardiente arena. Aunque le hubieran arrebatado hasta el último de sus compañeros, no hubiera salido de su abstraccion.

Imbuido como se hallaba el buen franciscano en las hermosas historias del Evangelio, figuróse desde luego que el jóven porquero era quizá un segundo Hijo Pródigo, escapado de la casa paterna, llegado al último grado de la miseria, y dispuesto ya á arrepentirse.

Basta haber leído una sola vez estas interesantes historias, para recordarlas hasta el fin de la vida.

Nuestro viajero se sentó, pues, al lado del jóven, y cuando éste, por fin, hubo resuelto su problema, levantó al cielo los ojos en señal de agradecimiento. Entonces el franciscano le dirigió la palabra:

—¿Quién eres, hijo mio, le dijo, y cómo te hallas aquí, trazando huellas de hombre sobre la misma tierra en que guardas los puercos?

El franciscano hacia alusion á aquella frase del ateniense náufrago, que decia, viendo sobre la playa figuras geométricas:—*Valor, amigos, he aqui huellas de hombre!*

El pastorcito respondió sencillamente al buen religioso que era un pobre chico, cuyo padre habia quedado arruinado por las guerras de Leon X contra el duque de Urbino; que se habia criado como doméstico en casa de un asentista de la Marca de Ancona, y que estudiaba como podia. Al mismo tiempo sus ojos negros brillaban con un fuego sombrío y su voz estaba conmovida; percibiase que la pasion del estudio embargaba á aquel jóven, y que este noble deseo le impelia á la ciencia, á esta beldad desconocida que veia en sus ensueños, que llamaba con todos sus votos, con todo su corazon, con toda su alma!

El franciscano pasó de este modo mas de una hora escuchando á aquel jóven iluminado por la brillante claridad del genio, y despues, cuando hubo comprendido bien todo lo que valia, y todos los recursos que escondia aquel talento inculto:

—Muchacho, le dijo, ¿cómo es tu nombre?

—Me llamo Félix, contestó el niño, Félix Peretti.

—Pues bien, añadió el franciscano, vente á nuestro convento, Félix, y allí tendrás libros, maestros y pan, ¿quiéres?

—Es precisó que vuelva á llevar mi piara al establo, repuso Félix; despues os seguiré á donde querais, padre mio, no por el pan, como un vil porquero, sino por los libros y por la ciencia, como una criatura inteligente hecha á imágen de Dios.

—¡Vamos á llevar los puercos! replicó el padre.

Y he aquí que el franciscano y el muchacho arrear delante de ellos á los puercos y los vuelven al establo. La misma noche, Félix Peretti quedaba adoptado por el convento de los franciscanos de Ascoli.

Apenas hubo recibido las primeras lecciones de sus maestros, empezó á adelantarse á sus enseñanzas. Desde que entrevió la antigüedad griega y latina, se dedicó á ella con toda su alma. Estudió la teología y la elocuencia, llevando por delante estas dos ciencias, hermanas, reinas, y maestras de todas las demás. Hizo progresos increíbles. Bien pronto, desde discípulo que era llegó á comisario general de su órden, en Boloña. Jóven aun, recorrió la Italia derramando la elocuencia á manos llenas en las hermosas iglesias italianas tan favorables á la inspiracion.

Era ya, pues, una potencia; pero nadie, en aquellos tiempos de pruebas y de ensayos, conocia mejor que él mismo su propia autoridad. ¡Su vocacion le llevaba insensiblemente á las cumbres de la Iglesia! Aspiraba á las mas elevadas alturas; llegada la noche, al acostarse, se decia: *¡tú serás papa!*, y por la mañana, al levantarse, se repetia: *¡tú serás papa!*; y al medio dia, siempre, en todas partes, se repetia esta especie de mandato providencial al cual debia obedecer. La voluntad es una de las mas poderosas palancas; con la voluntad se levanta al mundo.

Un dia que tuvo una cuestion con la república de Venecia, porque era un espíritu turbulento, inquieto y temible, salió de Venecia diciendo que habia hecho voto de ser papa, y no queria ser ahorcado en Venecia.

¡Por fin vió á Roma, la Roma de los Césares, la Roma de los pontífices que debia ser un dia su capital, su ciudad! En Roma cambió de carácter, se hizo humilde y calmoso, en vez de orgulloso y petulante que era. En Roma como en Bolonia, los honores fueron á buscarle. Pio V, uno de sus antiguos discípulos, acababa de ser justamente elevado á soberano pontífice, le hizo obispo, y despues cardenal. ¡Cardenal! príncipe de la Iglesia ¡príncipe igual á los mas grandes príncipes! la sola dignidad de la cual Richelieu, primer ministro de Francia, se habia creído en

derecho de estar orgulloso. El mismo dia en que fué cardenal, el antiguo porquero, se repetia á sí mismo: *¡tú serás papa!*

Murió Pio V, Gregorio XIII, sucesor de Pio V, murió tambien. A la muerte del último papa, el cardenal de Montalto (que así se llamaba el pequeño porquero, el Francisco Felix) se retiró de los negocios. Estaba enfermo, estaba moribundo; creíanle encorbado por la vejez, no aspiraba mas que á la tumba, sintiéndose morir. Entretanto, reuníase el colegio de cardenales para nombrar soberano pontífice. Estaban en movimiento, arrastradas desgraciadamente por la calamidad de los tiempos, las ambiciones de la iglesia católica y romana; todas las rivalidades mundanas se hallaban levantadas; el mundo cristiano esperaba un dueño, los cardenales electores, que tenían en sus manos poderosas la tiara, vacilantes en su eleccion, nombraron papa ¡en fin! al cardenal Montalto á quien veian tan cascado, ganando así tiempo para elegir otro papa, esperando la muerte próxima del quebrantado viejo pontífice.

¡Ah! ¡si hubiesen sabido que aquellos males eran una simulacion y que aquel viejo enérgico habia de vivir tantos años aun...! ¡Ah! ¡si hubiesen sabido que señor acababan de darse!

Llamóse Sixto V. Roma entera se reunió para saludar á su señor bajo las sublimes bóvedas de San Pedro; abriéronse de par en par las

grandes puertas; el nuevo papa, rodeado de sus cardenales, de sus guardias y de toda su córte, fué á dar gracias á Dios en el altar mayor. Entraba encorbado y sostenido en su baston; hubiérase dicho que iba á morir. Pero ya arrodillado delante del altar, y cuando dos cardenales cogian sus brazos para ayudarle á levantar, Sixto V púsose en pié con la soltura de un jóven; arrojó su baston lejos, muy lejos de él, y con voz fuerte y sonora, que retumbó en todos los rincones de la santa catedral, entonó el *Te Deum!* Los cardenales estupefactos, no podian creer lo que sus ojos veian y sus oidos oian. ¡El pueblo, al aspecto de aquel decrepito que repentinamente se rejuvenecia, gritaba: ¡milagro! y daba gracias al cielo. Cardenales y pueblo acababan de comprender que Roma y el mundo católico tenian un dueño y para mucho tiempo!

Aquella misma noche, cuando el cardenal de Médicis, cortesano hábil y espiritual, hacia la córte al soberano pontífice y le felicitaba por el cambio en su salud—«No os cause sorpresa, dijo interrumpiéndole Sixto V, buscaba antes las llaves del cielo, y para hallarlas mejor me encorbaba, bajaba la cabeza: ahora que las he hallado solo miro al sol, á las estrellas, al cielo.»

Tal es la historia de aquella elevacion extraordinaria y merecida. Sixto V fué uno de los mas grandes pontífices de la Iglesia. Desde los

primeros días de su advenimiento, acometió una grande reforma. El bandolerismo devoraba á Italia desde hacia cincuenta años, y desapareció aniquilado por aquella mano de hierro. La justicia era venal: fué reformada, y los jueces prevaricadores ahorcados.

Vióse levantar por todas partes patíbulos, que llenaron de horror á los bandidos. El mundo romano respiró bajo aquella ley severa, pero justa. «Podrá llamárseme feroz y sanguinario, decía Sixto V, pero yo he leído en el Evangelio, que el mejor sacrificio que se puede hacer á Dios, es el de castigar el crimen y destruir á los perturbadores del sosiego público.» Y decía bien; habiéndolo reemplazado á la licencia un temor saludable, el crimen dejó por fin en paz á las gentes honradas.

Al mismo tiempo que aseguraba la tranquilidad en los Estados de la Iglesia, protegía con todo su poder á las bellas artes, esta gloria encantadora de la Italia. ¡Conocía tan bien aquella tierra abundante en verdaderos talentos, en grandes artistas! Su primer cuidado de príncipe, amigo como era de las grandes empresas, fué para el obelisco de granito que Calígula había hecho traer de Egipto. Cien años hacia que el obelisco esperaba le sacasen á la luz del día, y Sixto V le sacó del abismo en que estaba escondido.

Bastáronle cuatro meses y diez dias para volver á colocar la antigua columna sobre su pedestal.

Sixto V tuvo tambien la honra de añadir al Vaticano el vasto departamento llamado *Belveder*, palacio digno del Apolo antiguo. Comprendia el valor de las ciencias y de las artes: bibliotecas, museos, hospitales, pantanos desecados convertidos en campos de trigo, revision de la Biblia y de los escritos santos, todo convenia á su genio.

Baste decir en elogio de este grande hombre, que Enrique IV, un hugonote, le tenia en grande estima. Hablando un dia de Sixto V, dijo:—*¡Es un gran papa, y quiero hacerme católico solo por ser hijo de tal padre!*

Enrique el Grande no tuvo la dicha de tener tal padre; á la muerte de Sixto V, hizo su oracion fúnebre con estas dos palabras:—*¡Pierdo un papa que era digno de mí!*

Aquel gran pontífice, despues de un reinado de cinco hermosos años, dejaba á Italia en paz consigo misma. Dejaba tambien á Roma embellecida y el tesoro público repleto. No se le lloró entonces porque los pueblos son ingratos; pero mas tarde ha merecido el reconocimiento y los pesares del mundo entero.

Aquel soberano pontífice era de una sencillez completamente cristiana. Un dia que su hermana fué al Vaticano engalanada con magnífico

vestido, no quiso reconocerla. ¡Al día siguiente volvió con vestidos modestos y corrió á su encuentro llamándola su hermana!

Y como un día esta misma hermana le reprendiese á él mismo, porque iba vestido demasiado pobremente:—Nuestra elevacion, dijo, no debe hacernos olvidar quién somos; tenemos en los primeros cuarteles de nuestro escudo, zuecos y harapos.

La sola vanidad que se permitió, (vanidad inocente) fué la de levantar una ciudad en el mismo sitio en que cuando niño guardaba los puercos. Se edificó una iglesia en el lugar que ocupaba el *pantano de los puercos*, y esta iglesia llegó á ser la sede del *obispado de Montalto*.

Sixto V, habia nacido el 13 de diciembre de 1531 y murió el 17 de agosto de 1590.

He aquí pues como tuvo lugar uno de los mas grandes sucesos de este mundo y muy justamente por la exaltacion del pequeño porquero al trono pontificio.

LA SIRVIENTA.

Sois una linda niña, miss Ana, ó mas bien sois ya una gran señorita de doce años y muy elocuente. Mandais como una señora, y como apoyais vuestras órdenes con razones sin réplica, vale mas obedeceros que disputar con vos.

—¿Por qué (esta es vuestra objecion) no hablarnos á nosotras, vuestras buenas lectoras, mas que de muchachos que han llegado á ser grandes hombres? ¿Por qué no ocuparse de las muchachas, como si no hubiese ejemplos célebres de jóvenes heroínas que salidas de muy bajo han llegado á muy alto?

—Mirad lo que decís. ¡O chiquita imprudente! ¿Es preciso para agradaros, en fin, hablaros de las grandezas de algunas mujeres que han em-

puñado con gloria el cetro, la espada ó la lira...? ¡Ah! tal vez tengais miedo, mi dulce Ana, si podeis mirar hasta el fondo de los abismos de esas mujeres ilustres, y si se os demostrara por sus ejemplos lo que vale la gloria de las mujeres ¡y sobre todo lo que ella cuesta!

¡Veriais cuantas desgracias, y con frecuencia cuantos crímenes amontonados sobre sus nobles cabezas! ¿Cuál fué la vida de vuestra gloriosa Isabel de Inglaterra de quien tan orgullosa estais y cual la muerte de su desgraciada prima María Estuardo, reina de Escocia y un instante reina de Francia!

Esa reina Cristina de Suecia, errante, arrasando el aburrimiento con todas sus consecuencias, de que hablábais el otro dia con una admiracion infantil, murió con las manos ensangrentadas, y suspirando por aquel trono abdicado, cuyo recuerdo la persiguió hasta su lecho de muerte.

En el terreno de la poesía, las mujeres no son mas dichosas con los favores de la fortuna. La vida de las poetisas se halla turbada por mil pasiones y termina con bastante frecuencia por una muerte funesta. Habreis oido hablar, en la historia de Grecia, de aquella mujer que se arrojó desde la roca de Leucades al fondo del abismo. Mejor librada hubiese salido la infeliz Safo manejando la aguja toda su vida, entreteniéndola

se cada año en bordar un hermoso y elegante velo á Minerva.

A los destinos humildes pertenece la vida dichosa; á las almas modestas la paz, la calma y la íntima satisfaccion. Así pues, miss Ana, si que-
reis, si vuestra espresa voluntad es que se os presente una de las heroínas salida de la muchedumbre y que muere con la cabeza coronada, con lo que vuestra ánsia quedará satisfecha..... escuchad la siguiente historia.

Sucedía esto el siglo pasado, el 20 de agosto de 1702; un general ruso sitiaba á Mariemburgo, pequeña ciudad, oscura todavía, de la Livonia. En aquel tiempo, sobre todo por aquellas comarcas, la guerra no tenía leyes. Se tomaba una ciudad, se la saqueaba y se la incendiaba. Degollábase á los ancianos y se hacía de los niños perdonados otros tantos esclavos. Así fué tratada la ciudad de Mariemburgo cuando fué tomada al asalto por los rusos.

Entre aquella multitud de niños y de desgraciadas mujeres que el vencedor arrastraba cautivos con lo demás del botín, había una muchacha de poco mas de vuestra edad, que durante el saqueo de la ciudad arruinada había contemplado las catástrofes sin palidecer. Su estatura era alta, su mirada fiera, su corazón varonil. Había visto sucumbir su ciudad y no había temblado. No tenía padres, ni amigos, ni familia; per-

tenecia á un dueño, pero nada habia podido domar aquella mirada altanera, abatir su fiereza ni intimidar su noble corazon. Evidentemente era una deaquellas mujeres que el cielo ha creado espresamente para mandar y gobernar á grandes hombres, pero ella no sabia nada de sus destinos; y aguardando á ser emperatriz, era entonces esclava y marchaba con un paso arrogante hácia el trono que la llamaba.

Aquella muchacha se llamaba Catalina. Ella se engrandeció durante su adversa fortuna y se elevó por sí misma. Ignoraba todas las ciencias humanas, pero sabia ya mandar. Sin embargo, (y hé aquí porque, querida Ana, es preciso que una mujer no se fie en la fortuna) si la suerte no hubiese venido en socorro de Catalina, Catalina hubiera muerto oscura y pobre en su desconocida aldea, ignorada de todos y aun de ella misma, y la Rusia registraria en sus anales un grande hombre menos.

Ved de que modo se realizó este engrandecimiento. Vivía en aquel tiempo en Rusia Pedro el Grande, un amo, uno de esos hombres que Dios ha creado espresamente para mandar. Por su genio, y porque tal habia sido su voluntad, habia cambiado en hombres millares de bárbaros. Habia hecho de Rusia en todos conceptos un imperio semejante á los imperios civilizados. A esta nacion perdida y sin leyes, habíala da-

do leyes, costumbres, puertos, ciudades, ejércitos, buques, un emperador, todo de lo que nada tenía.

Al paso que las demás naciones han tenido necesidad de muchos siglos para salir de su infancia, y no se han despojado sino poco á poco de su ruda corteza, la gran nacion rusa, gracias á Pedro el Grande, ha llegado á ser una de ésas naciones que pesan enormemente en la balanza de los pueblos. Toda su inteligencia adormecida por las nieves y los hielos se despertó repentinamente y se mostró armada de fuerza y de esperanza á la voz del terrible emperador. Amo absoluto, soldado, pontífice, agricultor, marino, constructor de buques, arquitecto, él era el alma de aquel pueblo recién nacido, cuyos vagidos había oído.

Este emperador, cuando viajaba (y viajaba siempre), se detenía en el camino para sembrar bellotas, que han llegado á ser magníficas encinas. ¡caminaba como el viento de tempestad! Detúvose un día á la puerta de una casa de mezquina apariencia, en una miserable aldea. Hallábase aniquilado de la fatiga, el tiempo era malo, el viento frío, como por toda la Rusia, y todas las casas se hallaba cerradas. Al primer ademán del viajero, se abrió la puerta, y Pedro vió salir de aquella cabaña una mujer bella y alta, pobremente vestida, la que sin arredrarse por el frío,

se adelantó fieramente hasta el caballo del emperador. Era Catalina.

—¿Qué quiere vuestra señoría? preguntó al emperador, á quien no conocia.

—Quiero beber, hija mia, respondió el czar, mirando al mismo tiempo con el mayor asombro y la admiracion mas viva á aquella hermosa esclava que le hablaba.

El czar Pedro se habia hecho carpintero en Amsterdam y simple soldado en su propio ejército; habia viajado por toda Europa para instruirse de nuestras leyes, de nuestros usos y de nuestras costumbres. Habia visto las mujeres mas hermosas de la córte de Francia; llegó bastante á tiempo para saludar y tratar á Mad. de Maintenon, digna esposa del rey Luis XIV, en los últimos destellos de su apogeo; pero jamás el czar Pedro se habia hallado frente á frente con mujer mas hermosa y mas arrogante que la jóven sirvienta.

Ella, por su parte, se preguntaba quien podria ser aquel viajero desconocido que viajaba así, completamente solo, á caballo, en aquellas duras jornadas. Estaban, pues, de este modo admirándose el uno al otro, pensando cuan semejantes se hallaban en el fondo del alma: y verdaderamente, al verles, ella apenas vestida y él rendido de fatiga, olvidar el frio y el cansancio para admirarse sin conocerse..... sin conocerles

cualquiera hubiera quedado sobrecogido de respeto.

Por último, llevando á sus labios el emperador el vaso que habia llenado la jóven.

—¿Cómo te llamas? la dijo.

—Me llamo Catalina, para serviros, contestó ella.

—En ese caso ¡á tu salud, Catalina! y sígueme.

Entonces ella, sin volver á entrar en aquella pobre casa, en la que era esclava, siguió al desconocido; comprendió en el acto instintivamente, aunque ignorante de todo, que aquel hombre tenia el derecho de decir: *quiero*, y desatar el lazo del esclavo. Por esto ella marchó delante de él sin titubear; el caballo del czar apenas podia seguirla.

Y cuando, llegado á su capital y á su palacio imperial, Pedro I bajó de su caballo, Catalina fué quien le tuvo el estribo, de rodillas.

¡Estaba puesta de rodillas, esclava, y se levantó emperatriz de todas las Rusias, y lo que es mas, mujer de Pedro el Grande!

Todavía esta vez el mundo admirado se vió obligado á convenir que el *civilizador* habia usado sábiamente de su derecho de grande hombre. Un emperador que crea un imperio, un género humano, de una ojeada, no puede estar sometido, como los demás príncipes, á las leyes comunes. El czar necesitaba una compañera, ó mas

bien un asociado á su trono, y no hallando mujer á la cual pudiera bajarse, Pedro elevó á Catalina hasta el cetro. Catalina á su lado, comprendió todos sus deberes. Reina, llevó la corona del mismo modo que las testas mas inteligentes y mas altas.

Participó de todos los trabajos del czar. A su lado en el consejo, á su lado en la guerra, ella era su guia, su consejo, su consuelo, su esperanza. Un dia ella sola fué su salvador en la guerra contra los turcos. Sin Catalina, Pedro el Grande estaba perdido. ¡Salvar á Pedro el Grande era salvar á la Rusia!

Antes de morir Pedro I, queriendo testimoniar su reconocimiento á Catalina, la hizo coronar emperatriz de todas las Rusias. Aun hallándose en la tumba, Pedro el Grande queria continuar su obra; sobrevivia en Catalina.

He aquí ciertamente lo que se puede llamar una gloria suprema. Alcanzar de pronto una fortuna tan grande; esclava ayer, emperatriz hoy; pasar desde la cabaña al palacion imperial, ser la compañera inteligente de aquel héroe, de aquel furioso, dividir sus trabajos y su gloria, reinar despues de él y llevar sn corona tan alta como él mismo, fundar aquel gran nombre de Catalina I y preparar aquel otro nombre de Catalina II ¿puede haber cosa mas próxima del milagro, de las estrellas y del delirio?

¡Pues bien! ¡valor! ¡esperad un poco! Aproxímaos á ese lecho de muerte y ved á esa mujer jóven todavía que se muere á los treinta y ocho años, de una enfermedad de languidez, en medio de un vasto imperio y de tierras sin límites, que ha tenido la fortuna de ensanchar; y esa mujer que desaparece, tan jóven y tan cansada ya de las grandezas de este mundo, es Catalina I, uno de los mas grandes monarcas de la Rusia, es la digna esposa de Pedro el Grande, es la cautiva de Mariemburgo!

Así pues, Anita, cesad de pasar revista á las grandezas de la tierra; no habéis ya mas de centros y de coronas; dejad la ambicion á vuestro hermano mayor el político, ó á vuestro hermano el cadete que se halla en el colegio de Oxford.

¡Vamos! vuestro sombrero, vuestro chal, y paseemos bajo los verdes árboles, en aquellos estensos paseos suavemente enarenados, sin volver á mirar al castillo.

EL HIJO DEL CUCHILLERO.

SE dice: *el buen Rollin*, como se dice Luis *el Grande* y *el gran Condé*. Es un título justo; no podría hallarse otro mas propio ni mas dulce.

Hacia mediados del décimo séptimo siglo, un muchacho, de aspecto ya pensativo y resignado, se dirigia todas las mañanas á la iglesia de los Blancos-Manteos en donde ayudaba la misa á un anciano sacerdote benedictino. Este anciano sacerdote y aquel muchacho, que jamás se habian hablado mas que al pié de los altares, sentian uno por otro un efecto vivo y sincero. La amistad paternal de un anciano con un niño bien educado, que iba á rogar á Dios todos los dias, y la amistad de un muchacho con un santo anciano que permitia tanto acercarse á él, hasta en

el mismo altar, nada puede darse mas amable!

Cuando por casualidad el niño faltaba á su misa, el sacerdote notaba con disgusto su ausencia; el niño por su parte no ayudaba mas misas que las de aquel anciano. ¡Se comprendian tan bien el uno y el otro! ¡Conocian tan bien los secretos de aquellos tiernos rezos cristianos que recitaban en comun, el niño respondiendo al anciano, el anciano respondiendo al niño! Edificaban aquellas misas, dichas á la vez por aquel anciano y aquel niño.

Un dia, dia de invierno, en que el niño habia rogado con mas fervor que de ordinario, despues de la misa, en el momento en que salia de la iglesia, fué interpelado así por el anciano sacerdote:

—Hijo mio, le dijo, hacedme el favor de venir á mi casa á fin de que nos conozcamos uno y otro, porque sois un niño á quien amo, honrado y creyente de Dios. Venid, pues.

El niño le siguió á su paso.

Llegados á su casa, el anciano hizo sentar su huésped á su mesa, cerca del fuego, y los dos se desayunaron con buen apetito, como gentes honradas que han comenzado bien el dia y están seguros de terminarle lo mismo.

Al fin de aquel ligero refrigerio, que el niño habia hallado espléndido,

—Hijo, dijo el anciano, ocupémonos un poco

de vuestros asuntos y habladme con franqueza. ¿Quién sois, qué hacéis y con que porvenir contais?

—Padre mio, contestó el niño con cierta firmeza modesta que tan bien sienta á la infancia, me llamo Cárlos Rollin, soy hijo del cuchillero de la calle de los Blancos-Manteos que murió hace dos años; vos rogásteis por él, padre mio. Cuando mi padre vivia estábamos ricos, y yo tenia vestidos, tenia libros, iba á la escuela y estudiaba. Aprendia así á leer, á escribir, el latin, y aun he leído la gramática griega de Puerto-Real, y me he paseado por los senderos del *Jardin de las raices griegas*.

Mas ¡ay! la pobreza ha visitado á nuestra humilde familia; mis hermanos y hermanas han crecido, y mi madre no tiene dinero para comprarme libros y enviarme á la escuela. ¡Pobre madre! ¡bien lloró aquel dia, señor! ¡Y yo no lloré menos!—Carlos, me dijo, hijo mio, es preciso aprender el oficio de tu padre, si quieres que tu madre viva, si quieres criar á tus hermanos y á tus hermanas. Cárlos, hijo mio, es necesario hacer el sacrificio de tu ciencia al Dios bondadoso; hubieras podido ser un sábio, hijo mio, pero solo serás un honrado artesano como tu padre. Y al mismo tiempo lloraba la pobre madre. Mis hermanos lloraban tambien. ¡Madre, la dije, tenéis razon, haré cuchillos!.... y puse manos á la

obra. Pero ¡ah! soy poco hábil en este oficio, y dicen que jamás haré nada que valga ni seré mas que un mal obrero. Hé aquí toda mi historia; permitidme que vuelva á mi aprendizaje, si gustais.

El anciano benedictino quedó vivamente afectado al oír aquella sencilla relacion.

—No, no, hijo mio, dijo á Carlitos; la Providencia no quiere que perdais así las bellas disposiciones de vuestra alma. Dad gracias al cielo, que va á venir en vuestro auxilio y hacer que continueis vuestros comenzados estudios.

Y al mismo tiempo el digno sacerdote conducia á aquel niño tan inteligente y de tan felices disposiciones al colegio de Plessis.

El colegio de Plessis era en aquella época una de esas sábias moradas de donde han salido los mas hermosos genios de la Francia. La regla era severa, los estudios austeros, el silencio y la meditacion reinaban dentro de sus muros. En aquel tiempo, la virtud y la autoridad se hallaban en todo su poder. Los niños de nuestra época no podrán formarse una idea aproximada de aquellos trabajos y de aquellos deberes.

A las cuatro de la mañana, todo el colegio estaba en pié. La jornada empezaba con el rezo y la meditacion; en seguida venian aquellos fuertes estudios sin los cuales no hay talentos duraderos: el latin, el griego, el hebreo, las matemá-

ticas, la filosofía, la retórica, y, durante todo el día, apenas una hora de descanso.

Solamente para dar algun alivio á sus fatigas aquellos jóvenes talentos se entretenian en leer á Homero en su lengua; batíanse sucesivameate por Aquiles y por Hector.

¡Podré deciros la alegría del joven Rollin cuando se vió en aquella sábia y santa casa! ¿No es posible pintar sus transportes cuando se vió rodeado de estudio y de rezos; jamás sus mas hermosos ensueños habian ido tan lejos; nunca habia osado esperar tener tan hermosos libros, tan sábios maestros y tan inteligentes condiscípulos. En aquel siglo brillante en todas las prosperidades del método, la sociedad se dividia en nobles y en plebeyos; el nacimiento era un muro de hierro entre los hombres, pero la igualdad entre los niños se habia refugiado en los colegios.

En el colegio todos se hallaban sujetos á la misma disciplina, el hijo del caballero y el hijo del cuchillero, el que pagaba una crecida pensión, como el que era educado por caridad. Allí no habia entre ellos mas diferencia que la de carácter, de inteligencia y de trabajo. El primer lugar pertenecia de derecho á quien le merecia. Allí no habia mas distinciones que para los sábios y los estudiosos.

Muchas veces sucedia que el hijo de un du-

que y par ocupaba el último puesto, al paso que el hijo de su ayuda de cámara estaba en el primer sitio. Siempre hubo principios de legalidad y de justicia en la buena tierra de Francia. Carlitos Rollin fué bien pronto duque y par..... del colegio del Plessis.

Un día, día de asueto, la buena madre, cuyo orgullo era, y de quien bien pronto iba á ser el sosten, vió pararse un magnífico coche delante de la puerta de su humilde tienda. Era el señor Cárlos que venia á ver á su madre, de gran gala.

Bajó del coche el primero y se arrojó al cuello de toda aquella familia, que ya le reconocia buenamente por su jefe. Despues de él, descendieron del coche los dos hijos del ministro, que habian venido para acompañar á Cárlos y merendar con él. Se habló, se murmuró y se riyó; Cárlos quiso enseñar á sus amigos como se sacaba filo á la hoja de un cuchillo, y el torpe se cortó los dedos. El maestro Rollin habia olvidado ya su antiguo oficio. Entretanto, la buena señora de Rollin habia puesto sobre la mesa, frutas frescas, y un plato de natillas. Todo el mundo comió, lo mismo los jóvenes ministros, que los demás. Habiendo llegado la hora de la marcha, los tres jóvenes volvieron á subir, y ¡cosa estraña! Cárlos Rollin, que habia bajado el primero, subió tambien el primero y ocupó el primer sitio.

—¡Cárlos, dijo su madre, subir el primero como si fuéreis dueño del coche!

—Querida señora, respondió el señor Le Peltier, el ayo de los dos jóvenes escelencias, no debéis reprender á Cárlos, porque es el primero de su clase, es *el rey*, como se dice, y de consiguiente, le corresponde de derecho el primer asiento del carruaje.

¡La madre bendijo desde el fondo de su alma á aquellos tres nobles niños!

El joven Rollin, á los veinte y dos años, era profesor de el colegio en que habia sido estudiante: tres años despues, era catedrático de retórica, y su palabra atraia una multitud entusiasta y joven. Hablaba á aquellos niños de las grandes virtudes y de los grandes hombres de otro tiempo. Al mismo tiempo escribia para sus discípulos y para toda la juventud francesa un libro escelente: *El Tratado de los estudios*. Despertaba en su sepulcro á la antigüedad adormecida, y respecto á Roma, hizo tanto como habia hecho el gran Corneille. ¿Hay algun libro mejor que la *Historia romana*, escrito por Rollin?

¡Ah! ¡La hermosa historia, elocuente é ingénuo, con forma escelente, una narracion fiel y un gusto exquisito! El *buen Rollin* habia concluido por adoptar la república de Caton, de Scipion el Africano, de Salustio y de Ciceron, y su

adopcion fué tan completa, que, á pesar de ser uno de los hombres mas doctos del reino, no se apercibió de su ardiente entusiasmo por las repúblicas antiguas.

Los republicanos de la Francia han salido de las historias del *buen* Rollin y de la tragedia del gran Corneille. El mismo era como una leccion viva; hablaba á sus discípulos de la virtud y de la libertad, como si hubiese hablado á los jóvenes que Roma enviaba á las escuelas de Atenas. La *Historia antigua*, es la obra maestra de Rollin.

El solo ha hecho mucho mas para los espíritus libres que todos los revolucionarios del siglo que siguió al de Luis el Grande.

¡Tan grande y tan modesto! Al final de su tarea, cuando sus veinte tomos estaban publicados, se dirigió á casa de su librero, bastante inquieto.

—Amigo mio, le dijo, puedo morir; así arreglaremos nuestras cuentas y decidme lo que os debo.

—Señor mio, respondió el librero, vuestra cuenta está hecha y yo os debo cien mil libras.

¿Quién quedó mas admirado? El buen Rollin. ¡Creía que era en deber veinte mil!

—¡Ah! dijo, no tomaré nunca tanto dinero; le dejo para vuestro amable niño.

:

De este modo fué dotado el mismo hijo del editor de la *Historia antigua*, y Rollin, muy contento, decia á sus amigos: «He hecho un buen negocio, convenid en ello.»

Aquel gran rector de la Universidad de Francia habia comprado, despues de trabajar durante cincuenta años, una humilde casa con un pequeño jardin de algunos piés en cuadro. Allí cultivaba sus rosas, sus claveles, sus berzas, sus chirivias y su espíritu.

Leia á Horacio y cavaba su tierra; leia á Virgilio y regaba sus cuadros de flores; complacíase en los claveles, en los buenos versos, en los fresales, en las elegías, en la gramática y en los jazmines; era amigo de la infancia, amigo de la juventud, carácter ingénuo, verdadero modelo, y modelo acabado de verdaderos fundadores. ¡Se dice el *buen* Rollin, como se dice el *buen* La Fontaine! ¡Ah! hoy su casa es un establo. Oyese balar sobre el terreno del bosquecillo. El jardin está cubierto de ortigas..... Apenas se recuerda qué ciencia y qué virtudes han habitado aquel pequeño otero..... ¡*olvido!* este es el nombre del hombre y de sus obras.

Alguna vez, mas de un hombre, aun hoy, obedeciendo á sus caros recuerdos, va á buscar la casa y el jardin del *buen Rollin*.

¡Es una peregrinacion! Y aquel dia, para festejar dignamente á este hombre notable, y como

un justo sacrificio hecho á sus penates de arcilla, el jóven peregrino tendrá gran cuidado de desgarrar veinte páginas de la gramática de Chap-sal, otras tantas de la gramática griega de Bur-nouf y cuatrocientas ó quinientas hojas del fa-moso diccionario del célebre Mr. Vapereau.

EL MOZO DE CAFE.

Hablábase un dia delante de Mr. Talleyrand de un gran ministro y del mas grande historiadore de estos tiempos, Mr. Thiers, y no sé qué necio decia: ¡*Mr. Thiers es un hombre afortunado!* --Decid ¡*un hombre llegado!* replicó Mr. de Talleyrand.

Bernadotte fué un *hombre llegado*; llegó por el valor y por la inteligencia. ¡La misma victoria es quien le coronó!

Nació Bernadotte en medio de los Pirineos, en Pau, país de Enrique IV, el 26 de enero de 1769. Juan Bernadotte, á los diez y siete años, se hizo soldado, corriendo la probabilidad de quedarse esoldado ó sargento toda su vida, en su calidad de hijo del pueblo. Tenia todos los instintos

del soldado; poseia la paciencia y la prudencia; soportaba voluntariamente el hambre, el frio y la fatiga; amaba por instinto el ruido de las armas, el olor de la pólvora, y se inquietaba poco por entrar de guardia, previendo que podria batirse á su placer.

Cuando llegó el año libertador de 1789, derribando todos los privilegios y abriendo á todos los hombres el gran camino lleno de aventuras!.. cuando estuvo escrito para el valor de todos: soldado, capitan y coronel (se iba muy de prisa en aquellas guerras tremendas), cuando cada jornada producía una victoria, y cuando se decía: ¡Fleurus! ¡Arcola! ¡Marengo! el general Bernadotte tuvo su gran parte en aquellas fortunastan nuevas; él fué de los que obraron mejor en la batalla de Fleurus. En adelante el ejército entero sabia el nombre de Bernadotte *por la órden del dia*.

Al mismo tiempo hallaba en la ardiente refriega un jóven, un pensador, un héroe, un maestro, un hermano, un genio. Comprendió que el porvenir pertenecía á este capitan, y que el honor mas grande seria el de mandar bajo sus órdenes. ¡Juzgad de su alegría y de su justo orgullo cuando el general Bonaparte le eligió para acompañarle á Italia! ¡Ah! ¡qué gloria y que ejemplo! Le siguió en la pelea y le ayudó en los consejos; le vió desenvolver sus planes de cam-

pañá; le oyó aquella gran voz en la batalla, voz que removía los escuadrones como si hubiesen sido un solo hombre.

¡Oh! ¡qué de encuentros, de combates, de batallas en el Rhin, en el Meusa, en Italia, en Alemania! A cada momento y por todas partes donde era preciso un hombre de corazón, colocábase á Bernadotte. Se halló en la batalla de Austerlitz.

Entretanto, engrandeciéndose siempre el general en jefe de todas aquellas almas, de todos aquellos ejércitos, caminaba hácia el trono y ciñó por fin la diadema. A él podría referirse también, lo que el poeta decía de los soldados de Alejandro:

Soldados bajo Alejandro y reyes despues de muerto.

Bernadotte comprendió entonces que tenía la talla de los reyes. ¡Buscaba un reino..... y halló la Suecia! ¡Ah! ya había sido sometida, bien por las revoluciones, bien por las reacciones. Ilustrada al pronto por Cárlos XII, gran conquistador, pero que perdió su reino á fuerza de inútiles conquistas; abandonada por la reina Cristina que había lucido en todas las córtes de Europa la ostentación aburrida de su abdicación voluntaria; entregada á las más locas disipaciones por Gustavo III, asesinado en medio de un baile, la Suecia llamó para que la gobernase al mariscal

Juan Bernadotte y le dió el trono de Cárlos XII, de la reina Cristina y de Gustavo III.

Un dia, trescientos suecos, los primeros de la Suecia, llegaron á París en busca del nuevo monarca. Ya rey Bernadotte fué sueco, hasta lo mas íntimo de su corazon; no tuvo mas patria que su reino, y le defendió hasta contra el mismo Bonaparte.

Y cuando los destinos del emperador Napoleon le arrastraron á los hielos de la Rusia, á medida que se hundia el imperio con el emperador, los reyes que él habia creado veian caer sus coronas vacilantes. Solo Bernadotte conservó la suya. Verdad que no la tenia por Napoleon; la tenia por la misma Suecia.

Despues que Napoleon hubo dado su adios por última vez á su ejército, á sus águilas, á la Francia, que tanto habia amado, los reyes de Europa se sintieron mas afirmados en su trono, pero ninguno de ellos pensó en inquietar al rey de Suecia..... que era verdadero sueco.

Era éste un hombre hábil, un rey prudente que nada dejaba á la fortuna de lo que podia sustraerla. Como habia sido testigo de una ruina inmensa, habia aprendido, por la caida del emperador, que el genio tiene sus momentos de flojedad; habia aprendido tambien por la muerte funesta del rey Murat, fusilado dentro del mismo reino que Murat regia poco antes, que el valor

es inútil si se halla desprovisto de toda prudencia. Así conservó con todas sus fuerzas la sencillez, la prudencia y el buen sentido, de cuyas cualidades hizo sus guardianes y sus guardias de corps.

Mr. de Lowenhiem, que fué mucho tiempo embajador de Suecia en París, queriendo rendir homenaje á *su patriotismo*: «Tiene amigos, los decia, mas bien que contrarios. Es bueno, afable y político con todo el mundo; conoce todos los negocios de sus súbditos y les escucha como un juez. Cualquiera que desea hablar al rey, toca su puerta, y la puerta se abre; entra, vé al rey, le habla y se va, sin haber encontrado mas centinela que los que están á la puerta del palacio.»

Juan Bernadotte, no olvidó á sus antiguos camaradas del camastro y del vivac; recordaba su nombre y les reconocia en cualquiera ocasion; mas de uno hubo que no invocó en vano el recuerdo de su camarada *pasado á rey*.

Como al lado de las grandezas de este mundo hay siempre un ejemplo de abatimiento, así como no hay victoria sin derrota, ¡á propósito de estos grandes ejemplos de una fortuna inesperada, conviene y es bueno mostrar á los jóvenes lo que llegan á ser las grandezas decaidas, las majestades sin corona y los reyes destronados.

Hace algunos años, durante un invierno riguroso, un jóven, caminaba á pié por el camino

real. Rendido de fatiga se detuvo á la orilla del camino. Pasaba una diligencia; el jóven viajero hizo señas de que parase y pidió al mayoral la gracia de tomar asiento en la imperial. Era muy pobre y no podia tomar asiento en el interior. Subió, pues, á la imperial y pasó allí la noche espuesto á todos los vientos, sin capa, pero considerándose muy dichoso con el abrigo del coche. ¡El viaje duró tres dias!..... ¡Aquel pobre y desgraciado viajero era el rey legítimo de la Succia, el propio hijo de Gustavo III!

Esto nos trae á la memoria los viejos andrajos de Cárlos II cuando iba á buscar un refugio en Francia, despues de la muerte de su padre. «*Me los enviareis al palacio de los reyes de la Gran-Bretaña*», decia el Stuardo.

Peró no obro bien al hablaros tanto de tronos y de coronas á vosotros, que habeis nacido para ser buenos ciudadanos, útiles, y que no debeis tener otra ambicion que la que todo hombre honrado puede prometerse del talento y de la virtud.

EL VALOR CIVICO.

MATEO Molé, hijo y padre de magistrados, tuvo el mas difícil de todos los valores, el valor cívico. Ser valiente en el campo de batalla entre el ruido de las armas, los caballos que relinchan, los cañones que truenan, las banderas que se despliegan al viento, las trompetas que suenan y los tambores que baten, este es el valor de todo el mundo. ¡No se marcha á la muerte, se marcha á la gloria! Pero conservar la sangre fria en medio de las discordias civiles, no contar para defenderse mas que con el buen derecho, moderar con una mirada al pueblo furioso, levantar la voz para hacerse oír de una multitud que no quiere escuchar nada, dominar las tempestades populares, ser un antemural de la ley, del rey y de la

justicia, hé aquí el valor difícil, y tal fué el valor del primer presidente Mateo Molé.

Pertenecía á una familia parlamentaria, una de aquellas antiguas familias de toga, honor de la Francia, honor menos brillante que el honor militar, pero tan durable y no menos útil. Uno de los antepasados de Mateo Molé, habíase presentado delante del rey Cárlos VII, que se veía amenazado de los ingleses y de la mala fortuna de la Francia. La voz de un Molé se hizo oír á aquel débil monarca, y durante aquel tiempo triste de guerras intestinas, su padre, apenas ejercitado en los largos estudios que conducian á la magistratura, se mostró digno del nombre que llevaba y que él debía engrandecer mas.

Las circunstancias eran difíciles cuando el padre de Mateo Molé tuvo el valor de sentarse en los altos sitios, La Francia era presa de la Liga, aquella fatal demencia. En este tiempo todó era desórden en las leyes y en las costumbres. La licencia, el espanto, las pasiones desbordadas, los súbditos dando la ley al monarca, el fanatismo inquieto y revoltoso paseando por las calles de París sus proscripciones y sus furores, hé aquí la Francia.

Y cuando el trono, abandonado de todos, llamaba á la tierra y al cielo en su ayuda, entonces pudo verse qué héroes se ocultaban bajo la toga augusta del magistrado. En aquel tiempo el rey

no era nada, los facciosos lo gobernaban todo. Tuvieron miedo á Molé, y le encerraron en la Bastilla. Hé aquí las palabras de Molé al duque de Mayenne: «Mi vida está á vuestra disposicion, pero soy un verdadero francés y perderé mi vida y mis bienes antes que ser otra cosa.»

Tal fué el padre de Mateo Molé. Tambien tuvo él, como su padre, que combatir por la libertad del trono, con la diferencia, sin embargo, de que Mateo Molé tuvo que habérselas con el mas déspota, con el mas peligroso de los hombres, Richelieu, el dueño absoluto de la Francia y del rey Luis XIII. Nadie resistia de ordinario á aquel célebre ministro; hacia caer las cabezas mas altas..... Pues Richelieu retrocedió ante Mateo Molé. Al ver á este jóven con tanto poder sobre él mismo y sobre los demás, le hizo procurador general.

¡Mateo Molé apenas tenia treinta años! Tan jóven todavía, aceptó los deberes mas difíciles: austeridad, piedad, consejo, amistad, adhesion. Amigo de aquel terrible abate de San-Cyran, que Richelieu hizo encerrar en la Bastilla..... ¡en nombre de todas las leyes divinas y humanas, Mateo Molé pidió en alta voz la libertad de su amigo! Mas tarde, cuando el cardenal Richelieu, implacable en sus venganzas, procesó al mariscal de Marillac, solo Mateo Molé osó defender al mariscal. ¡Gran valor! y Richelieu, para

vengarse noblemente, nombró á Mateo Molé primer presidente del parlamento de París.

El dia en que fué elevado á aquella dignidad, la mas alta de su órden, Mateo Molé perdió su mujer que le dejaba padre de seis hijos. Desde aquel dia tambien Mateo Molé sintió engrandecerse su alma á medida de su deber. Mientras habia sido procurador general, habia defendido la libertad pública contra Richelieu; elevado á la dignidad de primer presidente, y muerto Richelieu, Mateo Molé defendió la autoridad del rey contra el pueblo. Comenzaron entonces los grandes combates de la Fronda, que distinguieron á Mateo Molé, como las revueltas de la Liga habian hecho notable á Eduardo Molé, su padre. Amotínase el pueblo, el parlamento resiste á la autoridad de Mazarino, primer ministro. Mazarino hace arrojar en la Bastilla muchos miembros del parlamento que no querian registrar sus edictos; cúbrese toda la ciudad de barricadas; y entonces fué cuando se vió al primer presidente Molé, revestido de las insignias de la magistratura, salir á pié atravesando la ciudad sublevada y pedir en alta voz la libertad de los magistrados aprisionados.

Al pronto, á la vista del primer presidente, los facciosos se retiraron con respeto y las barricadas caen delante de él; poco á poco el tumulto recobra su vigor, se murmura, se grita y se

corre hácia el primer presidente en actitud hostil. El, siempre impasible, prosigue su camino, á pesar de las amenazas del pueblo. Un hombre le detiene en medio de aquella multitud irritada llamándole ¡traidor! y amenazando asesinarle; Mateo Molé se desase dulcemente y continua su marcha con paso firme y lento, como convenia al jefe de la magistratura.

Llegado que hubo ante la reina, á través de aquel tumulto, irritado y hasta furioso, habló tan bien y tan alto, que los dos magistrados arrestados fueron puestos inmediatamente en libertad. El primer presidente volvió por el mismo camino, colmado esta vez de bendiciones y de alabanzas; todas las barricadas fueron deshechas, y la ciudad de París quedó tan en calma aquel mismo dia *como un dia de Viernes Santo*: esta es una frase del cardenal de Retz.

Sin embargo, el cardenal Mazarino, hostigado por el príncipe de Condé, sacó de París al joven rey y á su regente. ¡Ah! ¡aquella Fronda era tan inflexible y sin piedad!

Huérfana sin su rey, la ciudad vaciló, tuvo miedo... dichosamente Molé estaba allí. El es, mas que nunca, quien será el salvador de aquella gran ciudad y quien mantendrá algun poco de orden y de justicia. En aquellas difíciles circunstancias, Mateo Molé, siempre firme, cumplió todos sus deberes de magistrado y de súbdito.

Colocado entre el príncipe de Condé y el cardenal Mazarino, el primer presidente sostenia el equilibrio entre el príncipe de la sangre tan voluntarioso, y el ministro tan fino y astuto. Diputado Mateo Molé por el parlamento, dejó á un lado en aquella circunstancia las pasiones del cuerpo que representaba, y, con mano deliberada, firmó aquel famoso tratado que reconciliaba al príncipe de Condé con la reina, y despues volvió á París á llevar aquella feliz nueva, que sublevó al parlamento y á la ciudad haciéndoles presa de mil furoros.

No es posible creer á que delirios se dejó arrastrar el parlamento. Mateo Mole quedó impasible y acogió las voces como de costumbre. Al mismo tiempo la muchedumbre gritaba fuera, pidiendo los títulos del primer presidente. Salió éste del tribunal y se metió por medio de aquella multitud, á pesar de los ruegos de sus amigos. Viéndole venir un frondista, puso la boca de un mosquete en su pecho. Molé sin volver la cabeza, dijo á aquel hombre: «¡Cuando me hayais muerto, no necesitaré mas que seis pies de tierra!»

Y tranquilo y altanero, prosiguió su camino á través del furor popular. Así, el cardenal de Retz decia muy justamente: «Si no se tomase como una blasfemia el decir quien es en nuestro siglo mas intrépido que el gran Gustavo y monseñor el príncipe de Condé, yo diria que lo habia sido Mr. Molé, primer presidente.»

Este hombre, al valor que forma los capitanes, unia la majestad real. Era verdaderamente el sábio inaccesible al miedo; sentado sobre las ruinas del mundo, le hubiese visto hundirse sin palidecer. Un dia que trabajaba en su gabinete, sus criados vinieron á advertirle que el populacho furioso queria derribar las puertas de su casa y pedia su cabeza. «Dejadles entrar, dijo: la puerta de un ministro debe estar siempre abierta.» Al mismo tiempo, se adelanta hácia los amotinados y les disipa con una mirada; despues, vuelve á entrar en su gabinete, para continuar su trabajo.

Este grande hombre, despues de tantas agitaciones, despues de una lucha admirable, murió al principio del reinado de Luis XVI, reinado que habia preparado tan dignamente.

En aquella aurora del gran siglo, la Francia estaba tranquila: el décimo sétimo siglo se anunciaba por mil ruidos de poesía y de gloria; Mateo Molé murió entonces, dichoso con el bienestar, el reposo y la gloria de la Francia, y feliz por verla así libre y orgullosa marchar por fin á sus bellos destinos.

Su familia se ha mantenido siempre en los primeros rangos de esa magistratura augusta; y así como un Molé se habia hallado en el destierro de Luis XIV, otro Molé se halló para morir sobre el cadalso de Luis XVI, el rey mártir.

EL POETA NIÑO.

¡LA misma gloria tiene sus eclipses! ¡Los nombres mas grandes se abaten! ¡Los mas ruidosos se callan! ¡La sombra envuelve los mas justos renombres! Todo un siglo ha resonado con la gloria y el nombre de Mr. de Chateaubriand... Preguntad al eco, preguntad á los autores de biografías, preguntad á esas damas de pequeño rango que publican sus *Memorias*, preguntadles que han hecho del nombre de Mr. de Chateaubriand.

Si os place, os contaremos la *infancia* del jóven poeta y por estos primeros años, juzgareis á que altura debia llegar un genio semejante entre *Atala*, *René* y los *Mártires*.

Mr. de Chateaubriand, en el castillo de Com-

bourg, antigua propiedad de los señores. de Chateaubriand; Combourg, despues de haber pertenecido á los Montmoreney y á los de Condé, volvió á sus antiguos dueños; su último propietario, tuvo por hijo al autor del *Genio del Cristianismo*... La Europa entera dirá ahora al resto del mundo, qué generacion ha pasado por el castillo de Combourg.

«Yo llegaba al castillo por la estensa calle de abetos, atravesaba á pié los patios desiertos, me detenia á mirar las ventanas cerradas ó medio derribadas, las ortigas que crecian al pié de los muros, las hojas que tapizaban el suelo de las puertas y las gradas solitarias, donde yo habia visto tantas veces á mi padre y á mis fieles servidores. Los mármoles estaban ya cubiertos de musgo; el alhelí crecia entre las piedras desunidas y mal seguras; un guardian desconocido me abrió bruscamente las puertas.

»Cubriendo un momento mis ojos con mi pañuelo, entré bajo el techo de mis antepasados; recorrí los salones sonoros, donde no oia mas que el ruido de mis pasos. Las habitaciones estaban apenas iluminadas por una débil luz que penetraba por entre los postigos cerrados. Visité la en que mi madre habia dejado la vida, á la que se retiraba mi padre, á la en que yo habia dormido dentro de mi cuna, y aquella por fin, donde la amistad habia recibido mis primeros votos, en el

seno de una hermana. Por todas partes las salas estaban desamuebladas, y la araña teja sus telas en las cornisas abandonadas. Salí precipitadamente de aquellos sitios, me alejé á grandes pasos sin osar volver la cabeza. ¡Qué dulces son, pero rápidos, los momentos que los hermanos y las hermanas pasan en la sociedad de sus viejos padres!»

Si Mr. de Chateaubriand no hubiera escrito las Memorias de su juventud, se las hallaria mezcladas con los recuerdos de sus quince primeros años.

«Mi genio era impetuoso, mi carácter desigual, alternativamente ruidoso y alegre, silencioso y triste, reunia en torno mio á mis jóvenes compañeros, y despues los abandonaba repentinamente para contemplar la nubecilla fugitiva ó para oir caer la lluvia sobre el follaje.»

Esto, que el autor dice con pena, lo manifiesta por el respeto mezclado de terror que le inspiraba su padre. Era éste un hombre de elevada talla, de fisonomía sombría y severa, imponente y soberbia. Durante el dia, el joven Francisco Chateaubriand daba voluntariamente un largo rodeo por evitar pasar por delante de su padre; y llegada la noche, toda la familia se reunia en un vasto salon de aquel desierto castillo, *situado en medio de los bosques, en una comarca retirada*; la madre y los dos jóvenes hijos acurrucados bajo

la inmensa chimenea; el padre, envuelto en su capa, paseándose á todo lo largo del salon y silencioso como la estátua del comendador.

A medida que su señor y dueño se alejaba del sitio donde estaban cobijados, la conversacion entre la madre y los hijos recobraba nueva animacion, y cuanto mas los pasos del señor iban debilitándose, mas fuerza tomaban las voces infantiles; de repente el viejo conde volvia, y llegaba de nuevo hasta la boca de la chimenea; entonces la conversacion bajaba poco á poco, y, conforme avanzaba, la voces se debilitaban.

Alguna vez se detenia curioso delante de la chimenea: no se oia ni respirar; entonces, con su gruesa voz, preguntaba: *¿Qué se dice?* Respondíasele con el silencio..... continuaba su paseo, y la velada se pasaba así en alternativas de charla y de silencio.

Dadas las once, el viejo señor volvia á subir á su cuarto; prestábase aun oido al ruido que se iba debilitando. *¿Y el padre.....?* se le sentia andar por arriba, sus pies hacian gemir á las viejas vigas, ¡por último, todo callaba!

Entonces la madre, el hijo y la hermana arrojaban un grito de alegría; los dos niños se entregaban á mil juegos de locos, ó bien, y esto era mas entretenido todavía, se contaban historias de aparecidos; esta, porejemplo, que el mismo Mr. de Chateaubriand referia á los sesenta

años, nosotros se la oimos, y que os contaremos á nuestra vez para causaros miedo.

«Una noche, á la mitad de ella, estando un anciano monje en su celda, oyó tocar á su puerta. Una voz quejumbrosa le llama, el monge titubea en abrir. Por fin, se levanta y abre.... ¡Un peregrino pide al solitario hospitalidad por aquella noche! El monge hospitalario, da una cama al peregrino, y él se vuelve á echar en la suya, pero apenas se habia dormido, cuando de pronto ve á los pies de su cama al peregrino que le hace señas de seguirle.

»Le obedeció. Salen juntos. La puerta de la iglesia, á su aproximacion, se abre y se cierra detrás de ellos. Celebraba el sacerdote en el altar los santos misterios. Llegado al pié del altar, el peregrino deja caer su capuchon, y muestra al monge una cabeza de muerto. «Tú me has dado un sitio á tu lado, dijo el peregrino; á mi vez, tedo y un sitio en mi lecho de cenizas.»

Comprendeis bien cuan delicioso terror se experimentarí en aquella sala, y que, al oir aquellos cuentos la hermana se apretaria contra el hermano y éste contra aquella. ¡Nada hay mas tierno que las páginas de Mr. de Chateaubriand acerca de su bella é inteligente y jóven hermana Lucila! Toda su infancia la pasó á su lado: tuvieron los mismos disgustos, los mismos placeres, los mismos terrores.

«Tímido y contrariado delante de mi padre, yo no hallaba tranquilidad y contento sino en la compañía de mi hermana. Una dulce conformidad de costumbres y de gustos nos unia estrechamente; ella era un poco mayor de edad que yo. Nos gustaba trepar juntos á las cimas de las colinas y recorrer los bosque á la caída de las hojas; paseo cuyo recuerdo llena todavía mi alma de delicias. ¡Oh ilusiones de la infancia y de la patria, no perdais jamás vuestras dulzuras!

»Tan pronto caminábamos en silencio prestando oído á los mugidos del otoño ó al ruido de las hojas secas que al andar arrastrábamos tristemente; tan pronto, en nuestros juegos inocentes, perseguíamos á la golondrina en la pradera ó al arco iris en las colinas, despues de las tormentas; alguna vez tambien murmurábamos versos que nos inspiraba el espectáculo de la naturaleza.

»Ambos poseíamos un poco de tristeza en el fondo del corazon, la habiamos recibido de Dios ó de nuestra madre.»

Ved, pues, lo que era de niño; y por lo que era de niño, podeis juzgar lo que fué de escolar. Un iluso, un poeta, estudiante perezoso, y á sus horas, fastidiado además del colegio; y en el colegio, como en la casa paterna, refugiándose en la amistad, que le hacia parecer las horas menos largas. El jóven Francisco de Chateaubriand fué

educado en el colegio de Rennes; allí estudió tanto como él podía estudiar, la aritmética de re-zout; en contrapeso á Mr. Bezout, descubrió á Horacio y las *Confesiones de San Agustin*, dos nuevos amigos de colegio.

Estos recuerdos son encantadores, contados por el mismo Mr. de Chateaubriand; en ellos se halla lo que constituye la frescura, la gracia infantil y la pasion campestre de los primeros libros de las *Confesiones* de Juan Jacobo Rousseau. Recuérdanse allí los menores accidentes de la primera edad. Hay un pesar para todos sus amigos muertos, entre ellos para Gesril, el vendeano, que murió en Quiberon.

Este bravo Gesril, era prisionero de los *azules* sobre su palabra; llegada la noche, se arroja á nado para dar aviso á un navío inglés que estaba de crucero que no se aproximase. Advertidos los ingleses, quieren llevarse á Gesril, pero él, fiel á su palabra, vuelve á arrojarse al agua, y á nado torna al fatal Quiberon, en donde es fusilado al dia siguiente.

El colegio de Rennes dejó pocos mas recuerdos á Mr. de Chateaubriand. Todos sus condiscípulos han muerto, ó casi todos. Entre las aventuras que cuenta, he aquí la mas chistosa.

Estaba espresamente prohibido en el colegio (y esto es lo que se llama verdaderamente una ley clemente), tocar á los nidos de los pájaros.

Un dia, durante el paseo, los bulliciosos condiscípulos descubrieron en la copa de un frondoso árbol, un nido de urraca; y ¡trémula al par que decidida, la hembra estaba en la cima del árbol vigilando su pollada..... ¿oís entretanto los gritos del alegre tumulto?

—¡Oh! ¡he! ¡las maricas! ¿Quién subirá el primero allí? ¡Tú, Luis! ¡Tú, Victor! ¡O tú, Francisco!

—¡Yo seré! dijo Francisco, viendo titubear á los otros; ¡yo seré!

Y vedle enseguida trepar. Se agarra á las ramas, sube, y sube mas; oye que desde abajo se le aplaude y se le admira. Por fin, se aproxima al nido; la pobre madre, azorada y obligada por último á retirarse, vuela con pesar; el jóven Francisco alarga atrevidamente la mano hácia el nido.—¡No hay pájaros! pero sí huevos muellemente escondidos sobre el plumon y calientes todavía!

El, que no quiere descender con las manos vacías, se apodera de los huevos y los guarda entre *cuero y carne*, como se dice. Pero era mas difícil y peligroso el bajar, aun cuando no habia sido fácil el subir; los brazos del árbol se doblan, las ramas se quiebran, el pié se escurre y se desuella la cara y las manos: llega así, mal que bien, á cierto sitio donde el árbol, bifurcándose, formaba una horquilla, cae á caballo sobre esta

horquilla, donde toma aliento, una pierna por aquí y la otra por allá.

Cuando aun estaba á caballo, tomando aliento y viendo el modo de bajar, oye de pronto gritar á sus condiscípulos:—¡Allí viene el maestro...!—¡Miradle!—El maestro, en efecto, apareció en lontananza y cada uno echó á volar, como habia hecho la urraca, y Francisco de Chateaubriand quedó allá arriba, completamente solo, á caballo sobre el árbol. Uno solo de sus condiscípulos habia quedado al pie del árbol, y le dijo: «¡Sálvate, Francisco! ¡Déjate caer del árbol!—¡Abrázate á él!» Este camarada tan fiel en la desgracia era el digno Gesril..... ¡Pobre Gesril!

Así lo hizo Francisco. Agarró el árbol con las dos manos, y se dejó escurrir desde lo alto abajo por la áspera corteza; de este modo llegó al suelo un poco magullado; pero, ¿qué importa?... el maestro no habia visto nada.

Echó á correr y se reunió con sus camaradas; el maestro le vió venir y le miró. ¡Oh, desesperacion! ¡Accidente imprevisto!.... Los huevos, los malditos huevos se habian despachurrado en el pecho del jóven Francisco, y su chaleco habia cambiado de color; la urraca estaba vengada, sus huevos gritaban ¡venganza! Entonces el maestro, especie de vizcaino de dura cabeza, declaró á Francisco de Chateaubriand que habia incurrido en delito y que seria penado con la

disciplina. Volvieron al colegio; ¡ah! ¡iban tristes, Dios lo sabe!

Apenas ya en el colegio, el maestro hizo llamar á Francisco á su cuarto..... Habia merecido la disciplina, y seria azotado. En vano el pequeño Francisco, con el corazon oprimido, los ojos llenos de lágrimas, las manos juntas, rogaba y suplicaba que se le perdonara aquella ignominia.

Pidió otra pena, el cepo, el pan seco, el aumento de leccion, doscientos versos de Horacio aprendidos de memoria. ¡Inútiles esfuerzos! ¡El maestro lo habia dicho; Francisco sufrirá la disciplina! Al mismo tiempo acercábase el maestro para aplicar la pena á Francisco; pero éste, viendo la inutilidad de sus ruegos, toma su resolucion, en el momento, como un caballero; apóyase de espaldas contra la pared, y cuando su verdugo va á cogerle, se defiende á puntapiés y á puñetazos; muerde, hiere, grita, se revuelve, se evade y se atrinchera; un leon cachorro no lo hubiese hecho mejor. Por fin, cansados de pelea, se le deja; y obtiene así la victoria con mas energía y mas gloriosamente que el pequeño Juan Jacobo Rousseau en ocasion semejante.

Despues de haber pasado diez meses en aquellos estudios y en aquellos paseos, alternativamente meditabundo y colérico, arrebatado y paciente, estudiando á sus horas, estudiando so-

lo, descubriendo ya, y modulando ya aquella frase profunda y cadenciosa que quizá es mejor que la poesía y que él ha inventado, con admiración de la Francia entera, volvió á Combourg á pasar las vacaciones.

¡Esto fué para él una gran fiesta! volvía á ver al vetusto castillo azotado por las tempestades del Océano; abrazaba á su madre y temblaba de nuevo delante de su padre; hablaba con su joven hermana, trabajaban juntos, y escuchaban el ruido confuso del bosque y del Océano.

Después, repentinamente, en vez de enviarle de nuevo al colegio, fué á un regimiento; la víspera era estudiante y al día siguiente soldado, todo un soldado hecho, yendo al ejercicio.— ¡Uno! ¡Dos!—¡Uno! ¡Dos!—¡Armas al hombro!... ¡Presenten armas!.... y nunca ¡fuego! Cuando supo su oficio: marchar al paso, ir, venir, limpiar su fusil, blanquear su correa y ennegrecer la cartuchera, se le hizo entrar de guardia. ¡Llegó á ser cabo, luego sargento, después subteniente! ¡á fé mia! Y ya subteniente, tuvo el encargo de enseñar el ejercicio á los soldados. Les enseñó todo lo que había aprendido.

¡Uno! ¡Dos!—¡Uno! ¡Dos!—¡Vuelta á la derecha! ¡Vuelta á la izquierda! ¡Marchen! ¡Firmes! ¡Derecha é izquierda! ¡Armas al hombro! ¡Tercien! Todo esto tenía lugar en Dieppe, donde se hallaba de guarnición; la playa le servía de

campo de batalla: así llegó á ser, como decia su coronel, *todo un cumplido oficial*.

Cuando esta nueva educacion del jóven Francisco de Chateaubriand estuvo terminada (y esto se verificó muy pronto), su padre le envió á París á buscar fortuna. De nuevo dió su adios al castillo de Combourg, á su madre, á su hermana; despues marchó en una silla de postas, frente á frente de una señora á la que debia acompañar hasta París.

«No he vuelto á ver á Combourg mas que tres veces: á la muerte de mi padre, toda la familia se halló reunida en el castillo para darle el último adios. Dos años mas tarde, acompañé á mi madre á Combourg; queria amueblar la vetusta mansion; mi hermano debia conducir allí á mi cuñada: mi hermano no volvió mas á la Bretaña, y bien pronto rodó su cabeza por el cadalso con la de su jóven mujer (1), para la que mi madre habia preparado el lécho nupcial; en fin, tomé el camino de Combourg al llegar al puerto, donde permanecí hasta que me decidí á pasar á América.

»Despues de diez y seis años de ausencia, disponiéndome á abandonar el suelo natal por las ruinas de la Grecia, fuí á abrazar en medio

(1) Mlle. de Rosambo, nieta de Mr. de Malesherbes, guillotina al mismo tiempo que su marido, el propio dia que su ilustre abuelo.

de los páramos de mi pobre Bretaña, lo que me quedaba de familia; pero no tuve valor para emprender la peregrinacion á los campos paternos. A los matorrales de Combourg debo lo que he llegado á ser; allí he visto reunirse y dispersarse mi familia. De diez hermanos que hemos sido, no quedamos mas que cuatro. Mi madre ha muerto de dolor; las cenizas de mi padre han sido arrojadas al viento.

»Si mis obras me sobreviven, si llego á dejar un nombre, guiado por mis Memorias, quizá llegue un dia en que el viajero se detenga un momento en los lugares que he descrito. Podrá reconocer el castillo, pero en vano buscará el grande *mallo* ó el gran bosque; ha sido destruido; la cuna de mis ilusiones ha desaparecido como mis demás ensueños. Solitaria y de pié sobre su roca, la antigua torre parece echar de menos las encinas que la rodeaban y la protegian contra las tempestades. Aislado como ella, he visto, tambien como ella, caer á mi alrededor la familia que embellecia mis dias y me prestaba su abrigo; pero gracias al cielo, mi vida no ha sido fundada en la tierra tan sólidamente como las torres donde pasé mi juventud.»

Mr. de Chateaubriand ha muerto vencido por el tiempo en un dia de tempestad. Ha muerto lleno de tédio, abrumado de tristeza y aun dudando de su gloria. ¡Oh anciano, honor de tu siglo!

¡Oh maestro elocuente, cuya voz poderosísima ha despertado la poesía! ¡amigo de todas las libertades!.... De tantas grandezas, no se ha salvado mas que una tumba á orilla de un escollo:

¡El vasto mar murmura en torno de su ataud!

LOS CANIBALES.

EL nombre triste y encantador de la señorita de Sombreuil difunde un dulce resplandor en medio de las mas sangrientas orgías que han manchado la historia de los pueblos. El nombre de la señorita de Sombreuil, sino borra el horrible de Danton, nos consuela al menos al tener que pronunciarle. La señorita de Sombreuil fué la casta y generosa heroína de un dia de asesinatos, y en aquella hecatombe del 2 de setiembre (1792) solo esta noble niña hizo creer todavía en el valor, en el honor y en la virtud.

Acaecia esto en medio de una época de revolución y de desórdenes. Algun dia sabreis esta historia. Es terrible, y los padres de vuestros padres soportaron todo su peso. En aquella época

ca de horrible memoria, la Francia se hallaba gobernada por algunos miserables, que no tenían otro goce que el segar las cabezas mas ilustres y el de derramar la sangre á torrentes. La virtud, la juventud, el talento, el nombre de los antepasados, las cicatrices guerreras, nada estaba á cubierto de aquellos furiosos; ser inocente era ser un gran culpable; estar en prision era prueba de adhesion y de lealtad; el patíbulo era la virtud de aquel tiempo.

El 30 de agosto de 1792, las prisiones de París se hallaban atestadas de nobles prisioneros que no esperaban mas que su decreto de muerte. Danton y Marat, exaltados por una derrota de la república en el exterior, quisieron, á su vez *causar miedo á los realistas*. Así hablaba Danton. Produjo esto al pronto en París un ruido siniestro, un rumor vago y sin fundamento. Poco á poco el horrible rumor tomó consistencia; se agitaba en las calles y la ciudad entera estaba en alarma.

Todas las prisiones se hallaban sumidas en un terror profundo. El rey Luis XVI, que estaba prisionero con su familia en la torre del Templo, se preguntaba con espanto por qué sus guardianes se hallaban tan consternados. Bien pronto se oyó la asonada, y el cañon de alarma empezó á tronar. El rumor se habia realizado; el asesinato estaba decretado. ¡Oh, tinieblas, muerte, espanto, asesinos!

La matanza comenzó en la cárcel de la Abadía. Acabábase de conducir allí veinte y cuatro sacerdotes en medio de las injurias y de los excesos del populacho. Apenas aquellos desgraciados fueron amontonados en aquel vasto espacio..... sus cuerpos cayeron atravesados de mil heridas. ¡De este modo fueron asesinados todos juntos! ¡Verdadera hecatombe! uno solo se salvó por milagro: era el abate Sicard, el padre de los sordo-mudos, que habia realizado aquella frase del Evangelio: *El ha hecho á los sordos oír y á los mudos hablar.*

Los aullidos de los verdugos, los llantos y los gemidos de las víctimas, la agonía y la sangre que traspiraba ya á través de los muros, habian escitado en el mas alto grado las pasiones del populacho. Uno de los maestros de aquel tiempo, Villaud-Varenes, habia exclamado en medio del asesinato: *¡Pueblo, haces tu deber!* Cuando no hubo ya ningun sacerdote que inmolarse en la Abadía, los asesinos se trasladaron á la prision de los Carmelitas. Doscientos sacerdotes esperaban la hora suprema en aquel sitio fúnebre. Al aspecto de los verdugos, los mártires de la fé se abrazan y se animan. Llegados á la iglesia, los tigres piden con grandes gritos al arzobispo de Arlés, y el prelado responde sin conmovirse: *¡aquí estoy!* En el instante cae sacrificado como víctima en los altares de aquellas furias.

:

¡*Rogad por nosotros, oh mártir!* esclamaban los desgraciados avocados á la muerte. Sucumbieron todos á sablazos, á estocadas y á tiros desde lejos. Las paredes y el suelo quedaron llenas de sangre.

Desde los Carmelitas, la turba feroz vuelve á la Abadía, cuyas prisiones habia dejado llenas de cadáveres. En aquel teatro sangriento hace alto, en medio de sus víctimas aun calientes; los caníbales piden vino y beben veinte y cuatro azumbres. Sus horrorosos gritos de alegría penetraron hasta en los lúgubres calabozos. Se abren las puertas y la matanza comienza de nuevo. Es cierto que despues de las primeras muertes se estableció mas orden y mas regularidad. ¡Oh afrenta de la humanidad! los asesinos, todo ensangrentados, se hicieron los jueces de sus víctimas. El jefe de los degolladores, llamado Maillard, fué nombrado presidente de aquel horrible tribunal. Estos mónstruos convinieron entre sí que este grito: ¡*A la Fuerza!* pronunciado por el presidente, equivalga á un decreto de muerte.

Desde luego se lleva ante aquellos horribles jueces algunos desgraciados suizos cuyo crimen era haberse defendido el 10 de agosto.—¡*A la Fuerza!* gritaba Maillard, lo que queria decir: ¡*A la muerte!* Fueron degollados todos.

Muertos estos, se hizo venir nuevas víctimas.

¡A la Fuerza! decia siempre el implacable presidente. El conde de Montmorin, el antiguo ministro, es inmolado en el momento en que pedia un carruaje. Thierry, el ayuda de cámara del rey; Thierry, la fidelidad, el honor y el valor personificados, cae gritando ¡*viva el rey!* atravesado de mil estocadas. ¡*A tal amo tal criado!* gritaba Maillard. Los degüellos continúan, y mientras todo París se calla y se oculta. Y ni una voz se levanta contra aquellos asesinos que no hubiese tolerado una nacion de caníbales.

Pues entonces fué cuando dentro de aquel recinto, de aquellos muros manchados con tantos crímenes, en medio de aquel mar de sangre; tuvo lugar la generosa accion de la señorita de Sombreuil. Era su padre un anciano; gobernador de los Inválidos, hombre respetado de todos. Durante toda su vida habia dado un raro ejemplo de todas las virtudes militares. Hacia mucho tiempo que estaba preso, y su hija venia todos los dias á la misma hora á implorar del carcelero el permiso de ver y de abrazar á su padre. Esto era para el anciano su rayo de sol en aquel abismo, su consuelo en la desesperacion. En aquel dia funesto, la señorita de Sombreuil quiso, como de ordinario, abrazar á su padre. En vano se hablaba de matanza, en vano bella y jóven como era, sus amigos, sus parientes la quisieron detener..... cuanto mayor era el peligro, mas impe-

lida se sentia la noble hija á ir en ayuda del autor de sus dias.

Así, ni la sangre, ni la muerte, nada la detenía. Corre, llega y osa entrar en aquella prision regada por un arroyo de sangre. ¡Oh dolor! llega el instante mismo en que su padre acababa de ser conducido ¡A la Fuerza! Ella sabia que esta era una señal de muerte, y lo sabia por la inteligencia suprema de la piedad filial.—¡No, dice precipitándose sobre su padre, no! ¡no enviareis á mi padre á la Fuerza, al noble anciano! ¡No, vosotros no quitareis mi padre á su hija! ¡No, no! es ya viejo; está muriéndose: volvédmeme, volvédmeme....—Sus gritos eran tan desgarradores, su amor por su padre se hallaba tan lleno de fé y de ardor, su dolor la hacia tan elocuente, que las espadas se detienen, los verdugos palidecen y los jurados mismos sintieron no sé que de humano en su corazon.—¡Padre mio, padre mio! gritaba la niña. — Su padre la estrechaba tiernamente sobre su corazon; creia abrazarla por la última vez.

Pero el infame Maillard, que sentia que su presa se le escapaba, toma de encima de la mesa que le servia de tribunal un vaso en el cual habia bebido. Hace que le llenen de sangre en el arroyo. «Si quieres tu padre, dice á la jóven, *bebe la sangre de un aristócrata.*» Ella entonces, ¡oh heroismo! toma... con mano valerosa... toma

aquel vaso, mira á su padre, y despues bebe, apura hasta lo último aquel espantoso cáliz. Maillard se confesó entonces vencido, y Mr. de Sombreuil se salvó.

¡Noble hija! ¡Ah, mujer admirable! Su adhesion arranca lágrimas á la Europa espantada; no hubo padre, ni hijo, ni madre que despues de aquel acto de fidelidad y adhesion sin ejemplo, no invocese en sus oraciones el nombre venerado de la señorita de Sombreuil.

Pasada la conmocion de los verdugos, continuaron su interrumpida tarea. En el Chatelet, en la Fuerza, en la Conserjería, en los Bernardinos, en San Fermin y en la Salitrería hubo la misma carnicería. Aquel dia fatal del 2 de setiembre, para vergüenza indeleble, fué ensangrentado hasta la noche, ya avanzada. Al dia siguiente los asesinos fueron en cuerpo á la casa de Ayuntamiento para percibir el salario de su jornada; aun se vé en los registros muchas firmas con una mancha de sangre.

No olvidemos, entre las víctimas de aquel horrible dia, el nombrar á aquella jóven y bella princesa de Lamballe, degollada en la puerta de su prision. Los verdugos, la preguntaron su nombre. Ella respondió con su dulce voz: «Luisa de Saboya, princesa de Lamballe.—¡Jurad odio á la reina y al trono!—Respondió la princesa con la mano sobre el corazon:—¡Viva la rei-

na...» ¡fué muerta! Era una de las mas hermosas mujeres de la córte de Francia. Su cuerpo bello fué hecho trizas. Arrancáronla las entrañas y el corazon, se la cortó la cabeza, y estos horribles trofeos se colocaron en la punta de una pica. Corrieron al Templo, y aquel pueblo enfurecido gritó bajo las ventanas de la reina: ¡La reina! ¡La reina! Dormia la reina, se oyó llamar por el pueblo, se asomó á la ventana y á su vista se ofreció el espectáculo de la cabeza de su amiga colocada en la punta de una pica. ¡Desgraciada reina! Cayó desmayada, y el rey y Mad. Isabel la condujeron inanimada á la miserable cama de su prision.

Y el populacho, embriagado en sus crímenes, murmuraba entretanto un canto de muerte. ¡Infames, que se regocijaban así de las cabezas cortadas y que no respetaban ni aun el sueño de los reyes cautivos!

¿Creeis quizás, niños, que el sacrificio filial de la señorita de Sombreuil salvó á su padre? Haced demasiado honor á nuestra historia. ¡Ah! si Mr. de Sombreuil fué devuelto á su hija por los verdugos del 2 de setiembre, esto fué por poco tiempo. El anciano escapaba á la muerte, pero no á la prision; y el implacable patíbulo le halló mas tarde. Encontró jurados que osaron condenar á aquel hombre, para quien la piedad filial habia conseguido gracia de los asesinos de setiembre.

La sangre que la señorita de Sombreuil habia bebido no pudo salvar á su padre mas que un solo dia.

Cuando su padre le fué arrancado por segunda vez, la noble niña dobló la cabeza; comprendió que no habia ya esperanza. Esta vez, toda la abnegacion de su corazon no podia bastar á retardar ni una hora el suplicio del infortunado anciano.

¡Desdichada nacion que no recordaba de un dia á otro una accion virtuosa!

Os acordareis, en la historia romana, de aquella jóven cuyo padre habia sido condenado á morir de hambre, y á quien su hija alimentó con su leche. El Senado, admirado de la sublime accion de aquella heroina, hizo gracia á su padre, y, sobre el sitio de aquella cárcel, elevó un templo á la *Piedad filial*.

¡Pues aquí se elevó un cadalso para el padre de la señorita de Sombreuil!

¡Tristes episodios! ¡funestas épocas! Es muy duro quizá arrojar en vuestras jóvenes almas estos dolores, pero no deja de ser prudente habituar á las almas jóvenes á estas severas enseñanzas.

La verdad es triste, pero útil, y las mas dulces ficciones no pueden luchar con ella.

En fin, si brotan lágrimas de vuestros ojos al oír la relacion de estas desgracias, podeis enorgulleceros con el heroismo de esta niña en la época de la historia francesa mas sangrienta y mas afrentosa.

ÚLTIMA LECCION

DE JORGE CUVIER.

No sois tan pequeños que no hayais oido hablar de Jorge Cuvier, porque se decia *Jorge Cuvier*, sin añadir mas; cuando vivia, se dejaba á un lado sus títulos de conde ó baron, porque su título mas bello era *Jorge Cuvier*. Nosotros, los nacidos en este siglo, hemos visto á Jorge Cuvier, le hemos conocido y le hemos hablado. Era un hombre de aspecto imponente y de sonrisa afable.

Al verle sonreir, no se hubiera adivinado que habia sido en su infancia un pequeño ser enclenque y contrahecho. Tal es el poder de la voluntad. Este niño, que era feo, débil, impotente, habia querido llegar á ser hombre y lo habia conseguido. Su cuerpo se habia enderezado, animado

su mirada; su frente, cubierta de cabellos casi rojos, se hallaba sombreada de rubios cabellos; su palabra, antes lenta, torpe, habia llegado á ser resuelta..... un fuego.

¡Oh! así es como nosotros le hemos visto, cuando su mirada caía sobre nosotros, jóvenes que le escuchábamos con el silencio del respeto, como al mas sábio y al mas popular entre los mas ilustres sábios.

Jorge Cuvier fué de aquellos raros hombres que parece han obtenido al nacer la universalidad de todas las ciencias.—Imaginacion prodigiosa que adivinó todo lo que la ciencia no podia revelarle. Cuvier abarcó todos los ramos del saber humano; ciencias naturales, física, astronomía y filosofía. Todo cuanto está contenido entre el cielo y la tierra fué estudiado por Jorge Cuvier.

Por sí solo ha hallado las razas perdidas; él ha encontrado los nombres de los animales que habia estinguido el diluvio. Ha recompuesto esqueletos desparramados, y ha dado nombre á todos los peces del mar.

Al mismo tiempo, el ilustre sábio era un hombre político; pasaba de su gabinete al Consejo de Estado, y sabia hablar como sabia escribir. Era profesor en su cátedra, orador en la tribuna. Fué al mismo tiempo ministro y miembro de la Academia. En torno de Jorge Cuvier agru-

pábanse, naturalmente, todas las glorias científicas del mundo intelectual del que era el rey y aun el dios, si es permitido decirlo. Tal era Jorge Cuvier.

No haremos aquí el análisis de las obras de Cuvier; es preciso para ello mas sabiduría que la nuestra y escribir un tomo grueso. En cambio, os diremos por qué sábio método de vida llegó á saber tanto y á tanto escribir. Vivía doble que las demás personas.

Se acostaba todos los dias á la misma hora, á la media noche. ¡Había trabajado tanto durante el dia, y tendrá que trabajar tanto al siguiente!... El sueño es una de las condiciones de la vida laboriosa: devuelve las fuerzas al espíritu fatigado; reposa la cabeza rendida con los pensamientos de la víspera; reanima las facultades del cerebro, cansado de producir; y, por fin, devuelve á la cabeza humana el pensamiento, la inteligencia, la fuerza y la vida, por decirlo en una palabra.

¡Era, pues, una cosa preciosa el sueño para Jorge Cuvier! ¡Dormía ocho horas (completas)! Apenas despertaba, se levantaba, leía sus cartas, ponía sus papeles en orden, y arreglaba hora por hora, minuto por minuto, el trabajo del dia. Costábale grandes esfuerzos á su ayuda de cámara llegar á vestir á su amo. Corria, á medio vestir, por su cuarto lleno de libros, de osamentas, de

esqueletos, de memorias comenzadas, de minerales, de vegetales. De todas partes del mundo se le enviaba cada día algunos fragmentos preciosos y raros de historia natural que necesitaba clasificar, ó algunos restos de animal desconocido que le era preciso denominar.

Jorge Cuvier se entregaba á un tiempo á todos los trabajos. ¡Cuán admirable confusion, en aquel bufete de trabajo, completamente cargado de plumas, de lápices y de buriles! porque escribía, dibujaba y grababa. Era un hombre universal.

Cuando todas las cosas estaban en orden, Cuvier se desayunaba. Su primera comida era ya un trabajo. Comía poco por la mañana; en cambio, leía mucho en la mesa, mientras comía. Libros y periódicos, todo lo recorría. ¡En vano su mujer, en vano su hija se esforzaban por distraer un poco de sus meditaciones profundas á aquel grande hombre á quien amaban tanto! ¡No conseguían nada! Se hallaba sumergido en sus meditaciones durante todo el día. Apenas había tomado una taza de té, entraba en su despacho y se ponía á escribir (escribía de pié, en una mesa.) Sin embargo, sus amigos entraban. El, sin abandonar su trabajo, atendía á la conversacion.

Anunciábanse entonces las visitas; la mayor parte de estas eran extranjeros que venían de

muy lejos por ver de cerca á aquel grande hombre. Jorge Cuvier no hacia nunca esperar; salia á recibir él mismo al extranjero á su sala; y paseándose (á lo que él llamaba *hacer ejercicio*), escuchaba y respondia.

Era claro y preciso en sus respuestas; escuchaba bien. Sabia de antemano todo lo que se le iba á decir. Jorge Cuvier no era uno de esos hombres de quien los ociosos hacen su presa; no se iba á buscarle sino cuando, muy sériamente, habia que tratar con él. Cada uno respetaba sus instantes tan preciosos.

Sin embargo, dadas las dos, Cuvier salia de su despacho tan lleno de encantos. Dejaba su libro con la página abierta, y abandonaba la línea comenzada; pasaba, con la mas maravillosa facilidad, de una idea á otra, estando siempre seguro de volver á hallar, cuando quisiera, su idea interrumpida. Salia. ¡Era llamado á tantos sitios diversos, donde su presencia era indispensable!

Sus empleos no podian casi contarse: era miembro del Consejo de Estado;—director de cultos, en el ministerio del Interior;—presidente del Consejo de la universidad;—era miembro de tres academias, y todos estos deberes, de los cuales uno solo ocuparia la vida de cualquier hombre, Jorge Cuvier los desempeñaba con un celo infatigable.

En todas partes estaba dispuesto á aconsejar, siempre preparado á hablar y tambien á obrar. Tenia un juicio rápido y seguro; en el Consejo de Estado como en el ministerio del Interior, en la Academia Francesa como en la Academia de Ciencias, se le escuchaba como un oráculo.

Y era para él un hábito antiguo el ser escuchado, así como para los demás era tambien costumbre escucharle. Habia empezado desde muy temprano; á los treinta y cuatro años era secretario perpétuo de la Academia de Ciencias, y la Academia de Ciencias no olvidará nunca al presidente que leia todas las Memorias, que comprendia todos las ideas por locas y nuevas que fuesen, que respondia á cada uno en su lengua y como convenia responder.

Jamás cansado, siempre paciente, era el mas sencillo de los hombres porque era el mas inteligente. Así, lo mismo en la Academia de Ciencias que en el Consejo de Estado, oíasele hablar poco, pero ir derecho al asunto, ingénuo y preciso; siempre el mismo y en todas partes.

Despues que habia desempeñado todas sus unciones, volvia á su casa, donde la comida le esperaba. Antes de ponerse á la mesa, leia aun fsu correspondencia del dia, y su correspondencia era inmensa.

Al comer, pertenecia á su familia; al comer volvia á ser un hombre cualquiera; feliz de vivir

sencillo, tratable y fácil, gustábale la risa, y reía siempre con aquella risa ruidosa que el patio de los teatros reconocía muy bien, cuando Jorge Cuvier iba por casualidad al teatro.

Su hija sobre todo, su Clementina, le hacía el mas dichoso de los padres; Clementina, era su orgullo, su amor, su vida. Había comprendido desde muy pronto, niña aun, á que genio pertenecía. Sabía por instinto que la hija de Jorge Cuvier no debía, no podía ser una mujer comun: así había estudiado con todas sus fuerzas para ponerse al nivel de su padre. Con frecuencia el padre, á su vez, se hacía el hijo de su hija y la obedecía en todas las cosas. Muchas veces, cuando su padre estaba mas desaliñado que de ordinario, Clementina corría y le hacía poner, de grado ó por fuerza, su mas bello vestido de ceremonia, y sobre aquel hermoso vestido la misma Clementina colocaba las órdenes, las placas y las cintas con las que su padre estaba condecorado.

Otras veces llegaba á los espectáculos, conduciéndole por la mano, otras veces aun, se acercaba á su padre y le decía: «necesito un discurso para la primera reunion de la Academia.» Y Jorge Cuvier, por agradar á su hija, escribía su discurso.

¡Ah, esta noble niña, tan necesaria á su padre, vida, alegría y dicha de aquella casa, Cle-

mentina murió á los veinte y dos años, llorada por su padre, que no se consoló jamás de aquella muerte.

Así pues, vivia Cuvier consagrado por entero al trabajo y á su familia. Era el hombre de Europa; su presencia animaba todas las cosas, su palabra esclarecia los misterios mas difíciles. Tenia á sus órdenes un ejército de sábios, que le obedecian como á su jefe; enviaba embajadores de la ciencia á todas las partes del mundo; tenia una biblioteca inmensa, colecciones sin número, y él solo ocupaba inmensas galerías, yendo de una á otra, deteniéndose para consultar un libro ó escribir una página; y aun cuando iba con su hija, si encontraba sobre el camino una flor, una planta, un grano, de pronto volvía á caer en sus preocupaciones.

¡Ah! ¿por qué ha de ser preciso que la muerte detenga en su carrera á los hombres de semejante género? ¡Ah, la naturaleza tiene en bien poco este valor! ¡Oh muerte! ¿qué vas á hacer y qué proyectos vas á desbaratar...? No la imploremos porque es sorda. Apenas ella ha designado su víctima, es forzoso seguirla; apenas ella ha tocado al sábio, al héroe, al jóven, nada hay que pueda salvarlos. Murió, con muerte súbita Jorge Cuvier.

Estábamos allí, nos hallábamos en el Colegio de Francia el último dia que Cuvier habló en pú-

blico. Recordamos la tristeza solemne que se apoderó de la escuela. Nos hallábamose cierto, en una triste época; el cólera, esta horrible peste se había apoderado de la ciudad, la tristeza y el espanto reinaban por todas partes. Las calles estaban silenciosas, las cátedras despobladas, los hospitales llenos. Por las calles aterradas, el carro de la muerte corría á gran galope hasta el cementerio, conduciendo muchos cuerpos haci-nados.

Este fué el momento que Cuvier escogió para inaugurar su curso, conocia que esto seria una conveniente y útil distraccion de las preocupaciones de la juventud estudiosa. Habiamos pues llegado todos alrededor de aquella cátedra elocuente para responder á la llamada del ilustre profesor. Llegó; era el mismo siempre, aun cuando hacia quince años que no habia dado una leccion pública. Iba á hablar de las ciencias naturales, el resúmen de todos sus conocimientos. Tomó asiento en su sillón, ¡y Dios sabe si fué aplaudido! Entonces comenzó: ¿qué decia en aquel dia su voz poderosa? ¡Oh cielos! apenas hemos tenido tiempo para acordarnos de sus últimas palabras. Habló de la tierra y de las revoluciones que habia sufrido, de sus revoluciones al presente, de sus revoluciones en el porvenir, del número de sus habitantes.... y, hablando de la creacion, levantó los ojos hácia el Creador.

Aquel movimiento fué sublime, y cuando desde aquella inteligencia suprema, que no puede morir y que gobierna el mundo, descendió hasta él mismo, una inteligencia mortal y perecedera, una nueva tristeza se apoderó de su corazón y de su rostro. «¡Haga el cielo, dijo terminando, que tenga yo bastante fuerza para llevar á cabo esta empresa!» Se calló, levantóse, y todos nosotros le acompañamos en silencio hasta su morada, heridos como él de un siniestro presentimiento.

En efecto, no debíamos ya volverle á ver ni á oír, acababa de dirigirnos su adiós eterno. Apenas entró en su casa se puso á la mesa. Apercibióse que la parálisis acababa de embargar sus miembros; sus dos brazos se hallaban sin movimiento por un mal repentino, su voz era como la de un niño, no vivía mas que con la cabeza y el corazón, y, como era un hombre á quien nada se le ocultaba, comprendió que se moría.

Al punto, al anuncio horrible de este inmenso peligro, todo París se alarma. Cada cual corre llevando el socorro inútil de su amistad y de sus consejos. Una multitud inmensa invade aquella ilustre casa para saber las noticias que hubiese acerca de aquella salud tan querida. El mismo Jorge Cuvier habia pronunciado su decreto, murió á las nueve de la noche el 13 de mayo de 1832.

Llena de duelo toda la ciudad, que antes ha-

bia admirado al hombre de genio, quiso acompañar el féretro hasta su último asilo. Sin embargo, no nos hallábamos en un tiempo normal, la muerte estaba en todas partes. En el séquito que acompañaba á Jorge Cuvier, habia hombres que se esponian á la muerte yendo hasta el cementerio; acompañaron, no obstante, á Jorge Cuvier con peligro de su vida, y muchos murieron en efecto al volver de aquel triste viaje. Aquel dia el cielo estaba cargado de nubes, la tierra húmeda y el cólera pudo escoger á su gusto sus víctimas en el séquito del carro fúnebre de Jorge Cuvier. Creemos que jamás haya habido oracion fúnebre mas bella que la que hicieron los hombres que murieron, puesto que quisieron rendir al noble féretro los honores que le eran debidos.

LA AGONIA Y EL BAILE.

UN hombre reina en París; uno de esos hombres que se le tomaria por alguno de los dioses visibles de una gran ciudad. Su nombre está en todas las bocas. Su gloria se extiende por todas partes. Estos hombres caminan como los dioses, rodeados de respeto, de reconocimiento y de terror.

Venid con nosotros á la puerta de una rica casa, frente por frente á la columnata del Louvre. Es una vasta y rica mansion, donde se ven numerosos criados, el patio está lleno de coches del amo; en la calle se oye relinchar los caballos ingleses. En aquella casa entran, dia y noche, los mas ricos y los mas poderosos de París, y allí cada cual hace antecámara, esperando, como

en el palacio del rey que le llegue su turno de hablar al dueño.

Ahí habita, allí vela, de día y de noche, el mas grande cirujano de Europa. La multitud llega en silencio y va á buscar mucho mas que la fortuna, mucho mas que los honores: va á buscar la salud, esta inapreciable fortuna. La esperanza y el temor habitan aquella morada. Los que penetran en sus muros, sienten latir su corazón penosamente. Y cuando por fin, llegan y se encuentran frente á frente de aquel hombre... apenas el mas animoso de aquellos enfermos puede sostener la mirada poderosa que le interroga. ¡Qué casa! Está abierta igualmente al oro del rico y á la miseria del pobre. Allí esperan, unos al lado de otros, el decreto del médico, como esperan en el cementerio, los unos junto á los otros, la resurreccion eterna.

¡Dupuytren! ¡el dueño absoluto de la vida y de la muerte! ¡El rey de París... mas que el rey! No hay ni un hombre entre aquella brillante multitud, que, tarde ó temprano, no llegue un día á humillarse delante de Dupuytren y contarle, pálido y temblando, sus males mas ocultos, sus angustias mas secretas. No hay amor propio delante de Dupuytren. Todo valor desaparece ante su presencia y todo orgullo se contiene. ¡Ha de ser cosa muy leve lo que se escape á este poder! ¡Oh, mi camarada, risueño y tranquilo, com-

prendo tu alegría y el por qué de tu satisfacción al decir á los transeuntes:—Ved cuan fuerte soy y que bien me hallo!

Pero una vez en el gabinete del gran práctico, el rostro está pálido, se adopta una actitud mas humilde y la mirada es menos viva; ¡se humilla, se tiembla, se tiene miedo! Y los mas poderosos del mundo han temblado así, cada uno á su vez. ¡Mr. Dupuytren ha penetrado en todos los misterios de la vida humana y ha visto á los hombres tan pequeños bajo su mirada! ¡Una noche se le fué á despertar en nombre del rey! ¡en nombre del rey Luis XVIII!... Monseñor el duque de Berry acababa de ser herido por un asesino llamado Louvel, y la monarquía de los Borbones, en el apuro, enviaba á buscar al médico para saber lo que debia esperar.

Dupuytren llega al lecho fúnebre; sondea aquella herida inmensa que hería á una monarquía; y el rey, trastornado, osa apenas interrogar á *aquel oráculo!* Dupuytren, por su parte, se admira *de la cantidad de lágrimas que contenian los ojos de los reyes.*

Semejante maestro, rodeado de los respetos y del terror de una gran ciudad, camina atrevidamente al igual de todos los poderosos de la tierra. ¡No depende de nadie en este mundo! ¡Oh! ¡qué de veces Mr. Dupuytren ha visto traer á su casa todo destrozado, al mismo brillante jóven

que por la mañana había pasado bajo de sus ventanas, lleno de salud y de vigor, montado sobre un impetuoso caballo! ¡Cuántas veces se le ha llevado algun cadáver de un jóven de veinte años, arrojado en la caza ó herido en un duelo!

Entonces este hombre, estraño pocos momentos antes á la familia que le implora, llega á ser de pronto el miembro mas respetable de esa familia. Llega: en el momento todas las puertas se abren; por dejarle sitio, el antiguo amigo se retira; el padre y la madre de la familia son sus primeros criados. ¿Cómo recibirle? ¿Cómo suplicarle? El es, entretanto de quien depende la vida ó la muerte de aquel jóven tendido allí, sobre el lecho de miseria. ¡Oh momento terrible y solemne!

De este modo Dupuytren era el hombre de todos los fracasos, de todos los infortunios, de todos los dolores, es decir, era el hombre de toda la vida humana. Cada familia era su familia, y cada casa su casa; cada dolor era su dolor. Se levantaba todas las mañanas con la auro-ra, y, como el ángel de la Biblia, se detenía en cada puerta cuyo umbral estaba ensangren-tado.

¡Qué vida, y qué de vigili-as, y qué de trabajos! ¡cuántas existencias ha salvado! ¡Qué de hijos ha devuelto á sus madres, y qué de madres ha devuelto á sus hijos!

Dupuytren era la providencia de las familias, poseía la mirada propia del genio; comprendia con certeza donde se hallaba el mal mas oculto; su intrépido escalpelo iba á buscar, hasta el fondo de las entrañas del hombre presa de los tormentos, el dolor que le devoraba. Aquel gran genio inspiraba tanta confianza á los mas enfermos, que se sometian hasta con alegría á las operaciones mas dolorosas, seguros de que habian de librarse.

Pero esto no era mas que la mitad de la vida y de los trabajos de Mr. Dupuytren. La mitad de su vida pertenecia á los ricos, la otra mitad era del dominio del pobre. Hé aquí como dividia su dia, y como le dividió invariablemente todo el tiempo que vivió.

A las cinco de la mañana, en invierno y en verano, Mr. Dupuytren salia de su casa para entrar en el Hospital general, al que pertenecia. En aquel umbral tremendo era recibido por los numerosos discípulos que acudian á oírle: en seguida empezaba la *visita*.

Era un momento solemne, en un hospital lleno de moribundos, la visita del médico. Todos aquellos enfermos, tendidos sobre un lecho de miseria y despues de un largo insomnio, esperaban una sentencia. ¡Y qué enfermos! ¡los mas pobres, los mas viejos, los mas pacientes! Visitábalos Mr. Dupuytren uno despues de otro; juzga-

ba de su enfermedad, ya de una mirada, ya lentamente y por mil inducciones. Terminada su visita, presidía las operaciones que había decidido la víspera: en el Hospital general, el mas pobre jornalero de aquella gran ciudad era tratado con tantos cuidados por Mr. Dupuytren, cirujano del rey, como el rey. Operaba, pues, con aquella mano firme que no se equivocó jamás. Hacia muchas veces milagros, puede decirse, improvisando en su arte, como un poeta improvisa un poema; en fin, cuando las operaciones estaban hechas, Mr. Dupuytren comenzaba sus lecciones.

Su palabra era viva, rápida, sonora, elocuente. Se le escuchaba en silencio, descubierta la cabeza, y si alguno de sus discípulos conservaba por casualidad un sombrero puesto, Mr. Dupuytren le decía en alta voz: ¡*Vuestro sombrero, caballero!* Él también estaba descubierta, delante de sus discípulos y de sus enfermos. ¿Qué es de extrañar? Desempeñaba un sacerdocio.

Las lecciones de Mr. Dupuytren, su *Clinica*, han hecho dar un paso inmenso á la cirugía francesa, una de las glorias de Francia. Nunca sus discípulos, los mas grandes prácticos de estos tiempos, que le han visto y le han oído hablar á la cabecera de los enfermos, olvidarán el poder de aquella mirada y la maravillosa facilidad de aquella palabra. Su andar era arrogante; llevaba alta la cabeza; siempre llevaba un vestido verde,

á pesar de que sabia que la mancha de sangre, roja hoy, seria amarilla al dia siguiente. Rodeado de una gran muchedumbre de estudiantes, nunca dirigia la palabra mas que á algunos, si bien todos los demás se estrechaban por oirle; y manifestaba su descontento y su satisfaccion por una sonrisa, cuya diferencia era preciso adivinar. Terminada su leccion, era acompañado de nuevo hasta la puerta del hospital, que quedaba bajo la vigilancia de los colegiales internos; y ya no volvia hasta el otro dia, á menos que alguna de aquellas pobres gentes le reclamase con urgencia, en cuyo caso volvia aun de noche.

Uno de los derechos del cirujano en jefe del Hospital general, y que Mr. Dupuytren tenia en mucho, era este: cada mañana á su entrada en el hospital, se le entregaba un panecillo de dos cuartos; tomaba gravemente su panecillo, y este era su desayuno de cada dia: verdadero pan seco, y el cual se apresuraba á comer por las calles entre las dos visitas. Apenas volvia á entrar en su casa, se hallaba en medio de nuevos enfermos que imploraban su socorro; desde el mas pequeño niño al anciano, desde la jóven al militar cubierto de heridas, siempre tenia un consejo para todos los enfermos, y muchas veces remedio para las enfermedades.

De este modo se pasaba una parte de su dia.

Y cuando los que le visitaban habian marchado, Dupuytren salia en seguida para ir por la ciudad visitando á los enfermos que no podian ir á su casa. Así, en un mismo dia recorria toda la escala del dolor: el mendigo, el ciudadano y el gran señor; y lo mismo habia tratado al pordiosero que al poderoso, yendo al encuentro de ambos desgraciados. Dupuytren no se acostaba sin haber visitado, consultado y curado á trescientas personas cada dia. Tan noble oficio le ejerció durante treinta años.

Digamos otra tierna particularidad: este grande hombre era sencillo y dulce para los niños. ¡Ah! ¡los pobres niños tienen enfermedades crueles como los hombres! Tambien es preciso que el acero les hiera y les corte, y están sometidos al dolor, ¡ley eterna de la mísera humanidad! Pues bien, cuando un niño llegaba á las manos del ilustre cirujano, Dupuytren le miraba y le tranquilizaba con benévolas palabras; hablábale como un padre á su hijo, y, despues que la operacion se habia hecho en aquel pequeño cuerpo, el mismo Dupuytren colocaba al niño en la cama; seguia con la mas esquisita solicitud la convalecencia de su enfermito, y el niño quedaba curado. Si era pobre y huérfano, Dupuytren le servia de padre; llegaba á ser su bienhechor, pues no queria que el huérfano que él habia salvado, muriese por falta de protector. Por es-

to le conocian los niños, como los ancianos.

Llegada la noche, y cuando toda la ciudad no se ocupaba mas que del reposo ó de la fiesta y del placer en prolongadas comidas ó bailes soberbios y brillantes; cuando los espectáculos embargaban á la poblacion, entregada á todas las fiestas del espíritu y de las bellas artes, Mr. Dupuytren estaba solo en el silencio de su gabinete, y repasaba todos los sucesos del dia. El sueño le sorprendia en medio de sus libros, y se dormia completamente vestido en su sillón.

Este hombre ilustre fué siempre para sí mismo el mas duro de todos los amos. Jamás conoció ni el reposo ni la dicha; ni el descanso de la noche, ni los dulces ócios; ni la frescura de la sombra en estío, ni el ambiente de las flores de los jardines, ni los goces del viajar, ni los amigos del hogar doméstico. Su vida entera estuvo consagrada al alivio de sus semejantes; hé aquí por qué miraba el lecho como un mueble inútil en su cuarto. Estaba demasiado penetrado de la conciencia de su fuerza para dormirse con el abandono de un hombre vulgar cuyo trabajo concluye cada dia y vuelve á empezar al siguiente á la misma hora.

Sabia que todo el mundo en París podia dormir escepto él. Dupuytren, siempre estaba pronto, noche y dia. Respondia á la primera voz quejumbrosa que le llamara desde la calle, y en se-

guida bajaba. Que París duerma en paz, que el rey repose como el último de sus súbditos; que alguno vela en aquellas horas sombrías por la salud de los suyos, que alguno vela para defender á París contra los caprichos de la muerte: ¡este hombre que vela es Dupuytren!

De este modo pasó su vida, en pleno trabajo, en el insomnio y en la sangre. En torno de él no hay mas que suspiros, dolores, miembros cortados; pero tambien hay hombres salvados del dolor, arrancados á la muerte. Todo dolor se debilita bajo sus manos poderosas; todo mal oculto es descubierto por aquella mirada maravillosa. Tal era este hombre, una de las glorias mas incontestables, y quizá la gloria mas útil de Francia.

Pues bien, el dia de que hablamos ¡funesto dia! el mismo palacio donde nos hemos detenido poco ha, aquella mansion querida de tantos enfermos, estaba triste y silenciosa; los transeuntes marchaban en silencio rozando aquella puerta cerrada por la vez primera; entonces no habia en aquella casa, de ordinario tan llena de enfermos, mas que uno solo.

¡Ah, gran Dios! era Dupuytren quien sucumbia. Por fin, el mal, á su vez, le tocaba con su dedo de fuego; la muerte se cernia sobre su cabeza inclinada, y se apoderaba, triunfante, de aquel hombre invencible que le habia arrancado tantas víctimas. Dupuytren se sintió morir y se

conocimiento de los reyes. Murió despues de haber fundado un museo y una cátedra en aquella escuela de medicina de que él era el orgullo. Para conducirle al campo del último reposo, sus discípulos tiraron del carro fúnebre. Su muerte resonó en toda la Europa; hubiérase podido decir que era la muerte de un rey.

Pues este hombre ilustre, cuya pérdida es una calamidad pública, cuyo cuerpo fué llevado en el duelo por sus discípulos, este hombre rodeado de tanto respeto y admiracion, á quien los pobres como los grandes de la tierra acompañaron, no será inútil saber cómo habia empezado.

Hará unos setenta y un años, en una aldea desconocida, pero en adelante célebre, de la Alta-Viena (cuya aldea se llama Pierre Buffiere) un muchacho jugaba con otros niños de su edad. El padre de este niño era tan pobre que apenas tenia para enviarle á la escuela: de repente el juego de estos niños se interrumpe por la llegada de un regimiento de caballería. Sepáranse para dejar pasar y ver á los brillantes soldados.

Un oficial se fijó en un hermoso jovencito, cuyo aire y aspecto le llenaron de admiracion; su profunda mirada dejaba vislumbrar que habia de penetrar en los mas recónditos misterios. El oficial dijo al muchacho: «¿Quieres venir á París conmigo, hijo mio?—Contestóle el niño:—¡Sí!» Se despidió de sumadre y de su padre; despues

EL GRILLO.

No queremos dar á la historia un muy gran mentís, y diremos que ciertamente Cristóbal Colon ha descubierto un mundo; este ha venido, y, por su parte, aquel ha dado América á Europa. ¡Oh, cuán grande y bello destino de los hombres que pueden decirse en su lecho de muerte: «He vivido bien y he dado un ejemplo á mis semejantes; poeta, con mis cantos el desgraciado se ha consolado; hombre de Estado, he servido á mi patria con la política; soldado, la he defendido con las armas.» Dichoso tambien quien pueda decirse: «He dado á mis conciudadanos un buen sistema para hilar el cáñamo, ó les he enseñado el modo de conservar el pescado enjuto al fuego.» Aun con las cosas mas pequeñas se hacen

grandes servicios á la causa de la humanidad. La Holanda ha elevado una estátua de bronce al marinero que le enseñó á secar el arenque.

Dichosos aquellos que han sido útiles á sus semejantes; han cumplido todo su destino; pueden morir en paz; llevan á la tumba el reconocimiento de los hombres y el reposo en el cielo.

Pero hallarse como Cristóbal Colon, pobre y sin nombre, sin pan, perdido en la multitud y á la orilla del mar, mirando el espacio y diciéndose: «¡Hay allá bajo un mundo desconocido, que es mio!» pero buscar en toda la Europa un rey que quiera aceptar aquel mundo en cambio de algunos buques; pero ver todos los sábios de su siglo sonreir de lástima al oir aquella proposicion; estar atado en aquella ribera inerte, infranqueable, falto de una tabla, y pensar que si llega á morir lleva consigo á la tumba..... un mundo. Hé aquí ciertamente la mas alta y la mas solemne posicion en la que jamás se ha hallado un hombre de genio. Así comenzó Cristóbal Colon.

Nació en Génova en 1441, en este siglo de gloria y de grandeza llamado *el renacimiento*, cuyos divinos resplandores pusieron en fuga á las supersticiones, á los terrores y á los crímenes de la edad media. Al soplo inspirado de la doble antigüedad que salia de su sepulcro, surgieron de pronto los mas grandes artistas, contemporá-

neos de Cristóbal Colon: Dante y Giotto, Miguel Angel y Leonardo de Vinci, y Rafael un poco mas tarde.

Esta es la hora entre todas solemne, en que Guttemberg busca y halla por fin la imprenta, en que Copérnico manifiesta al universo las leyes que la rigen, en que Colon descubre un mundo. Aun hoy no se sabe qué familia tiene el derecho de glorificarse de pertenecerla este grande hombre.

Los unos dicen que su familia era de humilde condicion; los otros, que era de noble origen. A hombres de esta gloria ¿qué hace un grado de mas ó de menos en su genealogía?... Ellos son toda su familia; son á la vez el presente y el porvenir. Se convenia en decir que los padres de Cristóbal Colon habian perdido su fortuna en la guerra. Los primeros estudios del atrevido navegante fueron literarios; estudió las leyes civiles y las de la poesía; iba á ser un sábio, cuando un dia le pareció que la mar tenia para él confianzas, llamamientos, invocaciones, lamentos.

—¡Héme aquí! dijo el jóven á la inmensidad, y en seguida emprende lejanos viajes, desembarca en todas las riberas conocidas, sigue el curso de las estrellas, se dedica á comprender por fin este *globo*. Se le decia: «ciertamente, la tierra es redonda y gira.....» y, sin embargo, no se conocia mas que un hemisferio. ¡Una vez semejante idea

en semejante cabeza, la idea debia agrandarse! Ella le embargaba noche y dia, sobre la tierra y sobre el mar: por todas partes iba con él. Un dia se le habló de la brújula que acababa de ser descubierta, la que indicaria su ruta á los navegantes en el porvenir.

Otro dia, Pedro Tornea, pariente de su mujer, lleva á Cristóbal Colon un pedazo de madera hallada en plena mar, de una forma estraña y completamente nueva. Este leño fué para Colon como una confirmacion súbita de las grandes sospechas que le agitaban. ¡Eureka! «¡lo he hallado!» Este fué el gran grito de el descubridor.

¿Pero qué rey, qué príncipe, qué república tendrá el honor de venir en ayuda de este investigador de nuevos mundos?

Desde luego Colon propone *su tierra* á la república de Génova, su patria; los genoveses le escucharon con menosprecio. Por la repulsa de los genoveses, Cristóbal Colon ofreció su mundo á Juan II, rey de Portugal. Medio convencido Portugal, envió al encuentro de las nuevas tierras, pero ignorándolo el mismo Colon, sus mas intrépidos navegantes. Fué esta una mala accion, y esta mala accion obtuvo una derrota. ¡Ah! ¡piloto indigno! ¡Ah! ¡patron sin fé! — Volvió aquel portugués indecoroso, cómplice de una accion desleal, espantado de la empresa y gritando: «¡Eso es imposible!» Cristóbal se dirigió en-

tonces á Inglaterra (¡ah! ¡cuánto la ha debido pensar!) para proponerla adquirir aquella parte casi milagrosa del universo que la ha hecho, á su gusto, rica y soberbia..... Pero Inglaterra, en aquel dia vergonzoso, rechazó á Colon como un aventurero.

Durante cinco años anduvo errante, pobre y solo, desconocido y convencido, de camino en camino real, de puerta en puerta; devorado de disgustos, desgraciado, desesperado. En fin, un dia, cuando iba á marchar de España, adonde habia llevado su última esperanza, la reina Isabel le envia un correo anunciándole que la reina tenia fé en él, Cristóbal Colon.

La reina Isabel de España, una de las grandes reinas que ha habido, se hallaba entonces ocupada en reconquistar Granada de los moros, que desde setecientos años antes ocupaban las mas hermosas provincias de Andalucía, restos de su dominacion de lo demás de España. ¡Qué reina y qué tarea tan brillante! ¡Conducir á un mismo tiempo y llevar á término feliz dos empresas semejantes: la restauracion de España y el descubrimiento del Nuevo Mundo!

¡Solo ella, en aquel siglo de las inteligencias, comprende á Colon; solo ella osa confiar á este genio, á este descubridor maestro, algunos buques para trasportarle á aquellas riberas desconocidas y soñadas tan largo tiempo!

El 19 de abril de 1492, firmó Cristóbal Colon su tratado con la reina Isabel. En este tratado le reconocia la reina como virey de todas las tierras, islas y mares que descubriese. El 3 de agosto de aquel mismo año, de el puerto de Palos, provincia de Huelva, en España, tres buques con ochenta hombres, diéronse á la vela hácia aquellos destinos inauditos.

Desde el segundo dia, la escuadra habia perdido de vista la tierra, y fué causa de grande admiracion para los marineros de la flota no ver mas que agua y cielo! ¡y siempre el cielo! ¡y ni un navío! ¡y ni un árbol!.... ¡En lontananza, agua y cielo! Colon entretanto, entregado por completo á su idea, con la mirada fija en la brújula, interrogaba á los vientos, interrogaba las estrellas.

Habian pasado nueve dias, estaban en plena mar, y los marineros temian no volver á ver mas á España. ¡Mientras tanto, iban siempre; pero siempre el espacio y la inmensidad!; ¡pero he aquí que se presentan algunas señales de aquel universo tan soñado! ¡una brisa!.... ¡un tronco de árbol!.... una cosa maravillosa perdida allá, en el extremo del mar; la mar estaba cubierta de plantas marinas: se esperaba la tierra, creíase que ya se presentaba..... pero se escapa á todas las miradas.

Cristóbal Colon iba siempre.

Sin embargo, los marineros pasan de tal te-

mor á la murmuracion. Aguardaron todavía algunos dias, pero lo *desconocido* está lleno de espanto, y él acaso es el primer nombre del terror. ¡Esperar hoy, mañana, siempre!... Aquellas débiles almas se sublevaron á esta idea: esperar todavía.

¡Ah! ¡qué silenciosa desesperacion, qué de amenazas violentas! ¡Oh! ¡marineros sin valor y cristianos sin creencia! ¡En vano Colon intenta calmarlos con su ejemplo y con las amenazas de la indignacion de España! Ya les habla de aquellas tierras que iban á descubrir, ya les amenaza con la cólera real si volvian cobardemente sin haber acabado su viaje....; apagaba por algun tiempo las murmuraciones; pero bien pronto renacian los murmullos; formábanse grupos sobre el puente del buque; acusábase en alta voz al almirante; confabúlanse los marineros contra él y amenazan su vida, diciéndose que era preciso resistirle, volver á España y no estar mas tiempo bajo las órdenes de aquel hombre que les perdia.

¡Ellos eran los amos! Solo contra todos, Colon bajó la cabeza. «Amigos, les decia, me resigno!....» Y entretanto, iba siempre. Una vez, Colon hizo gritar al vigia: «¡Tierra! ¡tierra!» A este grito, todo el equipaje se precipita sobre el puente buscando la tierra y creyendo verla. Así gana dos dias, dos dias de sumision y de respe-

to. ¡Pero aquella tierra..... un fantasma, desapareció en lontananza! Aquel universo entrevisto no era mas que una nube, y los murmullos comenzaron de nuevo.

Forzado al fin, Colon junta á su tripulacion y declara que la tierra que buscaban debia estar á setecientas cincuenta leguas de Inglaterra. Añade que iba á volver el rumbo y seguir el vuelo de los pájaros, á ejemplo de los portugueses, quienes han hecho así todos sus descubrimientos. En efecto, muchos pájaros desconocidos hendian los aires; un fuerte olor á tierra llegaba hasta los navegantes; un dia además pasó cerca de la carabela, siguiendo la corriente, un madero labrado por mano de hombre; otra vez se distinguió una rama de espinó cargada de fruto; ¡huellas fugitivas!..... ¡esperanzas demasiado pronto desvanecidas! ¡Siempre el espacio!

Y entretanto, capitan y marineros, entonaban el *Te Deum*.

¡Sed alabado, gran Dios, Señor inspirador de los grandes genios! ¡Sed alabado! ¡Héle allí, héle allí el Nuevo Mundo!

¡Por fin Colon tocaba á la tierra ignorada, iba á apoderarse de ella con su potente mano! «¡Oh, compañeros míos, les decia, benditos seais! ¡ya tocamos á nuestras riberas! ¡Velad toda la noche, que mañana al amanecer vereis tierra!

¡aquel que primero la vea, yo le prometo diez mil marcos de plata, en nombre del rey!»

Por último, el 12 de octubre de 1492, después de una navegación de treinta y cinco días, Cristóbal Colón descubrió el *Nuevo Mundo*. A aquella vista, al aspecto del universo completado, los marineros entonaron el ¡*Te Deum!* Después saludaron con ansiosas miradas llenos de indecible júbilo, aquella tierra prometida y tan deseada. Desciende Colón a una chalupa, llevando en la mano el estandarte real, y es el primero que pone el pié en aquella tierra, de la que él era segundo creador; en seguida los marineros, puestos de rodillas, inundados de lágrimas los ojos, le pidieron perdón por su rebelión, y le proclamaron almirante. Así fué descubierto el Nuevo Mundo.

Sería preciso un volúmen entero para referir la historia de este descubrimiento, que no fué un descubrimiento sino una revolución.

Cristóbal Colón, lleno de disgustos, privado de su protectora la reina Isabel, rendido de fatiga de espíritu y de cuerpo, murió en Valladolid el 20 de mayo de 1506, á los sesenta y cinco años de edad. Ordenó que se colocasen en su féretro las cadenas de que había sido cargado en su segundo viaje al Nuevo Mundo. ¡Cristóbal Colón fué un grande hombre! Y tenía todas las circunstancias de tal grandeza. Su cuerpo era digno de

albergar un alma tan bella. Tenia los ojos azules y animados; su exterior todo estaba lleno de nobleza; era elocuente, afable, jovial; era sóbrio y moderado en todas las cosas; poseía todos los géneros de valor. A pesar de sus largos viajes y de sus estudios de las constelaciones del cielo, no dejó de cultivar las bellas letras: la poesía fué muchas veces todo su consuelo en las penas de la vida. Hacia versos latinos que era toda la poesía de aquella época. ¡Tenia fé! antes de emprender obra tan grande, es preciso creer. ¡Id, pues, arriesgaos sin creencias á esos dilatados horizontes!

Una noche de invierno, contándose el descubrimiento del ilustre Cristóbal Colon, haciendo cada cual los elogios debidos de este héroe, un anciano comendador español, que prestaba atento oído á la narracion: «Oh, dijo, hijos míos, se os engaña, no es un navegante genovés el que ha descubierto América, sino un grillo español. Escuchadme, que voy á haceros una relacion verídica del hecho:

»Es muy cierto que Cristóbal Colon tuvo que luchar con los terrores, la ignorancia y las supersticiones de la tripulacion, y que mas de una vez sus propios marineros rehusaron ir mas lejos.

»Uno de aquellos marineros se llamaba Antonio. Antes de embarcarse para el Nuevo Mundo

amasaba la harina en casa de su padre, Antonio Nuñez el panadero. Cuando marchó siguiendo á Colon, el jóven Antonio llevó en un zueco viejo un grillo de la panadería. *Me servirá de compañía*, se decia, *y su canto me recordará la artesa paterna*. Ved, pues, ya al grillo embarcado, y bien pronto ved tambien que se escapa y que esen vano que Antonio le busque y le llame. ¡Ah! ¡no hay grillo!.... ¡no hay canto!

» Así quedó esto hasta que el último dia, en la hora suprema, en el instante en que Colon vencido, volvía decididamente el rumbo, y, desesperado, deshonrado, renunciaba á su conquista..... ¡Oh sorpresa! ¡Oh dicha! el grillo cantó.

» Era este canto su pequeño grito de alegría, grito de buen augurio. Entonces Antonio, cayendo á los piés del almirante, atestiguando con sus camaradas y la brisa y el cielo: «Por todos los santos de la gloria, mi señor, y vosotros, marineros, amigos míos, creedme, marchemos adelante; la tierra está próxima, el grillo ha cantado.» Y la carabela, al grito del grillo, detuvo su marcha veloz. Y hé aquí como un grillo de España es el verdadero descubridor de América.»

Y esto lo decia sin reirse, pero con una mirada picaresca, el comendador español.

DE PARIS A ROUEN.

QUIEN quiera tener una idea aproximada de los sucesos ilustres, de los grandes hombres, de los poetas y de los países que contiene el mapa de Francia, y quiera juzgar del todo por la parte, emprenda el viaje de un instante de París á Rouen..... ¡Qué de recuerdos, qué de encantos!

La Normandía podía ser ella sola el teatro de un magnífico poema en el que nada falta, ni grandes hombres, ni soldados atrevidos, ni valientes capitanes. Aun la barbarie, en aquella historia magnífica, tenía algo de importante y de serio, y de un efecto irresistible. Ciertamente se se os han referido ya las historias de los griegos y de los romanos, los dos pueblos antiguos, pero ninguna de estas historias es superior á la de

aquella admirable provincia, á la cual se puede ir y de la cual se puede volver en un dia.

Es una tierra fértil y sábia, toda ella cubierta de las mas nobles ruinas y de la mas risueña verdura. Entre aquellas gracias reunidas de la tierra y del cielo, se encuentran á cada paso, en medio de campos de doradas mieses y de verdes praderas, ciudades ocupadas, pueblos laboriosos y fábricas que no cesan ni de dia ni de noche; jamás pueblo alguno ha dado un ejemplo mas completo de trabajo, de prudencia, de sabiduría y de prevision.

Allí están, sin embargo, los descendientes directos de aquellos osados aventureros que vinieron desde el fondo de la Noruega. Despues de haber fundado el reino de las Dos Sicilias, amenazado al imperio de Oriente, restablecido al soberano pontífice sobre su trono, protegido por su poder irresistible á los mismos reyes francos, acabaron por conquistar la Inglaterra, como habian conquistado la Normandía; empresas de gigantes á las que nada faltó, ni aun la prudencia; ellos eran hombres que sabian vencer y aprovecharse de la victoria.

La guerra, el comercio, la navegacion, la industria, la poesia, en fin, son otras tantas conquistas debidas á aquellos conquistadores. El gran Corneille, que tenia tanto génio; Fontanelle, de tanto talento; Claudio Gronlard, tan vale-

roso; el elocuente Basnage; el gran químico de Bauquelin, son de allí como tantos ilustres y admirables normandos.

La Normandía fué durante mucho tiempo una provincia aparte, diremos mejor, un reino aparte en el reino de Francia, no hará mucho mas de treinta años (¿cómo se van los años y como se aproximan las distancias?) que Rouen, gracias al vapor, ha llegado á ser un arrabal de París. Con efecto, cuatro horas bastan para que un hombre, saliendo de la catedral de París, se halle trasportado á la maravilla de los primeros siglos cristianos, la iglesia de San Ouen, y durante aquellas cuatro horas ¡qué de paisajes bellos hallareis, qué de grandes hombres, qué de recuerdos tiernos ó terribles!

Caminais por la única ruta que conduce á San German; atravesais dos ó tres pueblos hasta el de Arnières, y de pronto encontráis á vuestra izquierda, en un sitio elegante y pintoresco, un hermosísimo castillo, edificado por el mismo arquitecto del palacio de Versalles, Julio Hardouin Mansart.

Este castillo de Casas, en los tiempos de Luis XIV, yaun en los de Luis XV, fué habitado por muchos hombres célebres, sin contar los príncipes de sangre real. Voltaire, en su juventud, iba allí á pasar muchos meses de la estacion florida; allí olvidaba los mayores goces y dis-

tracciones de París, allí revisaba cómodamente sus mas hermosos poemas y sus mas fieras tragedias, olvidábase de ser insolente y burlon, daba tregua á aquella ironía infatigable que debia hacerle el mas peligroso de los hombres de genio.

Pero una noche, mientras estaba escribiendo alguna tragedia elocuente, prendió fuego á las cortinas de su cama; bien pronto todo el cuarto ardia, y poco faltó para que el castillo entero desapareciese en el incendio. Todavía se enseña en aquel castillo el cuarto de Voltaire, como asimismo los departamentos del rey Luis XVI, de la reina María Antonieta, del señor conde de Artois, el gabinete de Napoleon y el de el mariscal Lannes, á quien el emperador regaló el castillo de Casas.

¡Qué de grandezas reunidas en aquel recinto, pero tambien que de miserias! Luis XVI y la reina de Francia, muertos en cadalso; Napoleon, muerto en Santa Elena; el rey Cárlos X muerto en el destierro! El mas dichoso de todos fué el mariscal Lannes, muerto en el campo del honor, muerto en los brazos de su amigo que le lloraba. El último propietario de aquel parque, de aquellos jardines y de aquel castillo de príncipes y de reyes, antes que fuese dividido y vendido en almoneda en trozos miserables, Mr. Jacobo Lafitte, despues de largos dias de prosperidad y de gloria, sufrió valerosamente, como un gran ciu-

dadano que era, su catástrofe y su ruina, y el hermoso parque de que estaba tan orgulloso, y en el cual recibia á los hombres ilustres del siglo, se vió obligado á venderle en detalle.

¡Ah! muchas de las grandes viviendas que habeis encontrado en vuestros viajes no se hallarán exentas de estas vicisitudes que esperan á las mas cuantiosas fortunas, y ni aun á las mas sencillas y modestas moradas. *¡Oculta tu vida!* ha dicho el sábio y la sabiduría jamás ha hablado mejor. *Oculta tu vida..... y tu casa.*

Echad al pasar una mirada de admiracion y de respeto sobre ese ilustre castillo de San German, en el cual vino al mundo el gran rey Luis XIV; tambien en él las fiestas brillantes, el poder, la autoridad, la majestad real y la gloria han sido reemplazados por toda clase de lamentos. El castillo del rey Enrique IV y de la reina María de Médicis, del rey Luis XIII y de su eminencia Mr. el cardenal de Richelieu no es mas que una prision lúgubre y sombría y os será imposible hallar nada allí que se parezca á los esplendores, á las grandezas de otros tiempos.

Mas lejos, al salir del castillo de casas, encontrareis la ciudad de Poissy, en la cual Cárlos el Calvo, en el año 800, tuvo la asamblea de señores y de prelados del reino. En Poissy vino al mundo, en 24 de abril de 1215, el rey Luis IX, San Luis; la reina Blanca, su madre, parió aquel

glorioso niño en el mismo sitio del altar mayor de la iglesia ¡Ah! sin duda alguna, hé aquí un suceso para ilustrar una ciudad y hacerla grande y bella! *¡aquí nació el Santo rey Luis!*

Un poco mas lejos, y sin tener en cuenta los pueblos intermedios que tambien tienen su historia, porque la aldea mas pequeña de Francia tiene la suya, encontrareis la ciudad de Meulan, que recuerda todavía los primeros asaltos y las primeras matanzas de los normandos. Bien se conoce que la ciudad de Meulan ha sido tomada y vuelta á tomar; vivamente atacada, fué vivamente defendida.

La sangre ha corrido bajo aquellas murallas por aquel llano... las murallas han sido derribadas por la paz y por la guerra; los llanos se cargan de frutos y de flores, las batallas se olvidan. La gloria ha consolado á aquellas campiñas taladas; entre nosotros la gloria es el consuelo supremo.

Bien poco despues con su gracia un poco coqueta, la ciudad de Mantes *la linda*, como se la llama. En aquellas calles incendiadas vino á caer y morir el mas osado y el mas feliz capitán de su siglo, Guillermo el Conquistador, furioso de un insulto imprudente (1). Habia marchado de

(1) Habia dicho el rey: *¿Cuándo parirá el duque de Normandia?* Respondió el duque: *Parirá dentro de seis semanas, é iré á hacer mis purificaciones al altar mayor de Nuestra Señora de París con veinte mil lanzas á guisa de velas.*

Rouen para ir á cantar al rey de Francia la *misa de las Lanzas*; un paso en falso de su caballo deshizo toda aquella fortuna. Reparad en Nuestra Señora de Mantes, que es un hermoso monumento gótico. Uno de los abades de esta iglesia se llamaba Felipe Augusto; fué el vencedor de Bouvines.

Ved, un instante despues el castillo de Rosny. En aquellas nobles murallas vive y respira todavía el mas fiel amigo de Enrique IV, el mismo Mr. de Sully; su nombre está en todas las bocas, su memoria en todos los corazones. Allí fué donde se retiró á reposar de las fatigas y de los peligros de la batalla de Ivry, la noche que siguió á aquella memorable jornada. En el bosque que rodea al parque, Mr. de Sully hizo aquella gran corta de árboles con la que proporcionó dinero al rey su amo, para ayudarle en los gastos de la guerra. El castillo de Rosny ha sido en todos tiempos la morada de la fidelidad y del valor. Aquellos vastos y magníficos jardines, en los cuales el gran duque de Sully se paseaba rodeado de sus guardas, han pertenecido despues á la duquesa de Berry, amable y benéfica princesa, cuyos beneficios y caridad han consolado tantos desgraciados.

En los embellecimientos de aquella morada de príncipes, la señora duquesa de Berry no habia olvidado á los pobres; habia ocultado por

decirlo así, la magnificencia del palacio bajo las sencillas y elegantes exterioridades de un hospital. En esto, la señora duquesa de Berry seguía el ejemplo del virtuoso duque de Penthièvre. No hacía jamás edificar una casa de placer sin construir al mismo tiempo un hospicio; así se decía, cuando se veía á pobres socorridos ó huérfanos adoptados: *¿Mr. de Penthièvre ha pasado por aquí?*

En la ciudad de Rolleboise era donde el camino de hierro debía encontrar los mas rudos obstáculos; una montaña escarpada, infranqueable, se oponía á que el camino fuese mas allá; destrozarla era imposible; se tomó e partido de horadarla. Figuraos un inmenso subterráneo de veinte y seis mil metros. En aquella noche profunda el camino se hunde y se precipita; el abismo es profundo y la noche lóbrega; ni una luz aparece á vuestros ojos entristecidos; es un suplicio que dura cuatro minutos; pero tambien ¡qué encanto, qué fiesta para vuestros ojos deslumbrados, cuando al salir de aquel abismo encontráis el azul del cielo, el tranquilo sol normando, la vasta campiña dulcemente iluminada y el pastor sencillo, que mira pasar aquella especie de tempestad!

Al salir de aquel inmenso túnel, el primer castillo con que tropiezan vuestras miradas es la

Roca Guyon (1), una fortaleza normanda, defendida en otro tiempo por una mujer que quiso mejor perder sus dominios, que rendir la fortaleza á los ingleses.

Llega en seguida la fresca ciudad de Vernon, que fué al principio un campo atrincherado, despues una torre, en la cual se refugió Felipe Augusto en 1198, y luego una ciudad que perteneció al conde de Anjou, Geoffroy Plantagenet. Felipe Augusto reunió Vernon á la corona de Francia. En aquella hora, la ciudad entera reposa á la sombra del bosque de Vizy: Vizy, un dominio del infantazgo de S. M. el rey Luis Felipe. En una humilde casa que habia hecho edificar enmedio de aquellos magníficos bosques, la señora duquesa de Orleans, madre del rey, iba á pasar los mas hermosos dias del estío. ¡Pero qué! el bosque y el castillo de Vizy han cambiado de señor, y ya el olvido sube por aquellas viejas murallas, semejante á la yedra ahogando al viejo olmo.

Sin embargo, sobre la ribera derecha del Sena, en la cima de los ribazos que bordan el valle, se alzan las ruinas formidables del castillo Gaillard. En este sitio, que se diria impenetra-

(1) La Roca Guyon pertenece á los La Rochefoucauld. La copia *original* de las *Máximas* de monseñor el duque de La Rochefoucauld, es uno de los mas preciosos adornos de la biblioteca de este castillo.

ble, el rey de Inglaterra, Ricardo Corazon de Leon, hizo levantar aquellas terribles murallas, y bajo de ellas, hizo cabar calabozos sin fin. Si estas piedras pudiesen hablar, ellas contarían crímenes, traiciones, venganzas, impiedades sin nombre; todos los terrores y todas las crueldades de la feudalidad se hallarian en aquellas murallas ensangrentadas; pero el tiempo, la paz y el sol, pero las ruinas en que la justicia convierte las fortalezas, pero la libertad santa abriendo los calabozos y cegando los abismos, pero el viento de la mañana y el viento de la tarde, han barrido desde hace mucho tiempo todo aquel polvo feudal.

El castillo Gaillard no existe mas que como un accesorio de un paisaje pintoresco....., un fantasma desmantelado del despotismo y de los crímenes de otro tiempo.

¿No es este, pues, un hermoso viaje y vuestro joven espíritu no está encantado con la contemplacion de todas estas grandes cosas? Todos estos recuerdos se mezclan sin confundirse; que ellos pertenecen á la gloria, á la derrota, al despotismo y á la libertad. Al pié mismo del castillo Gaillard vino al mundo en 1594 el mas grande pintor de la Francia, Nicolás Poussyn. Ha probado este hombre célebre que el genio de el gran arte de la pintura no pertenece solamente á Italia. Mas que un artista de genio, fué un espí-

ritu sério, un corazón honrado, un hombre de bien.

¡Es uno de los mas grandes nombres de la Francia el nombre de Nicolás Poussyn!

Así nos aprovechamos del fin de nuestro viaje; aquí atravesamos el túnel del Roule, un túnel de mil setecientos metros. Allí encontramos la ciudad de Puente del Arco, fundada por *Carlos el Calvo* en 854. Esta es la primera ciudad que se rindió á Enrique IV, sin aguardar á que el Bearnés hubiese probado su derecho por sus victorias. También podeis percibir de lejos Elbeuf, ciudad importante que trabaja noche y dia.

Elbeuf es mas bien que una ciudad una vasta manufactura, un conjunto de telares, de lavaderos de lana, de batanes, de tintorerías; todo está hecho para la vida ocupada y laboriosa. Apenas tiene bastante fuerza para hacer girar una rueda, el niño de Elbeuf es ya un trabajador. ¡Compadeced á estos pobres niños que no tienen infancia, y que desde ella se ven obligados á ganar con el sudor de su frente el negro pan de cada dia!

Pero, en fin, hénos ya en la vasta planicie que conduce á Rouen, término solemne de este rápido viaje, la rica capital de la Normandía, la inteligente ciudad en la cual se han consumado los mas importantes sucesos de la historia.

El primer duque de Normandía, Rollon, hizo de Rouen su córte. Lotario I, en el año 540 de la era cristiana, fundó allí la abadía de San Ouen; en 1389, Othon, emperador de Alemania, Luis VI, rey de Francia, y su capitán Arnolfo, conde de Flandes, sitiaron, pero en vano, esta ciudad heróica, que resistió seis meses á todas las fuerzas del rey Enrique V de Inglaterra. Noble, inteligente é ilustrada ciudad, estableció su imperio en la ribera derecha del Sena, en el fondo de un valle poderoso, protegido y defendido por una cadena de montañas.

Difícil sería decir los monumentos notables de esta célebre ciudad; muchos han desaparecido por la acción de los tiempos y por el incendio de 1120. Bastantes han quedado en pié. El palacio del cardenal de Amboise; la abadía de San Ouen, célebre entre todas las abadías de Francia; la iglesia de San Maclon, de vidrieras admirables; la iglesia de San Patricio, una de las obras maestras del renacimiento; San Romano, llena completamente de antigüedades y de milagros; San Gervasio, fundaciones todas que no cuentan menos de seis siglos, siendo ilustres y excelentes vestigios del genio imitador de los normandos de los primeros siglos.

A cada paso, en la ciudad y en el viaje, hallareis grandes nombres históricos. Catalina de Médicis, puso la primera piedra del colegio; el

rey Luis XV colocó la primera de la Bolsa; los mercados se edificaron hácia fines del siglo XVII, en el mismo sitio donde estuvo el palacio de Ricardo I, tercer duque de Normandía. El nombre de Guillermo el Conquistador y de Matilde, su mujer, se hallarán en las fundaciones del cuartel Buena Nueva; por el contrario, el hospital general es monumento del siglo XVIII. En el vetusto castillo, hallareis los vestigios de una torre construida por Felipe Augusto. En esta torre fué encerrada Juana de Arco, la santa y la guerrera, indignamente sacrificada por la vileza de los ingleses, que la quemaron en la plaza del Mercado.

El duque Guillermo el Rojo es el fundador del palacio del Rourgtheroulde, una obra maestra del arte y del gusto en la que podeis admirar aun el elegante torreoncillo suspendido en los aires. El palacio de Justicia no se remonta mas que al rey Luis XII; el origen del parlamento de Normandía aparece desde su primer duque.

¿Pero qué podré contaros de sus plazas, de sus fuentes, de sus puentes, de sus avenidas, de sus casas deslumbradoras? Tanto valdria esto como contaros sus fábricas sin número, sus numerosos telares obedientes al agua que cae y al vapor que se eleva, en una palabra, todo aquel inmenso comercio que hace de la villa de Rouen un inmenso depósito, el vasto depósito de tantas

riquezas que afluyen del Océano para detenerse en París, centro comun de todas las grandes producciones del universo.

Por este ligero capítulo, escrito como al vapor, tendreis una indicacion fiel del hermosísimo libro que podria escribirse *siguiendo por el camino de hierro.*

EL DIA DE REYES.

Es uno de los usos mas antiguos celebrar en familia la fiesta de los Reyes. A sus austeridades, á sus tristezas, la Iglesia ha mezclado alegrías sin número, alegrías domésticas, una dicha íntima y hasta quizás puramente humanas.

Apenas el año, renovándose, se muestra en su primer dia, el primer dia del año es una fiesta. Y es fiesta aun el sexto dia, fiesta en honor de los tres magos, de los tres reyes de Oriente venidos desde tan lejos al establo encantador de Bethlehem, para ofrecer sus presentes al pobre Niño nacido en un pesebre. Aquellos magos tuvieron el honor, entre los primeros hombres del mundo cristiano, de responder á aquella voz que decia á los cuatro vientos del cielo: *¡un niño nos ha nacido!*

El día de Reyes, la familia se reúne alrededor de la mesa, entretenimiento de la amistad (es una frase del filósofo Montaigne), y la reunión es completa. El abuelo sale de su retiro y aparece en medio de sus nietos, y cada uno te saluda, ¡oh divinidad bienhechora del hogar paterno! Todo se vuelve joven y sonríe. Las frentes respiran alegría y los corazones gozan con expansión. ¡Gran jarana y fiesta plena! Al choque de los vasos, como en tiempo de las fábulas, la casualidad va á designar el rey del festín. Majestad amable es esta majestad de una hora, y también inocente. Un niño es el que decreta la corona.—¿Quién es el rey? se interroga riendo á la torta real. En esta distribución de una corona, cada cual tiene derecho; el pobre que está á tu puerta, oh niño, el mendigo sin asilo y sin pan, como cualquier otro; si se han hecho bien las partes de la torta de los Reyes, él tiene sus suertes para ser á su vez el rey del festín.

Y la parte del pobre ¡ah! ¿quién la olvidaría?

Un día de Reyes, lo largo y las casualidades del camino me habían llevado á una granja de Normandía..... Hacia mucho frío aquel día, y la nieve había caído con gran silencio en el fondo de los campos. La vasta extensión de ella estaba callada, el arroyo se había detenido y el pájaro tenía frío. Apenas se oía el relincho gozoso del caballo en la cuadra y el canto penetrante del

gallo bajo el cobertizo; los perros tambien se callaban y estaban sentados en el suelo odorífico de la cocina. Hubiérase dicho desde lejos, al ver aquella sombra y aquel silencio austero, que era el castillo durmiente de la Bella del Bosque. ¡Gloria á los magos, honor á su brillante estrella! Estrella y reyes llevaron la fiesta á aquellas habitaciones desoladas. Veíase la mesa bien aderezada en uno de los cuartos de aquella casa, y alzábanse en torno de ella cánticos alegres, vasos repletos y el ruido del tapon coronado de púrpura, que saltaba al techo impulsado por la sidra impetuosa..... el vino de Champagne de los normandos.

Yo, desconocido, habia sido admitido á la mesa hospitalaria del rico granjero, en medio de toda su familia como un huésped que es bien venido, pero á quien no se le espera. Toda la familia habia acudido, y de bastante lejos, para asistir al festin. Habia allí ancianos de cabellos blancos, hombres robustos como encinas, labradores valientes que han trabajado toda su vida, económicos infatigables, viviendo con poco, soldados para la hora en que la patria está en peligro, verdaderos patriarcas dignos de todo nuestro respeto.

Habia tambien allí, para sostener la cabeza de aquellos héroes del arado, respetables mujeres encorvadas por la edad y por el trabajo; madres

animosas de muchas generaciones, pacientes, laboriosas, resignadas: compañeros de aquellos ancianos y dignas compañeras. Cuando veais á esas lugareñas de cara serena, de mirada viva aun, las manos callosas, el cutis arrugado y de buena apariencia (el corazón se vé en su cara). ¿Os detendreis á considerar todas las fatigas y todos los trabajos que representan?

Desde la infancia se dedican al trabajo de los campos, y desde el primer día que van, muchas veces desnudos los pies, siguiendo á sus rebaños, jamás ha pasado un día sin que hagan algo. ¡Oh consuelo y consejo de sus maridos! ¡Oh nodrizas de sus hijos! ¡Oh tiernas guardianas de sus nietos! Todo lo sufren sin quejarse, bien al contrario, los soportan con el valor y la resignación de santas mujeres: el hambre, el frío, las enfermedades, las invasiones de los enemigos, las epizootias que arrebatan los ganados, el granizo que se lleva sus cosechas, la guerra que les arranca sus hijos y la muerte que les priva de sus maridos.

Todo esto lo han soportado esas pobres ancianas que veis tan encorvadas y que no tienen trazas de vivir mañana. ¡Heroínas benéficas que no sospechan sus beneficios! Todo niño bien criado, cualquiera que sea, tendrá un placer en besar á esas buenas viejas, y su juventud obtendrá sus bendiciones!

Despues de los viejos, estaban los jóvenes. Robustos, juguetones, llenos de porvenir, bellas jóvenes y jóvenes madres brillantes de dicha y de salud, despues las muchachas de quince años con los mancebitos de catorce con la apostura ya de hombres; despues, en fin, niños, muchos cantaban, chillaban, corrian, se pegaban á la espalda de sus abuelos, sobre las rodillas de sus abuelas, á los pies de sus madres, y estaban gozosos, tan gozosos, que cada cual reia de su alegría y reia de reirse, ¡Oh Reyes Magos! ¿qué diriais desde lo alto de los cielos?

Aquel dia, vosotros lo sospechareis bien, era el dia de Reyes. La granja celebraba la fiesta; despues de una prolongada comida, habia llegado el momento de saber por fin quién seria el rey bajo aquel techo rústico, en aquel buen hogar donde chisporroteaba un fuego de sarmientos.

¡La majestad de la haba, dichosa majestad por la cual no se saca la espada de la vaina, el rey de la haba; rey de una hora, que tiene seguro su cetro durante una hora! ¿Qué rey de este mundo puede decir otro tanto en muchos dias? Por pequenitos que seais, niños, habeis visto ya pasar varios reyes buenos y sábios que marchaban á su impuesto destierro. La majestad real hoy es el mas grande peligro que puede amenazar la cabeza de un mortal, Esta es una tarea ingrata, sin descanso y sin dormir. Ella es una

gran desgracia, para la que se necesitan almas fuertes y probadas. En este vasto naufragio de majestades de toda clase, no hay mas que una que se sostiene á flote, ¡la de la haba! En medio de los tronos que se hundén y de los cetros que se quebrantan, ved aquí lo que sobrenada..... una haba, una torta..... un niño.

Pues nos hallábamós al final de la comida, se iba á instalar en la mesa el postre, un rico y noble postre campestre, como apenas se vé en las ciudades, ni aun en las mesas de los mas opulentos, y en aquel instante, de repente ¡momento solemne! hasta los mas pequeños chiquitines guardaron silencio. Entonces fueron colocados en medio de la mesa dos canastillos sabrosos y humeantes. Estos canastillos estaban llenos de tortitas, en número igual al de los convidados. El silencio se aproximaba al éstasis.— ¡Oh madre mia, ó hijos míos! y tú, Pedrito, y tú, Nicolasote, si fueras..... el rey ¿quién sería tu reina? Así se interrogaban unos á otros con la mirada.

Cuando las tortas estuvieron sobre la mesa, púsose encima de ella al niño mas pequeño, se le colocó sonriendo y confuso de su importancia entre los dos canastillos, y allí, con una mano en cada uno de ellos, se puso á distribuir las tortas.

¡El lindo niño estaba allí! ¡el incauto repre-

sentante del dios Casualidad. Era un muchacho gordote y abotagado, risueño, bonachon, con calzorras, de cuatro á cinco años; muy mofletudo, muy frescote y gordiflon, era pariente de todos; pertenecia por los lazos de la sangre á aquellos viejos y á aquellos jóvenes; las almas y las miradas estaban colocadas sobre su belleza naciente y fuerte, ¡Oh hermoso y bueno, alegre y encarnado muchacho! yo tambien hubiera querido ser al menos su último primo; pero era el solo extraño de la casa.

Púsose pues de rodillas entre los dos canastillos, y con una gran sangre fria, hizo su distribucion de tortas. Este era el segundo año que llenaba aquella importante funcion, y para él, el año anterior no habia marchado tan de prisa que no se acordase muy bien de sus funciones de gran distribuidor, de gran elector.

Verdaderamente él no olvidaba á nadie; comenzó por los viejos, siguió por los jóvenes, llamó á sus hermanos y hermanas, y por último, él mismo sin olvidarse de mí. Tenia ya el genio hospitalario. ¡Con qué gracia se dirigió á mí, siempre por la mesa, llebando en una mano su torta y en la otra la mia; y, despues de haberlas comparado, guardóse la mas gruesa para él, dándome la otra y me dijo:—*Toma, señor!*

Quando la distribucion estuvo hecha, cada uno se puso á buscar en su torta la sensitiva

real del día de Reyes, que da al elegido tan dulces privilegios. Causaba placer ver á todo el mundo interrogar, buscar la haba..... ¡Oh Dios! fué en vano, el cetro se escapaba de todas las ambiciones. De todas las tortas devoradas la haba se hallaba ausente. ¡Oh defeccion! el mismo chiquito mofletado, en medio de contorsiones, gritó con la boca llena: ¡Ah, yo no ser rey...! ¿Quién, pues, era el rey?

La inquietud era grande en toda la reunion; ¡una fiesta de Reyes sin rey! ¿qué se habia hecho de la haba? Con toda seguridad estaba en una; y la misma señora Bernarda era quien la habia metido en una de las tortas. Los convidados estaban taciturnos y tristes. Semejante accidente no habia ocurrido desde 1789, acto célebre de hambre en el cual se prohibió por decreto real, cocer en el horno la torta de los Reyes.

Cuando ya la ansiedad era grande y comenzaban los terrores de los malos presagios, todas las miradas se fijaban en una jovencita de 12 á 13 años y de una gran belleza, pero de una belleza sencilla y franca. Tenia una de esas figuras... ¡encantadoras!.. No las halla bellas sino el que es digno de comprenderlas. Esta niña, que bien se la puede llamar así, tenia delante de sí y sin tocar la torta que le habia dado su hermano; sus ojos negros, ¡inteligentes, y llenos de un ardor generoso, se fijaban sucesivamen-

te en los convidados y parecían preguntarles.

—Hija mia, dijo el padre, vamos, ya eres reina! Sin duda tú eres, hija mia, quien tiene la haba. Apresúrate á abrir tu torta, mi querida María, para que bebamos á tu salud.—*¡La reina bebe! ¡la reina bebe!*

Y ya los convidados convencidos llevaban las manos á sus vasos, preparándose á gritar con toda la fuerza de sus pulmones *¡la reina bebe! ¡la reina bebe! ¡la reina bebe!*

Pero la muchacha, enérgica, y con un gesto ingénuo, llevó vivamente la mano hácia el sitio donde estaba la corona, y siempre mirándonos con su mirada viva y penetrante.

—Y la parte del pobre, ¿dónde está? dijo María.... Y cuando el pobre tienda su mano á la torta de los Reyes ¿quién va á responderle?

A estas palabras todos los convidados se miraron, asustados de lo que habian hecho... habian olvidado *la parte del pobre!*... la parte misma que se reserva en todas nuestras fiestas, á Nuestro Señor Jesucristo!

Pero la parte del pobre, por injusto y cruel que fuera, era yo quien la habia comido. ¡Ah! ¡yo era el advenedizo! ¡la familia no me esperaba! ¡estaba yo verdaderamente avergonzado y desolado de la turbacion que mi presencia habia llegado á producir, sin saberlo, en aquella fiesta de los ancianos, de los amigos, de los primos, de los niños.

Cuando nos hallábamos heridos de aquella inquietud, aunque mis huéspedes no se atrevieron á demostrar todo su disgusto por temor de causarme demasiada pena... ¡Hola! hé aquí que oímos ladrar á los perros en el corral. Al oír estos ladridos, que no eran muy fieros, la pequeña María abrió la ventana. «¡Ah!, exclamó, ¡ah! hé ahí, hé ahí el *pobre!*» y dando palmadas, fué á abrir la puerta al anciano: «¡*Venid, venid, venid!*» decia la niña con una dulce sonrisa, se os espera, padre mio.» Y, con un gesto delicioso, se volvió hácia nosotros diciendonos: *Hé aquí el pobre, ¡ah! hé aquí el pobre.* Amable niña, su corazón rebosaba de alegría. Estaba soberbia, estaba encantadora. El gran secreto para ser bellas, niñas, es el ser buenas. Nada hay mas cierto.

Vimos, pues, entrar á un ancianito que habia soportado bien el temporal. Llevaba una alforja vacía y un baston sobre el que se apoyaba. Era uno de esos mendigos normandos, apegados al suelo de su querida provincia de Normandía; despues de haber sido labrador durante veinte y un años, habia adquirido el derecho de espigar durante el estío y de pedir un pedazo de pan en el invierno. El viejo entró guiado por María y tomó asiento ¡dichoso hombre! al lado de la bella jovencita. Diósele de comer; bebió y comió como un jóven que viene de la caza y se sienta á la mesa de su padre. Cuando estuvo satisfecho, María con su

graciosa mano le dió su torta, diciendo: «¡Hé aquí el rey!»

En efecto, los Reyes magos habian decidido allá arriba que el mendigo tuviera la haba y empuñase el cetro. De este modo el *pobre* tuvo su día. Octuvo el cetro á su vez aquel veterano del trabajo; fué rey aquel inválido infatigable del arado... y cada vez que su mano gozosa llevaba el vaso á sus labios, eran inmensos los clamores: ¡*El rey bebe!* ¡*el rey bebe!* Aceptó sin vergüenza y sin temor aquella majestad que le caía del cielo; eligió á María por su reina y la besó en la frente como estaba en su derecho real y paternal. Concluida la comida, se quitó la mesa y el baile empezó; los viejos se gozaban en ver gozar á los jóvenes; era el pasado que velaba sobre el porvenir. La fiesta se prolongó hasta muy avanzada la noche. María y el viejo, la reina niña y el viejo rey fueron aplaudidos, alabados, imitados y chancados.

He vuelto á ver muchas veces á la joven reina. Habia adoptado al viejo rey, de quien ella fué la providencia. Despues de haber amado á la pequeña María por su real beneficio, se la amó por su gracia y por su belleza. Reina, ella amenizó el encanto del gozoso y bello pequeño reino, en el que el buen rey inspiró la mas amable cancion de Beranger.... ¡El reino y el rey de Ivetot!

LA FUERZA DE LA EDUCACION.

I

EL señor duque de Bourgogne, fué muy bien educado, y quizá la obra maestra de Fenelon, su maestro y su amigo. Seguramente el discípulo era digno del maestro. Figuraos un espíritu vivo y justo, vasto y penetrante, laborioso y naturalmente inclinado á las ciencias difíciles, curioso de todas las cosas y lleno de seguridad para inquirirlas; tal era el señor duque de Bourgogne.

Cuando el abate de Fenelon, que entonces no era aun mas que un simple sacerdote de las misiones, se halló por vez primera en presencia de este jóven príncipe, de quien el rey le habia hecho preceptor, quedó, por decirlo así, espantado de aquella admirable mezcla de toda clase de ele-



La fuerza de la educacion.

mentos tan diversos, que podian hacer inevitablemente de este principe, esperado por la corona, ó la ruina ó el salvador del reino mas hermoso de Europa, atacado y amenazado por todas partes.

Sus grandes ojos negros estaban llenos de fuego y de inteligencia. Su voluntad era de hierro, su valor llegaba á la audacia; una vez encolerizado, era implacable. La noble sangre de tantos reyes que circulaba por sus venas bullia y fermentaba. Añadid á esto, que ni sabia aun como dominar aquel espíritu rebelde. Hacia frente á cada uno y á todos; y despues ¡qué de obstáculos por todas partes! por un lado la majestad real que le esperaba en un porvenir cierto!

Semejantes discípulos espantan á las gentes de corazon. En cuanto á los preceptores ordinarios, ellos solos allanan la dificultad, diremos mejor, que de preceptores generosos y severos se convierten en infames aduladores. Felizmente la naturaleza habia hecho mucho por este jóven; y el rey Luis XIV hizo tanto como la naturaleza. El rey, al nombrar al abate Fenelon preceptor de monseñor, imponia al duque de Bourgogne un hombre, una inteligencia y un genio dignos de fecundizar los admirables manantiales del espíritu y del corazon.

El pensamiento honrado y serio de todo jóven que quiere poner mano en los negocios hu-

manos, es desde luego estudiar á fondo las ciencias que despejan el espíritu, y [entre estas ciencias, en primer término, la historia de su país. El estudio de la historia os inicia en los hombres del pasado, os hace comprender sin equivocaros, los hombres del tiempo presente, y presentir, y adivinar los sucesos del porvenir..... Quitad la historia de la educacion, y toda educacion liberal es incompleta.

¡*Desconocer el género humano!* decia otro preceptor de hijos de reyes, Bossuet.

La historia fué bien pronto la pasion viva y sincera del señor duque de Bourgogne. Penetró con rapidez en sus tinieblas, en sus laberintos, en un cúmulo igualmente miserable de verdades y de mentiras. De este modo fué educado en la pasion de la historia y en el amor de las bellas letras; Fenelon, su maestro, escribió para su discípulo querido, aquellas páginas latinas tan bellas, que se las creia tomadas de los mas ingeniosos cuentistas del siglo de Augusto. ¡Qué páginas tan encantadoras, por ejemplo, las de la muerte de la Fontaine, contada en tan hermoso latin, por el autor del *Telémaco*, en la lengua de Phedro el fabulista!

Hemos nombrado el *Telémaco*, este libro, que es por decirlo así, la obra maestra de la filosofía y de la educacion, fué verdaderamente el breviario del señor duque de Bourgogne. Fenelon ha-

bia presentado, cuando escribió el *Telémaco* (un poema en prosa digno y aproximado de los versos de Homero), que no se hallaba lejano el tiempo en que los súbditos pedirían cuenta á los reyes de la administracion del reino. Así, educado en toda clase de estudios y de las bellas artes, el jóven príncipe era la admiracion de la córte, de aquella córte que era la mas culta del universo.

Entretanto el rey Luis XIV se habia hecho viejo; la señora de Maintenon, ocupaba el sitio de la reina de Francia; el palacio de Versalles, poco antes tan lleno de alegrías y de fiestas brillantes, estaba ocupado entonces por el decoro, la religion, la reserva: la juventud de el señor duque de Bourgogne fué un acontecimiento feliz alrededor de aquel trono rodeado de tedios y de inquietudes. ¡Oh miseria! ¿quién lo hubiese dicho? ¡El rey Luis XIV se hacia viejo!

La primera vez que el señor duque de Bourgogne bailó delante del rey, toda la córte se acordó de los dichosos dias en que el jóven Luis XIV, triunfante entonces y prepotente, traia él mismo aquel círculo inmenso que se apoderaba del palacio y de los jardines de Versalles. Bellas horas, jamás largas, de los conciertos, de las noches deslumbradoras, de las fiestas brillantes, de las dulces serenatas bajo de los árboles al ruido de las aguas que saltaban sobre el espeso y blan-

do césped, por el cual se deslizaba el tímido pié de la dulce y tierna La Valliere, mientras allá abajo, bajo los árboles, en el *Paseo de los Filósofos*, se paseaban gravemente Bossuet y el abate Fleury y el mismo que, despues de haber sido el profesor del duque de Bourgogne, seria el maestro y el profesor del jóven Luis XV, un poco mas tarde.

De este modo, el duque de Bourgogne fué el último eco de las fiestas de Versailles, el ultimo recuerdo de aquellas magnificencias sin límite, el último pretesto de aquel lujo increíble de las monarquías absolutas que la Europa no volverá á ver jamás.

Cuando Luis XIV quiso casar á su nieto con la jóven y encantadora duquesa de Saboya, digna hija de un padre tan *hábil*, el rey pareció salir repentinamente de su silencio. La princesa tocaba aun en la infancia: tenia doce años apenas. El rey, que se acordaba de sus hermosos dias, habia dicho, un poco antes del casamiento, que queria que la córte estuviese magnífica, y esta vez todavía la palabra del amo fué escuchada.

Así, como por encanto, aquella córte seria y grave, á ejemplo del rey, apareció de nuevo con sus bordados, sus plumas flotantes, sus diamantes, su lujo, su despilfarro de otro tiempo. El rey, el primero, dió el ejemplo de aquel recuerdo

de los días de 1660 cuando era el mas jóven y el mas hermoso monarca del mundo. En un abrir y cerrar de ojos, la córte cambió de aspecto. Nada ya de doctas reuniones, de graves tertulias, de misas solemnes, de confesor del rey; en cambio, una alegría, un atractivo, una fiesta universal, y las mas bellas señoras, mágicamente adornadas y los mas galantes caballeros en sus trenes mas magníficos.

Todo el saber de cada uno se manifestó en atavíos, en vestidos y en esplendores. Los sastres no daban abasto, y lo mismo sucedia con las bordadoras y los bordadores. Vióse entonces, en aquel afan general, á una princesa de la sangre real que hizo sacar á mano armada unas bordadoras del palacio de Rohan. El mismo rey quiso encargarse de los bordados de la nueva duquesa de Bourgogne. «Por mi fé, decia el rey, no creia haberlo hecho tan bien. Pero ¿cómo se gobernarán los maridos para no quedar arruinados por los vestidos de sus mujeres?» ¡Ah! si el rey hubiese podido saber á qué precio y por quién serian pagados (en 1793) los muebles, los bordados, el palacio de Versalles y todo aquel lujo insultante de una monarquía en su agonía y herida en el corazon..... el rey se hubiera muerto de espanto y de remordimientos.

Héte ya á nuestros dos jóvencitos casados. Notóse en aquella ceremonia augusta el rey y la

reina de Inglaterra, un rey proscrito y una reina desterrada, el señor duque de Chartres, el señor duque del Maine, el señor príncipe de Conti, el señor cardenal de Coislin, la duquesa de Lude, las señoras de Maylli y las mas grandes damas de la córte. Llegada la noche, fué á acostarse el matrimonio; la reina de Inglaterra dió la camisa. En la antecámara, el señor duque de Bourgogne se desnudó sobre una silla de tijera, en medio de toda la córte; entonces el rey de Inglaterra fué quien presentó la camisa; y cuando la jóven duquesa estuvo en el lecho, el señor duque de Bourgogne se metió en él, á su derecha. La señora duquesa de Bourgogne estaba guardada por la señora duquesa de Lude, su aya, y monseñor por el duque de Beauvilliers, su ayo. Se pasó así un cuarto de hora de conversacion, despues del cual, el señor de Beauvilliers volvió á conducir su educando á sus habitaciones, y la señora duquesa de Bourgogne se retiró á las suyas.

¡Ah! en vano fué que la córte de Versailles se vistiese de fiesta..... Despues de aquel esfuerzo de un instante, volvió á ser grave, tranquila, metódica, y mas inclinada á la languidez y al fastidio que á la esperanza y al placer.

Aquella jóven duquesa de Bourgogne, aquella niña de doce años, ¿os parece bastante digna de envidiar? A la dichosa edad en que la jóven

no debe tener otros cuidados que abandonarse á los inocentes placeres de la primavera de su vida; cuando alrededor de esta primavera no debia haber mas que alegría, viveza, ímpetus y gracioso abandono, ved á esta niña que llega á verse, completamente y de seguida, con sus riesgos y peligros, convertida en una de la mas grandes señoras del mundo.

¡Sí! Y mientras las demás jóvenes de su edad juegan todavía con la muñeca, la señora duquesa de Bourgogne juega al matrimonio. Se ve obligada á recibir toda la córte con toda majestad; está de pié derecho en las gradas del trono de Francia y tiene por su primer cortesano al rey Luis XIV. Al levantarse, tiene su pequeña reunion, y aun su gran reunion; y por la noche su tertulia, tertulia á la que van el rey, la señora de Maintenon y toda la córte; en torno de aquella niña circulan inclinándose los mas grandes nombres de la monarquía.

¿Quereis ahora saber los nombres de los convidados á aquellas fiestas reales? Hareis bien en aprenderlos; no está de mas saber como se llamaban las grandes damas y los grandes señores del siglo XVII. Ellos han embellecido, depurado y acendrado la lengua francesa, que ha llegado á ser una lengua europea. Aplaudieron con todas sus fuerzas, y los primeros, las tragedias de Corneille y de Racine, las comedias de Moliere,

los cuadros de Lesueur, la música de Quinault, los palacios de Mansard y los jardines de Le Notre. En sus días de autoridad y de poder, fueron benéficos para nuestros padres, que eran no ha mucho pecheros y vasallos, á merced y misericordia del señor.

Y cuando por fin ha sido preciso descender de aquellas alturas; cuando la hora de la revolución francesa llegó y con su hacha abominable, impía, derribó todas esas grandezas, el valor de esos generosos caballeros no se desmintió, como antes no se había desmentido su bondad.

Han muerto en espacion de las locuras y de los despilfarros de sus padres, como el rey Luis XVI murió por espiar las prodigalidades insensatas y los vicios de Luis XIV, su predecesor.

Ved aquí por que formas, es preciso que os habitueis desde temprano á saludar con una sincera simpatía los viejos nombres de nuestra historia, esos nombres llevados con tanta gracia y honor. Sully, Saint-Simon, Luxemburgo, Ville-roi, Lauzun, Elbeuf, Armagnac, Epernay, Villequier, Chatillon, Turenne, La Force, La Vieuville, Guebriant, Barbezieux, La Ferté.

¡Vanos esfuerzos, vana alegría, locas vivezas que el viento lleva! El palacio de Versailles, un instante sacado de su languidez, volvía á caer desde mas alto, en los aburrimientos de cada

dia. Desde mucho tiempo hacia, la fortuna de la Francia sufría algunos reveses, y esta vez el enemigo se hallaba en las fronteras. El duque de Bourgogne (batíanse en los Países Bajos), quiso ir á esta guerra. Partió sin acompañamiento, como un oficial aventurero. ¡Y, sin embargo, cuán dichoso se sentía á medida que se alejaba de París! ¡Cómo sentía latir su corazón á la vez de reconocimiento y de orgullo! ¡Ah! ¡Santo Dios! lejos de París, en Cambray..... ¿Sabeis el nombre del arzobispo de Cambray?

Pues el arzobispo era el mismo Fenelon, desterrado de la corte por haber escrito el *Telémaco*. ¡Ah! esta alta virtud habia parecido sospechosa en Versalles; ¡aquel ardiente amor del bien público habia sido tratado de quimera! En fin, el *Telémaco* habia sido juzgado como una traicion.

A la lectura de aquel hermoso ensueño de un pueblo dichoso por su rey, y de un rey cuya fuerza y cuya dicha emanan completamente de su pueblo, Luis XIV se habia asustado. El *Telémaco* fué para su reinado la mas cruel de las censuras. Fenelon se vió alejado de la corte por un destierro que debia ser eterno; pero él, santo prelado, aceptó la ilustre tarea de una iglesia que defender, y dió su último adios á aquella corte, de la que era el talento mas bello; á aquel París, que le amaba como á un sábio; á aquel mundo

profano que le habia adoptado como á un poeta, como á un armonioso hijo de Virgilio y de Homero.

Ya Fenelon en el destierro, quedó tranquilo y fuerte. Sabia que su obra estaba terminada..... podia el rey incluir en el Index el Telémaco; pero no podia arrancar del corazon de su nieto los nobles sentimientos de libertad, las nobles máximas de tolerancia, las ardientes revelaciones del porvenir, que el autor del Telémaco habia tan gloriosamente inculcado en el corazon de su real discípulo.

De este modo podia Fenelon, lejos del sol de Versalles, contentarse con enseñar el catecismo á los niños; el discípulo de Fenelon no esperaba mas que la corona de Francia para ser un gran rey.

Cierto (y esto os va á parecer extraño y duro, y, sin embargo, la cosa es verdadera) que cuando el señor duque de Bourgogne marchó para ir á batirse en Flandes, el rey, su abuelo, previó el encuentro del maestro y del discípulo. Se dijo que volverian á verse en Cambray, y que el arzobispo haria los honores de su ciudad á su príncipe, mejor dicho, á su hijo muy querido.

Hé aquí que el rey entra de pronto en grandes inquietudes. El rey *quiere* que el duque de Bourgogne evite á la vez Cambray y el arzobispo. Prohibe al discípulo saludar á su maestro.....

llega á Cambray y le va á pasar..... En el instante mismo ¡oh sorpresa esperada! en que el carruaje llegaba á la casa de postas, en el umbral de aquella casa donde todo pasa, donde nada se detiene, el primero que se aparece delante del príncipe es Fenelon, el santo arzobispo, con lágrimas en los ojos y alegría en el corazón.

El exento del rey, fiel á su consigna, estaba á la portezuela del carruaje, pero ¿qué importa? El maestro y el discípulo, en aquel momento que les pagaba todas sus penas, maestro y discípulo siempre dignos este y aquel, caen en los brazos uno de otro. «¡Oh maestro mio!—¡Oh discípulo mio muy amado!» la muchedumbre, que sabia su amistad, les rodeaba con sus votos mar ardientes.

Pero esto no habia sido previsto en las instrucciones dadas al exento. Este, muy inquieto, pedia los caballos á grandes voces; ¡mas ved que accidente! el maestro de postas tuvo la caridad de no poder presentar en seguida los caballos que se le pedian. ¡El buen hombre se hallaba desprevenido! un caballo estaba desherrado, otro era vicioso; y todo esto, y el gran barullo que se promovió entre bestias y personas, se convirtió en auxiliar del gran arzobispo casi desvanecido de alegría. ¡Ah recompensa inesperada! ¡Ah complicidad de todas aquellas bravas gentes, por la cual el j6ven y el viejo tenian tiem-

po de hablarse..... El anciano abrazaba con toda su alma y no podia dejar de mirar aquel noble jóven de quien él habia hecho un grande hombre; estábale prohibido el hablar pero no el mirar.

Y el duque de Bourgogne por su parte ¡qué dichoso era al volver á ver á este amigo fiel de su infancia, á este adicto servidor de su juventud, á este filósofo cristiano que pensaba como Platon y que predicaba como San Pablo. La multitud estaba conmovida con aquel tierno espectáculo, y á su pesar se alejó de aquel noble grupo; solo quedó el exento entre el príncipe y el arzobispo. Por fin fué preciso separarse.— ¡Adios, pues! — ¡Adios, pues! Separáronse sin lágrimas, sin palabras; el duque de Bourgogne señalaba el cielo al santo prelado; el arzobispo mostraba á su discípulo la Francia, aquella Francia tan amada que hubieran salvado entre los dos, si el cielo lo hubiera permitido.

El desgraciado príncipe continuó su ruta. El prelado volvió á su obra de cada dia, obra de caridad, de celo, de probidad y de honor. En el ejército, el señor duque de Bourgogne encontró ya todos los obstáculos que, durante toda su vida, se interpusieron entre él y la gloria. Debía mandar, es cierto..... pero la órden era no obedecer. La responsabilidad de la derrota pesaba sobre él; pero otro, avanzando, era el designado para el ruido que hace la gloria. Todo lo que pu-

do hacer fué ir al fuego como verdadero soldado, sin titubear y sin miedo. Sentia en sí mismo la sangre fria que hace buscar los peligros. Tenia el instinto de la guerra, y la amaba mucho mas que hubiera querido Fenelon, su maestro.

A Dios gracias, no nos toca á nosotros decir los desastres de aquella campaña de la que Fenelon fué el héroe, el héroe de caridad cristiana, el héroe tal como lo quiere el Evangelio. En medio de los ejércitos el arzobispo era el lugar de asilo. ¡Entrad, desgraciados! La puerta está abierta para cualquier herido en el campo del honor.

Hubo en la capilla y en la casa del arzobispo rezos para todos los muertos, socorros para todos los heridos, sin preguntar bajo qué banderas habian caido, y por qué creencia habian sufrido. El enemigo, reconociendo tanta caridad, respetaba todo lo que era del dominio del arzobispo. Respetó sus mieses y sus árboles, su casa y su iglesia. Atentar á la fortuna del arzobispo ¡oh justo cielo! ¡Pero si era el bien de todos!

Cuando el señor duque de Bourgogne estuvo de vuelta del ejército, el rey le admitió en sus consejos; en ellos, el duque de Bourgogne se veia rodeado de obstáculos como en el ejército. Tomábase su silencio por una leccion; acababa de hablar y se exclamaba que todo su lenguaje era del señor de Cambrey. Es cierto que Fenelon, cuan-

do por casualidad se presentaba una rara ocasion de hacer pasar algunas cartas, muchas veces interceptadas, no omitia escribir á su noble discípulo sobre todas las cuestiones en torno de las cuales se agitaba la Europa á fines del décimo-séptimo siglo.

Cartas admirables, llenas de presentimientos, de lecciones austeras, de consejos providenciales, lectura abundante en convicciones, en prevision, en tristezas infinitas. El duque de Bour-gogne, rodeado de la sabiduría del arzobispo, pasaba, en los consejos de S. M., por un eco de aquellas claras y sanas palabras.

Se concluyó por hallarle demasiado austero, y se quiso mejor verle en el ejército que soportarle en lá córte. Para las monarquías que se sienten perdidas, el brazo que se agita es menos de temer que la inteligencia que prevee y que aconseja. Envióse á nuestro príncipe al Rhin para llevar á cabo el sitio de Brissac; ¡un sitio, rudo trabajo! Es necesario, para continuarle, tanta paciencia como valor. Es preciso verlo todo, saberlo todo y todo preveerlo. El duque de Bourgogne estuvo admirable; era el primero en el trabajo..... y el último. No ahorra ni su fatiga ni su vida.

Al mismo tiempo animaba á los mas bravos, y acudia en auxilio de los mas desgraciados. El ejército entero estaba lleno del duque de Bour-

gogne. Jamás se habia visto á un príncipe de la sangre esponer su persona tan bizarramente. ¡Tomó á Brissac! Entonces el rey, inquieto de aquella gloria naciente, llamó al duque de Bourgogne. Púsose en camino de regreso; pero si hubiese podido preveer que la guerra no estaba concluida, no hubiera abandonado al ejército.

París era presa de la mas grande miseria: el hambre habitaba aquella ciudad entregada á la desesperacion. Era el tiempo en que Massillon, el orador inspirado, predicaba su sermon sobre la *limosna*; rara justicia, voz severa que no fué bastante escuchada. El señor duque de Bourgogne oyó á su paso los llantos de aquel pueblo hambriento. Hizo en París lo que su maestro Feneion hacía en Cambray. Vendió sus diamantes, sus muebles, sus equipajes, vendió tambien la pedrería deslumbradora de la señora delfina; al mismo tiempo, renunció al juego y á la comedia. Como verdadero príncipe..... como verdadero padre..... tomaba su buena parte, su parte real de la ruina y de la desolacion del pueblo de Francia.....

En la córte se decia: ¡Ved ese descontento!
¡Ah! el duque de Bourgogne no era ni un faccioso, ni un descontento; era simplemente el príncipe mejor educado de la monarquía, un noble corazon y el mas leal que hubo en la córte de Versalles; un hombre inteligente, aplicado, sério,

de los mejores tiempos. Un libro se llenaría con los hermosos rasgos de aquel príncipe encantador, arrebatado demasiado pronto al amor del género humano.

Tenia á su servicio un viejo ayuda de cámara que le habia proporcionado Fenelon; este ayuda de cámara, habia soportado todos los arrebatos de aquella impetuosa juventud; habia visto al príncipe en sus mayores accesos de cólera, de los que tan bien se habia corregido. En fin, llegado á viejo, siendo el príncipe tan joven, Moreau (este era el nombre del ayuda de cámara) llegó á tomar por monseñor un afecto completamente paternal.

Moreau, buen charlatan, de carácter vivo, un poco truhan y otro poco escéptico, habia llegado á merecer la estimacion de monseñor por su lealtad, por su fidelidad y por su adhesion al arzobispo de Cambray. Mas de una vez Moreau habia servido de intermediario entre el príncipe y su maestro; buen compañero, de agradable humor, buscado por sus agudezas, ocupaba una buena posicion. En fin, sintiéndose morir Moreau, hizo decir al príncipe su última voluntad, que era la de verle y hablarle por la vez postrera. Si monseñor de Cambray, hubiera estado en París, de seguro no habria rehusado al fiel servidor su bendicion y su rezo; en ausencia del prelado, Moreau, quiso que su alma quedase confiada al du-

que de Bourgogne. «¡He aquí mi santo, decia Moreau, he aquí mi modelo y mi salvador!»

A la noticia de que su fiel servidor le hacia llamar y de que no queria tener otro confesor, hete aquí al duque de Bourgogne que sube hasta su lecho y anima con todas sus fuerzas, á aquel buen hombre que va á morir. ¡Podeis creer que á la noticia de que monseñor habia cerrado los ojos de su pobre ayuda de cámara, que habia hecho decir por él el oficio de difuntos y que habia comulgado por su intencion, toda la córte se puso á juntar las manos con admiracion y á esclamar: —¡A dónde vamos!

Tal es, sin embargo, el poder absoluto de la virtud, que aquellos frívolos cortesanos de la *cola del arco iris*, consagrados como se hallaban á todas las exigencias de la etiqueta, no osaron ultrajar con sus chanzas la devocion de monseñor. Por el contrario, cada cual alabó á Moreau y le envidió; el mismo rey hizo su elogio; decíase en todas partes: que era imposible hallar un servidor mejor; y veíanse obligados á añadir, para ser justos, que tambien era imposible hallar mejor amo que el suyo.

II

Volvemos á hallar mas tarde al señor duque de Bourgogne, en Flandes; la Flandes le llamaba

siempre, Flandes..... y su santo arzobispo. ¡Para este nuevo viaje, el señor duque de Bourgogne salió en viernes y el dia 13 del mes! En vano el rey Luis XIV, que era supersticioso, advirtió á su nieto, que el *viernes* era un dia nefasto; que su bisabuelo Luis XIII habia muerto un *viernes*; que Enrique IV, habia sido asesinado un *viernes*; el príncipe respondió que queria marchar. La misa fué una misa de *Requiem*, y hubo gran tristeza en toda la córte.

Sin embargo, el señor duque de Bourgogne partió alegremente. ¿No iba á Cambray? Por Cambray habia de pasar, pero la prohibicion de detenerse continuaba..... Llegó siempre por una gran casualidad á aquella misma casa de postas, donde ya habia tenido la otra vez el encuentro con su ilustre maestro, y el duque sintió gran sed y mucha hambre..... Se le hizo y sirvió la comida, y á su comida invitó al arzobispo del Cambray.

Esta vez la sujecion fué menos grande que la primera, y los dos amigos, olvidando la prohibicion del rey su amo, conversaron con franqueza. El príncipe osó decir al prelado, delante de todos, que le estaba mas obligado que si le debiese la vida; y por su parte, Fenelon respondió en alta voz á monseñor, que le amaba como un padre ama á su hijo. Cada cual les rodeaba en silencio y pudo ver toda aquella ternura que

tanto inquietaba en el palacio de Versalles. Las lágrimas estaban en todos los ojos, la admiración en todos los corazones.

Lo que los dos señores no podían decirse, los asistentes lo indicaban en voz baja en su lugar. ¡Ah! ciertamente el rey Luis XIV era todavía el rey omnipotente, pero mas adelante nada podría impedir á los mas ilustres personajes de la monarquía, ir á presentar sus homenajes y sus respetos al arzobispo de Cambray.

De Cambray, el señor duque de Bourgogne se dirigió á Valenciennes, en donde declaró, que quería marchar, como simple voluntario, á la cabeza del ejército. Sabiendo el enemigo que el príncipe venia para combatir, se sintió dispuesto á obrar mejor, puesto que debía tener por testigo un tan jóven y valiente capitán. El ejército francés estaba lleno de juventud, de valor y de brillo; componíase de 206 escuadrones, de 131 batallones en 56 brigadas: guardia real, gendarmería, caballería, regimiento de los guardias y 18 tenientes generales. ¿Cómo resistir ó semejante ejército acaudillado por un príncipe semejante?

La ciudad de Gante fué tomada sin disparar un tiro. Llenóse la ciudad de júbilo; el ejército inglés huía, el duque de Bourgogne parecia á un conquistador pacífico, que cautiva los corazones despues que las murallas han caído. Entretanto

el bravo príncipe no podía mas que marchar adelante para aprovechar la victoria; todo el ejército lo pedía como él, pero el ejército y el señor duque de Bourgoigne debían obedecer al señor de Vendome. Este amaba sus conveniencias: cuando estaba bien acomodado en alguna parte, era difícil obtener la orden de marcha. Esperó y no permitió ni un movimiento al señor duque, aun cuando el enemigo retrocedió á Oudenarde, y he aquí al señor duque de Vendome rodeado por todas partes, en el momento en que se iba á poner á la mesa para comer. Entonces se batieron en desorden, por entre matorrales, por barrancos, á la carrera.

En medio de aquella confusion y de aquella carnicería, el señor duque de Bourgoigne conservó su sangre fria y su admirable golpe de vista. Estando con ganas de entrar á la carga con la guardia real, vió pasar al señor de Vendome, y hablándole con la deferencia de un inferior: «Caballero, le dijo, ya es tiempo de tratar de salvar al ejército.» A lo que el señor de Vendome, fuera de sí y olvidando que hablaba con el heredero de la corona de Francia: «¡Caballero, le contestó, acordaos que aquí estais para obedecer!» Al oír aquella insolente respuesta, todo el ejército se estremeció de indignacion y de cólera; solo el señor duque de Bourgoigne guardó silencio. Comprendió que debía al ejército un grande

ejemplo. Y sin embargo, él era el mismo príncipe, que en la edad mas tierna se le tildaba de insolente *como un hijo de los dioses*, y hacia temblar á todo el mundo con sus crueles arrebatos.

Pero ved aun otro ultraje mas completo, mas grave que el primero: ¡una deshonra! La batalla fué perdida, perdida por la inercia y la pereza del señor de Vendome. Fué preciso por fin ordenar la retirada, porque el inglés se precipitaba por todas partes. «¡Vamos! dijo Vendome, que el ejército se situe á retaguardia y que ceda el campo; de este modo, añadió mirando al duque de Bourgogne, hace mucho tiempo, monseñor, que se os tiene envidia.» Pues bien, el señor duque de Bourgogne ni aun llevó la mano á su espada. Quedó inmóvil, silencioso, resignado. Todo el ejército se hubiese arrojado á sus piés, por adhesion y por admiracion.

Dicho esto, el señor de Vendome, dejando aquel mismo ejército que habia precipitado en tan gran peligro, se volvió apresuradamente á la ciudad de Gante, donde no pensó mas que en hacer buenas comidas y calentarse bien durante diez dias, sin preguntar siquiera qué se habia hecho del ejército. Mientras que el general en jefe estaba en su cama, en la que pasó acostado cincuenta horas seguidas, el señor duque de Bourgogne, reuniendo un pequeño cuerpo de tropas detrás del canal de Bruges, dormia al raso

sobre el duro suelo , y se informaba á cada momento de lo que habia sido de sus hermanos de armas, Puysegur, Sousternon, Mattignon, Cheladet, Puyguyon, Gamache y el bravo Chautfort, el señor de Amiens y Nangis, y el caballero del Rosell, y tantos amigos como el duque de Bourgogne se habia adquirido por su valor y por su lealtad.

Durante aquel funesto combate, el ejército habia sufrido grandes pérdidas; el marqués de Croy, el duque de Saint-Aignan, el marqués de Ancenis, Ximenes, Labretanche, cuatro mil hombres y setecientos oficiales prisioneros que fueron dispersados por acá y por allá, sin que jamás se les volviese á ver. El duque de Bourgogne escribió al rey en pocas palabras la pérdida de la batalla, sin acusar á nadie, pero á su jóven mujer, que era la íntima confidente de sus pensamientos, la manifestó que la jornada se habia perdido por la obstinacion del duque de Vendome, quien habia quedado inmóvil cuando debia haber avanzado; que este hombre parecia hecho para disgustar á los mas valientes del oficio de las armas; que no sabia ni atacar, ni combatir, ni retirarse.

¡Ah gran príncipe! escribia aquellas grandes cosas con toda la libertad de su espíritu y de su corazon, pero ignoraba que una cábala horrible se habia fraguado en la córte. Toda clase de vi-

les aduladores tenían interés en perder, en deshonrar aquella inteligente virtud. En vano de todos lados del ejército dirigíanse homenajes al duque de Bourgogne y con aquellos homenajes una admiración sincera, una adhesión sin límites.... los enemigos del señor duque de Bourgogne, comenzaron por murmurar en voz baja, después, en seguida, gritaron que el señor de Vendome había sido abandonado traidoramente; que el señor duque se había batido mal, y otras indignidades que no tardaron en llegar á oídos del rey, y que el rey solo podía desmentir.

Muy pronto fué voz general que el señor duque de Bourgogne había perdido la batalla. Se fraguaron cartas, se inventaron relaciones, se hizo hablar testigos; estendiéronse emisarios por los cafés, por los jardines, por los lugares públicos, por las casas de juego, por las casas particulares, deshonrando á su placer al jóven héroe. Las plazas y mercados se infestaron con aquellos rumores infames, el Puente Nuevo se conmovió y las provincias mas lejanas supieron la noticia. Nada faltó; canciones, pullas, folletos, insultos públicos. Hubiéranse dicho que toda aquella nación estudiaba los modos de deshonrar al heredero de la corona.

Aquella vez el señor duque de Bourgogne iba á espiar todas las virtudes, todas las austeridades, su vida ejemplar, como la de Fenelon su

maestro. Todo el que sentia un vicio en el fondo de su alma, ó un crimen sobre su conciencia, ó alguna accion vergonzosa, se puso á declamar contra el noble príncipe, terror de los malvados y de los viciosos. En menos de ocho dias, el digno discípulo de Fenelon llegó á ser en Francia una especie de leproso que causaba vergüenza hasta pronunciar su nombre. Ciertamente que la historia ofrece á nuestro estudio pocas posiciones que sean mas dignas de interés y de simpatía. En medio de aquel fuerte desencadenamiento, la señora duquesa de Bourgogne quedaba fiel al noble insultado.

Pero faltábala valor para defender dignamente á su marido. No sabia mas que llorar en silencio, viendo al miserable duque de Vendome ocupar el puesto y el lugar del duque de Bourgogne en la estimacion del rey y de la Francia. ¡Ah! llegó el caso de que el señor duque de Bourgogne, buscando los respetos y homenajes que le eran debidos, recibió orden del rey *de vivir bien con el señor duque de Vendome*.

Fué difícil soportar este rudo golpe. Aquel príncipe, heróico y tan brillante en Nimega con el mariscal de Boufflers, y en Brisach al lado de Tallard, se habia resentido de la arrogancia del duque de Vendome. La insolencia de este hombre le habia disgustado, la injusticia del rey le hirió con golpe mortal. A contar desde aquel dia

cruel, el señor duque de Bourgogne, jovial poco antes y de buen humor, con la alegría y el buen humor de las conciencias honradas, se volvió sombrío y taciturno. Encerróse en su tienda para no salir mas. Como tenia miedo al rey, llevó su obediencia hasta *vivir bien* con el duque de Vendome. El ejército entonces, á su vez, abandonó á su héroe. Tanta abnegacion no fué comprendida por aquellos jóvenes, la flor de la nobleza y del valor que no perdonaba á Vendome una batalla perdida por su falta. El ejército, que habia sido testigo del ultraje del señor de Vendome, no podia figurarse que el señor duque de Bourgogne pudiese jamás saludar á semejante hombre.

¡Se le acusó aun en el mismo ejército! Sus hermanos de armas, viéndole tan resignado y tan tranquilo, se volvieron contra él. Por otra parte, la señora duquesa de Bourgogne, al saber que su marido volvia á tratar al señor de Vendome, dióse á declamar llorando de despecho y de rabia contra lo que llamaba *la cobardía de su esposo*. Para colmo de desgracia y de miseria, el señor de Vendome, insolente hasta el extremo, llegó un dia, con la cabeza erguida, á rogar al príncipe que escribiese á la señora duquesa de Bourgogne para que pusiera término á sus malos propósitos contra él, Vendome..... ¡Y el príncipe escribió aquella carta á su mujer!

A lo cual la princesa respondió..... como era necesario responder, que no sentia por el señor de Vendome mas que ódio y desprecio.

Entretanto la guerra continuaba; guerra impía, increíble; se obraba avanzando, no para batir y rechazar al enemigo, sino para deshonar de todos modos al señor duque de Bourgogne. Era esto para el señor de Vendome un plan de campaña completamente nuevo: hallábase contento de ser batido, previendo que el príncipe se perdía sin remedio. Escapóse un convoy al señor de Vendome, y éste escribió al rey que la falta habia sido del señor duque de Bourgogne; en Lille, el duque de Bourgogne propuso tomar la ciudad é indicó los medios; el señor de Vendome titubeó, deliberó, y fué preciso que el rey escribiese dos veces para que se decidiese á obedecer las órdenes de su nieto.

De este modo iba decayendo cada vez mas la autoridad del duque de Bourgogne. Por el contrario, cada cual temblaba al solo nombre de Vendome. Por fin, todo se preparó para una batalla decisiva. Era inmensa la inquietud de Versailles; el rey estaba pálido de ansiedad; el jubileo de las Cuarenta horas se celebraba en todas partes; la señora duquesa de Bourgogne pasaba las noches enteras en la capilla; el espanto estaba pintado en todas las caras; las iglesias llenas de una multitud de mujeres pidiendo á Dios la

vida de sus maridos! ¡Si un caballo pasaba al galope, la ciudad entera se asomaba á las ventanas! ¡Jamás el príncipe Eugenio habia producido tantos miedos; nunca el duque de Marlborough habia causado tantos insomnios! ¡Pues bien! ¡el correo tan esperado llegó de Mons, llevando la noticia de que, á pesar del señor duque de Vendome, el señor duque de Bourgogne no habia querido combatir; que Lille hubiese sido tomada, si el príncipe hubiese sido llamado del ejército!

A consecuencia de esta suprema, increíble y cruel delacion, renacieron las mas indignas calumnias del combate de Oudenarde. Mas que nunca el desgraciado príncipe fué acusado por todas partes. El señor delfin, padre del duque de Bourgogne, hacia tiempo que habia tomado el partido contra su hijo. El rey le habia abandonado mas tarde; nadie en Versalles habia que fuese bastante atrevido para defender á un príncipe atacado tan inhumanamente; nadie hubo tan osado para hacerlo en el mismo ejército ¡Ah! tristes son estos detalles, que abreviamos, y ojalá esta verídica relacion os haga comprender que nosotros, los hijos del vulgo, no somos los únicos que hallamos en nuestro camino toda clase de obstáculos. Cada hombre en este mundo, cualquiera que sea, tiene sus obstáculos que vencer, aun aquellos que La Bruyere llamaba *los hijos de los dioses*.

El señor duque de Bourgogne fué llamado á Versalles antes que concluyese la campaña; abandonó aquel ejército que amaba, con la desesperacion en el corazon. Llegado apenas, el duque se dirigió y penetró en la casa de la señora de Maintenon. La habitacion de la señora de Maintenon estaba en el piso bajo y daba frente á la sala de los Guardias. Aquella cámara era vasta y profunda; arrimado á la chimenea estaba el sillón del rey; al otro lado se veia, en un nicho de damasco encarnado, otro sillón donde se hallaba la señora de Maintenon, con una mesa delante de sí. Con el rey y la señora de Maintenon estaba la duquesa de Bourgogne, que jugaba y reia como un hermoso niño mimado, como era en efecto; Pontchartrain, el ministro, trabajaba con su majestad. A la vista del señor duque de Bourgogne, quedóse el rey pálido y pensativo. Habia en el corazon del viejo rey un remordimiento por haber tan poco..... y tan mal, protegido y defendido á su nieto.

Pero tal es la fuerza de la virtud, que pronto ó tarde se desenvuelve completamente de las nubes que la querian oscurecer. Apenas hubo vuelto á ver al duque de Bourgogne, cesaron repentinamente todos los clamores; la verdad se abrió paso por todas partes. El señor de Boufflers y el señor mariscal de Berwick, y los hombres mas valientes del ejército, llegaron; to-

dos ellos no fueron mas que una voz en favor del duque de Bourgogue y contra el duque de Vendome, el triste héroe de los caprichos del rey. Tanto como el duque de Bourgogne fué rodeado de respetos y de homenajes, otro tanto el señor de Vendome quedó aislado y menospreciado. Todas las mentidas relaciones fueron descubiertas y puesta en claro: todo era obra de aquel culpable é inhábil capitan..... En revancha de sus malas artes, el rey acababa de prometer al duque de Bourgogne un ejército del cual él seria el único general.

Llegamos al instante en el que el señor duque de Bourgogne va á llamarse el señor delfin. Habia profesado toda su vida un gran respeto á aquel triste idiota que era su padre. Cuantas veces se le habia presentado ocasion de recordar al hijo de Luis XIV los deberes de los reyes hácia sus súbditos, el señor duque de Bourgogne habia aprovechado aquella ocasion como hombre de corazon. Habia tomado ódio á los tratantes que medraban con la fortuna de Francia; se escitaba y escitaba á su padre con el recuerdo de San Luis, de Luis XII, *padre del pueblo*, y de Luis el Justo; se indignaba de que tantas gentes, salidas de la nada, se hubiesen engrandecido con la fortuna pública. La viva elocuencia del hijo acababa por sacar al señor delfin de su entorpecimiento; se indignaba á su vez, y prome-

tía cuándo fuera rey poner remedio á aquellas miserias, y las gentes de bien esperaban en el porvenir.

Pero ¡ah! ni el señor delfin, ni el señor duque de Bourgogne, podian contar con el porvenir. En aquel tiempo reinaba allí una enfermedad implacable á la que tenian que someterse sin apelacion los mas grandes y los mas pequeños. Era un mal horroroso y sin remedio; una espada como la de Damocles, colgada incesantemente sobre la cabeza de los súbditos y de los reyes: la viruela, un mal del que el arte despues se ha apoderado para convertirle en una fiebre benigna! Puede decirse que en el siglo XVII la muerte tomó aquella forma. Llegaba á la manera del trueno y se arrojaba de repente, implacable, á través de las prosperidades pasajeras; arrebatava sin misericordia á los mas jóvenes, á las mas hermosas, á los mas ricos, á los poderosos.

El delfin tenia mucho miedo; en general tenia miedo de todas las cosas. Un dia, en Meudon, al dia siguiente de las fiestas de Pascua, el señor delfin encontró á un sacerdote que llevaba el Santo Viático á un enfermo; el sacerdote dijo á monseñor que el enfermo era de viruelas! Espántase el príncipe, y entra en su palacio triste y muy pensativo. Pasa un dia bastante bien, sin accidente; al siguiente, llega la fiebre, horribly abrasadora: el espantoso mal acababa de declararse.

A esta horrible noticia (¡oh, vanidad de las grandezas, aun las próximas del trono!), ¡cada cual trata de huir, hasta los servidores mas fieles! Por el contrario, el señor duque de Bourgogne corre para no abandonar el lecho de muerte de su padre; el rey, por su parte, intentó sentarse á la cabecera de la cama de su hijo. Así hubieran podido los tres amarse, decírsele y hablarse de Dios y de la eternidad. Los nietos del rey iban todos los dias al extremo del jardin para ver á su abuelo, y el rey, sin dejarlos aproximarse, les gritaba de lejos: ¡*Buenos dias!*

Entretanto, fuera, ¿qué harian los buenos ciudadanos, los grandes políticos, los hombres que sabian preveer? Hacian, muy bajo, votos porque el señor duque de Bourgogne, por muerte del delfin, su padre, se aproximase al trono de Francia; estos previsores y estos sábios políticos conocian muy bien que despues de tantas miserias, de tantas ruinas y del largo despotismo del rey Luis XIV, la Francia tenia por fin necesidad de un rey filósofo, y por el porvenir del trono confiaban solamente en el cetro del discípulo de Fenelon.

El señor delfin murió en menos de ocho dias. No fué llorado mas que por sus dos hijos; no fué echado de menos mas que de sus criados. Su muerte libró á Francia de un discípulo de Bossuet que habia aprendido á leer en el *Discurso*

sobre la historia universal, y que no leía mas, y eso poco, que el *Mercurio galante*, en las charadas. No merecia la pena de haber tenido por maestros al señor duque de Montansier y Bossuet.

En adelante, el señor duque de Bourgogne se llamará el *señor delfin*: sigámosle, pues que hemos comenzado su triste peregrinacion, ¡por donde se va á un trono y á la gloria, y se llega, á través de mil dolores y por un sendero lleno de funerales, á las bóvedas de Saint-Denis!

III.

Hemos dejado al señor duque de Bourgogne con todas las esperanzas de un porvenir real. El rey Luis XIV descargaba entretanto sobre su nieto una gran parte de su omnipotencia y de sus trabajos. El discípulo de Fenelon, podia en fin, desplegar con toda confianza las grandes y benéficas ideas que su preceptor le habia imbuido.

La Francia esperaba que el jóven delfin realizara algun dia aquellas promesas ilustres....., mas de repente el hado envidioso púsose á contrariar esta fortuna. Todos los dolores que habia sufrido hasta allí no eran nada comparados con los que aguardaban al señor delfin. Su dolor mas grande fué la enfermedad y en seguida la muerte de aquella amable duquesa de Bourgogne, orna-

mento frágil y encantador de aquel Versalles presa de todos los dolores.

¡Actividad, valor, talento, adhesión á su marido que amaba!... ¡Nada habia mas vigilante y mas vivo! Ella era la última sonrisa del mismo rey. En la vejez del rey y de la señora de Maintenon, la amable princesa introducía un poco de su dulce alegría, de su gracia encantadora, de su viva y bienhechora juventud. Hacía reír al anciano rey, que no reía mucho, y era para la señora de Maintenon un consuelo precioso.

El señor delfín no hallaba nada mas encantador, nada mas amable que su mujer. ¡Ah! pues allí era justamente donde le acechaban los enemigos ocultos del señor duque de Bourgogne.

Para herirle con mas seguridad, se le hirió desde luego en la persona de la delfina. El veneno fué el medio. Estábase en el mes de enero; el rey se hallaba en Marly, el viento era frío y lluvioso, la tristeza estaba en todas partes en aquel palacio de los encantos, consagrado á las fiestas brillantes. Retirados en sus salones y frente á frente, triste frente á frente de dos ancianos que no tenían ya ilusiones ni esperanzas, Luis XIV y la señora de Maintenon, interrogaban á la puerta del próximo salon para saber si su delfina llegaba. Por fin la delfina llegó; pero esta vez no era la mas viva y alegre, ni aquella voz feliz y vi-

branté, ni iba adornada por los ricos vestidos que sentaban tan bien á su talle flexible.

Apareció una mujer abrumada y sufriendo, que se arrastraba con trabajo y que venia á cumplir con el rey sus últimos deberes. Fué triste el juego; la delfina se retiró temprano: estaba herida de muerte. Los historiadores no están de acuerdo en los detalles de esta muerte. Pretenden unos, y estos parecen los mejor informados, que la señora delfina fué envenenada con polvo de tabaco de España: tomábale á escondidas del rey, con permiso de la señora de Maintenon, que á su vez le tomaba tambien. Sea de esto lo que quiera, la fiebre, acompañada de un sueño profundo, se apoderó de la princesa. Al cabo de tres dias de sufrimientos, comprendióse que la delfina estaba perdida. A esta noticia, á este grito fúnebre, el dolor del señor delfin no podria describirse. Quedó inmóvil con la cabeza apoyada en el lecho del dolor. El rey estaba al otro lado, la señora de Maintenon á los pies de la moribunda.

¡Qué de ruegos dirigieron los tres al cielo inexorable! ¡vanos ruegos! La princesa (á los veinte y dos años de edad) dió el último suspiro, su bella mano tendida al delfin, y su última mirada dirigida al rey de Francia. ¡Oh rey desgraciado que no habia llegado aun al fin de tantos funerales, y que debia pagar caro las largas prosperidades de aquel idear no fabuloso!

El delfin pensó morir de dolor; el rey cayó en una desesperacion de la que no debia jamás volver á salir. Con la señora delfina se iba, para no volver, la poca dicha que habia quedado en aquella córte, poco antes tan brillante.

La señora delfina era el mas vivo y mas sincero carácter, el alma mas benévola que ha podido verse. Su belleza poco comun y muchas veces disputada, estaba llena de majestad y de una cierta gracia natural irresistible. Llevaba la cabeza de un modo galante, gracioso é imponente como su mirada; la sonrisa era de las mas expresivas, el talle largo, redondo, delgado, suelto y perfectamente cortado; tenia *un andar de Siria sobre las nubes*, decia un historiador..... que la habia visto!

Sus maneras y sus discursos estaban impregnados de gracia. Su alegría, jóven y viva, animaba todas las cosas, y su ligereza de ninfa la llevaba por todas partes; en los bailes, de los que era el ornato, en las fiestas, en los espectáculos, hechizaba á todo el mundo á fuerza de ser amable y cortés.

Entreteníase con todo, aun con algun juego de niño. Todo lo que os convenia la convenia á ella admirablemente. Sobre todo, para la señora de Maintenon y para el rey, era admirable. Los rodeaba de cuidados, de homenajes, de respetos y de pequeñas zalamerías encantadoras.

Despues que se hallaba en libertad con ellos, los abrazaba, los estrujaba, los atormentaba; revolvia y registraba sus papeles, sus cartas, sus muebles, hasta tal punto, que mas de una vez el rey se preguntaba si estaba bien que á él, Luis XIV, se dirigiesen todas aquellas familiaridades. No le dejaba ni aun en las horas del consejo, y allí, sin que se le pidiese, daba en alta voz su advertencia sobre los hombres y sobre las cosas. Muchas veces la advertencia era escuchada.

No era menos buena y adicta para el señor delfin.

Ella le amaba con respeto. Participaba de sus tristezas, de sus emociones y de sus escrúpulos religiosos. Le tranquilizaba si estaba encolerizado; le volvia la fuerza y la esperanza en el desaliento; era su providencia.

¡Ah! tan eminentes cualidades no pudieron salvarla de la muerte. Murió en el instante en que su vida era mas necesaria á su marido, á su suegro, y á aquel niño que debia ser bien pronto el rey Luis XV. Con ella se eclipsaban la alegría, el placer y toda clase de gracias; las tinieblas cubrian la superficie de la córte; ella lo animaba todo y penetraba hasta lo interior. Si el rey Luis XIV hubiese vivido todavía algun tiempo, no hubiera hecho mas que llorar y echar de menos á la señora delfina. Jamás muerte alguna ha

causado pesares mas sinceros, ni ha sido seguida de un duelo mas amargo ni mas profundo.

Aquella muerte cruel, imprevista, produjo en el corazon del señor delfin un efecto atroz; sintió en seguida que iba á seguir al sepulcro á aquella mujer adorada. Religioso y cristiano como era, el señor delfin llevaba al pié de los altares el peso de aquel inmenso dolor. ¡Rezaba! A pesar de sus fervientes rezos, su alma sucumbia al dolor.

Encima de su cabeza se cernian los preparativos de los funerales; fué preciso arrastrarle á viva fuerza de aquella morada de miseria y de duelo. El señor duque de Beauvilliers, su preceptor y su amigo, fué quien le llevó lejos de aquellos sitios lúgubres. El señor duque de Beauvilliers, estaba enfermo; pensó para sí, que veia á su príncipe muy anado por la última vez. El señor duque de Beauvilliers, no sabia lo bien que hablaba, solamente, que era el discípulo..... y no el maestro quien iba á morir.

Entretanto, el rey, sumido en su dolor, pedia ver á su hijo. Era preciso advertir, con muchas precauciones, al señor delfin; no oia, no escuchaba, estaba como herido del rayo. ¡Por fin, llevóse el delfin á los brazos de su padre! Sus abrazos fueron desgarradores, llenos de gritos y de lágrimas por parte del rey, silenciosos y mudos los del señor delfin. Y cuando el rey, herido por

aquel mudo dolor, quiso mirar á su hijo cara á cara, el padre infortunado no halló ya vista en aquella interesante figura, poco antes tan tranquila y serena; la muerte habia impreso ya un pálido sello sobre aquellas facciones interesantes. El rey pudo comprender entonces que, aun cuando le restaban pocos dias de vida, le era preciso aun llorar sobre su nieto!

Aquella fué la última visita que el señor del fin hizo á su abuelo; la misma noche se metió en la cama para no levantarse ya. Aquel príncipe infortunado anunció él mismo á sus amigos que le rodeaban, que no tenia ya esperanza: su grande esperanza no estaba ya en este mundo; estaba allá, en lo alto, en el cielo; Allí era donde solamente podia encontrar el reposo, que aquí se le habia escapado siempre!

Mientras tanto, los dolores eran intolerables; la fiebre, aumentaba de hora en hora, la desolacion universal rodeaba aquella lenta agonía; él rogaba por aquellos que iban á seguirle. Murió con las manos juntas, pronunciando el nombre de todos sus amigos en la tierra, el nombre de su mujer, el nombre del duque de Chevreuse, el del duque de Beauvilliers, de Fenelon, «los breves y desgraciados amores» del pueblo francés.

Este príncipe, escelente en el aprecio de todas las virtudes privadas y públicas, es quizá el ejemplo mas grande de la omnipotencia de una

hermosa alma, cuando está bien dirigida. Habia nacido el mas violento, el mas fogoso, el mas arrebatado de todos los hombres; al venir al mundo, traia toda la majestad, todo el orgullo y toda la insolencia de una posicion real. Era bárbaro, aun en sus chanzas; cruel, aun en sus juegos.

Gracias á la prudencia del señor duque de Beauvilliers, gracias á la sangre fria, á la prevision de Fenelon, gracias tambien á la calma feliz, á el abandono del digno abate Fleury, vicepreceptor del señor duque de Bourgogne, de aquel abismo horroroso de todos los orgullos, debia salir un príncipe afable, humano, moderado, paciente, modesto; un príncipe que hubiese salvado á la Francia, y á aquella monarquía espirante, si Dios hubiera querido salvarla.

¡La muerte del señor delfin fué seguida en todas partes, lo mismo en la cabaña que en los palacios, de una desolacion general! Era él la última esperanza de aquella Francia abatida y vencida por todas partes. Pero la afliccion mas grande, sin disputa, debia caer sobre el corazon del arzobispo de Cambray. Pasados ya doce años desde que Fenelon habia sido desterrado de la córte, el santo prelado habia envejecido; pero habia envejecido lleno de esperanza y lleno de confianza en el porvenir. En vano el rey habia prohibido que el nombre del autor de el *Telémaco*,

fuese pronunciado delante de él; en vano la señora de Maintenon le profesaba aquel ódio implacable, al cual no se resistía mucho; el arzobispo de Cambray le decia que el porvenir pertenecía al delfin, su discípulo, y que un dia podrian, él y el nuevo rey, realizar entre los dos, alguno de aquellos hermosos ensueños de libertad y de dicha desparramados en el *Telémaco*.

Así pues, cuando el duque de Bourgogne, por la muerte de su padre, se hubo sentado en la primera grada del trono, el arzobispo de Cambray recobró su confianza y su valor; los amigos que le fueron fieles hasta el fin, se estrecharon mas que nunca en torno de su grandeza futura. Los amigos de Fenelon eran dignos de él, eran las gentes mas honradas de la córte, unos y otros, con la misma comunidad de opiniones y de pensamientos, tenian un fin, que ninguna desgracia pudo hacer cambiar, llamar á su amigo de el injusto destierro, y ponerle á la cabeza de los negocios.

A pesar de la distancia que les separaba, no vivian ni respiraban mas que por él, no pensaban ni hablaban sino conforme á sus principios: la menor palabra, viniendo de Cambray, era para el señor de Beauvilliers un oráculo infalible. Tal era el poder de aquel genio, unido á aquella virtud. El duque de Chevreuse, el duque de Beauvilliers y sus dignas mujeres, el duque de

Mortemart, la duquesa de Bethune, el duque de Charost y todos los demás mantenedores de aquel ilustre infortunio, reuníanse ciertos dias, únicamente para hablar de aquel esclarecido ausente, para comunicarse las noticias llegadas de aquel arzobispado lejano, para fortificarse en su consagracion á Fenelon.

Por su parte el delfin no dejaba pasar mucho tiempo sin dar al desterrado una señal de su recuerdo; así, bien pronto fué, aun en el mismo Cambray, empresa formal para todos los hombres sábios y previsores el ir á hacer la córte al arzobispo. Decíanse mientras iban, que el señor delfin, llegado á rey, tendria en cuenta antes de poco sus deferencias. ¡Ah! aquellos vislumbres de una autoridad futura, de la que debieran servirse, maestro y discípulo, con tanto genio y grandeza para la dicha de los pueblos, eran mentirosas y pasajeras.

El señor delfin en su tumba, abierta antes de tiempo, llevaba á ella todas las doctrinas del *Telémaco*, y aun al mismo autor del *Telémaco*. Los grandes hombres no mueren nunca solos; únense unos á otros por un lazo invisible, providencial; sostiénense unos á otros; este se completa con aquel, y cuando Dios quiere serles favorables hasta lo último, les arrebatá en el mismo dia.

Así, la muerte, apoderándose del delfin, ar-

rebataba á la Francia el rey del porvenir; apoderándose de Fenelon, arrebataba á la Iglesia el génio mas brillante del décimo sétimo siglo cristiano.

En aquella hora, hora fúnebre entre todas las del siglo de Luis XIV, el gran Bossuet habia muerto; el padre Bourdaloue habia sido el último representante de la elocuencia cristiana; Massillon no esperaba mas, para retirarse, que la hora de sus sermones durante la *pequeña Cuaresma*. La muerte del señor delfin, la del duque de Chevreuse y la del duque de Beauvilliers, anadaron á aquella grande alma. Por mas fuerte que era Fenelon, no pudo sobrevivir á la pérdida de aquellos tres compañeros de su vida y nobles apoyos de su fortuna. Murió en el instante mismo en que Luis XIV iba á descender al sepulcro. Su muerte fué tranquila y digna como su vida; la Europa entera la lloró; sus beneficios habian llegado hasta los ejércitos enemigos.

Su último recuerdo, su último pensamiento, enviábalo el arzobispo de Cambray á aquel duque de Bourgogne, su obra mas bella, á aquel delfin de Francia á quien tanto habia amado.

¡Ah! los últimos años del siglo XVII son fecundos en pérdidas irreparables. Alrededor de aquel rey soberbio, circundado de alabanzas y de respeto, que mandaba á la fortuna, no hay mas que desastres, murmuraciones, duelos des-

apiadados, y aquel silencio profundo de los pueblos, que es la leccion de los reyes. ¡Aquel gran siglo en su aurora triunfante y deslumbrador, con todas las pompas de la poesía, del amor, de la gloria y de la majestad real, se estinguia oscuramente entre la tumba de un anciano y la cuna de un niño.

Cuando Massillon, prosternado sobre el féretro de aquel que habia sido el gran rey, gritó, en el transporte de su dolor: *¡Dios solo es grande, hermanos míos!* Massillon hizo, en una sola palabra, no solo la oracion fúnebre de aquel reinado ilustre, sino tambien la oracion fúnebre de todo el décimo sétimo siglo.

LA MUSA INDIGENTE.

AH! no es esta una historia inventada á placer. Es la historia de una pobre niña indigente, ambiciosa y muerta de hambre y de miseria porque se fió demasiado en su carácter y en su talento. Nosotros que os hablamos, hemos visto pasar su modesto atahud forrado de blanco; dirigiase al cementerio, seguido de un pequeño número de amigos haciendo el duelo; cierto es que entre los hombres que seguian al ferétreo en silencio, iba el gran poeta, el hombre de genio y el maestro institutor del siglo XIX, que decia tan bien: «Dejad que se aproximen á mí los niños.» Allí iba el señor de Chateaubriand.

Esta es una lamentable historia, y llena de sábias enseñanzas.

Hará de ello unos veinte y cinco años; nos acordamos como si fuera ayer. Anuncióse en París que llegaba una jóveu, llamada Elisa Mercœur, procedente del fondo de su provincia, coronada su cabeza con precocidad con la corona poética. En París, el acontecimiento se realiza de prisa, pero á condicion de que el suceso desaparezca tan pronto como ocurrió. Una bella página, un buen verso pueden formar una reputacion, sobre todo, si ese hermoso verso se ha escapado de una jóven de quince años, como entonces era la señorita Elisa Mercœur.

En efecto, no habia mas que verla, y se comprendia que no faltaba inspiracion á aquella jóven cabeza, á aquella frente radiante. Su mirada era viva; la sangre circulaba violentamente bajo su piel morena, la inteligencia animaba á su sonrisa; tenia una voz pura y fresca, un gran corazon; una inmensa esperanza.

¡Parecíala tan hermoso el porvenir! ¡habia sido tan bien recibida en aquel inmenso París! ¡habia sido rodeada en seguida de tan grandes trasportes! Sus primeros versos estaban en todas las bocas, en todas las memorias. Iban por fin á realizarse sus mas hermosos ensueños de gloria y de entusiasmo. ¡Ah pobre é ignoraete niña! ¡no sabia que si el entusiasmo es fácil en París, el olvido es mas fácil todavía!

¡Ignoraba que la ciudad sin límites no tiene

mas tiempo que una hora para ocuparse de los versos hermosos y de las hermosas obras! ¡Ignoraba que aquellos ricos salones que se abrian sencillos á los primeros acentos de su voz, le serian cerrados al año, á los seis meses quizá, tan pronto como hubiesen esprimido todo su númen y toda su poesía!

Así, pues, sin temor, atrevida, dejábase llevar de su dicha presente y se abandonaba á la facilidad de su poesía; embriagábase con los aplausos y los elogios, y no veia, ¡desgraciada niña! el abandono que la amenazaba.

Pero bien pronto, despues de aquellos rápidos dias de embriaguez poética, llegó el desencanto. La multitud que se habia agrupado en torno de la niña poeta, para oirla y aplaudirla, se alejó repentinamente cuando la novedad de la musa cesó. Cada cual volvió á sus negocios, á sus placeres de cada dia, y nadie, en fin, se informó si la pobre Elisa Mercœur tenia un abrigo para la noche, un pedazo de pan para el dia siguiente. Habíanse entretenido con su genio..... y nada mas se la debia. ¿No habia obtenido todos los aplausos que merecia?

¡Estériles aplausos! ¡vanos homenajes! Ellos no dan ni la paz, ni el pan de cada dia; ellos exaltan en un instante á la pobre niña que es la víctima, para volverla á dejar caer en la realidad deplorable. Esto acaeció á la jóven Elisa. Des-

pues de aquel gran sueño, se despertó una mañana completamente sola, olvidada, perdida, sin esperanzas, sin porvenir, sin saber cómo alimentarse ella y su madre. ¡Ah su madre estaba con ella! ¡había sacrificado á aquel frívolo oficio los últimos recursos de su familia! Entonces, viéndose tan pobre en medio de su gloria, la infeliz niña volvió á su primera vida y se entregó al llanto.

¿Por qué, pues, había ido con tanta prisa é imprudencia á perderse á París, en ese inmenso golfo que devora tantas existencias? ¿Por qué había abandonado su ciudad natal, sus parientes, sus amigos, la cuna risueña de su infancia? También allí era pobre; pero allí era amada, hubiera sido consolada y hubiera sido socorrida.

¡Allí también era poeta, que en el dulce lugar no se desprecia la poesía! Allí se la animaba y no se la hubiera agotado.

Elisa Mercœur había nacido en la ciudad de Nantes, donde desde muy jóven dió lecciones de lengua francesa. Era una muchacha precoz y estudiosa; niña aun, habíase aprovechado maravillosamente de las lecciones de sus maestros. Si se hubiera quedado con la sencillez de su medianía en su ciudad natal, si hubiese obedecido á su vocacion primera, rodeada de sus discípulos de mas edad que ella, amada de todas las familias á donde llevaba diariamente su enseñanza,

citada con orgullo como un modelo de modestia y de piedad filial, Elisa Mercœur se hubiera salvado.

Ganaba honrosamente una vida inocente. Poseía todo lo que constituye la dicha. Un alma pura, gran fondo de razón y de buen sentido, mucha ciencia adquirida, una imaginación viva y pronta. Hubiese vivido dulcemente de su honroso trabajo; no se hubiese dicho, viéndola pasar: *¡he ahí el genio!* sino: «saludad á esta amable maestra de los mejores niños de la ciudad....»

Hubiera hallado mas tarde un hombre honrado, amigo de los talentos modestos que la hubiera dado su mano y su nombre..... La ambición poética lo perdió todo. Despidióse de su buena ciudad natal, de sus vecinos, de sus compañeras de infancia, de sus jóvenes discípulas y fué á París. El implacable París ha hecho espiar á esta niña, por el abandono, por el olvido y por la muerte mas horrible, la embriaguez de una hora. ¡Ah! ¡Pobre Elisa!

Pocas niñas (felizmente), tienen una idea aproximada de las miserias y de los trabajos de la vida literaria. No hay en el mundo existencia mas cruel y mas difícil. ¡Aguardar! ¡espiar! correr tras la fama, y sin cesar y sin fin, volver á empezar hoy, mañana, siempre la misma tarea; apenas despertado, llamar todos los días á la inspiración que huye siempre.

¡Oh, llanto cruel! Si no tengo inventiva hoy, mi madre y yo no tendremos que comer! ¡Vender á los libreros, que muchas veces no las quieren comprar, las confianzas de su corazon, las fantasías de su espíritu; escribir incesantemente para vivir, y pensar para vivir; cantar cuando se está triste y describir en versos la abundancia y el lujo, en un cuarto oscuro y sin fuego; vivir en medio de las fiestas..... de sus libros, lleno de tristeza, y ni un amigo á quien hablar, cuando el libro está ya escrito! ¡qué ilusiones! ¡qué esparto! tal fué, por tanto, la horrible tarea á que se condenó aquella hija de la pobreza.

Cada dia de aquella miseria, abandonada á la inspiracion desfalleciente, emprendia nuevo trabajo; un nuevo desencanto. Cada dia se marchaban uno á uno sus ensueños de gloria, la miseria la habia cortado sus alas doradas, y cuanto mas hambre tenia la pobre niña, mas tristes eran sus versos, cuanto mas frio tenia, mas lánguida era su inspiracion; cuanta mas necesidad tenia de ganar su vida, menos la ganaba.

Así, luchando contra el abandono, contra la pobreza, contra el olvido, cóntra su propio genio, ella se lamentaba de no haber nacido una sencilla hija de los campos, una lugareña de inteligencia vulgar.

¡Cuántas veces envidió la vida dichosa y fácil de la alegre costurera que hace un vestido can-

tando, y que gana, dia por dia, su vida con la diligente aguja! ¡Ah! tenia razon la niña; vale mas prestar á los hombres los servicios mas vulgares, que entretenerlos con las mas bellas inspiraciones. ¡Pero qué decimos! no tenia tiempo ya, en las horas del disgusto y de la realidad, Elisa Mercœur para hacer estas tristes reflexiones.

Por fin, despues que hubo combatido bien, trabajado bien, escrito bien y sufrido bien, sintió con alegría y reconocimiento que la muerte llegaba para librarla de aquella amargura. La miseria habia quebrantado aquel cuerpo débil que tenia necesidad de aire, de libertad, de sol, y que no habia hallado mas que tristeza y pobreza. Sus fuerzas, que el rezo habia sostenido..... y la poesía..... sombra de una sombra, se disminuian rápidamente, tanto, que la jóven musa en la desesperacion, comprendió, en fin, que iba á morir.

¡Y en efecto, se muere! ¡y en efecto, da su último adios al mundo, á la vida, al cielo risueño! No conocerá mas la primavera, no volverá á ver la yerba reverdecer; no oirá mas el agua que murmura entre los verdes sauces; no volverá á ver mas al corderillo que trisca en la pradera, ni oira mas los mil ruidos de las riberas, de los bosques, los ruidos del aire, los ruidos de la tierra y todos los regocijos del cielo,

encantos perpétuos de su alma: ¡Elisa se muere! la cruel agonía se ha apoderado de aquel noble pecho; el fuego devora sus ojos dulces y encantadores. ¡Oh miseria! ¡ah! ¡fugaz primavera! ¡jóven mártir de la ambicion de los poetas! ¡lenta agonía!..... ¡ah! ¡morir á los diez y ocho años!

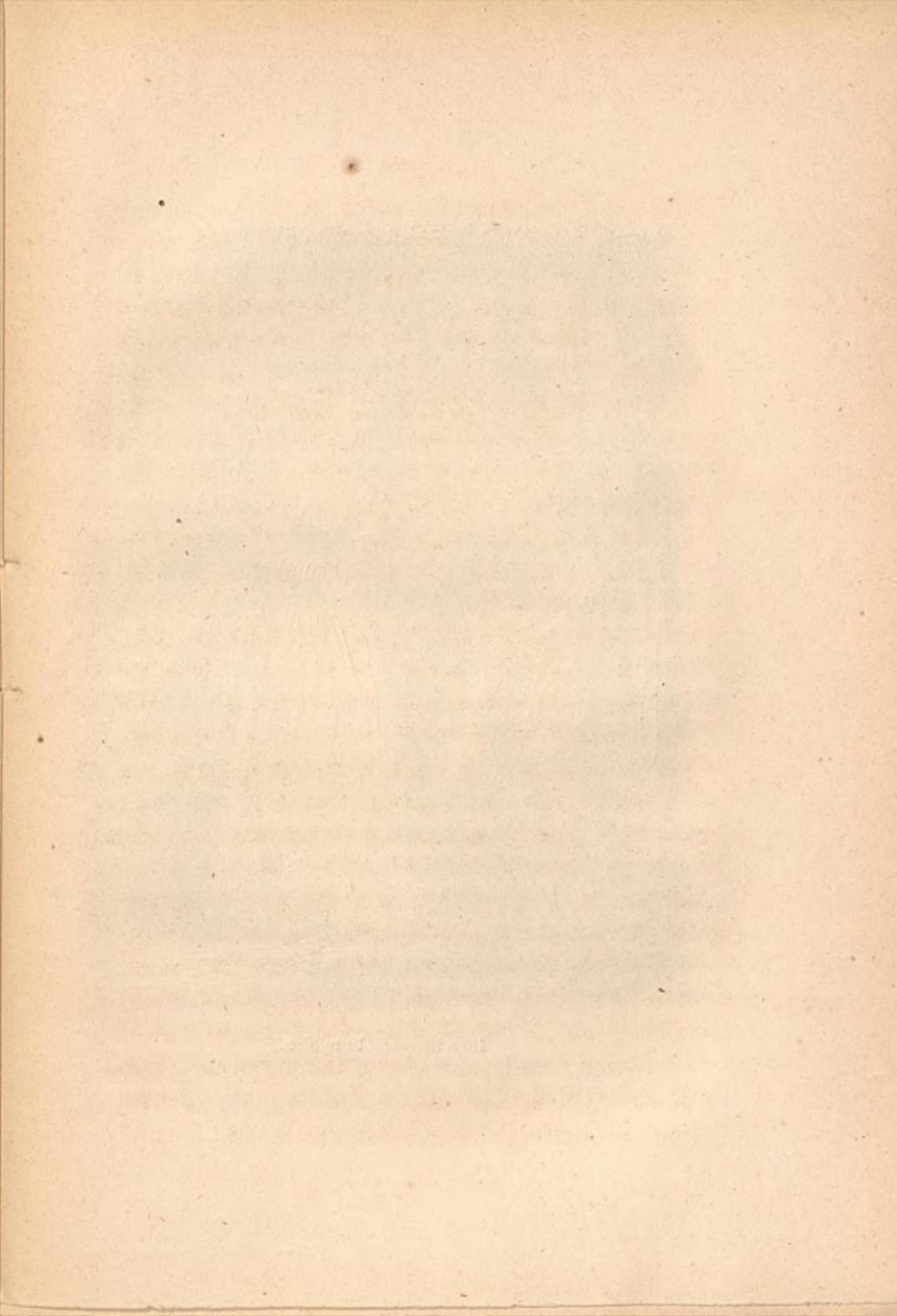
Antes de morir, Elisa piensa en su madre; entreabre sus afligidos ojos para ver por última vez toda la miseria que la rodea. ¡No hay nada en aquella casa desolada! el frio y el hambre, he aquí lo que deja tras de sí! entonces, por un último esfuerzo, por un esfuerzo sublime, se levanta, y con una mano temblorosa, ved el testamento que escribió en su lecho de muerte.

Aquellos versos, dirigidos á un hombre que podia comprenderlos, y que los comprendió; hé-los aquí tales como la pobre Elisa los escribió, con mano moribunda, al señor Guizot, el gran ministro y el sábio historiador, quien la habia admitido con sincera y paternal piedad:

De la vida en el áspero camino,
Y siempre bajo un cielo triste y frio,
Solo encontré desvío,
Desengaños, pesares y miseria;
Y es tal la crueldad de mi destino
Que tiemblo ante la idea
De dejar esta vida desdichada,
Y por eso me atrevo á suplicaros
Que salveis á mi madre abandonada:
¡Pobre madre! sin mí, sola en el mundo,

Ni aun piedad hallará, y acaso un día,
En el inmenso duelo
De su horrible agonía
A esclamar llegue en su dolor profundo:
«¡Dad limosna á una madre sin consuelo!»
¡Ah! ¡que nunca este grito de amargura
Se escape de su lábio contraído!
¡Que en mi pecho oprimido
Reanime Dios el soplo amortiguado
De mi existencia triste y sin ventura!
Para que de mi pobre madre al lado,
Pueda tranquilizarla
Sobrellevando parte de su pena.
No me atrevo á pedirlos
Que me salveis quizá para la gloria,
Pues pesa demasiado la cadena
Que sujeta mis pies al duro suelo,
Para que pueda conquistar un nombre
Remontando mi vuelo;
Sin embargo, si vuestro noble apoyo
Merecer consiguiera,
Y el cielo mi dolor compadeciera....
¡Oh! entonces, como náufrago que alcanza
La playa hospitalaria
Envía á Dios henchido de esperanza
Su gratitud envuelta en su plegaria,
Así yo recobrando venturosa
Por vos la vida, yo os la consagrara,
Y tal vez el recuerdo conservara
De vuestra proteccion tan generosa,
Hasta que fecundar pudiese un día
Mi yerto corazón, mi frente fría.

Cuando hubo escrito su última y poética voluntad, Elisa dejó caer su pluma, se volvió hacia su madre, y en un último abrazo.. .. espiró.





Los hogares humildes.

LOS HOGARES HUMILDES.

I.

QUIEN escribiera una historia *del premio de virtud*, instituido por el señor de Monthyon, escribiría un hermoso drama y haría un buen libro útil por sus excelentes preceptos y fecundo en grandes ejemplos. Escribiremos, si os agrada, un capítulo de esa historia del premio Monthyon. Hará de esto cincuenta años apenas; la Academia Francesa, instituida por el cardenal de Richelieu para velar sobre la lengua de su país, como la cámara de los lores está instituida para velar sobre las leyes, se habia aumentado, andando el tiempo, con muchas otras academias; la Academia de Ciencias; la Academia de Bellas artes, la Academia de Inscripciones y Bellas letras; en una palabra, todas las partes de la filo-

sofía se hallaban representadas en aquel ilustre recinto por los hombres mas eminentes.

Grandes premios habian sido creados por aquellas diversas academias: ¡premio á la oda, al poema..... faltaba el premio de *beneficencia!*

La Academia tenia dispuestas recompensas para las bellas artes, para los hermosos discursos, para los buenos cuadros, para los descubrimientos del químico ó del viajero..... no tenia recompensa todavía para la virtud. Todas las coronas de laurel, todas las medallas de oro, todos los aplausos de la multitud estaban reservados á los grandes talentos, á los grandes genios, á los ilustres valores, y nadie parecia acordarse que habia alguna cosa por encima del talento, preferible al genio, á saber: una pizca de simpatía, un poco de bondad.

Felizmente vivia en aquel tiempo, oculto en el órden de la magistratura parisiense, un hombre rodeado de respeto, de una modestia increíble, de una beneficencia á toda prueba, mano invisible y siempre abierta, un admirable ambicioso que corria tras el infortunio y el abandono, como se corre en nuestros dias tras los honores y la fortuna, Este hombre, cuyo nombre ha concluido por ser popular, se llamaba el señor de Monthyon.

A fuerza de repartir por aquí y por allá sus beneficios, como el cielo reparte su rocío, el se-

ñor de Monthyon reparó en aquella fatal laguna que existía en las instituciones filosóficas y literarias de Francia, y como vió que les faltaba la caridad, quiso hacerlas caritativas. Al pronto, la cosa se creeria bastante fácil..... pues, al contrario, debía encontrar mil obstáculos.

Entre los franceses no se ha pensado jamás mas que en la gloria; cuanto mas brillante es una gloria, mas favorecida es. Fué preciso, pues, por mil ingeniosos rodeos, que el señor de Monthyon habituase al cuerpo sábio y literario á ocuparse puramente, sencillamente, sin gloria y sin ruido de buenas obras. Oculto entre la multitud, estudiaba con cuidado lo que pasaba en la asamblea, y cuando, por casualidad, el secretario perpétuo espresaba el disgusto de que la academia no fuese bastante rica para recompensar un buen libro, al dia siguiente la misma Academia recibía una medalla de oro ó alguna buena suma de dinero para recompensar el libro indicado á las recompensas futuras.

Bien pronto, por su parte, la Academia se habituó á recibir aquellos beneficios anónimos. Estableciéronse frecuentes relaciones entre la Academia y el donador misterioso; á cada demanda indirecta, el señor de Monthyon respondía con un nuevo beneficio. Cuando no se trataba mas que de recompensar bellas frases bien escritas, el misterioso bienhechor no enviaba nada.....; un

libro útil, y la recompensa era infalible. Cuanto el libro era mas sencillo, honesto, sábio y provechoso al pueblo, el don era mas generoso. La Academia, secundada así, animada de aquel modo, por aquella munificencia infatigable, trataba en vano de adivinar quién era el hombre benéfico y rico que venia en su ayuda. En fin, por una gran dicha, descubrió que aquel hombre era el señor de Monthyon, y tomó gran empeño en admitirle en su seno. Por esta vez, el bienhechor de los hombres era acogido con los mismos honores que los poetas, los historiadores y los oradores. El señor de Monthyon aceptó el sillón con que le brindaba la Academia Francesa, menos por él que por probar al mundo que no hay recompensa humana á la cual no pueda aspirar una leal y sincera virtud.

Miembro ya de aquel ilustre cuerpo, cuyos esfuerzos habia animado con tanta sabiduría y generosidad, el señor de Monthyon se entregó con toda libertad á su filantropía. Ocupóse, como hubiese hecho San Vicente de Paul, de las desgracias, de las miserias, de los sufrimientos. Su beneficencia ilustrada hizo un estudio, una felicidad de los dolores ocultos, de las miserias desconocidas, de los sufrimientos abandonados á sí mismos, de los trabajos sin recompensa.

Abria igualmente su corazón al niño huérfano y al anciano sin familia, al obrero sin trabajo

y al obrero rendido por los trabajos, al pobre agobiado de hijos, al pobre en prision y al pobre en el hospital. Ocupábase á la vez de los desgraciados perdidos por la ociosidad y por los vicios de las grandes ciudades, y de los infortunados que vegetan entre los rudos trabajos del campo. Se ocupaba de las penas del alma tanto como de los sufrimientos del cuerpo. En su ardor por hacer bien, hubiese querido hallar un remedio para todos los males de los hombres. Juzgad de la actividad de esta hermosa alma para cualquiera de sus instituciones.

El señor de Monthyon, en su testamento, que es un modelo de la mas viva y de la mas indulgente caridad, creó un premio anual de diez mil francos para cualquier hombre que hallara el medio de hacer cualquier arte mecánico mas saludable.—Diez mil francos para toda mejora en el arte de curar.—Diez mil francos para la obra mas útil á las costumbres.—Diez mil francos, en fin, para la accion mas bella de patriotismo, de beneficencia ó de desinterés.—Amémonos, ilustrémonos, protejámonos los unos á los otros, decia el señor de Monthyon. Hé aquí su vida y su obra..... ¡Nada hay mas escelente!

Notad bien que despues de pasados cincuenta años que han trascurrido desde que este hombre ha muerto, todas esas recompensas han producido sus frutos preciosos. La Academia France-

sa, leal y digno ejecutor testamentario del señor de Monthyon, cumple su última voluntad con la fidelidad mas ilustrada y mas honrosa. Hábil, activa y sábia para hacer bien, busca á lo lejos las hermosas obras y las bellas acciones que le designan el respeto y el reconocimiento de los hombres. No existe en Francia pequeña cabaña, ni pobre techo, virtud oscura y oculta que la Academia no pueda descubrir; juzgad, pues, cual será la sorpresa, y cual la dicha de esas pobres gentes sumidas en su heroismo y en su miseria, cuando repentinamente se les viene á decir:

«Amigos, vuestra virtud es conocida, el cuerpo mas ilustre del Estado escribe vuestro nombre y en seguida va á revelarle á la Francia. ¡Llegad á su recinto ilustre, que se llama con tan justo título el palacio de Bellas Artes; id á recibir las recompensas merecidas.

»Venid, amigos, el camino es fácil, y todos palmotearán á vuestro paso: para vosotros todas las miradas de la multitud, todos los respetos, todas las alabanzas; llegad, sentaos al lado de Cuvier, al lado de Chateaubriand, al lado de Lamartine, en presencia del busto de Montesquieu y de las estátuas de Bossuet y de Fenelon.»

En cuanto á nosotros, hemos recorrido con mucho reconocimiento y conmovidos, el admirable registro en el cual están escritos los nombres de todos los hombres, viejos ó jóvenes, débiles ó

fuertes, que han merecido por sus virtudes las recompensas del señor de Monthyon. Hé aquí el libro que la Francia podría llamar con buen derecho su *libro de oro*; con mejor derecho, sin contradiccion, que el denominado así por la orgullosa Venecia, en el cual escribia los nombres de sus verdugos, de sus jueces y de sus capitanes. ¡Qué nombres tan gloriosos hoy, que sin el señor de Monthyon estarian ignorados de todos! ¡Qué de bellas acciones recompensadas que habrian quedado sin recompensa! ¡Qué de virtudes que han ilustrado ciudades enteras! ¡Sin el señor de Monthyon ellas no hubieran sido celebradas mas que en el cielo!

Un soldado nacido en Narbona en 1781, es uno de los primeros que abre el libro de oro del señor de Monthyon. Llamábase Roch Martin; ruda naturaleza, pero tierno corazon y carácter indulgente; una de esas consagraciones intrépidas á las que nada detiene: ejecutor de las acciones mas heróicas con la mayor sencillez del corazon.

Roch Martin, humilde padre de familia, habitaba en 1815, el lugarejo de Montigny, en la frontera. El año de 1815 es uno de los peores de la Francia; cúbrela un crespon: año de miseria, de invasiones, de hambre. ¡Dios os preserve, niños, de un año semejante en vuestra vida!

¡Ah! nosotros que éramos muy jóvenes en-

tonces y que pudimos ocultarnos en el seno palpitante de nuestras madres, nosotros recordamos con espanto aquellas angustias y aquellos soldados! Penetraban en la casa paterna; apoderábanse del mejor sitio de la mesa y del mejor pedazo de pan. En aquel tiempo aun los ricos eran pobres; ¡y los pobres....!

Entre los pobres, Roch era el mas pobre. Su mujer estaba enferma, y la *buena mujer* (así se dice en Normandía) es verdaderamente el brazo derecho que ayuda al brazo izquierdo; ella es el valor que sostiene, la palabra que consuela. Además de su mujer enferma, tenía á su madre achacosa, y sus tres hijos estaban ciegos; el padre y la madre de su mujer juntaban su miseria á las miserias del pobre Roch, desnudando al desnudo.

¿Qué hacer? ¿qué resolver? Para toda aquella familia de enfermos y de ciegos de la que es la Providencia Roch Martin, edificó una cabaña, y ved la órden que da en ella: ¡que nadie de su casa mendigue! ¡Pero, para alimentar á los seis, Roch Martin no gana mas que veinte sus (treinta y dos cuartos) por dia!

Un dia se le halló muriéndose de hambre en un surco comenzado. No habia comido hacia veinte y cuatro horas; los tres cieguecitos y los dos viejos habian devorado el último pedazo de pan.

Juzgad de la admiracion de aquel héroe cuando vé entrar en su casa los diez mil francos, fortuna que le enviaba el señor de Monthyon desde el fondo de su tumba, ¡Oh triunfo, viendo su frente adornada con aquella corona en la que ni aun habia soñado! Pudo comprar una pequeña hacienda, y ¡cuán dichoso fué cuando pudo decir á su familia:—¡Ancianos y niños, bendecid al cielo y demos gracia á ese bienhechor de nuestra humilde pobreza! ¡Henos aquí ricos; comeremos pan todos los días!

La segunda historia es todavía mas tierna. En una cabaña de los Alpes Bajos, en San Martin, unos honrados campesinos tenian por hija una desgraciada y pequeña criatura..... ¡Ah! era sorda y muda. Ciertamente era el niño mas mal tratado de la naturaleza. ¡Y sin tener quién le ayudase! Nadie, ni aun su padre ó su madre tenia para la triste criatura una palabra, una caricia. Dábasele apenas con qué vivir; apenas entreveia las llamas del hogar, vivia sin corazon, sin inteligencia y sin palabra. ¡Ignoraba que habia un Dios en el cielo! no sabia nada, no sabia mas que sufrir; quizá la pobre criatura humana, pensaba, en su corazon, que el sufrimiento es la parte de los niños, y que no vienen al mundo mas que para sufrir el hambre, el frio, la sed y los rudos tratamientos. ¡Ah! causaba piedad ver sobre el suelo de aquella infeliz cabaña, aquella alma de

niño encerrada en aquel cuerpo inmóvil, mudo y sordo.

Pues bien, en aquella aldea, se encontró una madre para aquel niño abandonado, una madre indulgente, admirable. Una muchacha pobre, la señorita Teresa María Hamelle, adoptó á la pobre sordo-muda. La señorita Hamelle recogió aquella niña como si hubiese hallado un tesoro.

Desde luego enseñó á la pobre sordo-muda lo que su madre habia olvidado enseñarla, la ternura maternal, las dulces caricias, el bienestar, los dulces pensamientos. La niña, viéndose amada así, púsose á amar á su bienhechora con todo su corazón; vino la inteligencia con el amor, y con la inteligencia la sonrisa, la bondad, las dulces lágrimas que brotan del corazón. ¡Gracias á Dios, aquella niña amada, rodeada de aquel modo de caricias y de bondades, no era ya la misma niña!

Era por segunda vez creada y salida al mundo, pero á un mundo mejor, por su segunda madre, su verdadera madre, la señora Hamelle.

Además, no contenta de haberla iniciado en los dulces afectos del corazón, la señorita Hamelle enseñó á su hija adoptiva á leer y á escribir: quiso hacer oír á la sorda y hablar á la muda. La señorita Hamelle habia oído decir mucho que el abate L' Epée, habia hallado una lengua para los sordos y para los mudos, pero desconociendo

la jóven la ciencia del abate L'Epée, púsose á inventarla. Así, completamente sola, sin libro y sin consejo, pero con la fuerza omnipotente de su bondad, la señorita Hamellellegó á hacer comprender á su discípula sordo-muda lo que es la palabra humana, la palabra que enlaza entre sí á todos los hombres. La palabra sirve al hombre para manifestar su pensamiento, su voluntad, sus deseos, es la mayor distincion que separa al hombre del animal; tal fué la obra de aquella persona caritativa.

¡El problema descubierto por el ilustre abate de L' Epée, con todos los recursos de la filosofía, de la gramática y de la lógica, acababa de descubrirle una inocente muchacha de los Alpes Bajos, por la sola fuerza de su celo y de su caridad!

Distingamos, sin embargo, entre muchas clases de caridad: tal caridad, tal nacion. La caritativa y cristiana Italia, ama una beneficencia llena de lujo y de fausto. Un hospital italiano parece un palacio. Hemos visto en Génova el *albergue de los pobres*: creeríase entrar en la casa del rey de Francia. Se llega á aquella elegante casa por una hermosa calle de árboles copudos; una hermosa verja de hierro dorado, rodea el edificio; el vestíbulo está refrescado por el murmullo de una fuente; la escalera, parecida á la de Versalles, está adornada con las estátuas de

los mas ilustres y de los mas bienhechores ciudadanos de la ciudad de Génova.

En un vasto salon de mármol de diversos colores, formando cuadros con marco de bronce dorado, se alza un magnífico altar esculpido por la mano de Puget, el estatuario mas grande que ha producido la Francia; á derecha é izquierda de aquella magnífica capilla, están los dormitorios de los dichosos pobres. Olvidábasenos decir, que en la misma capilla se admira un mármol escelente, lleno de alegría y de consuelo, salido de la mano poderosa de Miguel Angel, que representa la Santa Vírgen. Con el valor, nada mas que con el valor de aquel mármol, elevaríase un hospital, así que, en presencia de aquella obra maestra, brillante de genio y de fuerza, pregúntase uno, á qué amo, á qué rey pertenecen aquellas moradas espléndidas.

«Sobre columnas de mármol y de oro, hallábase colocado el palacio del Sol.»

Entre nosotros, la caridad es mas severa, menos magnífica. Nuestros hospicios no compran ni estátuas, ni cuadros, ni bronce dorado; compran víveres, vestidos y medicamentos para sus pobres y para sus enfermos. Apenas *el hospital General*; tan grandemente enriquecido por la bienhechora generosidad del señor de Menthyon, ha osado votar una estátua á su bienhechor. Esta estátua es muy bella, y podeis admi-

rarla sin entrar en el hospital, en medio del vestíbulo. Vereis un buen anciano que alarga sus manos llenas de limosnas, á los afligidos que entran en el hospital General.

Pero si el señor de Monthyon hubiese podido sospechar nunca que se le elevaria una estatua, parécenos que le oimos gritar: Amigos ¿qué hacéis? ¡qué locura es la vuestra! ¡ah! desconoceis que yo no necesito de esas apoteosis! ¡Lejos de mí los mármoles costosos que nada añaden á mi gloria, y si teneis dinero para derrochar, comprad en mi nombre una cama al niño que no la tiene! ¡Así hablaría á aquel digno hombre!

Humilde y oscuro durante su vida, ni aun soñaba en una estatua para su sepulcro.

Así es preciso que os acostumbreis á no hallar en Francia la beneficencia opulenta de Italia; esos conventos magníficos, esos dormitorios cargados de pinturas, esas capillas llenas de obras maestras. En la beneficencia como la entendian San Vicente de Paul y el señor de Monthyon, todo es sencillo y severo hasta la austeridad. Calor en invierno, sombra en el estío, siempre pan, un buen lecho y los mas grandes médicos de Europa á la cabecera del enfermo, además de las hermanas de la Caridad, para cuidarle y amortajarle cuando muera; he aquí toda esa obra.

El deber de la beneficencia, antes de ser opu-

lenta, es ser universal y no hacer distincion alguna entre el judío y el cristiano. Obra como el buen samaritano que cura con bálsamo las llagas del hombre herido, por que, delante de Dios, este hombre es su hermano.

Además (y en esto consiste todo el mérito y la grande idea del señor de Monthyon), él fundó al lado de la beneficencia pública, la beneficencia particular. No quiso que toda la piedad y toda la caridad de la Francia fuesen encerradas en los muros de los hospitales; sino al contrario, que se repartiesen por aquí y por allá, como las fecundantes aguas. Ha querido que el buen samaritano se encontrase en los lugares desiertos, en los senderos no abiertos, en todos los sitios donde el hombre le llama en su ayuda. Ha reemplazado con cien mil congregaciones aisladas esas corporaciones bienhechoras que la Francia no podia sostener.

He aquí su obra. Ha enseñado la caridad, pero separada de la caridad oficial. Es el padre excelente de la asociacion de las almas bienhechoras. Os encantará, seguros estamos de ello; el ejemplo que sigue:

En una pequeña ciudad del Mediodía en el centro de una poblacion de obreros, dos pobres muchachas, que no tenian mas bienes que su aguja, se reunian para ir en ayuda de las miserias que les rodeaban.

Para auxiliares de su trabajo, tomaron huérfanas, y á estas niñas abandonadas enseñaron todo lo que es preciso saber: rezar á Dios y ganarse la vida. Salvaron así de la miseria y del vicio dos ó tres muchachitas; despues de estas primeras trajeron otras para recibir sus beneficios, y á vuelta de poco tiempo, aquellas dos mujeres, á fuerza de beneficencia y de actividad, contaron doce niñas adoptivas de su caridad.

Apenas una de aquellas niñas se hallaba en estado de ganarse la vida, en seguida era reemplazada por otra mas miserable. Aquellas dos santas mujeres de una abnegacion profunda, se llamaban, la una Luisa Dorotea y la otra Oportuna Valiente. En aquella admirable empresa, no se hallaron sostenidas mas que por su valor y por su celo. El cura de su parroquia se hallaba tan pobre como ellas mismas, y juzgad de la alegría de aquellas noblesjóvenes, cuando les vino del cielo aquella fortuna que por medio del señor de Monthyon ha creado para todas las virtudes que tienen necesidad de ser socorridas.

Pero entretanto, durante quince años, aquellas dos personas humildes, crearon y salvaron bien ó mal, veinte pobres muchachas que han llegado á ser honradas madres de familia, y que han educado á sus hijos en los mismos sentimientos de piedad y de caridad, viéndose así toda una generacion salvada de la miseria, y

quizá tambien del crimen. Cuando pasan aquellas dos jóvenes cristianas en medio de las bendiciones, debería todo el mundo descubrirse con mas respeto que delante de un general de ejército.

Vale mucho mas salvar un alma en pena que conquistar una ciudad á cañonazos.

Ahora ved una heroina de 1825, la señora Genoveva Francisca Ribolet. Era joven y bella, agradable..... y pobre. Su marido era un honrado obrero impresor que amaba demasiado el descansar el domingo y no hacer nada el lunes; pero por lo demás, de buenos sentimientos. Un día que aquella joven estaba á su puerta, teniendo á su hijo sobre su seno, un hermoso niño de seis meses, que mamaba con afán, sucedió repentinamente que una desgraciada mujer que pasaba por la plaza Maubert, fué aplastada por una piedra enorme caída de una casa en construccion..... ¡Tambien ella, la muerta, era madre, y madre de cuatro hijos!

Uno de ellos de lactancia: el niño habia caído con su madre y la leche se habia mezclado con la sangre; pero muriéndose, la pobre mujer habia salvado á su recién nacido. Francisca estaba delante de su puerta en aquel momento fatal. En seguida recogió al pobre niño de sobre el seno de su madre. El niño no hacia mas que llorar, porque tenia hambre. Francisca agarra al pobre

huérfano, le hace entrar en calor en sus brazos, le da la leche de su propio hijo, le lleva á su casa, y cuando la dicen que la pobre mujer que habia muerto dejaba cuatro hijos de tierna edad, y que tres solamente habian hallado adopcion: «¡Pues bien, exclamó la pobre mujer, el niño que he recogido me quedo con él y seré su madre! ¡Ah, sí, yo soy muy fuerte y tendré leche para mis dos criaturas!»

Hízolo así, y, como era buena y generosa, hizo adoptar el mismo niño por su marido, que no volvió á descansar los lunes. Y ved aquí á qué valientes gentes el señor de Monthyon ha enviado la fortuna desde el fondo de su sepulcro. Otro relato aun de esas bellas acciones; escuchadle.

En el departamento de Tarn y Garona, Nannetta Bremont y Antonieta Mouviel, una y otra poseidas de ese instinto caritativo que no conoce obstáculos, dedicándose á visitar enfermos, á socorrer á los pobres, á amortajar los muertos, á llevar á las cabañas mas miserables la fé, la caridad y la esperanza, habian llegado á ser aquellas dos muchachas la Providencia visible de los presos; curaban sus llagas hediondas, reunian sus vestidos hechos harapos, lavaban sus pies homicidas y les hablaban del cielo y de la clemencia de Dios; preparándoles para la muerte, cuando por fin la hora de la espiacion habia sonado.

La reforma de las prisiones, tan soñada por nuestros grandes políticos, fué acometida por Nanetta Bremont y Antonieta Mouviel, por sí solas, y no podrian enumerarse todos los dolores del cuerpo, todas las desesperaciones del alma que ellas aplacaron. La ciudad de Auxerre, admirada, feliz con aquella admirable perseverancia, quiso por fin tener su parte en aquella obra infinita, y bien pronto entre los numerosos habitantes de la ciudad, hubo quien se asociara con Nanetta y con Antonieta para socorrer á los desgraciados.

Ellas entretanto se ocupaban de los menores detalles, engrandeciendo cada dia su grande empresa. Cuando ellas se vieron secundadas y comprendidas por aquella ciudad que se consideraba dichosa, determinaron con su autoridad privada, levantar un impuesto de beneficencia. Iban de casa en casa diciendo: «¡De aquí á un mes tendremos necesidad de tal suma!...» En la época fijada, la suma estaba dispuesta. Aquellas mujeres impusieron así á toda una ciudad su vocacion á la beneficencia. Y desde que se han establecido los impuestos en Francia, no sabemos que haya habido jamás un impuesto mas saludable, y sobre todo mejor pagado que aquel.

El impuesto no se disminuyó hasta que nuestras dos bienhechoras hubieron recibido los diez mil francos del señor de Monthyon. Empezaron

por distribuir estos diez mil francos entre sus pobres; y no volvieron á pedir dinero á sus contribuyentes hasta tanto que aquella escelente limosna no fué agotada.

¿Queréis que pasemos á otro héroe y en una comarca mas lejana? Pues en el muy retirado valle de los Vosges, hará de esto sesenta años, se hallaba perdida una poblacion de salvajes medio desnudos, sin leyes, casi sin familia, apenas vestidos. ¡Infelices que no sabian nada del mundo, y que vivian en un penoso trabajo!

Habia allí poco mas de una veintena de familias esparcidas sobre aquella roca desolada, que vejetaban lejos de los demás hombres, de los que apenas habian oido hablar. ¿Hasta cuándo hubiesen durado este abandono y esta miseria? Dios lo sabe. Dejábase á estos pastores ignorantes en sus montañas, y nadie pensaba en inquietarlos, á no ser para pedirlos todos los años algunos de sus mas hermosos hijos para la guerra. Por fin la Providencia envió en socorro de todas aquellas miserias al santo pastor Oberlin, especie de héroe cristiano como nos le ha pintado el señor de Lamartine en su hermoso poema del deber y del sacrificio, titulado: *Jocelyn*.

El anciano párroco Oberlin tomó en seguida bajo su caridad los hijos que le daba la Providencia. Cuanto mas salvajes y desgraciados

eran, mas ternura infinita sintió por ellos. Al pronto fué para ellos un amigo compasivo, despues un mentor ilustrado. Les enseñó todo: á sembrar para recoger, á amar á sus semejantes para ser amado; enseñóles tambien los mandamientos de Dios, y les llevó á la creencia por la caridad.

Bien pronto en aquellas chozas, ¡qué decimos! en aquellas cavernas, la dulce oracion se dejó oír; las alegrías domésticas entraron una tras otra bajo de aquellos techos groseros; la autoridad paternal fué reconocida, y notad bien el trabajo con que llegaba el bienestar, la economía y el orden. En fin, mas tarde, abriéronse caminos por medio de aquellos valles incultos, y el comercio penetró por aquellas rocas hasta entonces impenetrables; la dulce alegría, la tranquilidad, el reposo, los tiernos sentimientos del corazon acabaron aquella revolucion comenzada con tanta solicitud por su querido y venerado párroco Oberlin.

Entonces fué cuando una jóven de quince años, sencillamente inspirada y llevada hasta la pasion su afeccion por el santo párroco, quiso participar de su corona inmortal en el cielo. Esta niña se llamaba Luisa Lopper; poseia un pequeño patrimonio que la habia dejado su madre, con el cual era rica entre aquellos pobres..... Vistióse como una criada, y entró á servir en

casa del buen pastor. Una vez instalada en el presbiterio, héte aquí que Luisa pone manos á la obra.

Ella acompaña á Oberlin en sus viajes; visita en su lugar á los ancianos y á los enfermos; juzga las diferencias que se suscitan entre aquellos recién civilizados; establece cajas de ahorro; toma de los trabajadores lo supérfluo en los dias del buen tiempo, para devolvérsele, un poco aumentado, en los dias del invierno. ¡Cosa admirable! Ella adivinó, aquella niña, las casas de asilo. Como las pobres mujeres, ocupadas en el trabajo de los campos, se hallaban imposibilitadas de guardar sus hijos durante el dia, Luisa se encargó de aquellos pobres pequeñitos, reemplaza á las madres ausentes, y, cuando estas volvian por la noche, les entregaba sus hijos que habian comido y rogado á Dios.

En su celo infatigable, el párroco Oberlin no se apercibia al pronto del auxilio que le habia venido de lo alto. Dejaba obrar á su gusto á su criada Luisa, del mismo modo que él lo hacia, puesto que hallaba que la era sencillo y fácil ser humana, caritativa y afecta á sus semejantes.

Cuando llegó la vejez y le fué preciso al pobre anciano poner en manos de otros aquel pequeño reino de gentes dichosas, de gentes honradas, que él habia creado bajo del cielo, no halló nadie mas que Luisa que fuese digno de acep-

tar aquel piadoso legado. Asistíale ella en su lecho de muerte, y la dijo: «Luisa, yo me muero y te doy mis pobres.—Despues, reprimiéndose, añadió:—Te doy *tus* pobres.—¡*Vuestros* pobres!» respondió Luisa, de rodillas delante del anciano que la bendecía.

La jóven cerró los ojos á Oberlin; y la aldea que ellos habian salvado, él y ella, no se apercibió, gracias á la humilde sirvienta, que su padre, que se hallaba poco ha en el mundo, y que les daba su pan y su dicha de cada dia, habia subido al cielo.

II.

En el mes de febrero de 1825, en el pobre término de San Remigio de Bosrecourt, no lejos de Dieppe, una enfermedad epidémica y contagiosa azotaba con toda clase de estragos. Era el tífus, pero mas terrible que nunca. Recordareis los hermosos versos de La Fontaine:

Un mal que estiende el terror, etc.

Así era este mal. Solamente, en este lugar, todos los que eran atacados *se morian*..... Por esto, bajo aquellos humildes techos, reinaba un espanto igual á su miseria. Solos contra todas las plagas reunidas, los infelices doblaban la ca-

beza, y el frio, y el hambre, y la peste, les diez-
maban los unos junto á los otros; en aquellas ca-
bañas desoladas ninguna voz se elevaba para rez-
zar ó para blasfemar. ¡Ah!.... ¡desgraciados! no
tenian ánimo mas que para morir.

Los que el mal habia respetado, huian lejos
del contagio, abandonando parientes, amigos,
familia ¡oh dolor! ¡en aquella dura estremidad, se
vió á los padres abandonar sus propios hijos, y
á los hijos abandonar á sus madres en el lecho
de muerte! Pero no se dice que ni una madre hu-
biese abandonado á su hijo.

Así, en aquellas cabañas, la desolacion era
profunda, inmenso el terror. Todos los lazos del
parentesco estaban quebrantados. El amigo no
reconocia á su amigo; el hermano huia de su
hermano; el vecino cerraba su puerta..... y su
corazon á los ruegos de su vecino: todos los
sentimientos del corazon estaban olvidados; no
se sabia mas que esperar..... y morir!

En un extremo del pueblo, mas desgraciada y
pobre aun, y mas aislada que las otras vivien-
das, se hallaba situada una casucha que devora-
ba el tifus pedazo á pedazo. ¡Toda una familia
presa de aquel horrible mal sucumbia sin quejar-
se! ¿Para qué los llantos? ¡Nadie los hubiera
oido! La primera que murió en la casa desolada
fué la anciana abuela, y al otro dia espiró, como
su abuela, el mas pequeño de sus nietos; la in-

fancia y la vejez ofrecían sobre todo sus presas á la muerte.

Después del hijo mas pequeño, al siguiente día sucumbió otro, el mayor de los mas niños.

El tifus agostaba con su hálito impuro, aquellas tiernas plantas, dispersaba aquellas flores risueñas y cerraba violentamente aquellos limpios y hermosos ojos, completamente abiertos. Quedaban, pues, la madre, el padre y seis hijos sumidos en aquella peste, en aquella miseria, en aquel aislamiento, en aquel dolor.

La madre, que se hallaba débil y sufriendo, viendo que le quedaban aun aquellos seis pequeños seres que defender, recogió todo su valor y resolvió usar bien de la vida que la quedaba y que sentía escaparse de su seno. Herida de muerte, no quería morir en seguida, y estaba de pié noche y día velando por sus hijos y por su padre, no tomándose mas tiempo que para llorar á su anciana abuela y sus dos hijos pequeñitos ya muertos. Aquella lucha horrorosa contra la peste duró todo un mes, un gran mes de agonía; por fin cayó aniquilada no pudiendo mas. Viéndola inmóvil los hijos, creyeron que después de tantas vigiliassu pobre madre querria descansar y dormir.

Muerta, arrastró dos hijos á su tumba, como habia hecho la abuela. Tan pronto como la encima cae, la jóven planta que se hallaba sosteni-

da por su viejo tonco, languidece y muere. Así, en aquella casa..... en aquel sepulcro habian muerto ya dos madres y cuatro hijos.

Quedaba solo, con cuatro hijos todavía, el padre de familia, Jacobo Vabclin; enfermo este hombre con sus cuatro hijos, su casa era un objeto de horror; apenas se osaba pasar por delante de su puerta, y eso de lejos: se hubiese dicho que al mirar aquellos muros de duelo, el mal se iba á pegar. ¡Un *De profundis* para aquellos desgraciados! Jacobo Vauclin era mirado como un apestado en aquel pueblo de apestados.

En aquella situacion, el padre de familia y los cuatro hijos no tenian mas que morir. A lo mas, cuando el último haya sucumbido, se osará cubrirlos de tierra, pero mientras conserven un soplo de vida, no hay valor bastante firme para arrostrar peligro semejante.

En tal situacion, una persona jóven y encantadora, habitante en una cabaña vecina, llena de compasion al oír la relacion de aquel horroroso abandono, se consagró á arrancar á aquel hombre y sus cuatro hijos de una muerte cierta. Esta jóven era bella, vivia dichosa y habitaba lejos del contagio; uníanla á la vida todos los lazos que pueden hacerla amar, y, sin embargo, una vez tomada su resolucion, fué irrevocable. En vano sus padres quisieron detenerla, suplicándola viviera al menos para ellos.....

Respondió que la caridad la mandaba absolutamente morir, y que era preciso morir. Y tal fué la resolución de aquella convicción generosa, tal fué el elocuente celo de aquella jóven..... que por fin sus padres la dejaron marchar.

Llegó anhelante á aquel pueblo abandonado, en donde ni un forastero habia entrado hacia tres meses. Sin hacerse indicar la morada de Jacobo, la reconoció por su desolacion. Llamó en aquella puerta admirada, y la puerta, al contacto de aquella mano bienhechora, respondió con un sonido lúgubre. En el interior, ninguna voz tuvo bastante fuerza para decir: «¡Entrad!» Aquellos cuatro niños y aquel padre no podian creer que un ángel de consuelo les viniese del cielo.

¡Pero qué inmensa esperanza, mejor diremos, qué resurrección, cuando en aquel cuarto hediondo y desamueblado donde se albergaban aquellos miserables temblando de frío y de fiebre, vieron entrar una jóven, un ángel de frente serena, con la sonrisa en sus bellos labios y la mano estendida hácia el lecho del sufrimiento! Los pobres muchachos hicieron la señal de la cruz; imaginándose que su madre estaba de vuelta y que venia á buscarlos para llevarlos consigo al cielo de allá arriba.

Apenas la señorita Detremont hubo entrado en aquel hospital, se puso á obrar. Devolvió alguna fuerza á aquellos cuerpos debilitados é

hizo penetrar en sus corazones desolados un poco de esperanza. Su activa caridad encendió de nuevo el fuego estinguído y compuso las camas deshechas; les dió ropa blanca, pan, caldo y los remedios de primera necesidad; sobre todo, con la inteligencia del corazón, comenzó por devolver la vida al jefe de aquella familia casi disuelta. Abatido, desesperado, quería morir; ella le habló de sus hijos, de sus deberes..... y le hizo vivir.

¡Ah! entre las manos de aquella noble muchacha murió todavía otro pobre niño, pero este, al menos murió dulcemente, como si sus ojos hubiesen sido cerrados por la mano de un ángel ó de una madre. La misma muerte, gracias á aquella jóven, habia perdido sus horrores. Entretanto, quedaban aun tres niños que salvar.

La señorita Detremont los salvó á todos tres. Ella les salvó por la omnipotencia de la caridad: hizo por ellos lo que no habian hecho sus dos madres. Gracias á Dios, llegó la primavera para ayudar en su dulce anhelo á la virtuosa niña en sus cuidados maternales; el hermoso sol de mayo se puso de parte de aquella buena obra; las flores de los campos y los pajarillos tomaron su parte en aquella caridad; cuando los pobres pequeños convalecientes pudieron caminar sobre el césped naciente y reanimar sus pequeños miembros con aquel dulce calor, aun antes de

mirar al cielo límpido, volvieron sus miradas gozosas hácia su bienhechora. ¡Ah! aquella mirada estaba tan llena de reconocimiento, de respeto filial y de admiracion por tantas virtudes, que la señorita Detremont fué pagada en aquel instante de todos sus cuidados.

Así, durante aquel cruel acceso de mal y de desolacion, cuando todas las almas carecian de piedad, cuando todos los corazones egoistas estaban cerrados, la señorita Detremont dió aquel valeroso y edificante ejemplo de la caridad cristiana. Ella sola, en medio de aquella desolacion, tuvo valor ella sola, en aquel olvido de todos los nobles instintos, tuvo piedad para la desgracia.

¡Qué bien hizo en obedecer tan valiente á aquellos nobles impulsos! ¡Cuánta razon tuvo para no dejarse amilanar por los terrores que circulaban! ¡Tres hijos y su padre librados de una muerte horrible! Esto fué una bella y santa corona para aquella jóven frente de veinte años.

El premio de la virtud del año de 1827 fué tambien concedido á una mujer, cuyo nombre merece bien el honor de ser citado al lado de la señorita Detremont. Llamábase la señorita Enriqueta Gardin; habia nacido en París en una casa de la calle del Horno, y no tenia mas que ocho años cuando perdió á su madre.

La pequeña huérfana colocó en seguida toda

su ternura en su padre, y ya, á los catorce años, arreglaba la casa, cuando de pronto su padre la manifestó que se volvía á casar, y que era preciso abandonar aquel techo bajo el cual ella habia nacido y su madre habia muerto. ¡Fué preciso marchar y tan jóven! ¡Ah! obedeció la niña sin murmurar, aquella órden cruel! Despidióse para siempre de aquella morada donde en adelante no sería mas que una estraña.

Despidióse tambien de su padre, del que era el solo amigo; y resignada, refugióse en una humilde vivienda del mismo barrio, bajo del tejado, donde trabajaba noche y dia para ganar su vida. A los catorce años, hizo el primer aprendizaje del aislamiento y del dolor.

¡Pobre niña, sola y sin apoyo, privada de su padre!.... ¡El la habia comprometido al pronto á visitarle cada ocho dias, despues todos los meses, y despues, por fin, la casa peterna le fué cerrada! ¡Habia en ella una estraña que velaba sobre su presa! ¡ah gran Dios! la madrastra no queria ver mas á la hija que no era mas que hija de su marido; Enriqueta, arrojada para siempre, obedeció sin quejarse; contentábase con mirar de lejos las ventanas del cuarto donde dormia su madre..... en otro tiempo.

Pasáronse así muchos años. El padre de Enriqueta habia mudado de barrio, y no habia dicho su nueva morada. Se susurraba que habia

llegado á ser un hombre muy rico, y, sin embargo, en su fortuna habia olvidado completamente á su hija desdichada. Enriqueta mientras tanto, humilde obrera, vivia del trabajo de sus manos. ¡Era aquella una vida tan triste y austera para una jóven aislada! ¡Estas párias de la aguja ganan tan poco dinero en un dia! Un mes de enfermedad..... ó sin trabajo, las lleva al hospital.

Bajo sus piés hay toda clase de precipicios casi inevitables. Las pasiones parisienses zumban á sus oídos, el vicio las rodea, el lujo las insulta; ¡cuánto valor necesitan estas heroínas para resistir á las tentaciones, para no abandonarse á la envidia, á los celos, á las malas pasiones! Es una lucha porfiada y terrible, obstinada y oculta; la vida se pasa así en estos combates de los que el mundo ignora el heroísmo. Llega un dia por fin en que la víctima de aquella esperanza se dice á sí misma:

—*¿Cuál es mi edad?* Y la miseria le responde: —¡Oh hija mia! hace ya cuarenta años que vivimos juntas; mírate en ese pedazo de espejo! Y si la desgraciada se atreve todavía á mirar en su espejo su cara macilenta y arrugada, no percibe mas que cabellos blancos y todas las señales de la caducidad: su vida entera se ha empleado y gastado en aquel ingrato trabajo; aquella bella alma se devora á sí misma, sin provecho para

nadie; aquel noble corazón, hecho para amar, no ha amado á nadie; no tenía á nadie á quien amar.

¡Qué de sufrimientos desconocidos bajo esos toscos vestidos, y cuánto es preciso respetar á las pobres muchachas que los han llevado tan honradamente!

Hacia, pues, treinta años que Enriqueta Gardin vivía así día por día, del trabajo de sus manos. A fuerza de trabajo, de celo, de inteligencia y de bondad, había ahorrado ¿quién lo creyera? cerca de doscientos francos durante los treinta años. Al envejecer, había conservado toda la juventud de su corazón. Un día, un domingo, Enriqueta salía para ir á misa..... ¡ah! en su cuartito bien arreglado vió entrar..... ¡un hombre! un hombre horrible lleno de lodo y cubierto de andrajos.

Las facciones de aquel hombre estaban trastornadas, su mirada era hosca, su barba horrible y sus manos descarnadas. Iba calzado con un zueco y con una bota vieja sin suela; su sombrero era negro ó pardo..... ¡qué ser tan inmundo! Hubiérasele tomado por un escapado de presidio, y, sin embargo, con una simple mirada, después de treinta años de separación y de olvido, Enriqueta reconoció á su padre. ¡Ella le reconoció bajo aquellos harapos, en aquella miseria, en aquella persona desgraciada!

—¡Ah! dijo. ¿Es vd.? padre mio. ¡Sea vd, bien venido! Y al mismo tiempo acude en ayuda de aquella ignominia. Le arranca y arroja lejos los harapos que cubrian aquel triste anciano. Le reanima al fuego de su caridad filial. Lávale, dichosa y triunfante, sus manos, su cara y sus pies doloridos por el camino; acuéstale en su cama, le acomoda en su cuarto y ella se recoge en un agujero bajo las mismas tejas, para estar mas cerca de aquel desgraciado, casi idiota. El, sin embargo, embrutecido por el vicio y la desgracia, se abandonaba á los solícitos cuidados de su admirable hija sin decir nada. Dejábase servir, vestir, alimentar, calentar, y sobre todo, refrigerar, sin decir: *Gracias, hija mia*, sin preguntar siquiera de dónde venian todos aquellos bienes.

Este vil é ingrato, que habia cerrado abominablemente la puerta de su casa á su hija única, que no la habia permitido recoger las migajas de su mesa cuando era rico, este hombre, al presente viejo, enfermo y sin pan, sin vestidos y sin recursos, volvía á caer sobre aquella valerosa criatura con todo el peso de su miseria. ¡Ah buena hija! ¡Ah corazon fácil al perdon!....

¡Se hallaba tan orgullosa de haber hallado aquel horrible padre, tan orgullosa y tan contenta de amar á alguno, de consagrarse á alguien! ¡Buena Enriqueta! ¡no sabia como multiplicar los pequeños cuidados, las atenciones, las

previsiones, los sacrificios, los respetos para aquel padre desnaturalizado que la había olvidado durante treinta años!

Entretanto, los modestos recursos de la obrera, siempre escasos, se agotaron bien pronto: ¡Oh, desgraciada, aquella suma inmensa de doscientos francos, aquella fortuna acumulada durante treinta años de trabajo constante y de vigiliias, no tardó en gastarse!

Y cuanto mas el impasible anciano sentia el bienestar, se volvia mas exigente, mas cínico. Enriqueta, que ganaba apenas para vivir sola, trabajando todo el dia, no supo que hacer cuando fué preciso alimentar á dos no trabajando mas que la mitad del dia. Consagrábase á la tarea ingrata aun el domingo, este dia de fiesta, otras veces su dia de descanso, y ahora su dia de esclavitud. Y no bastándola el domingo, tomó una hora, despues dos; luego tres horas de su sueño. ¡Vanos esfuerzos! Enriqueta no tenia lo bastante.....

Contrajo deudas, se empeñó; por alimentar á su padre hubiera mendigado. Para colmo de desgracia, aquel miserable borracho, aniquilado por la miseria y por la abyeccion, cayó enfermo: he ahí el médico que llama y el enfermero que se hace venir.

¡Enriqueta debia ya entonces cuatrocientos francos! ¡Ella, aquella obrera tan arreglada, eco-

nómica y prudente, que poseía poco ha una fortuna de doscientos francos!

¡Ved cuán bella y cuán tierna era la empresa del señor de Monthyon al instituir un premio para la virtud! ¡Habiendo llegado al fin de su crédito, Enriqueta iba á sucumbir; estaba perdida! ¡Ella y su padre no tenían mas recurso que el hospital, cuando de pronto el señor de Monthyon le envia el premio de la virtud: una corona de hojas de encina para ella y tresmil francos por su beneficencia!

De este modo, gracias á aquel bienhechor de la humanidad, la señorita de Detremont y la señorita de Gardin, modestas y tiernas virtudes, no quedaron sin recompensa aquí abajo.... ¡Otro dispensador está encargado de recompensarlas en el cielo!

EL INCENDIO.

EN el momento mas hermoso del imperio francés, llevado de victoria en victoria á la dominacion universal, el emperador Napoleon se acababa de casar con una hija de su aliado el emperador de Austria. ¡Alianza increíble! ¡inesperada! y..... ¡regocijo universal! La Francia entera corrió al encuentro de la nueva emperatriz.

París no tuvo mas que una voz para la alabanza, y seria una larga historia la historia de aquellas fiestas sin fin.

¿Pero á qué referir esos esplendores fugaces? ¡Cuándo el fuego se ha desparramado, cuando los cohetes volantes se han estinguido en el cielo, cuando los soles de una hora se han perdido en el espacio y la noche profunda les ha reemplazado, id á pedir á la nada que os devuelva la

menor chispa de aquel brillante fuego desaparecido en los aires!

No es, pues, una fiesta lo que os narramos, es una historia de heroísmo maternal. Es el privilegio de las bellas acciones conquistarse la inmortalidad: ellas no necesitan, para vivir en la memoria de los hombres, de grandes monumentos de metal ó de piedra: viven por sí mismas, por su propia virtud; y pasan á la posteridad por el mismo respeto que ellas inspiran.

Por esto, entre el número de los festejos hechos al emperador Napoleon, para celebrar su casamiento con una archiduquesa de Austria, la Francia, que los ha olvidado, se acordará siempre de la fiesta ofrecida á sus majestades imperiales y reales por su alteza el príncipe de Schwartzemberg.

Por lo ilustre de su nombre, por su valor personal, el príncipe de Schwartzemberg era digno, en efecto, del insigne honor que iba á recibir. Habíala preparado con mucho tiempo de anticipacion. Contaba, para ayudarle en su tarea extraordinaria, con el auxilio de su mujer y de su hija, tan bella como su madre. Para celebrar dignamente aquella solemnidad, el príncipe no halló su palacio bastante grande, su mueblaje bastante rico y sus criados bastante numerosos. Hizo, pues, construir en su jardin un vasto salon resplandeciente de espejos y de pinturas: hizo

amueblar aquella gran casa de manera que causara envidia á las Tuilerías del emperador; tomó para servirle un ejército de criados, galoneadas todas las costuras de su traje: por todas partes se veían flores y bronces dorados, gasas y terciopelos, espejos y mármoles.

Cuando todo estuvo dispuesto para el baile, todas las bugías de las arañas fueron encendidas; el palacio se llenó de armonías y de luces; la ciudad acudió con sus trenes y atavíos mas magníficos.

Estaban allí los embajadores de todas las partes de Europa y del mundo, los miembros del Senado y del Instituto, los sábios, los poetas, los legisladores; veíanse los mas principales personajes de aquel París imperial; hallábanse por do quier compañeros del emperador, reyes de la víspera, viejos generales de veinte años y simples cabos de la guardia imperial, iguales todos por su valor; en fin, llegaron, á su vez, el emperador y la emperatriz, que iban á mezclarse en aquella deslumbrante barahunda, y tomar su parte en aquella fiesta; en la que eran un poco mas que los héroes.

Nada podria dar una idea aproximada del entusiasmo furibundo que suscitaba en aquellos tiempos de maravillas la sola presencia del emperador: ¡hubiérase dicho que el mundo se hundia! En aquel momento (muy raros en su dia), el

:

emperador era dichoso: acababa de realizar grandes cosas; hacia, (por pocos dias), un bello alto en medio de su gloria militar! ¡hallábase además feliz y orgulloso de su jóven esposa, la mas increíble de sus conquistas! Mezclóse, pues, en la fiesta con el amable abandono de un simple mortal.

Cada cual queria verle, oírle; hubiéranse dejado matar por obtener al paso una palabra, una sola mirada. El, benéfico, afable y visiblemente conmovido, olvidaba las horas; recorría aquellas vastas galerías, animando la alegría general, mientras orquestas numerosas hacian oír, bajo los naranjos en flor, sus aires favoritos.

De repente, en el salon de baile construido en medio del jardin, una de las arañas, balanceándose á derecha y á izquierda, alcanza á la tapicería, adorno peligroso del techo: la tapicería se inflama en seguida. Pero los bomberos, ocupados en ver al emperador, no están en su sitio. El huésped ilustre abandonaba en aquel momento el palacio del príncipe y colocaba á la emperatriz en el coche; al mismo tiempo, la guardia marchaba con sus majestades, mientras que los últimos *vivas* vibraban todavía. Desde el principio, el incendio habia hecho ya grandes progresos: no solo las tapicerías se habian inflamado, sino las ensambladuras, los muebles, las alfombras, todo el salon.

Gritase: ¡fuego! ¡fuego! El espanto es general. De pronto toda aquella muchedumbre con todos sus adornos mas preciados, sorprendida en medio de su alegría, y sorprendida por aquella horrorosa muerte que la amenaza, anhelante y furiosa, se precipita á todas las salidas.... ¡Oh desgracia! las salidas quedan cerradas, como sucede en un vaso muy lleno, del cual el agua no puede salir. ¡Figuraos el desórden que produciria el ruido imponente de las llamas, el tumulto de los gritos de los bailarines, el espanto de las mujeres medio vestidas!

¡Figuraos el estupor de aquellos hombres, que habian desafiado la muerte en tantas batallas, encerrados en aquel círculo de hierro. ...! Entretanto, el incendio aumenta, el techo amenaza ruina; un instante aun..... todo se ha perdido...! ¡Dios sea alabado! La llama se detiene un momento; el incendio abandona durante un segundo su presa, y bien pocas víctimas guardaban aquellos salones devastados cuando los techos se desplomaron sobre aquel inmenso caos.

Escapadas de aquella desolacion, las víctimas se cuentan, el marido buscaba á su mujer, el amigo á su amigo y el padre llamaba á su hijo; se hallaban, se abrazaban, y daban acciones de gracias á Dios, con rezos inefables. ¡Sola, en medio de aquella multitud, escapada del vasto incendio, una pobre madre inquieta, anhelante,

desvanecida, buscaba á su hija! «¡Ah! ¡hija mia! ¡Ah, hija mia!» Durante mucho tiempo la habia visto á su lado, salia dichosa y triunfante de el incendio teniendo á su hija en sus brazos, y sin embargo, en medio de aquella multitud no hallaba ya á aquella hija de su vida! «¿Dónde está? ¿Qué se ha hecho de ella? devolvedmela.....» Corria así, la pobre madre, de uno á otro, llamando, llorando, callándose, torciéndose las manos.

¡Qué desesperacion! Quiere meterse en el incendio, se la detiene; el fuego lo habia devorado todo. Examina en vano todos los cadáveres que se estraen. En fin, recuerda una salida que no está guardada; se dirige á ella con paso firme, penetra, atrevida y sin palidecer, en las llamas de su casa, y vedla correr por sobre las vigas ardiendo gritando siempre: ¡Hija mia! ¡Ah! ¡hija mia! Dió dos vueltas por aquellas ruinas encendidas y entre aquellos hombres valerosos que veian lo que hacia, no hubo uno que osase seguirla! Por último, despues que hubo recorrido todos los rincones de la morada, que aun eran accesibles, la infortunada desapareció en un torbellino de fuego y de humo, repitiendo siempre ¡hija mia! ¡hija mia!

Aquella mujer, imperecedero honor del valor maternal, que tenia un momento antes por huésped al emperador Napoleon, que un momento antes era la mas gloriosa de todas las mujeres, la

mas dichosa de todas las madres; esta mujer, cuyo nombre ha sobrevivido á aquel inmenso incendio, era la princesa Schwartzemberg.

Y entretanto, ¡ved qué desgracia! en los momentos crueles en que la princesa se hallaba entre las llamas llamando á su hija, otra voz mas jóven, y no menos temblorosa; gritaba por fuera: ¡*Madre mia!* ¡*madre mia!* Esta vez era la hija desesperada que buscaba á su madre. ¡Ah! ¡infortunada...! un instante de paciencia, un solo momento, y tendria á su hija y la estrecharia en sus brazos!

Cuando el incendio hubo devorado todo, por entre los escombros, en medio de aquellos restos de fiesta, por aquellos suelos cubiertos de diamantes y de perlas, pusiéronse á buscar á la noble princesa..... y se la halló en el cuarto de su hija, á donde se habia arrastrado esperando todavía hallar allí á la niña que llamaba! En aquel dulce santuario habia caido; estaba muerta, pero la llama habia respetado aquel hermoso rostro; el fuego se habia alejado de aquella madre espirante, á fin de que se la pudiese reconocer entre todas aquellas víctimas desgraciadas y se la pudieran tributar, en medio del duelo universal, los últimos deberes.

El luto fué universal, todo París lloró á aquella heroica mujer, muerta de una manera tan tierna; el emperador se sintió vivamente afecta-

do; creía en los presagios, distinguía su estrella en el cielo y ¡soberbio! la enseñaba, con la mirada y el alma, á quien quería verla.

Verdaderamente, este incendio horrible y la impía muerte de la noble princesa, víctima del amor maternal, recordaba mucho al emperador Napoleon, los tristes accidentes de en tiempo de Luis XV. que señalaron el casamiento de la reina de Francia María Antonieta, aquella otra archiduquesa de Austria, emperatriz y reina de un dia, muerta ¡ah! tan miserablemente sobre la plaza de la *Revolucion*.

Para lavar aquella plaza horrible, donde ha corrido la sangre mas noble, en vano el rey Luis Felipe ha hecho brotar en ella dos fuentes de agua viva!

Arrojaríanse sobre aquel lugar funesto todas las olas del Océano..... y el Océano seria impotente para lavar aquellas manchas funestas, no podría dominar todos los dolores de su incesante lamento!

UN GRAN HACENDISTA.

EL señor Thiers, cuando era ministro de su majestad el rey Luis Felipe, un día que visitaba la ciudad de Lóndres, escribió al lord canceller un billete que decía así: «Milord, concededme, os lo ruego, una hora para esplicarme el sistema financiero de Inglaterra.»

Aun en Lóndres mismo produjo cierto murmullo, la lectura del billete escrito por el mas grande historiador de la Francia moderna. ¡*Una hora.....!* Pues bien, esta hora bastó al gran político, al gran historiador, para aprender lo que queria saber..... Nosotros emplearemos poco menos tiempo en referiros la historia del mas grande hacendista de la reina Isabel.

Sir Thomas Gresham, fundador del Banco de Inglaterra, nació en 1519, en medio del hermoso

siglo inglés, bajo el imperio de aquella brillante é inteligente reina Isabel, la reina del gran poeta Shakspeare. En aquel tiempo, el genio de la nacion inglesa se remontó. Todo lo que el pueblo inglés tenia de imaginacion, de inteligencia, de perseverancia y de industria, lo manifestó. Sucede á las naciones lo que á los hombres; al pronto son niños, pero despues se convierten en ciudadanos adheridos á la cosa pública, y entonces brillan con un fulgor omnipotente; la vejez llega por fin, y la generacion nueva, al resplandor de nuevas claridades, marcha hácia un objeto completamente nuevo.

El jóven Thomás Gresham, era hijo del lord corregidor de la ciudad de Lóndres, grande y popular magistrado. Thomás Gresham comenzó por hacer escelentes estudios en la universidad de Cambridge, y concluidos sus estudios, su padre, que queria hacerle comerciante, le colocó en casa de un mercader de la Cité. Fué pasando por los mas pequeños detalles del comercio al por menor, y nuestro jóven se inició en todos los misterios de la fortuna pública y de la fortuna privada, que se ocultan á la mirada del vulgo.

El valor del dinero, la multiplicacion del capital, la importancia de los beneficios imperceptibles, la comprension de todos los detalles que exige la confianza pública, en una palabra, la teoría del crédito público, nueva completamente

entonces, tales fueron las meditaciones á que el jóven Gresham se entregó en casa de su mercader.

En aquel tiempo las haciendas de los reinos de Europa eran presa del mas grande desórden. Los reyes vivian de empréstitos y los empréstitos se contrataban fuera de su reino; habia ciudades en Europa que no tenian otro oficio ni otra fortuna que prestar su dinero á las naciones vecinas. Amsterdam, por ejemplo, enviaba millones á todas las coronas que los necesitaban, mediante fuertes garantías y crecidos intereses. En estas negociaciones de dinero fué empleado al pronto sir Thomás Gresham por el rey Eduardo VI.

Gresham llegó á la ciudad de Amberes para contratar mucho dinero en nombre de Eduardo VI, rey de Inglaterra. Empeñó la corona por sumas enormes; pero tal era ya la inteligencia del jóven banquero, que gracias á él, la corona de Inglaterra, habituada á pagar muy caro el dinero, quedó admirada y satisfecha del bajo precio de aquellos empréstitos. Verdaderamente el jóven negociador habia tentado muy hábilmente la codicia de todos los prestamistas, inspirando completa estimacion y completa confianza á aquellos mercaderes respecto á la solvencia del rey su amo. Sabeis cuán corto fué el reinado de Eduardo; pues durante este reinado, Thomás

Gresham hizo mas de cuarenta viajes de Inglaterra á Amberes. Así, algunos dias antes de su muerte, el rey Eduardo, queriendo manifestar á Gresham todo su reconocimiento por los buenos servicios que le habia hecho, le aseguró una pension de mil libras esterlinas (cerca de cien mil reales), para él y sus herederos, además de otros muchos dominios que le habia donado anteriormente. ¡Era entonces un honor tan raro para un rey el morir dejando en buen orden la hacienda!

Subió en seguida al trono de Inglaterra la gloriosa Isabel, *dichosa* si no hubiese vertido la sangre de María Estuardo. Un hombre de la talla de Thomás Gresham no podia tardar mucho en estar en gran favor con la reina de Inglaterra.

Hízole ésta caballero en 1559. Caballero ya, le nombró su agente en los paises estranjeros. Aun otra vez, sir Thomás Gresham estaba encargado de hacer circular en la *gozosa* Inglaterra todo el dinero de que tenia necesidad. ¡Y de qué dinero no tenia necesidad la ilustre reina! Un pueblo que gobernar; guerras que sostener; proteger á Enrique IV; resistir á la España; crear escuadras, que debian darle el dominio de los mares; embellecer á Lóndres, su córte, y sostenerla en los honores de la primera córte del mundo.

Sir Gresham bastaba para todo. Llevaba en

su frente su fortuna privada y la fortuna pública. ¡Ciertamente que tiene el derecho de enriquecerse quien enriquece á un pueblo! ; y mientras que su soberana edificaba suntuosas y grandes moradas, hubiese hecho muy mal en no edificar-se al menos un palacio!

Hízose construir en Lóndres, para su residencia, un soberbio edificio que no hubiese desdeñado lord Leicester. Aquella ilustre casa era frecuentada de los hombres de genio y de las personas elegantes de Inglaterra. Aquel hacendista marchaba al igual de los guerreros mas famosos y de los cortesanos mas célebres. ¡Era un poder!

Sir Thomás Gresham, en medio de su gran prosperidad, se entregaba á útiles proyectos, que concebía él solo, y que ejecutaba él solo. Hé aquí uno que dió un grande impulso al genio comercial de Inglaterra.

¿Quién lo creería? En el siglo XVII Lóndres, que poseía ya muchos teatros, no poseía aun una Bolsa. En las grandes ciudades la Bolsa es un lugar de reunion para todos los comerciantes. Allí es donde se tratan los negocios mas grandes y los mas pequeños; allí es donde se presta y toma lo prestado. En la Bolsa el armador hace asegurar su navío y el marinero su vida. Hay Banco en Europa, el de Amsterdam, por ejemplo, donde se realizan toda clase de negocios; negociantes hay allí que pres-

tan millones, y otros que venden vestidos viejos.

Viendo sir Thomás, pues, que sus conciudadanos se reunian al acaso en una plaza, ó en las calles, espuestos á las injurias del tiempo, les propuso, si querian darle un sitio conveniente, hacerles construir, á su costa, un inmenso palacio, en el cual los mercaderes de todo género podrian reunirse todos los dias y tratar de sus negocios en cualquier tiempo. Esta oferta real, fué aceptada con reconocimiento por el comercio de la ciudad de Lóndres. El sitio para la Banca fué hallado bien pronto, el mismo sir Gresham colocó la primera piedra en 1566. Este edificio fué construido por el plano de la Bolsa de Amberes; tres años despues estaba acabado y las tiendas se hallaban abiertas; la reina Isabel, acompañada de toda la nobleza de Inglaterra, fué con grande pompa á visitar el edificio construido por sir Gresham.

Fué una importante ceremonia. Detúvose la reina en las gradas de la Bolsa; un heraldo de armas, al toque de les trompetas, proclamó que aquel edificio se llamaria la *Bolsa Real* (the royal Exchange), y en adelante la ciudad de Lóndres pudo enorgullecerse de un monumento mas.

Sir Gresham era infatigable. Cuando no hubo ya monumento que elevar por cuenta de Inglaterra, se elevó él mismo una casa. Desocupado de los negocios de su soberana, se entregaba

á sus propios negocios; delineaba jardines y plantaba parques. Bien pronto, de aquellos nobles pasatiempos volvió á los negocios, siempre hábil y dichoso siempre. Como al viajar por Flandes (1569) para contratar grandes empréstitos, hallase sir Gresham que el dinero estaba caro fuera de Inglaterra, volvió á Lóndres sin haber contratado con los extranjeros. ¿No era ya la Inglaterra bastante rica para prestarse á sí misma el dinero que la faltaba? Así pensaba el gran negociador.

Apenas en Lóndres persuadió á la reina de que tomase prestado á sus propios súbditos el dinero de que tenia necesidad. Por este medio, la reina contrataba en el mejor mercado, y al mismo tiempo los intereses que habia de pagar recaian sobre la ciudad de Lóndres y la enriquecía en lugar de empobrecerla. De aquí nació para Inglaterra un orden de ideas del todo nuevo, una teoría completamente nueva respecto al préstamo del dinero. De este modo, sir Gresham fué dos veces el creador de la Bolsa de Lóndres: elevó sus muros y á estos muros elevados por sus manos, dió la vida y el movimiento.

Por eso la estimacion de sus conciudadanos y el reconocimiento de la corona elevaron muy pronto á sir Thomás Gresham al primer rango en los honores de su país. En 1572 fué encargado, juntamente con el arzobispo de Cantorbery

y muchos grandes señores, del gobierno de la ciudad de Lóndres, durante un viaje que la reina debia hacer el estío de aquel mismo año. En 1578, sir Gresham acababa de edificar en Orterby, cerca de Britson, en el condado de Middlexes, un castillo verdaderamente real.

La reina hizo el honor á sir Thomás de ir en persona á visitarle en su morada. ¡Honor insigne! El castillo fué preparado dignamente para el real huésped. Hubo en él fiestas y magnificencias que no desmerecieron de las del castillo de Kenilworth, de poética memoria. La reina esclamó muchas veces que ella no habia cambiado de palacio. La córte entera estaba á los pies de sir Gresham.

Al dia siguiente, para examinarle, la reina asomó la cabeza por la ventana de su habitacion, y quedó muy admirada al ver un gran muro que habia sido levantado durante la noche. Era una galantería de sir Gresham. S. M., paseándose por el castillo, habia dicho en voz alta que el patio seria mucho mas hermoso si estuviera dividido en dos por un muro. Una sola noche habia bastado para realizar aquella separacion; tanto puede un hombre inteligente..... omnipotente, como sir Gresham!

No creais ni por un momento que en medio de aquella prosperidad casi fabulosa, sir Gresham hubiese olvidado los primeros estudios de su ju-

ventud. ¿De qué sirve la fortuna á los talentos incultos? El estudio es el verdadero placer de las gentes mas honradas. El escolar estudioso reaparecia aun en la misma vejez; los recuerdos de la antigüedad clásica le asaltaban á cada momento para unirlos á su buena fortuna. En fin, este hombre feliz, que habia levantado la Bolsa de Lóndres, no creia haber hecho bastante por sus conciudadanos, mientras no les hubiese dado un colegio, y tal fué la encantadora ambicion de sus últimos años.

La universidad de Cambridge, donde él se habia educado, escribió una carta elocuente en el verdadero latin de los *Tusculanos*, suplicándole, si queria establecer un colegio, le abriese en Cambridge, y Cambridge malgastó su latin.

Sir Gresham habia resuelto fundar su colegio en Lóndres mismo y en su propia casa. Hizo, pues, un testamento suplementario ó codicilo, por el cual dejaba la mitad de la Bolsa al lord corregidor de la ciudad de Lóndres, y la otra mitad á la compañía de comerciantes, con la carga de subvenir perpétuamente al sosten de siete profesores (cinco mil reales para cada profesor).

Estos siete profesores debian enseñar la teología, la jurisprudencia, la medicina, la astronomía, la geometría, la música y la retórica. Dejó tambien habitaciones para los siete profes-

sores en el hermoso palacio que habia hecho edificar. No olvidó á sus antiguos amigos, los pobres, los presos y los enfermos, en cuyo favor hizo legados considerables.

Cuando hubo cumplido tan dignamente su destino con tanto beneficio, sir Gresham murió de repente, como si no hubiese tenido que hacer ya nada útil aquí abajo. Fué sin contradiccion uno de los hombres mas dichosos, de los mas considerados y de los mas útiles de su tiempo.

El colegio fundado por sir Thomás Gresham, existe todavía hoy, solamente que las cátedras están en los salones de la Bolsa, habiendo sido demolida la casa de sir Thomás Gresham para ser reemplazada por la oficina de la *Sisa*, ó impuesto sobre los líquidos.

Sir Gresham era igualmente versado en las lenguas antiguas y en las modernas; poseia todos los conocimientos que se pueden exigir á un hombre ocupado en tan grandes negocios. La reina Isabel obró mejor, en vez de nombrar escudero suyo á sir Thomás Gresham, titulándole *negociante real..... y leal.*





Una buena imposición.

UNA BUENA IMPOSICION.

AMÉMOS los unos á los otros! ¡Amémos y protejámos! ¡ayudémos! ¡honremos la beneficencia! ¡amemos la cortesía! ¡En fin, no despreciemos el mas pequeño servicio, que tiene su valor! ¡no despreciemos la mas pequeña dicha que tiene su gloria! Oid, pues, en prueba de esta moral, una historia en la cual se demuestra que es preciso no rehusar, ni aun al rico, una limosna, y que esta limosna, dada oportunamente, ha producido grandes beneficios, aun en la tierra.

La presente y muy verídica historia la hemos sabido de un jóven que fué durante mucho tiempo un pobre diablo; lo es todavía, lo será siempre, lo tememos mucho. Pero, ¡caramba! tiene buen carácter, talento, gracia y buen humor.

Un dia, nos dijo, que habia yo ido á tomar

el sol al jardín del Luxemburgo, y volvía alegremente á casa de mi padre cantando una bella cancioncita de mi composicion, la cancion de las gentes dichosas, cuando atravesaba el puente de las Artes, ya en las gradas del Puente Viejo, se me arrimó un elegante caballero de elevada estatura y ricamente vestido: «Caballero, me dijo, dadme dos cuartos!» Entonces yo, buen hombre: «¡Ah! caballero, le contesté, venís á buena parte; tengo cuatro cuartos, dos para vd., los otros dos para mí,» y los dos atravesamos orgullosamente el rio.

Yo iba á un paso regular, pero mi inglés caminaba como enamorado que quiere llegar cuanto antes y apenas tuvo tiempo para darme una tarjeta diciendo: «Caballero, soy vuestro deudor; si quereis algun dia que pague mi deuda, ahí está mi nombre y mis señas, y vereis que sé desempeñarme.» Y al mismo tiempo echó á correr con toda su fuerza; le ví desaparecer por el portillo del Louvre, y me dije á mí mismo: «De seguro es un enamorado ó un ladron!» Sin embargo, debo convenir en que tenia mas el aire de un enamorado, que de un ladron.

Si es cierto que nunca llevo bolsa conmigo, y esto por varias razones, en cambio siempre llevo mi cartera; en ella encierro ¡oh amigos míos! mis tesoros mas dulces, mis versos mas hermosos, mis pensamientos mas queridos, mis re-

cuerdos mas honrados. Tal es mi fortuna, que jamás me abandona; soy su dueño, y nadie en fin, me la envidia. De este modo mi cartera es á la vez mi Academia y mi Louvre.

¡Ah! si supiéseis que dulces paisajes, que lindas cabezas contiene! Puse la tarjeta (*con armas*) del desconocido en mi cartera, con mas cuidado que si se tratara de una letra de cambio, y volví gozoso á la casa paterna.

—¡Por Dios! dijo mi padre, viendo mi cara radiante, parece que Alberto viene de edificar castillos en el aire en los bulevares nuevos.—Y has hecho bien, Alberto mio, dijo mi madre, edifícalos siempre, hijo, que no hay mas que esos castillos que no se nos puedan quitar.—Padre mio, dije yo gravemente, cometeis una injusticia al tratar así á vuestro hijo único; vengo de prestar dinero á un rico inglés, y mi padre empezó á reir á carcajadas.—Debias mas bien, empezar por prestarte á tí mismo, Alberto.

Así empezó nuestro amigo su historia y hasta aquí su historia nos parecia muy verosimil. En efecto, nada hay mas sencillo que prestar dos cuartos á un hombre elegante á quien se le ha olvidado la bolsa y se ve detenido en el puente de las Artes, como una alma en pena á las orillas de la vieja laguna Estigia, cuando el alma errante no puede pagar su óbolo á Caronte. «A fé nuestra, le dijimos, querido Alberto, si tu his-

toria no tiene más lances, valdrá justamente..... los ocho maravedises que te ha costado, y la habrás pagado bastante cara.»

Alberto se contentó con echarnos una mirada de compasion. Al mismo tiempo reanudó su historia con estas palabras:

—Sabed, nos dijo, que el año de 1842 debia ser un año de grandes aventuras. Es de advertir que, con la generosidad propia de la edad florida, me habia olvidado completamente de mi inglés y de la deuda que conmigo habia contraido. Alrededor del otoño, mi digno padre fué llamado á Lóndres, por un negocio importante, y digo *importante*, relativamente á nuestra humilde fortuna. Si se pudiese saber por cuán poco dinero toda una honrada familia se inquieta y se agita, y ¡cómo agradeceria al cielo los dias de tranquilidad y de reposo!

Por estas razones, me dijo mi padre. «Vas á marchar á Lóndres; haz esto por mí, te pido seis semanas de celo y de actividad. Piensa que si eres feliz, compras á tu madre una alfombra para su cuarto, y que yo mismo me haré construir un mirador en nuestro jardin de Gonerre; y en fin, que habrá alguna cosa para tí, si te casas con tu prima Armanda.» A lo cual yo respondí en el acto:

—Padre mio, marchó por vos, por mi madre, por su tapiz y por vuestro mirador; traeré mucho

dinero, estad seguro de ello. En cuanto á mi primita, es preciso dejarla crecer, ya hablaremos de ello mas tarde.» Dicho esto, abracé en el momento á mi madre, que lloraba desgarrando su corazon..... y el mio. Mi padre, verdadero estóico de la calle Charlot, me vió partir con un ojo seco, pero con el otro mojado por una lágrima; y como no me separaba mucho de mi camino, tuve aun tiempo de despedirme de mi tia y de mi primita Armanda,

 Mi primita era fresca y linda, muy jóven, muy gentil y muy encantadora; se dejó besar en los dos carrillos, y me dijo con un gran suspiro: «¿Volverás pronto, Alberto?»

 Os haré gracia de los incidentes de mi viaje, el mar, la tempestad, el Támesis, Lóndres, en fin. Me dirigí apresuradamente á casa del corresponsal de mi padre, azorado y preocupado, porque me habia propuesto echarla de elocuente y de activo..... mi flemático anfitrión debió costarle gran trabajo no reirse viendo la importancia de mi fisonomía.

—¡Ah, mi buen jóven ¿por qué venis de tan lejos, habiendo poderes y papel sellado? El dinero de vuestro padre está ahí dispuesto á marchar. Sí quereis, llevaosle, pero entretanto, hacedme el gusto de almorzar conmigo.

 ¡Juzgad de mi contratiempo!

 Yo iba dispuesto á convertirme en abogado,

en hombre de negocios, en práctico, en verdadero *attorney*, que sabia el procedimiento y el inglés, y me encuentro un digno negociante que, sin rodeos ni agudezas, me dice en buen francés: «Sentaos ahí, querido mio, he aquí vuestro dinero, y almorzad conmigo antes de marcharos.»

Pero en fin, todo estaba concluido; salí de casa de nuestro amado corresponsal, muy dichoso, muy dichoso de no haber hecho uso de mi hermoso lenguaje, y el mismo dia escribí á mi padre, á mi madre y á la madre de mi prima, que gracias á mi actividad, á mi prudencia y á mi sagacidad y celo infatigable, habia conseguido en menos de tres cuartos de hora realizar aquel negocio difícil.

Al mismo tiempo felicitaba á mi padre por su prevision; en fin, á guisa de *postdata*, le remitía la suma, por la cual él habia temblado tanto, solamente le decia:

Me reservo (¿era demasiado?) una cincuenta de escudos para visitar, como *turista* (palabra inglesa), la poética Escocia y la católica Irlanda.» Y ¡zast! me pongo en seguida en camino al segundo dia; despues de haber visitado, por mi finiquito, la torre de Lóndres, el tunel, la Cámara de los Comunes y la abadía de Westminster.

Señores, ¿no habeis visto Dublin, el canal de San Jorge, las altas montañas de Hussburgo?

Pues no os haré su descripción, porque no soy de esos viajeros que viajan para referir y describir; yo viajo (á lo mas) para mí, no para los demás; viajo para ver, mirar y aun por la necesidad de comprender. Así, no esperéis que haga una descripción; os diré solamente, que llegando en medio de la hermosa Irlanda, Alberto, el primo de su prima, se apercibió que no habia economizado mucho el dinero de su padre.

Encontrais en aquel desgraciado país tantos mendigos que os tienden la mano, tantas madres de familia que os muestran sus hijos pálidos por el hambre, tantos ancianos sin hogar ¡á fé mia! es imposible, con un buen corazón..... y cincuenta escudos, no dar, aquí y allí, un poco de su dinero á un desgraciado que os tiende una mano suplicante. Y, por otra parte, el Dios de bondad ¿no me ha dado piernas infatigables, pantorrillas de acero y pecho de hierro? Echó enhoramala esa bagatela inútil llamada vanidad, y, como un simple estudiante, recorrí á pié aquella tierra fabulosa, abundante en cuentos, historias, hadas, ruinas cristianas y paganas, atormentada sucesivamente por los aventureros de la Normandía, los protestantes de Isabel, los puritanos de Cromwel y los príncipes de la casa de Orange.

Así, caminando de ciudad en ciudad, de pueblo en cabaña, como un digno lector de sir Wal-

tes Scott, admirando y remirado cada cosa, llegué al condado de Kerry, mas que tarde, caida ya la noche, y allí me sorprendió una espantosa tempestad; se hubiese dicho, que aquella nube llevaba todas las aguas de los lagos y de las montañas. La situación era, si no peligrosa, por lo menos difícil; habia andado todo el día por senderos horribles; apenas habia encontrado en una cabaña de campesino, patatas y un poco de arroz. Tenia hambre, estaba cansado; la soledad.... (una amiga, y la amo ordinariamente), me pesaba; en una palabra, era ya tiempo de que el cielo viniese en mi socorro.

Pues, con mil esfuerzos, mirando el cielo de los irlandeses, llegué al mas horrible albergue que se puede encontrar, aun en Irlanda. Figuraos, no una casa..... una miserable cabaña, ¡qué digo! ¡una cabaña! una cloaca..... que los cerdos de Gonesse no hubieran querido habitar. Por suelo, la tierra desnuda, y por habitante, una vieja, parecida á las brujas de Macbeth; por luz, un candil encendido, y por todo comestible, un pan duro, y un poco de aceite tomado del candil.

¡Triste comida y triste lecho! Sentado en un banco, oia caer la lluvia y para distraerme dibujaba sobre una hoja de mi cartera, la horrible y lamentable figura de mi posadera. Pero lo que aumentaba mas mi pena, era que, casi en frente

de mi cabañeja, en lo alto y en la posición mas bella de la aldea, se ostentaba á mis ojos, una magnífica casa, de arriba á bajo iluminada y que parecia teatro dichoso de una gran fiesta, ó de alguna comida solemne; á la cual se dirigian en sus carrozas los caballeros de los alrededores.

—Esta noche hay fiesta en casa del señor, dijo la vieja, y allí comeríais mejor que aquí, mi buen señor; pero no sois caballero, y nuestro amo no acostumbra mucho á recibir gentes vestidas así.—Señora, dije acabando mi retrato, ¿cuál es el nombre de vuestro señor?—Lord Rorke, para serviros, me dijo con un airecillo al que no faltaba ironía.....

Despues de estas palabras, cerré mi cartera. Pero por una dichosa torpeza, la cartera se escapó de mis manos, y los muchos papeles que contenia se desparramaron sobre el suelo de aquel salon miserable; entre ellos, la tarjeta de mi inglés del puente de las Artes. ¡Oh, sorpresa! ¡Oh, dicha! aquella tarjeta contenia el nombre justamente brillante: O'Rorke de Kerry.

»He aquí, me dije á mí mismo, la Providencia que se manifiesta; no quiere que me acueste aquí, en este banco, que coma sobre esta mesa famélica, y que pierda aquí esta velada mirando á una vieja harapienta. ¡Justo cielo! la Providencia misma invita en este momento al primo de

mi prima y al hijo de mi padre á una comida suntuosa; ella me ha reservado vino de Burdeos y vino de Champagne, los vinos de mi país, y me va á dar por vecina en la mesa alguna princesa de Inglaterra y de Escocia.» Hablando así con la cabeza alta, con permiso de mi figon, y gozoso como un conquistador viendo la brecha abierta, me encaminé arrogantemente hácia aquella opulenta casa, cuyos resplandores se me mostraban á lo lejos.

La lluvia caía á cántaros con gran ruido, y ya la noche era profunda; la verja de la casa estaba cerrada, y tiré de la cadena de la campana, no como el viajero extraviado que teme le digan: *¡No hay albergue!*, sino con mano imperiosa. Un criado de gran librea acudió de bastante mal humor á mi llamada, y su disgusto se redobló cuando apercibió á la puerta de su amo una especie de mendigo, todo cubierto de barro, y que llevaba su equipaje colgado de la contera del baston.

—¡Oh! ¡Eh, amigo! gritó el criado, ¿qué se os ofrece! Si tomáis nuestra casa por una posada, os habeis engañado; seguid vuestro camino, y dejadnos.

Diciendo estas palabras, el perillan tenía trazas de dejarme plantado, y comprendí bien, por mi parte, que aquel era el momento.... ó nunca, de ser insolente.

—Vas á decir á tu amo, dije al criado, que un acreedor suyo está á la puerta; me debe dinero, y he venido, con este tiempo endiablado y estos caminos abominables, para reclamar mi deuda. Y sobre todo, sé diligente, que si no, te juro por San Patricio, tu patron, que serás puesto á la puerta de esta casa en esta misma noche. En vano llamarás, como yo ahora, te se dejará á la puerta como un perro.

Hablaba yo tan alto y tan firme, sobre todo en tan mal inglés, que el criado se intimidó; me hizo entrar en una sala baja, y él mismo fué á prevenir á su amo, que acababa de sentarse á la mesa con sus convidados. La reunion era numerosa, el goce estaba pintado sobre todas las frentes, la tempestad de fuera, la íntima seguridad; aquel contraste entre la noche y la luz, entre el fin de una velada de otoño y el dulce calor del hogar doméstico, no ha dejado jamás de producir un gran efecto sobre el viajero cargado de agua y de escarchas; por otra parte, aquellos hombres y aquellas mujeres habian venido de bastante lejos para saborear los tibios placeres de aquella amable fiesta.

Así, viendo lord O'Rorke venir hácia él su portero: «¡Pardiez! ¿qué te sucede tan urgente que vengas á acosarme en la mesa, señor John?»

John, viéndose tan mal recibido por su

amo: «¡Perdóneme vuestro honor! gritó de modo que le pudieran oír todos; hay á la verja del castillo un miserable descalzo que pretende que vuestro honor le debe dinero, y que quiere ser pagado en el instante mismo...., y como prueba me ha entregado esta tarjeta.» Era la tarjeta del lord, sobre la cual habia yo escrito: «Un hombre que os proporcionó el pasar por el puente de las Artes, os pregunta si debe pasar la noche en el ventorrillo, á cien pasos de vuestra casa?»

Mientras el lord leía estas líneas y recordaba: «¡Voy á arrojar á ese mendigo!» exclamó John: «¡Miserable! respondió el lord, vas á tomar un candelero en cada mano, y conducirle aquí.»

Ved, pues, como fuí introducido en aquella casa, con gran aturdimiento del señor John. Cuando entré en el comedor, toda la reunion se levantó para honrarme.

El lord salió á mi encuentro, y tomándome las dos manos: «¡Mi querido bienhechor, sed bienvenido! Ciertamente que no esperaba mucho la buena fortuna de recibiros; pero puesto que os poseo, que estais en mi casa, y os sentareis á mi mesa, ¡oh! ¡mi fiesta es completa!»

»Sí, señores, añadió, os presento al hombre que me ha prestado el servicio mas señalado, que jamás he recibido en toda mi vida.»

Entonces refirió cómo, aquel dia, un instante de retraso hubiera acarreado la ruina de sus

mas caras esperanzas. «Mi querida Ana, mi jóven esposa aquí presente, acababa de escribirme que se queria casarla á pesar suyo y á pesar mio. Corred, me decia, y venid á probar á vuestro rival que es un infame.

»En efecto, corria apresuradamente, cuando me hallé detenido en el puente de las Artes por falta de ocho maravedís! Y por falta de ocho maravedises iba á perder un poco mas que mi vida, cuando este caballero llegó en mi ayuda, y, gracias á él, llegué bastante á tiempo para desenmascarar al traidor y al bellaco que pretendia la mano de Ana. He aquí por qué me he casado, señores. Así, mi querida esposa, sed bondadosa con nuestro huésped, y colocadle á vuestro lado. Probadle que le teneis algun reconocimiento por el servicio que me hizo en el puente de las Artes.»

Ved, señores, añadió nuestro amigo Alberto mirándonos con un aire de triunfo, como fuí recibido en una de las mas nobles y mejores casas de Irlanda. Pasé ocho dias en aquella hospitalaria morada. durante los que pude asegurarme con toda comodidad de la dicha y de los dichosos que yo habia producido con tan buen negocio.

Al cabo de los ocho dias obtuve permiso para marchar del lord y de su señora, no sin grandes manifestaciones de reconocimiento y de amistad por parte de uno y otra; y pasados otros

ocho dias, abrazaba á mi padre y á mi madre, felices volviendo á verme: «Hijo mio, me dijo mi padre, eres mas grande hombre de negocios que yo creia, pues me has hecho recobrar todo mi dinero.—Queridos padres, repuse yo, abrazadme, que soy todavía mas grande hombre de negocios que lo que pensais. ¿Recordais bien los ocho maravedises que presté á aquel inglés, hará ocho meses? Pues los he recobrado con los intereses de los intereses.—¡Hijo querido! dijo mi madre besándome la mano que tenia entre las suyas.—Ya ves, amigo mio, dijo á mi padre, que no es tan poeta como se dice, y que ya es tiempo de casarle.—¡Corriente! dije á mi madre, casadme, lo deseo, suponiendo que sea del agrado de mi prima,» y así fuí casado. Lord y lady O'Rorke asistieron á la boda: «Sed tan dichosos como nosotros,» nos dijeron. «No pido mas,» respondió mi prima. Despues de mucho tiempo que mi padre siempre me tenia por un gran iluso, un frívolo, un *poeta*, me estima tanto como si me llamara el baron de Rothschild: está persuadido que si no soy el primer ministro del rey Luis Felipe, es porque el rey y las dos cámaras me hacen una injusticia.

Y ved como un beneficio jamás es perdido; ¡aquí abajo y en el cielo, todo lo que es dado generosamente se os cuenta, aunque sean dos cuartos dados al mas rico!

EL CZAR Y EL CÓLERA.

TERRIBLE emperador el czar Nicolás! ¡Amo absoluto de tantos millones de hombres! ¡dueño de sus almas, de sus conciencias, de su libertad! El czar Nicolás, muerto de dolor y de disgustos, cuando vió la Rusia atacada por el cólera, la mas cruel de todas las pestes, fué un héroe, completamente parecido al hombre de Horacio! *¡Sentado sobre las ruinas del mundo, puede ser aplastado, pero le verá desplomarse sin palidecer!*

Acababa de subir al trono en el momento en que el cólera, procedente de Asia, invadía la Europa espantada. ¡Ah! ¡horrible peste! Caía sobre sus víctimas de pronto, bruscamente; les derribaba en tierra; les devoraba las entrañas, y

:

les volvía cárdenos. Los infelices atacados del cólera sentían torcerse sus miembros, detenerse su corazón, y su vida, estinguida hasta las médulas, se rompía en su pecho. Estendían los brazos, echaban su último aliento.... y quedaban muertos! ¡muertos antes de poder inclinarse sobre la mano de Dios!

Todo París, la gran ciudad, espantada de aquel terrible azote, se ocultaba en el fondo de sus casas. Los unos oraban, los otros gemían; gran número espiraban en su encierro; algunos (estos eran los mas viles), se entregaban á toda clase de diversiones fúnebres; otros esperaban la muerte como hombres animosos. También habia (y estos eran los mas sábios), quien vivía sin pensar en la muerte.

Tal fué París. Pero. en medio de aquel horrible mal, París se mostró la ciudad civilizada. Solo un dia hubo tumulto. La muchedumbre, herida de muerte, comenzó por irritarse, despues se volvió tranquila, paciente, y se dispuso á morir con valor. Además, por todas partes la caridad cristiana y la beneficencia pública acudieron en socorro de los enfermos. Abrióronse hospitales por do quier. El arzobispo de París, á la cabeza de su clero, corrió llevando á los atacados toda clase de consuelos y de socorros, para al alma y para el cuerpo. Nuestros jóvenes príncipes, los príncipes de la juventud francesa, vi-

sitaban los hospitales, y dejaban allí los beneficios del rey su padre. ¡Murió un gran ministro que se llamaba Casimiro Perier!

Aquel día, París estuvo valiente. Apenas se hubo pasado el primer terror, se volvió á la vida acostumbrada; entró en su calma habitual; los moribundos morían como razonables, y no como bestias feroces: la civilización parisiense sobresalió bien pronto.

No sucedió lo mismo por otras partes, sobre todo en los países semi-salvajes, semi-cristianos. El cólera ha dado la vuelta al globo, y en su fúnebre carrera no ha encontrado un pueblo tan paciente, tan sumiso al destino, tan valeroso, tan dispuesto á morir como el pueblo de Francia! (1)

En Rusia halló las almas llenas de turbación, que el miedo volvía furiosas. ¡Qué espanto arrojó en aquellas poblaciones innumerables y tímidas en presencia de un mal que les era desconocido! La Rusia es el imperio más vasto de este mundo. Es un imperio completamente nuevo, que data de ayer.

No hace más que ciento cincuenta años que este imperio camina; ya su poder está al nivel de las más grandes potencias. Solamente que

(1) El pueblo español no cedió al francés en tan terrible trance, si no le superó, porque sus virtudes están más acendradas por su mayor fé religiosa. (*N. del T.*)

(aunque la civilizacion marcha, va menos de prisa que la conquista), la Rusia está aun muy atrasada. El pueblo es bravo, adicto y fiel..... pero se halla poco dispuesto á someterse á quien no le comprenda. Cree en Dios y cree sobre todo en el czar, pontífice y rey. No quiere mas que á él, no ama ni escucha mas que á él. Ausente el emperador, el pueblo se muere, se agita, grita y se arrebata: es una mar irritada; un soplo del emperador la hace entrar en sus límites. Del mismo modo, en el poema de Virgilio, en medio de la tempestad llega un dios—el dios del Océano—diciendo su *¡quos ego!* y calmando la tormenta.....

Así obró el emperador de todas las Rusias, el czar Nicolás. El cólera hacia sus mas crueles estragos en San Petersburgo; estallaba la enfermedad entre horrorosos espectáculos de miseria y de muerte. El pueblo espantado temblaba bajo el rudo acceso de la fiebre que le devoraba. El mal heria á ciegas, todo cedia á sus golpes. Por todas partes habia moribundos, por todas partes muertos. El hambre, el frio, la peste, en fin, la ausencia de toda autoridad, habian convertido á San Petersburgo en la ciudad mas miserable del universo.

El pueblo, fuera de sí, se reunia en las calles, en las encrucijadas, en las plazas públicas; ¡clamaba venganza, pedia el pillaje, se detenía

en el dintel de las iglesias y blasfemaba contra el cielo!

Se hubiese dicho al oírle que era el grito de las bestias feroces, se hubiera dicho al verle que era el furor de los leones. Habíanse roto todos los vínculos; el esclavo amenazaba al amo, el hijo abandonaba á su padre, y aun el padre abandonaba á su hijo.

Entretanto, el mal redoblaba de hora en hora; á cada instante nuevos cadáveres caían sobre los anteriores. Ved, pues, aquí una ciudad perdida, y perdida para siempre si el cielo no viniese en su ayuda..... ¡Gritaba traicion, clamaba venganza por el veneno!

De repente, en el día mas horroroso, cuando la peste hacia mas estragos y con mayor violencia, en el momento en que la muchedumbre se siente mas enferma y en mayor número, se oye este grito: «¡El emperador, ahí está el emperador!» Y todas las miradas de la multitud se dirigen..... se vuelven hácia el palacio imperial. Era el mismo emperador en efecto, era el mismo czar. Llega solo en medio de un populacho irritado y furioso, solo en medio del cólera, en medio del contagio, ¡completamente solo!, la muchedumbre se separa para dejarle pasar; á medida que la multitud se abre, el emperador penetra en la peste, y la ardiente muchedumbre se cierra tras él. Y de todas partes gritaban: ¡Hé

aquí á nuestro padre! ¡Viva nuestro padre! Todos los dolores quedaban suspensos. Los que iban á morir se detenian para gritar todavía: *¡Adios, padre nuestro!* ¡Ah, era aquello un gran espectáculo! En medio de todas las miserias humanas reunidas en montones, llega un hombre y las toca con sus manos paternas. Sin embargo, repuesta de su primera admiracion, la multitud recobra su ira y grita: «¡Socorro, socorro! ¡Todos nos morimos! ¡Socorro, piedad!» Despues de los ruegos pasan á las amenazas.

Entonces el emperador levantando su gran voz esclama: «Hijos mios, ¿qué quereis? Esta vez yo no puedo nada contra vuestras calenturas. Mi poder se detiene ante vuestros dolores... Impotente para curarlos, no puedo mas que morir con vosotros, ó rogar con vosotros.» Despues, mostrando al cielo: «Allá arriba hay un emperador, el emperador de vuestro emperador, que es él solo quien puede curaros. ¡Arrodillémonos, hijos mios, y roguemos á Dios!»

Dicho esto se arrodilló. El pueblo le imitó. El emperador y el pueblo rogaban cada uno por su parte; calmóse el pueblo, y la esperanza reapareció por fin en su alma. Al aspecto del emperador que se confesaba mortal, tuvo vergüenza de ser menos animoso que el czar, y se resignó á morir. Para los particulares como para los pue-

blos, la paciencia y la sangre fria son los mejores remedios de todos los males.

He aquí el heroismo y el gran triunfo del emperador de todas las Rusias.

Ciertamente que aquella fué una accion honrosa y grande entre todas las acciones honrosas y grandes. Tan cierto es que el valor civil es el mas hermoso de todos los valores.

No cesaremos de repetirlo: es mil veces mas difícil y glorioso para un gran príncipe afrontar la peste en medio de un gran pueblo amotinado y furioso, que el afrontar la muerte en batalla ordenada y rodeado de soldados bravos y adictos.

UNA SANTA EN 1859.

VIVIA no hace mucho en París, en el arrabal de San German, en un pacífico hotel de la calle de Santo Domingo, núm. 71, entre el patio que daba al Norte y el jardín que daba el Mediodía, una señora extranjera, una rusa llamada la señora Swetchine. Habíase arreglado en aquel sitio, que puede decirse parecia preparado para ella, una biblioteca en la cual armaba una pequeña cama de hierro todas las noches. Algunos cuadros de grandes maestros, bronce y porcelanas traídas de Moscou y de San Petersburgo y hermosas flores adornaban aquel salon, tibio en invierno, fresco en estío.

Allí vivia, allí reinaba, modesta y oculta, atenta á velar sobre su alma, que era fácilmente

una de las almas mas bellas de este mundo, aquella dama, rodeada en grado supremo de deferencias y de respeto.

Para traerse los grandes espíritus, las fidelidades y las creencias, tenia el encanto invencible y el irresistible atractivo de un carácter benéfico, de un trato eucantador, de una inteligencia exenta de envidia, hábil en consolar, en animar, en aconsejar, en salvar. Habia en torno de aquella mujer escelente, calma, buen sentido y gracia inefable; era sencilla y muy instruida; era cristiana y muy inteligente; juzgaba de las cosas de la imaginacion, amaba á los antiguos y no aborrecia á los modernos; leia como filósofa y escribia con talento.

Su entusiasmo estaba mezclado de buen sentido y á su bondad no la faltaba una cierta elevacion; era afable y muy gran señora y con mucha energía para defenderlo todo y todo preveerlo. Niña aun, pertenecia á lo mas escogido del gran mundo, y fué educada á la sombra feliz y elemento de una emperatriz que miraba esta jóven virtud como uno de los adornos de su córte. Jóven, vió desde muy alto la gloria y la desdicha de la Rusia; oyó sin temor los ruidos terribles que venian del lado de Francia. Asistió llena de orgullo á las victorias de aquel emperador Alejandro, que, dueño de París, se hizo dueño de su alma.

Así, de tantas grandezas, de las que habia visto el fin terrible y los principios gloriosos, aquella dama inteligente habia conservado un profundo y sério recuerdo.

Por esto su menor palabra tenia una grande autoridad, como tenia un grande encanto. Hallábase allí sin pena y sin admiracion, un eco de las grandes acciones, de las grandes palabras y de las grandes conversaciones. ¿De qué servia el vivir, decia, si no se oyese nunca mas que el sonido de su propia voz? Así toda su vida escuchó, reservada y prudente, los llantos, los dolores, las iras que se agitaban en torno de su persona, y cualquier palabra honrada y sincera encontraba, en aquella alma abierta á todas las impresiones, una esperanza, un consejo, una piedad, una respuesta en fin.

Cuanto mas le causaba daño la cuestion, tanto mas queria la *respuesta*. Respondia bien y escuchaba mejor. Su respuesta era precisa y correcta, sin llegar á la elocuencia; y si muchas veces era elocuente, lo era sin saberlo. Queria ser útil mejor que agradar y admirar.

«No deseemos mas talento (esta es una de sus frases) que el que es preciso para ser perfectamente bueno.»

La casa de la señorita Swetchine, se resentia de la tranquilidad y del buen sentido que presidian á todas horas en aquel hogar tan bien orde-

nado. La casa estaba llena de calma y de bienestar; jamás hubo allí numerosos convites, grandes saraos y esas comidas de que se habla; un pequeño número de amigos alrededor de una mesa confortablemente servida, una tertulia íntima, un círculo escogido, y por lujo un gran lujo abrigado en recuerdo de los palacios de la Rusia y de la *Ermita* de la emperatriz Catalina.

Añadid las deferencias, las grandezas, todas las opiniones, con tal de que fuesen sinceras, todas las ilustraciones de la creencia y de la polémica, á condicion de que fueran corteses. Así cualquiera que fuera algo, ó cada cual en París, tenia á grande honor ser presentado á la señora Swetchine.

Amaba á los sábios por su ciencia, y por su experiencia á los ancianos. Admiraba á las mujeres elegantes y á las jóvenes dulcemente adornadas de sus quince años. Las decia en voz alta: *¡Sois bellas!* y las aconsejaba en voz baja ser instruidas, las queria dichosas. Atraia á los niños por la gracia de su sonrisa; al mismo tiempo los pobres, los mas pobres, los enfermos, los achacosos, los desvalidos, iban á ella, atraidos por su benevolencia.

Era este un talento, un alma como pocas. Habia adivinado mucho, estudiado mucho y comprendido todo. Solo ella ha sabido el nombre de

todas las miserias que ha socorrido, pero se sabe el nombre de todos los amigos que ha adquirido; se os dirá quienes han muerto antes que ella y que ha llorado, y los que la han visto morir y la lloran.

Entre aquellos, el primero de todos por el celo y por la amistad, por las penas y los disgustos, por el mérito y el talento, por las virtudes de hombre honrado y todas las grandezas de escritor, debemos colocar á Mr. de Falloux, el digno heredero, el benéfico confidente de los pensamientos de la señora de Swetchine.

Él la ha visto en la obra, la ha seguido en sus senderos de benevolencia y de caridad; y por una maravilla ha conservado el acento de aquella voz, la viveza de aquella mirada, aquellas modestas y caras apariencias de una vida oscura, ingénua y recogida; y á pesar de que la casa está cerrada, el salon mudo y la capilla desierta; á pesar de que aquella inteligencia no es ya mas que una sombra..... un pesar, he aquí que el digno y sincero amigo se descubre, interrogando á las voces, á las esperanzas y á los consejos que salen de aquel sepulcro.

—Escuchadme, nos dijo, quiero hablaros de una santa, y no solamente hablaré con toda la efusion de mi corazon, sino que quiero hablaros teniendo en mis manos las cartas que ella escribia en su mas tierna edad. Ella me hablaba á mí que

os hablo; escuchadme, yo la he visto vivir y la he visto morir.

La señora Swetchine nació en el corazón de la Rusia, en Moscou, el 22 de noviembre de 1782, en la hora brillante en que el siglo XVIII francés había invadido todo el Norte. Tenía siete años cuando en 1789 su padre, Mr. Soymanoff, gobernador de San Petersburgo, entrando de improviso en su galería encontró allí una grande iluminación, y como se admirase de todas aquellas bujías encendidas, la niña respondió á su padre: «Es justo, señor, que celebremos la toma de la Bastilla y la libertad de los presos franceses.» ¿Qué decis de la toma de la Bastilla así celebrada? ¡Ah! 1789 trajo á 1792, y creemos que la emperatriz Catalina no hubiese permitido que ni un niño de su imperio hubiese iluminado en honor de las doctrinas de la Convencion.

Cuatro años despues, atacada de apoplejía, la emperatriz, espiraba al otro dia de una fiesta, y dejaba aquel gran trono á su terrible hijo Pablo I.

No se cuenta que nadie iluminase en San Petersburgo para celebrar el advenimiento de Pablo I. Parecíase á los grandes fantasmas de la leyenda que pasan y se pierden en una sombra sangrienta. Son el espanto mismo, y su nombre es ¡*Misterio!*

No se les vé; se les oye apenas, y por otra

parte no son fantasmas que queremos seguir. Habia allí cerca de él una princesa, una emperatriz, María de Wurtemberg, escelente entre las reinas y entre las madres.

Habia adoptado á la jóven Sofía Soymanoff (este era el nombre de la señorita de Swetchine) y habiéndola colocado en el rango de las camaristas, educó á aquella niña á su sombra augusta y serena. La enseñó, sobre todo, la paciencia y la resignacion; cómo se sufre con valor y cómo se cae con honra. El momento era á propósito por lo demás y bien escogido para quien quisiera aprovecharse del espectáculo serio de la Europa inquieta y de la Francia en la desesperacion. Todo lo que la ciudad de Voltaire y de Diderot, todo lo que del Versailles de Luis XV y de Luis XVI se habia salvado del naufragio universal, en fuerza, en inteligencia; todos los restos perdidos de grandes nombres, de grandes talentos, de grandes valores, ¡que huian del asesinato y del cadalso, se refugiaban en Lóndres, en San Petersburgo, pero sobre todo en San Petersburgo; los filósofos franceses habian enseñado el camino á los marqueses de Versailles.

¡Juzgad, pues, si aquellas tradiciones, aquellas elegancias, aquellos grandes nombres de la mas antigua nobleza de Europa, que se presentaban en los salones de San Petersburgo, llevarian grandes lecciones á los jóvenes caracteres de la

Rusia, y si bien pronto fueron populares en este imperio de su adopción! Desde luego, las jóvenes y los jóvenes de catorce años (edad de la joven Sofía) vieron llegar los príncipes franceses, aquellos primeros vencidos de la revolución; después, á su vez los Richelieu, los Chatillon, todos los nombres que resonaban poco hacia en el palacio de Versalles: Broglie, Crussols, Damas, De Autichamp, Rastignac, Torcí, La Garde, La Maisonfort, Saint-Priest. ¿Quién mas? El marqués de Ferté, el conde de Balsac.

¡Dios sabia las esperanzas, Dios sabia los disgustos de aquel bello mundo! Ellos llevaban consigo las supremas elegancias y los últimos ruidos del mundo desplomado. Llevaban tambien las gracias de otro tiempo, el verdadero acento de la lengua francesa del que tenían el secreto. Llevaban aquel don precioso de la conversacion decorosa, de la cortesía expansiva y alegre, y en fin, enseñaban tambien el valor y la resignacion. ¿Qué hay que admirar?

Ciertamente, no se es en vano duquesa francesa, no se desciende de los príncipes de la casa de Condé, de la casa de Borbon, de los príncipes de Tarento, sin conservar la huella ardiente de estos ilustres originales. Así, mientras que tantos emigrados aprendian apresuradamente la ciencia de la vida y del valor, habia allí otros que les enseñaban como se muere. La muerte de

la princesa de Tarento en San Petersburgo, es uno de los grandes ejemplos de austeridad moral y de adhesión con que se han ilustrado nuestros príncipes desterrados.

La princesa de Tarento era el último vástago de la casa de Chatillon; después de haber sido le gloria y el honor de la corte de Francia, llegó á ser el ejemplo y el ornamento de la sociedad de San Petersburgo.

El conde y la condesa de Golowine, habían ofrecido un asilo á la princesa..... Por su parte ella había adoptado á las jóvenes hijas del conde y la condesa, y cuando se acostó en el lecho de muerte, las jóvenes Golowine tuvieron el honor de cerrarle los ojos. Aun, una de ellas, la más joven, escribió la historia de aquella larga y piadosa agonía, en donde la fidelidad á sus príncipes y á su Dios, señalaba á cada instante la mujer hermosa y cristiana.

Una mañana, guiados por su ingenioso afecto, el conde y la condesa de Golowine, hicieron llevar á donde se hallaba la princesa de Tarento una rama de lis en flor. La enferma la contempla con amor, junta las manos y esclama: «¡Querida lis, que el cielo os proteja siempre!»

Otra vez, cuando se leía á la princesa las oraciones para bien morir y la joven lectora llegó al perdón de las injurias: «Hija mia, dijo la moribunda, no leais más que lo que respecta á la

enfermedad; yo no tengo necesidad de lo del perdón de las injurias.—Sin embargo, replicó la señorita de Golowine, se os ha hecho mucho mal—No, respondió la digna amiga de Luis XVI y de María Antonieta, nadie me ha hecho daño; y si lo he olvidado, no es este el momento de recordármelo.»

He aquí como nuestros desterrados de París y de Versalles han pagado su deuda á las naciones extranjeras. Ellos han enseñado lo que constituye verdaderamente las grandes naciones: el heroísmo y la cortesía; han mostrado á sus huéspedes cómo se soporta la mala fortuna y cómo se desdeña la injusticia; y les han enseñado también que la ironía era una fuerza y el sarcasmo una venganza. Gracias á nuestros desterrados, gracias á nuestras desgracias, valerosamente soportadas, muchos grandes pueblos han hecho en pocos años progresos rápidos. A estos ejemplos, la jóven señora de Swetchine (acababa de casarse con un general de Pablo I) añadía el estudio asídúo y la contemplacion de los mejores escritores franceses.

En los treinta y cinco manuscritos que ha dejado á Mr. de Falloux, su digno amigo, hallareis todos los nombres literarios de Francia, al lado de los nombres filosóficos de Alemania, acompañados de los poetas de Italia. Apenas abría un libro, en seguida se apoderaba de él con la energía

inteligente de su juventud, y se ve sucesivamente, en los extractos que servian de advertencia y de consuelo á su vida, una série estraña y encantadora de las lecturas mas variadas. Aqui *la Nueva Eloisa*, mas lejos el *Belisario* de Marmontel. Tan pronto madama del Deffaud, como Mercier y Tomás; la Harpe y el padre Bridaine llegan con Bourdaloue y Mr. Laya, célebre por un solo hemistigio. «¡De las leyes y no de la sangre!» en el espectáculo de 1792.

En los manuscritos de la jóven señora de Swetchine, la marquesa de Lambert da la mano á Ducis, Lemierre á Bossuet, Petrarca á madama Cottin, Descartes á Marco-Aurelio. Y mientras que á ejemplo de la abeja, recoge con un gusto que se perfecciona cada dia, lo que la conviene y la agrada mas, lo mismo en los escritos del tiempo presente que en los de los tiempos pasados, un hombre..... un gran genio, el mas sábio y el mas elocuente difamador de la sociedad civil, Mr. de Maistre, llega en ayuda de la señora de Swetchine.

Era una especie de embajador desterrado á San Petersburgo, embajador de un rey sin tierra y sin dinero. «El Caleb de la diplomacia» (una frase encantadora de Mr. Fallous), y tan pobre que vivia muchas veces con pan seco rociado de agua fresca. ¡Ah, hombre pobre....! ¡y gran genio! una página escrita casualmente por Mr. de

Lamartine en sus *Confidencias* y en la cual Mr. de Maistre, era tratado sin respeto, atrajo á Mr. Lamartine una respuesta bastante picante de la señora Swetchine.

«De seguro, decia, Mr. de Lamartine no ha conocido al señor conde de Maistre; éste tomaba por lo sério todo lo que se refiere al honor. El conjunto y la puerta de su cabeza estaban formados y tenian todo el sello de la sagacidad antigua. Mr. de Lamartine llama *un alma bruta* á un alma alimentada de cristianismo y consagrada al culto de la familia con tanta dulzura y tan buena gracia.»

Así hablaba á treinta años de distancia.

En efecto, Mr. de Maistre era uno de esos hombres que están al nivel de todas las alabanzas. Preveía y adivinaba todas las cosas. Comprendió bien pronto que la señora de Swetchine, tan jóven aun, sería para él una confidente, una amiga, un buen consejo. Así pues, la amó en seguida, y entregándose por completo, halló en aquella atmósfera, amable y elecuente, consuelos infinitos. Un instante bastó para que por su parte la jóven aceptase aquel hombre superior. Ella ha dicho en alguna parte que, «para ser justo, es preciso ser benéfico.» Pues ella tenia en sí misma, abundantemente, una beneficencia, una justicia que nada ha podido debilitar. En sus dias de contento consigo misma, se fe-

licitaba por lo bajo «de saber usar de calma y de naturalidad en las mismas ocasiones en que tantos otros emplean la compostura y la afectacion de su talento.»

Se felicita tambien «de no dar oidos mas que á la palabra de *mérito* despedazado.» Ama á el mérito y le busca con *destreza*. Comprende que el mérito tiene necesidad de ella, y se considera una mujer feliz cuando ha calmado, tranquilizado y reconciliado consigo mismo, á un pobre hombre de talento que está estraviado en los malos senderos.

Sin embargo, mucho mas que el genio, ama y honra al buen sentido, y cuando encuentra en su camino á la señora de Krüdner, aquella vieja entusiasta de cincuenta años, medio loca, ambiciosa sin medida, y que se apoderó de un modo absoluto, por sus trasportes de clase baja, de la voluntad del emperador Alejandro, la señora Swetchine retrocede llena de espanto y de horror.

No comprende á aquella mujer; apenas la habla, y lo hace con tanta *fereza* con tanto comedi- miento y razon.....!

Este desprecio por la señora de Krüdner, la iluminada, era la consecuencia y el complemento de la admiracion de la señora de Swetchine por el emperador Alejandro.

«Es verdaderamente el héroe de la humanidad, decia; lo será tambien de todas las edades

y de todas las naciones. Me parece ver realizados en su conducta todos mis ensueños sobre la dignidad moral, y he vuelto á hallar en fin, en esa reunion de sentimientos religiosos y de ideas liberales, la semejanza, tan largo tiempo buscada, de ese tipo que yo llevaba en mi alma, y que no podía hasta aquí calificar sino con el nombre de ser fantástico, creacion de una imaginacion exaltada.

»Nuestro adorable Alejandro, ha fijado todas mis ideas. Se puede, pues, sobre el trono, y entre el tumulto de todos los intereses y de todas las pasiones desencadenadas, ser hombre, cristiano y filósofo. ¡Se puede proseguir el plan mas sábio y el mas generoso, y usar en su ejecucion todo lo que hay de mas hermoso en la tierra, desde la mas noble equidad hasta la modestia mastierna! ¡Y este noble y admirable sábio es nuestro amo! ¡Amigo mio! los rusos son muy dichosos si comprenden siempre tan vivamente su precio.»

Añadid, que tambien ama y admira á la emperatriz, «un ser aparte, una alma completa y encantadora.» Ved, pues, como la señora de Swetchine pasó su juventud en amar, en defender, en proteger y en consolar. Estaba en grande actividad con los mas hermosos talentos y las mas bellas inteligencias de su nacion. Alejandro Tourquenieff, la señorita Roxandre Stourdza,

la señorita de Nesselrode, la princesa Aleja Galtzine, en fin, con el emperador Alejandro.

Ella reemplazó por un instante, en aquella alma apenada y turbada, á la turbulenta señora de C. Krüdner, y Dios sabe si los cortesanos no se hubiesen interpuesto entre la señora de Swetchine y el emperador, sino hubiese calmado y tranquilizado aquel grande hombre, ofuscado con tanta miseria y tanta gloria á la vez. Mas por otra parte, en esta fecha, la señora Swetchine obedecía ya á la vocacion que la impelia, á la inspiracion que la embargaba.

Reconcentróse en el fondo de su alma diciéndose: «¡Dios misericordioso, no me dejes sumergir en el torbellino de mis pensamientos!» Y de este estudio, y de esta contemplacion de sí misma, salió una ferviente católica. ¡Ah, valiente mujer! estaba dispuesta á sufrirlo todo, aun el mismo martirio, y en medio de aquella Rusia inquieta y que se apasionaba por la religion del emperador, hubiese gritado espontáneamente: *Creo*, veo, soy cristiana. Pues he aquí con qué sentimientos llegó á París durante el invierno de 1816 á 1817, y en seguida, en París mismo, fué reconocida como una francesa, como una parisiense.

De las dos mujeres que la patrocinaron en aquel mundo aparte que se acordaba todavía de Versalles, la una era el mas grande ingenio

de su edad y se llamaba la señora de Staël; la otra era la mas grande y la mas inteligente dama de su tiempo y se llamaba la señora duquesa de Duras. ¡Raro talento, corazon encantador el de esta duquesa de Duras! Era el centro afable y benéfico de la mejor sociedad de París; su menor deseo era una órden, y su palabra un mando. En seguida amó á la señora de Swetchine, la rodeó de sus alabanzas, de sus ternuras, llamándola «su amiga» y escribiéndola á cada instante.

Nada hay mas encantador que las cartas de la señora de Duras á la señora de Swetchine: «amadme, escribidme, respondedme» Despues, las anécdotas, las chanzas, y aquella conversacion varias veces quebrada, que los ingleses designan con una sola palabra muy bien hallada: *idle-talk*. Los parisienses son escelentes en el arte natural de la transicion.

En estas cartas de una á otra dama, se habla de todos los personajes notables de la restauracion, del *desgraciado* duque de Ragusa del *buen* general La Fayette, del *terrible* señor de Chateaubriand, del *majestuoso* señor Molé, de la amable señora de Boigne, del sábio señor de Humboldt, de la princesa de Lieven, que acababa de llegar y que se puso bajo la proteccion de la señora de Swetchine. Esto es un ruido, un murmullo, una sonrisa, un eco de las Tullerías,

de la cámara del rey, del pabellon Marsan, de la cámara de los diputados, y de la cámara de los pares: el señor de Villele, el duque de Richelieu, el señor Laisne y el señor Royer-Collard, y los señores Fitz-James y de Polignac.

Allí están todos. Mejor hallareis alrededor de la señora duquesa de Duras, que en torno de la señora de Recamier. la sociedad de la restauracion. Todo el mundo brillante está allí, mucho mas á su comodidad y hablando mas francamente. No se agita allí mas que un ídolo sobre su pedestal, pero de una mujer activa, atenta, con muchas ideas y tanto talento como gracia y animacion. Cuando murió la señora duquesa de Duras, la señora de Swetchine escribió dulcemente su oracion fúnebre; tuvo lágrimas sinceras para aquella amiga un poco ruidosa, pero verdadera y adicta. La señora de Swetchine se hallaba mucho menos cómodamente con madame de Staël, aunque la autora de *Corina* la prodigase todas sus gracias.

La primera vez que comieron juntas en casa de la señora de Duras, la señora Swetchine, segun su costumbre, estuvo silenciosa y con los ojos bajos. Despues de comer, la señora de Staël, impaciente, se dirigió directamente á la señora de Swetchine. «Se me habia dicho, señora, que deseábais conocerme, la dijo la señora de Staël. —Sí, señora, replicó madame Swetchine, pero

sabeis que al rey es siempre á quien corresponde empezar.» Esta respuesta es muy de ella; en ella se ve su moderacion y su calma. Por lo demás, ella misma se ha retratado en aquellas líneas que escribia á su hermana en el tiempo de su primera juventud.

«..... Necesito un hermoso lugar que no me pertenezca, porque la propiedad, que arrastra consigo tantas penas, me haria renunciar á ese reposo de la quietud que queria no ver interrumpido nunca por los choques de la vida. No sé si puedo hacer esta confesion, y si me perjudicará con vos, amiga mia, pero creo que los campos, las praderas, los bosques, han subyugado la imaginacion y la han *idilizado*; antes de conseguirlo es preciso querer ser verdadero.

»Pues yo os confieso, ruborizándome por mi simplicidad, que no tengo ninguna aficion por el campo, plantar, sembrar, cultivar, embellecer..... muchos negocios, y yo no me encontraria bien mas que en un sitio donde se plantara, se sembrara y se embelleciera sin mi intervencion..... recoger me conviene mucho. Dejadme estar cien años en un mismo sitio, y no dejaré allí huella de la morada de una criatura inteligente. Yo quisiera que la vejetacion quisiese pasar bien sin mí, que todo se hiciese por magia, sin someterse nada á mis leyes...»

¡Todo esto, qué amable, qué bien dicho, encantador!

Y sin embargo, si los jóvenes talentos, á quienes pocas cosas admiran (felizmente) se admiraban de una rusa, obteniendo tan rápidamente un resultado semejante en una ciudad donde el éxito es tan difícil, en París mismo, es fácil de responder á estos admirados lo que justamente es uno de los privilegios de la Rusia, y quizás su mas hermoso privilegio: sin saberlo ella misma, es francesa, tiene las costumbres, los hábitos parisienses; habla un buen francés de fecha bella; le habla con gracia y sin acento.

Buscad en las grandes ciudades de la Rusia y hallareis en ellas las modas, los teatros, los preceptores, los libros, las maestras de París. Es una verdadera pendiente que impele hácia nosotros á esos parisienses del Norte, y que les arrastra á nuestros caminos. Nosotros entretanto, aceptemos voluntariamente esta amistad que nos lisonjea y que nos honra. Hace ya mucho tiempo que la simpatía ha comenzado entre los dos pueblos, desde el dia célebre en que Pedro el Grande, con todo el brillo de su genio y de su fortuna, llegó á Versalles para visitar al pequeño rey Luis XV. Nuestro rey era entonces un niño, y el czar, viéndole tan pequeño y que le tendia su diminuta mano, le cogió sin ceremo-

nia, pero no sin respeto, entre sus brazos formidables, y le besó en una y otra mejilla.

Hubo en el primer momento, en aquella córte esclava de la etiqueta, un movimiento de espanto que se cambió bien pronto en contento; el pequeño rey empezó á sonreir, hallándose bien entre las manos de aquel coloso. Desde este dia, Pedro el Grande ha llegado á ser en París una especie de héroe francés; su retrato se halla con grande honor en las mejores casas de la ciudad; la Academia ha sacado su elogio á concurso; un poeta francés, el señor Dorat (¡oh contraste!), ha compuesto una tragedia en la que Pedro el Grande juega un gran papel; una tragedia en verso de Dorat, os digo, y he aquí como se hacia hablar al emperador:

Para un legislador el tiempo es nada:
A través de un presente lamentable
Vé allá en el porvenir su audaz mirada
Un juez sin pasion, inexorable,
Juez que á la virtud tributa honores,
Y dá amigos, secuaces, vengadores.
.
Y el arbusto plantado por mis manos
Dará á mi sucesion frutos lozanos.

Ciertamente los versos no son buenos, pero la intencion sí, y el patio aplaudia la intencion. Ya en 1760 se trató en el *Armario literario*, periódico de Freron, de los dos poetas líricos de la

Rusia, Lomonosow y Somorocow, y de estos dos poetas rusos habló con mucho mas cuidado que de los poetas ingleses, Pope ó Milton, en la misma época. «La oda á la guerra de Suecia es una obra maestra imperecedera,» decia el crítico francés hablando de Lomonosow. En cuanto á Somorocow, se le compara á Corneille y á Racine: es el *Rubens del amor*.

Estos eran los síntomas. En el mismo tiempo, no es posible decir el número de artistas franceses que iban á llevar á San Petersburgo las bellas artes de la Francia. Arquitectos, pintores, escultores, rivalizando en celo y en talento. El arquitecto Leblanc construye el palacio del czar; mas tarde, el gran escultor Talleounet erigirá su estatua y la sentará orgulosamente sobre el mismo caballo de Trajano. Recordad tambien la autoridad de Voltaire en la córte de la gran Catalina, la gracia y el bello talento del príncipe de Ligne, el viaje de Diderot, la popularidad completamente parisiense de aquella emperatriz, popular hasta el punto de que apenas muerta se tradujo en francés su oracion fúnebre, pronunciada en la Academia de San Petersburgo.

Por todas estas causas reunidas, y aun despues de las guerras sangrientas implacables, entre las dos naciones, habiéndose hecho la paz y olvidado todas aquellas miserias, los dos pueblos se dedicaron á amarse con la mejor buena gana.

Reconociéronse en seguida, y en seguida renováronse las alianzas rotas. Hé aquí, pues, cómo se explica que la señora de Swetchine encontrase apenas llegada á París, tantas amistades sinceras. Venia de las regiones amadas, traia los recuerdos mas recientes del siglo XVIII, olvidados en un rincon de la Rusia. Habia visto á la gran Catalina; habia conocido al emperador Alejandro; habia socorrido mas de un prisionero francés, víctima resignada y gloriosa de la campaña de 1812; se habia visto espuesta un instante á la cólera del emperador Nicolás; pero valerosa y fuerte, apenas supo que el nuevo emperador les desterraba, á ella y su marido á un rincon oscuro de la Rusia, á cien leguas de Moscou y otras tantas de San Petersburgo, no titubeó sobre el partido que la dictaba su deber.

En vano sus amigos de París, temblando por su salud tan delicada, la rogaban que no les dejase, persuadiéndola de que estaba en seguridad; respondió arrogantemente que ella y su marido obedecerian la órden absoluta de su príncipe; que no eran gentes de desterrarse á sí mismos ni de desmentir sus principios de valor y de lealtad.

«Sé, decia, que en esto quizá nos va la vida á los dos; que es mas que probable que esto abrevie la que nos queda, pero esto no es una razon para no obedecer completamente, y quizá

es bastante bueno para no insistir y renovar vivas instancias.

»En el siglo en que vivimos es preciso sobre todo que los príncipes tracen la línea que han de seguir, y que sea firme, invariable. Gozando de tantas gracias como el Dios de bondad me ha concedido aquí, yo he aprendido á abandonarlas. Estoy preparada. No tengo duda ni inquietud respecto á los medios de la Providencia para suplir los bienes de que nos priva, y que me vuelve lo que me es necesario en lo que me quita. Por todas partes se está bajo sus miradas: no hay destierro para aquellos que se fian en Dios y el aman.»

En el mismo instante, con el frío de un invierno riguroso, la señora de Swetchine dejaba á París para volverse á San Petersburgo; ella fué en persona á defender la causa de su marido cerca del emperador Nicolás, y cuando el emperador la vió á sus pies moribunda, la reprendió dulcemente de haber dudado de su benevolencia y la prometió volverse á su casa de la calle de Santo Domingo, á donde llegó de nuevo al cabo de seis meses de fiebre y de insomnio.

Habia obtenido del señor arzobispo de París, Mr. de Quelen, el permiso de erigir una capilla en su habitación, y aunque fuese modesta en todo, habia hecho de aquel santuario particular, un lugar lleno de elegancia.

Empleó allí los mas hermosos mármoles de su patria y los mas ricos metales; sus mismas pedrerías se convirtieron en adornos del altar; la cifra en diamantes que habia llevado como camarista de la emperatriz María, adornaba el zócalo de una imágen de plata de la santísima Vírgen; y cuando por fin estuvo concluido el santuario, el arzobispo quiso consagrarlo en persona. Dijo la primera misa, teniendo por uno de los ayudantes al abate Lacordaire. Uno de los mas fervientes, asistentes á aquel altar, en donde la desgracia era el sacerdote ó el genio, elacólito se llamaba el señor de Montalembert.

En aquel tiempo ya el señor de Lacordaire y el señor de Montalembert acababan de escapar, no sin un esfuerzo cruel, de la implacable voluntad de su maestro, el señor de Lamennais; y libres de aquel yugo peligroso, se admiraban de la calma que volvian á encontrar á la sombra bienhechora de la señora de Swetchine. Esta habia adoptado, como próximos parientes de su alma, á aquellas dos bellas almas, y prodigado á los dos amigos los consejos de su sabiduría.

Las cartas de la señora de Swetchine al joven conde de Montalembert respiran una gracia del todo maternal. «Heos ahí, le dice, entre vuestro primer pleito, y vuestro exámen de licenciado en derecho, dos sucesos que debian estar á alguna distancia el uno del otro.» Al mismo tiem-

po le infunde confianza sobre su juventud. En efecto:

«Toda especie de holocausto demanda un ser viviente, y en vano se le busca en esas imaginaciones estinguidas ó debilitadas, en esas inteligencias sin fuerza y sin altura que toman muchas veces la indolencia y la inercia por la superioridad de la razon y el último término de la filosofía.

»Esta es otra tendencia que Dios ha impreso en vuestra alma; se la creeria formada bajo la inspiracion de aquella bella frase de Platon *Lo hermoso, para llegar á lo verdadero.*»

Despues se regocijó con su amigo Montalembert, aunque las persecuciones le llegan demasiado pronto, viéndole que las acepta con el alma mas elevada y mas honrada, un cristal que es casi un diamante, con costumbres irreprochables, una piedad sincera y todo el séquito de sentimientos elevados que arrastran esas cualidades.

¡Qué alta opinion tenia ya de este jóven!

¡Cómo honra ella su avance en aquellas luchas generosas, en aquellos combates dolorosos, aquella pasion por la libertad, que serán una de las glorias de nuestra edad. Al mismo tiempo las relaciones de la señora de Swetchine con el señor abate Lacordaire se resienten de la dignidad del jóven sacerdote; está mas seria con él y menos inquieta; sabe que tiene en el alma mas obe-

diencia y resignacion, y si tiene muchas veces que dar un consejo al nuevo Massillon, Mr. el arzobispo de París le sirve de intermediario.

No se sabe generalmente cómo el abate Lacordaire pasó repentinamente de la humilde capilla del colegio Estanislao, donde habia comenzado su predicacion, á las bóvedas soberbias de Nuestra Señora de París, que retumban todavía los acentos de aquella voz profética. Un dia, durante el otoño de 1834, el señor Lacordaire, sumiso y contristado, se paseaba sin compañía por una calle de árboles del Luxemburgo, cuando fué abordado por un eclesiástico con el cual no habia tenido antes relacion alguna.

¿Por qué esa ociosidad? le dijo aquel interlocutor imprevisto. ¿Por qué no vais á consultar con Mr. Quelen? El abate Lacordaire respondió con la sonrisa y continuó su paseo solitario. Al cabo de algunos instantes de reflexion, se propuso la misma cuestion y dirigió sus pasos hácia el convento de San Miguel, donde desde el saqueo del Arzobispado, Mr. de Quelen ocupaba una humilde celda.

Fué introducido y halló al arzobispo solo. Su mañana la habia ocupado en leer una memoria del abate Liantard, cura de Fontainebleau. Esta memoria habia circulado en la diócesis de París, y contenia observaciones severas sobre la administracion episcopal. Despues de los preliminares

de una conversacion comun, Mr. de Quelen guardó un instante de silencio, le rompió despues por efecto de una resolucion repentina, y fijando sobre el jóven amigo de la señora Swetchine una mirada afectuosa, grave y penetrante:

—Os doy, le dijo, el púlpito de Nuestra Señora y de aquí á seis semanas pronunciareis vuestro primer discurso..... Un movimiento espontáneo hizo retroceder de espanto al abate Lacordaire. En vano le instó el arzobispo, y el consentimiento del elocuente apóstol que sentia sus fuerzas, pero que palidecia ante la responsabilidad, no fué obtenido sino despues de dos dias de ruegos y meditaciones.

Hé aquí, pues, una mujer, una extranjera colocada entre dos grandes talentos; los dos mas grandes talentos católicos de una época en que el pugilato ha llegado á ser un elemento de propaganda y de conviccion, que va á tomar su parte oscura y oculta, pero útil y sincera, de esos combates, de esos triunfos honrosos, lejos del ódio, lejos de la injuria.

Ella era, sin quererlo y sin saberlo, para aquellos generosos atletas de la arena católica, un guia, un consejo; seguia, con una mirada enternecida y embelesada, á Montalembert en la tribuna, á Lacordaire en su púlpito elocuente, y como si estos dos maestros no bastasen á su preocupacion, encontró al padre Ravignan y

le tendió la mano, reconociendo en aquel jóven inspirado un espíritu de su familia. Sin embargo, de todos estos hombres, á quien ella mas ha amado es al abate Lacordaire, y él por su parte, la ha rodeado de una ternura filial. Rogaba por ella, y apenas supo que se hallaba moribunda, corrió al fondo de su retiro, y seria difícil volver á encontrar, por un lado mas resignacion mezclada con mayor esperanza, y por otra parte, mas valor, mas adhesion.

Todas las mañanas el padre Lacordaire celebraba el Santo Sacrificio delante de ella y para ella; ella respondia á las santas palabras del sacerdote, y durante toda la misa, «estaba arrodillada y en una oracion próxima al éstasis.» ¡Oh París, ciudad incomparable de los dramas mas tiernos! ¡qué de dolores y de consuelos están encerrados en tus muros! ¡qué de grandezas desconocidas! ¡qué de virtudes ocultas! ¡y cuán preciso es escuchar con celo, con respeto, los grandes talentos que alguna vez nos refieren algunas de esas grandezas que, sin ellos, nosotros no conoceriamos!

Felizmente, esta vez, el historiador de esta vida admirable y tan afectuosa, es completamente digno de su objeto. El señor de Falloux ha conocido perfectamente las gracias y las virtudes que refiere.

El sabe hasta qué punto esta amable mujer

era sensata, elocuente, ingeniosa, hábil en el decir bien, feliz en obrar bien é indispensable á sus amigos. Diremos en su alabanza los nombres de los amigos de Mad. Swetchine, á saber; el conde de Sales, el señor Cuvier, la señora de Nesselrode, la condesa de Edling, el señor de Tocqueville, monseñor Garibaldi, la condesa de Segurde-Aguesseau, su hija adoptiva, arrebatada ¡ay! por una muerte precoz, en la flor de su juventud; es preciso no olvidar además de esta lista honrosa:

La señora de Montcalm, el señor Langsdorf, el señor de Bois-le-Comte, el señor E. de Segur, el señor Galitzin, el señor de Bertou, el señor Marcelino Fresne, la condesa Chreptwich, el señor Berryer, la señora de La Ferriere, el reciente marqués de Valdegamas Donoso Cortés, el señor de Radowitz, el señor conde de Circourt, el señor de Savigny; despues sus amigos los franceses de San Petersburgo: el conde Javier de Maistre, el conde y la condesa Strogonof, hijo y nuera del baron Strogonof, la princesa Wittgenstein, hija del príncipe Bariatinski, el príncipe Nicolás Troubetskoy y el príncipe Miguel Galitzin. He aquí su galería. Nos olvidamos que en su oratorio (que confió al morir á las dignas manos de la señora duquesa de Chevreuse), á los grandes nombres de monseñor de Quelen, de el abate de Lacordaire y del padre Ravignan, debe-

mos añadir los nombres de Doupauloup, del abate de La Bouillerie y del padre Gratry.

Estos célebres oradores habituados á los púlpitos mas elevados y bajo las bóvedas mas solemnes, entre la tierra y el cielo, se creian dichosos de hablar del Dios del Evangelio á las almas selectas, á los talentos tranquilos y fuertes que vivian á la sombra feliz de la señora de Swetchine.

Esto os esplica, y suficientemente, la consideracion de que estaba rodeada esta amable mujer. Tenia en torno de ella una muralla de afectos bien legítimos, los dichosos que habia hecho y los pobres que habia socorrido. Su beneficencia era activa y benévola. Amaba á los pobres por su misma pobreza, la limosna no era para ella solamente el cumplimiento de un deber; queria mas bien causar placer á aquellos á quienes hacia el bien; su corazon añadia siempre alguna cosa á la limosna de sus manos: «¡Un poco de supérfluo, decia, es tambien de necesidad!»

La señora de Swetchine empleaba en crear á su amigo pobre un goce, el mismo cuidado, la misma perseverancia que la hemos visto desplegar en las mas altas preocupaciones de su inteligencia; para estos compraba algunos tiestos, para aquellos hacia poner marco á grabados que les recordaban un objeto favorito, batallas, por ejemplo, si habia un soldado veterano en la casa.

Para los unos escogia libros, para otros un mueble cómodo, para los enfermos un buen sillón. El primer día del año, sustrayéndose sin decir nada á todos los proyectos que la rodeaban, fué á pasar largas horas en casa de un pobre matrimonio; que acababa de perder dos hijos, uno tras de otro.

Veis bien, que es preciso amarla, y que se la ama. Pues bien, su talento se hallaba á la altura de sus virtudes. Era, como hemos dicho, un talento sério: inteligente, lógico, y á quien nada se escapaba. Hacia de él un uso escelente para sí misma y para los demás. Como se hallaba habituada, y desde muy temprano, á la escuela de Mr. Javier de Maistre, á dar á su pensamiento una vida, un acento que le eran propios, llegó sin trabajo y sin esfuerzo, á decir hábilmente lo que queria decir.

Amaba las fórmulas vivas y prontas, y sin que sea necesario decirlo, se comprende que leia muchas veces los *Pensamientos* de La Rochefoucauld y los capítulos de la Bruyere. En medio de tantas páginas escritas bajo la inspiracion del momento, se encuentran un gran número que merecian no morir nunca: entre estos pensamientos, alternativamente serios ó ruiсеños, llenos de tristeza, de esperanza, de piedad y de consuelo, hemos escogido algunos que nuestros jóvenes lectores no leerán sin respeto y sin interés.

«Es prodigioso todo aquello que no pueden los que lo pueden todo.

»En el fondo, no hay en la vida mas que lo que se quiere.

»Las parodias de las cosas que amo me trastornan y turban mi conciencia.

»*Firenze non si muove se tutta non si duole* (1).
Refran antiguo toscano: muchas almas son como Florencia.

»Marchemos siempre delante de nuestros deberes y quedémos siempre detrás de los placeres permitidos.

»Tener ideas, es coger flores; pensar, es entretrejer coronas.

»El que atiende á todo, no está preparado á nada.

»Los corazones amantes son como los mendigos; viven de lo que se les da.

»Quien ha cesado de gozar de la superioridad de su amigo, ha dejado de amarle.

»A fuerza de obrar como se debia pensar, se concluye por pensar como se debe obrar.

»La palabra de desdicha es como el hombre honrado: sostiene todo lo que promete.

»No es rico mas que el que da, y pobre solamente el que rehusa.

»Los caractéres apasionados no consiguen el fin, sino despues de haberle pasado.

(1) Florencia no se mueve si toda no se conmueve.

»Los hombres invocan siempre la justicia, y ésta es quien debe hacerles temblar.

»No hay cuestiones tan indiscretas como aquellas que no merecen ni la verdad ni la mentira.

»Hay en el ejemplo un poder que se sobrepone á los demás; sin pensarlo, guía á los otros marchando derecho.

»Lo servil va casi siempre delante del abuso del mando.

»Se puede gustar de todo y no estragarse de nada.

»Una mujer que no ha sido linda, no ha sido jóven.

»El mundo no concede alguna compasion sino á las penas positivas. Consiente que os quejéis de lo que perdeis, pero nunca de lo que os falta.

»En una ama de casa, la política consiste en alimentar la conversacion y en no dominar en ella nunca; ella es el guardian de esa especie de fuego sagrado, pero es preciso que todo el mundo pueda acercarse á él.

»Habla, si quieres que se te vea,» decia un filósofo á su discípulo, y, si el pensamiento es verdadero, jamás fué mas cierto y mas justo que aplicado á la señora de Swetchine. Se la vé en su libro, se la halla en cada página; toca todas las ideas generosas, todas las cuestiones bien combinadas, habla únicamente de lo que sa-

be, y, como lo sabia muy bien, habla maravillosamente.

¡Ha dejado páginas encantadoras sobre la *politica*, la *vejez y la resignacion*; todo con un tono tan verdadero, con un espíritu tan tranquilo, con un fervor tan creyente!

Al leerla, se comprende que escribia para sí misma y bajo la mirada de Dios, con una humildad profunda y próxima á la vida eterna.

Y cuando, en fin, llega á su última página, estando decidida á no escribir mas, escuchad sus postreros acentos:

«Voluntad de lo que se ama, que sin ser siempre comprendida es siempre entendida; voluntad con la que no se puede temer la injusticia y con la cual se aman los misterios; voluntad respetada y que no se querria sorprender por ganar el cielo; voluntad adorada, ley de todos los séres; beatitud de los elegidos, voluntad que hace la gloria del sitio que ella asigna, que da la fuerza del sacrificio que pide, el consuelo del dolor que envia! voluntad de mi Dios, arrastrad la mia mas de prisa que el mundo salió del caos, que la luz apareció á vuestra voz, que las alegrías del cielo hicieron olvidar á vuestros santos las tristezas del tránsito; voluntad de mi Dios, sed siempre la mia, y hasta mi último suspiro iniciadme en vuestras secretas y crecientes delicias.»

La muerte de esta austera y valerosa cristiana que, en sus momentos de dicha, corría á casa de las hermanas del Gros-Caillou á pedir las: *¡Un pobre, el mas pobre!* fué una muerte digna de su vida, y esta muerte tan tierna, ha encontrado dos historiadores ilustres: el abate Lacordaire y el señor de Falloux.

La carta de Falloux al señor de Montalembert os enternecerá hasta las lágrimas. La última vez que el señor de Falloux volvió á ver á la señora de Swetchine, despues de una larga ausencia, comprendió que iba á morir.

«Estaba sentada en su silla, cerca de su escritorio; un solo síntoma descubria su mal: su cabeza estaba inclinada sobre su pecho, costábala trabajo levantarla y lo hacia con un esfuerzo que parecia costarla mucho y que no duraba mas que un instante.

»Cuando estaba sentado bastante bajo para descubrir su fisonomía, su sonrisa era la misma, y su voz conservaba todos sus encantos y todas sus delicadezas de inflexion. Aceptó sin resistencia el motivo que la presentaba acerca de mi llegada, se informó de todo lo que se referia á mí con su constante solicitud, me habló poco de ella y me invitó á quedarme á comer. Rehusé, apoyando mi repulsa en la dificultad que tenia para andar, y la que tendria por consiguiente para ir al comedor. Me respondió:

—»No me sentaré á la mesa, pero sabré que estais ahí, cerca, y esto me causará placer.

»Continué rehusando, y la dije que iria á comer al muelle de Orsay, que está inmediato, y volveria en seguida.—Sí, me dijo, pero si os quedais, habré ganado todo el tiempo que empleeis en volver.»

Se quedó, pues, y despues de una conversacion insignificante, ella abordó francamente la gran cuestion de sus voluntades postreras.

«Quiero, decia, apenas mis ojos se hayan cerrado, reposar dos dias en mi querida capilla. Despues se me llevará á la iglesia de Montmartre, y seré enterrada en el pequeño cementerio, al lado de mi marido.» Y todo esto con una voz muy natural.

Quiso que nada se cambiase en su vida y en sus hábitos; que se la fuese á ver á las horas acostumbradas, que sus sobrinas y sobrinos con sus hijos, y los preceptores de los niños, fuesen á comer todos los dias con ella. Llegada la noche, se le leia algunas páginas de San Juan Crisóstomo, traducido por Villemain, ó las fábulas de La Fontaine.

Estaba atenta y risueña á todas las cosas; no se hubiese dicho nunca al verla que aquella querida mujer iba á morir.

«La marquesa de Lillers, señora de ochenta y nueve años, venia dos veces por dia para saber

noticias, entraba algunas veces, otras por discrecion se detenia en el comedor pequeño y vertia lágrimas bien tiernas para su edad. La señora de Lillers me ha dicho hoy mismo: «¿Sabeis la última palabra que me dirigió ayer esta santa y querida amiga? Cuando yo la abrazaba y la decia que me alejaba para rogar á Dios por ella: —Gracias, mi buena amiga, gracias, me contestó; pero no pidais á Dios ni un dia mas, ni un sufrimiento menos.»

El señor doctor Rayer era el amigo y el médico de la señora Swetchine. La asistió con la ternura de un padre durante aquella larga agonía, y en el intervalo, habiendo perdido su propia mujer, estuvo tres dias sin visitar su enferma. «Id, padre mio, id, decia la señora Rayer; mi madre estará allí, porque ella misma os enviaria.» A estas palabras, el doctor Rayer, sobreponiéndose á su dolor, entraba algunos instantes despues en casa de la señora Swetchine. «¿Cómo está la señora Rayer? exclamó la enferma.—¡Ella es quien me envia!» respondió el doctor Rayer. ¿Qué decís de esta respuesta? Es sublime, sencillísima.

Todavía un detalle, el último, y esta vez dejaremos hablar al señor de Falloux.

«Púsose á hablarme de la correspondencia del padre Lacordaire. Yo la habia oido decir muchas veces: «No se conocerá verdaderamente al

padre Lacordaire hasta despues de la publicacion de sus cartas.» Volvió con lucidez sobre este sentimiento, del que se iba preocupando á medida que me hablaba de él. Su pequeño lecho se hallaba elevado apenas un pié del suelo; yo estaba de rodillas sobre la alfombra é inclinado sobre la cama para oirla mejor.

»Me dijo:—¡Levantaos! abrid la papelera que está en el rincon del salon: traedme un volúmen encuadernado que está dentro de un estuche.

»Hallé y la llevé el volúmen. Era la *Vida de Santo Domingo*, escrita toda de mano del padre Lacordaire. Colocó en él su mirada con una satisfaccion visible, pero sin enternecimiento, sin lágrimas; despues, volviendo á colocar el manuscrito en mi mano:

—»Hacedme el favor de leerme la carta que está en la primera página.—Leí en seguida esta dedicatoria impregnada de una adhesion tan filial.»

Si os place, no iremos mas lejos en la relacion de esta agonía, y entrando en vosotros mismos un instante, recogidos en esta piadosa contemplacion, respondereis á cualquiera que os pregunte: ¿sobre quién llorais?

«Lloramos sobre la muerte de una santa mujer de un talento encantador, muerta en olor de santidad á fines del año de 1859, y de la cual, para vergüenza nuestra, apenas sabíamos su nombre hace ocho dias.»

EL HIJO DEL MESONERO.

EN un meson de los alrededores de Cahors, en 1771, durante una fria noche de invierno, vino al mundo un niño que debia ser el primer soldado del ejército francés. A su vez, el soldado debia *pasar á rey!* El rey debia ser ingrato al emperador su amo, y fusilado por sus propios súbditos, en los confines de aquel dulce reino del que se ha escrito: *¡Ver á Nápoles y morir!*

Creció el niño delante de la puerta del meson paternal, muy querido de los postillones, muy querido de los caballos, y ya animoso y atrevido! Una hermosa mañana, cuando tuvo quince años, viendo que todos los franceses tomaban las armas, el jóven Murat se hizo soldado, soldado de á caballo, ¡á fé mia! ¡viva la guerra! Pe-

ro la guerra no le hablaba aun; todavía no había sentido el fascinador olor de la pólvora de cañon que sube á la cabeza y penetra en el corazon!

Murat desertó. Llegó á París, pobre y desnudo, tan desnudo y tan pobre, que se hizo *mozo de café*. ¡Un delantal á Murat! y por toda palabra de órden: *¡qué se ofrece!* Así, aquel delante de quien un ejército entero debia rendir las armas, comenzó por obedecer al primer advenedizo que le gritaba: *¡Mozo!*

Entonces se estaba en plena revolucion francesa. El trono de Luis XVI, minado por todas partes, se iba desplomando de dia en dia. Murat, jóven y lleno de ambicion, se hizo revolucionario sin reserva. Declamó contra los nobles y contra los reyes, sin sospechar que seria un dia duque del imperio, que llevaria una corona y que se le diria inclinándose: *¡Vuestra Majestad!*

Mientras tanto, la revolucion marchaba, y Murat caminaba con ella; por fin todo se hundió, y la vieja sociedad francesa hizo lugar á la sociedad nueva. Apareció un hombre imponiendo silencio, á fuerza de glorias, á todos los ruidos de la multitud, á todas las amenazas de Europa; ¡se llamaba Bonaparte! En la primera fila de sus soldados, Bonaparte, todavía desconocido, descubrió al soldado Murat. Murat era tan buen mozo, tan aventurero, tan bravo y atrevi-

do, que Bonaparte le llevó consigo en aquella brillante campaña de Italia, en donde se reveló su genio á la Europa espantada. ¡Oh hermosa guerra, guerra de Italia!; las montañas franqueadas á pesar del invierno, los rios atravesados á pesar de las corrientes, las ciudades conquistadas á pesar de los cañones, los austriacos tomando las armas, aquel gran pueblo yendo á Francia á proclamar la libertad! y por encima de todos los tiempos, Bonaparte, joven, modesto, aspirando en secreto al imperio del mundo!

¡Qué de soldados ejecutando á su palabra y bajo su mirada cosas mas grandes que los mismos soldados de Anibal !

Un espectáculo tan grande debia obrar poderosamente sobre el alma ardiente de Joaquin Murat. Era Murat el ayudante de campo del general Bonaparte, ó mas bien era su brazo derecho. Murat era á quien Bonaparte enviaba á lo lejos para apoderarse de las ciudades conquistadas; Murat era el que enviaba á los poderes envidiosos de París que querian oponerse á su gloria. Murat aprendió así la política y la guerra bajo aquel gran maestro, y cuando el astro de Napoleon se levantó en el cielo, se pudo ver al lado de este grande astro una pequeña estrella: esta pequeña estrella era tambien Murat.

Estando conquistada la Italia, Bonaparte volvió sus miradas hácia el Oriente. Entonces el

Egipto le espera; le recibe general de ejército, y le volverá á ver alguna cosa mas que rey de Francia. Naturalmente, Murat siguió á Bonaparte. ¡En adelante serán dos fortunas inseparables! Está hecho, se toma la mar, se toca en el Egipto, se bate en el Cairo, se bate en el monte Thabor; en el monte Thabor aparece la caballería turca, deslumbrante de oro y de hierro, montada en soberbios caballos, completamente dorada y muy numerosa; un hombre corre contra ella por parte de Francia sin mirar si es seguido; ¡este hombre es Murat! ¡Arrolla la caballería otomana; queda vencedor; es hecho general de division!

De pronto, en medio de su conquista, Bonaparte la abandona para volver á Francia. Murat sigue todavía á Bonaparte. Al presente les llama la Francia. ¡Cuán de prisa caminan! El uno va á subir sobre un trono, y el otro será su primer lugarteniente. Este no sabrá subir sin que aquel le preceda, como centinela obediente. Murat fué quien, espada en mano, arrojó del invernáculo de Saint-Cloud al consejo de los Quinientos que se oponia á la omnipotencia de Bonaparte. Dió la misma brillante carga que en el monte Thabor. Desde aquel dia, Bonaparte se convirtió en amo. Bonaparte llegó muy alto, y viendo á Murat tan cerca de sí, le llamó su hermano y le dió en matrimonio su propia hermana. Valia tanto como decirle: *Yo te hago rey.*

Deciros todas las batallas á que asistió Murat, equivaldria á referiros todas las batallas del imperio, ¡batallas de gigantes!.... Mandaba la caballería en la batalla de Marengo; pasó el Rhin en Kehl; se halló en la toma de Ulm; entró el primero en Viena; tomó parte de los primeros, al gran galope de su caballería, en la batalla de Austerlitz! Asistió tambien á la batalla de Jena y entró en Varsovia; mandaba la caballería en Eylau y en Friedland. La España le vió ligero, brillante, impetuoso, cayendo de improviso sobre los ejércitos y sobre las ciudades; los que le han visto, todo cubierto de ore y de bordados, al galope de sus grandes caballos, la cabeza adornada de plumas, blandiendo su sable que arrojaba llamas, intrépido, invencible y siempre el primero, lanzándose en medio del humo, al estrépito del estampido del cañon y de los toques de las cornetas; todos los que le han visto así, convienen en decir que en aquel instante el soldado Murat parecia á los dioses que Homero nos ha mostrado mezclados entre los hombres en medio del combate.

A consecuencia de la guerra con España, José Bonaparte fué rey; Joaquín Murat quiso llevar á su vez una corona. Esto sucedió á cada cual y sucesivamente en la familia de Bonaparte. Se buscó, pues, un trono para Murat, y para hacerlo bien se le nombró rey de las Dos-Si-

cilias. Ciertamente que estaba lejos su palacio en Nápoles del meson de su país; así como distaba mucho su capa de terciopelo de su pequeño mandil de cafetero. ¿Pero qué importa? Los héroes de aquel tiempo se hallaban al nivel de todas las fortunas, pobreza ó riquezas, fortuna ó adversidad, ¡el trono ó el cadalso! ¡Ved al emperador! ¡Tan grande sobre la roca donde ha muerto como sobre el trono de las Tullerías, en medio de aquel encumbramiento de reyes!

Rey de Nápoles, admiró á su pueblo, fastuoso, brillante, gran señor, vigilante de todos los cuidados de su reino con toda clase de benevolencias, tal fué Murat. ¡Un fenómeno, un rey de teatro, un soldado de los cuadros de Horacio Vernet!

En medio de su prosperidad y de su gloria, fué enviada una orden al rey Murat por su antiguo general, su antiguo emperador, y siempre su amo y su amigo, de venir á ayudarle, y de ponerse en camino con su ejército á través de las nieves por las rutas que conducian á Moscou *la santa*. Murat obedeció esta orden; se despidió del hermoso cielo de Italia, de aquel aire perfumado, de aquella suave brisa de la tarde, de aquel Mediterráneo..... *un lago francés*; y héle aquí todavía otra vez á caballo en medio de las nieves, en medio de los hielos, arrojando sus escuadrones contra los rusos, siempre el primero en el fuego hasta en Moscou.

En Moscou se detuvo la fortuna cansada. En Moscou, el ejército francés se confesó vencido, no por los rusos, sino por el invierno. Esto es hecho, el emperador se declara en retirada por fin. Huyó. ¿Quién no ha oído hablar de la retirada de Moscou, aun el mas pequeño niño? En medio de aquellos grandes desastres, Murat mostró que tenia un alma verdaderamente real. Siguió y protegió los restos entorpecidos y sangrientos del grande ejército, hasta que hubieron tocado los confines del imperio ruso. Murat sufrió tanto en aquella retirada, que pensó haber pagado al emperador todo lo que le debía.

No queremos entristecer vuestras jóvenes almas con el relato de las ingratitudes humanas. Aprenderéis demasiado pronto leyendo la historia, qué cosa tan fugitiva es el reconocimiento de los grandes hombres. Murat, alejándose del emperador, cuando el emperador es desgraciado; Murat, olvidando de pronto tantos beneficios y tanta gloria; Murat, el soldado francés, pasándose á los enemigos de la Francia para combatir á aquel á quien llamaba su *hermano*; este es uno de esos espectáculos afflictivos que hallareis siempre bien pronto cuando salgais de la hermosa edad de la infancia para entrar en la triste realidad.

«Supongo, escribia Bonaparte á Murat, que no sois de aquellos que piensan que el leon ha

muerto. Me habeis hecho todo el mal que podeis hacerme. El título de rey os ha trastornado la cabeza; si deseais conservarle, conducios bien.»

¡Palabras proféticas! El Titan derribado arastró en su caída á todos los partícipes de su fortuna.

El fué el abrigo, el sendero, el honor de todos los afortunados de la guerra. Vencido él, la injusticia es inmensa, la miseria no tiene remedio. A aquel gran grito: ¡*El emperador sucumbe!* aquellos héroes de un dia, aquellos reyes de una hora, caen, y los otros, de los que habia sido el terror, acuden de todas partes á la cabeza de sus ejércitos para ver *cómo moria el viejo leon*. Cayó. Los reyes, hijos de su omnipotencia, reyes de un dia, cayeron con él, escepto Bernadotte. Murat, arrojado de su tronø, quiso volver á subir por la fuerza. Justamente el viejo leon acababa de escaparse de la jaula en que le habian encerrado las potencias aliadas.

Murat se imaginó entonces que pues el emperador volvía á tomar su corona, él podia tambien recobrar la suya. Púsose, pues, en marcha por su hermoso reino de Nápoles; marchó esta vez gritando: ¡Viva el emperador! su grito de guerra..... ¡Esperanza y trabajo inútiles! El águila estaba muerta, herida del rayo, y Murat, de revés en revés, abandonando Parma, Bolonia y Florencia; Joaquin Murat, poco acostumbrado á

aquellas retiradas súbitas, comprendió en fin que estaba perdido. Avergonzado, desesperado, apeló á una batalla general; ¡esta fué su Waterloo! Por un último y fatal capricho de la fortuna llegó sano y salvo á las orillas del Cannas, que habia sido testigo de otras derrotas: ¡en estos lugares de siniestro augurio habia muerto la libertad romana!

En menos de dos meses, Joaquin Murat lo habia perdido todo, su ejército, su escuadra, sus tesoros, su corona y la esperanza, que vale tanto como todas esas cosas. En dos meses, habia visto aparecer y reaparecer para siempre, arrebatado por el destino y por los ingleses..... el emperador! En fin, no sabiendo ya en dónde reposar su cabeza, echado por las armas de la isla de Córcega, en donde esperaba hallar un asilo, arrojado por la tempestad sobre la playa de aquel reino que no era ya mas para él, fué hecho prisionero, él y su ejército, que se componia de treinta hombres. Una abyecta prision se abrió para este brillante capitán, y pocos dias despues fué condenado á muerte. La mañana del dia fatal, doce soldados se presentaron en aquel umbral miserable, y sin decir nada, despues de una mirada de compasion, se ordenaron en dos filas. Murat, viendo á los soldados, se levantó y en tono de mando:

«¡Soldados, dijo, librad la cara y herid en el corazon!»

Al decir estas palabras cayó muerto.

Tenia en las dos manos, último recuerdo de sus prosperidades pasajeras, los queridos retratos de su mujer y de sus dos hijos.

Así pereció á la edad de cuarenta y ocho años aquel hombre extraordinario, que era para el emperador como una abeja en el manto imperial. Murat es para Bonaparte lo que la mano es á la espada, lo que la cabeza que gobierna es al brazo que hiere: Bonaparte es el pensamiento, Murat es la accion; Bonaparte es la gran tragedia de Corneille, Murat es el melodrama de los bulevares.

Así fué como quedaron eclipsadas casi todas las estrellas brillantes del ciclo imperial cuando se eclipsó el sol del emperador.

EL ULTIMO DIA DEL AÑO.

LLEGA! ¡corre! ¿le oís? ¡Hele ahí la sonrisa en los labios y sus bolsillos llenos de burlas! ¡Ah hermoso día.... gran día! ¡preparad vuestros honores para el primer día del año! ¡Dad el último adios al año que se va; un adios de disgusto: ¡es uno de los años de vuestra dichosa infancia! Despues saludad al año *nuevo*, á su renovacion... un año tambien de vuestra infancia. ¡Feliz edad en la que apenas se percibe que un año ha pasado!

Se va. Pero hele aquí otra vez, trayendo consigo las mismas alegrías, la misma esperanza, otra tantá gracia y dicha. Este es el día de los niños y de los padres; las madres y los abuelos tienen su buena parte. ¡Gran día... dichoso día!

Un año mas, no es nada para las cabezas infantiles.

Los años caen sobre las frentes de diez años sin tocarlas. Dichosa edad para la que cada año es un beneficio: cada año trae á los hermosos niños una fuerza, una gracia, y la robustez de la salud, y la juventud, ilusion bellísima. ¡Un año mas! ¡gloria á la infancia! ¡un año mas! ¡desdicha para la edad madura! ¡Es una derrota! nos quita á la fuerza alguna cosa de nuestro valor; hoy no estamos ya en progreso, mañana bajaremos. Llega la edad en que uno es sério, prudente, hábil.... Es uno jóven.... es hombre.... bien pronto será viejo.

¡Pero los niños! se les ama hasta el punto de consolarse uno de envejecer, viéndoles crecer. Niños, sois nuestra solicitud, os amamos, jóvenes, porque sois sencillos, ingénuos, modestos, dichosos, porque teneis horror á la mentira y á la lisonja. Y á vosotras tambien se os ama, jóvenes, porque sois buenas y francas y estais llenas de gracias, ¡sonreid, pues, á este amable año! ¡Llega á vosotras con las manos llenas de flores! El os tiende los brazos con una sonrisa, como buena madre atenta á los justos deseos de sus hijos.

¡Vamos! veamos venir á este nuevo año. El llega atento y complaciente aproximando el servidor á su amo, reuniendo los corazones separa-

dos, dejando los ódios, trayendo el ausente á la memoria de los que le olvidan. ¡Oh buena y dulce costumbre! ¡Se abraza, se visita, se renueva á los amigos la palabra de amistad! Es un dia de concordia y de paz universal.... un dia de fiesta y de reposo. Acostumbraos desde temprano á esta ventura, niños; porque la vida es tan breve! No hay nada tan dulce como tener amigos, nada tan encantador como tenerlos desde muy pronto. ¡Qué un amigo verdadero es una cosa muy dulce! ¡Hay cosa mas ingénua que una inocente amistad?

Casi todos esos hombres que se abrazan hoy por festejar el año nuevo..... ¡se engañarán mañana!.... Un dia basta para revivir todos sus ódios varoniles. ¡Un dia les devuelve á sus malas pasiones!.... Solo á la infancia le es permitido vivir exenta de ambicion todo el año. ¡Oh hermoso privilegio! ¡Y cuán orgullosos debeis estar de él!

Vosotros no conoceis toda vuestra dicha; no sospechais todas las dificultades de la vida y los cuidados que un nuevo invierno traerá á todos los hombres, escepto á vosotros. Vivir es una alegría, una fiesta, una ternura. Alrededor de vuestros bellos años, cada cual se apresura á hacerlos encantadores, pero en la batalla de la vida, en plena edad madura, se acosa, se intriga, se calumnia, se mata.

¡Ah! ¿qué hacer? ¡Oh! ¿qué decidir? ¿A dónde ir? ¿A dónde no ir? ¿Cómo emplear, este año de sonrisas amenazadoras? ¿Cómo llevar este fardo nuevo que nos abrumba? ¡Así hablan todos los hombres! ¡Si pudiéseris leer en el secreto de sus pensamientos! ¡qué de terrores hallaríais suscitados por la sola aproximacion de esos destinos sombríos! Para vosotros, niños, todo es reír, esperar, contento.

Corred, pues, á través de los placeres del año nuevo, y luego, trascurrida la primera alegría, conceded algunos instantes sérios al año que ha pasado, al año que se va. ¡Interrogaos á vosotros mismos y responded! ¿Qué habeis hecho durante ese año? ¿Habeis aprovechado sus enseñanzas? ¿Os ha hecho mas sábios y mejores? Cuestiones importantes que un noble niño debe proponerse hoy, si quiere darse cuenta exacta de su propio mérito.

¡Respondeos, pues, ingénuamente! Al mismo tiempo, preguntad *al año que viene*: ¿Cómo usaréis de ese nuevo *tiempo*, vuestro amigo? ¿Cuáles serán vuestros estudios y cuáles vuestros progresos? ¿Quereis entretanto que nosotros os ayudemos á responderos á vosotros mismos? ¡Escuchadnos!

¡Este año todavía, los mas dichosos entre los niños tendrán la proteccion de su madre! ¡Vivirán al tibio y tranquilo abrigo de la casa pater-

nal! ¡Eh! ¡cuán poco trabajo! ¡Cuántos juegos!
¡Qué de bellos jardines! ¡tantos placeres! Todo
sonreír, todo cantar, la dicha de aprender.....
una fábula..... un ejemplo..... una historia, y la
felicidad de recitarlos! ¡He aquí todo el trabajo!
No se os pide mas que una sonrisa.

¡Y ved qué gran trabajo! Se os han mostrado
las imágenes. Se os han colocado vuestras pe-
queñas manos sobre un piano que canta! Se ha
hecho por vosotros una llamada á los mejores
poetas, á los mas dulces cantores. Cada cual,
viendoos pasar, dirá: ¡Lindo niño! ¡hermosa ni-
ña! ¡amable niña! ¡Ved cuán linda es, y con qué
gracia juega á las muñecas! ¡A esto llaman ellos
vivir! ¡A esto llaman tener un año mas!

¿Pero qué decimos? ¡Inútil tarea! ¿Se ha de
escuchar en el primer día del año ni aun un buen
consejo? ¡*Psit!*.... He aquí lo que se dice al im-
portuno que os detiene..... y *psit*..... he aquí lo
que se le hace. Volved el año próximo, buen
hombre, y quizá se os escuchará.

FIN.

INDICE.

	<u>Págs.</u>
El desgarrado y el descosido.	5
Bicetre.	17
Los tres ambiciosos.	27
La Virgen del hogar.	35
El asilo.	43
Luis Moreno, el Salva-vidas.	52
El niño presumido.	68
El hijo del misterio.	76
El pastorcito.	94
El porquero.	102
La sirvienta.	113
El hijo del cuchillero.	122
El mozo de café.	132
El valor cívico.	138
El poeta niño.	145
Los caníbales.	159
Ultima leccion de Jorge Cuvier.	168
La agonía y el baile.	179
El grillo.	192
De París á Rouen.	203

El día de Reyes.	217
La fuerza de la educacion.	228
La musa indigente.	272
Los hogares humildes.	281
El incendio.	315
Un gran hacendista.	323
Una buena imposicion.	333
El czar y el cólera.	347
Una santa en 1859.	354
El hijo del mesonero.	392
El último día del año.	402

